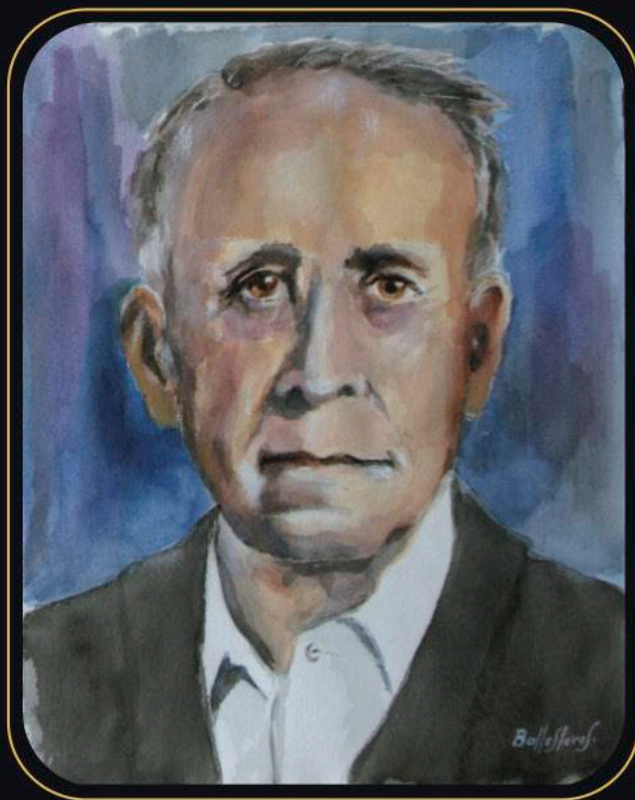


*Plutarco Cisneros Andrade*  
BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA



INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA

AGUSTÍN MORENO  
PROAÑO ofm.

*Fernando Jurado Noboa*



EN EL CINCUENTENARIO DEL



INSTITUTO OTAVALEÑO  
DE ANTROPOLOGÍA  
1966 - 2016

La creación de la BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA pretende articular en un solo gran cuerpo las más significativas investigaciones realizadas, que están en curso y las que complementen el conocimiento sobre la vivencia de gentes y pueblos, temporalmente presentes, al menos desde hace 1800 años y, territorialmente, asentadas en el área comprendida entre el río Guayllabamba y los linderos de Pasto.

La BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA, es el afectuoso homenaje a los amigos que, en el transcurso del tiempo, en calidad de miembros de número del Instituto Otavaleño de Antropología, me acompañaron y contribuyeron con sus esfuerzos, aportes y lealtad, a dar solidez a ese sueño nacido en 1966, que, en su trayectoria, en sucesiva relación de utopías y crisis, fue posible sobreviva por su constancia y compromiso con una obra que, siempre estuvo definida, no fue motivada por intereses personales ni de grupo sino como un aporte a la colectividad, y en la que no importaron los esfuerzos y sacrificios realizados. Sueño que es también un reto para los nuevos que asumen la tarea de ampliarlo y darle la perspectiva que requiera.

Para los que, en calidad de investigadores titulares o asociados y amigos que se sumaron para hacer realidad ese sueño y con su tarea seria y fecunda contribuyeron y lo siguen haciendo a enriquecer el patrimonio cultural del país; y, para quienes desde el ámbito operativo creyeron en él y lo apoyaron con generosidad de espíritu.

©Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)

Plutarco Cisneros Andrade  
*Fundador y Presidente IOA*

Juan Carlos Cisneros Burbano  
*Vicepresidente IOA*

Marcelo Valdospinos Rubio  
Hernán Jaramillo Cisneros  
Juan Carlos León Guarderas  
Juan Andrés León Cisneros  
*Vocales del Consejo Directivo IOA*

Diego Rodríguez Estrada  
*Director de Investigación IOA*

Patricio Guerra Guerra  
*Administrador General*

©Universidad de Otavalo (UO)

Plutarco Cisneros Andrade  
*Fundador y Canciller*

Juan Carlos Cisneros Burbano  
*Vicecanciller*

Rosalía Arteaga Serrano  
Rodrigo Pinto Dávila  
Miguel Andrade Varea  
*Vocales del Consejo de Regentes*

Antonio Romillo Tarke  
*Rector*

Francisco Becerra Lois  
*Vicerrector*

Diego Jaramillo Acosta  
*Vicerrector Administrativo y Financiero*

Jorge Mantilla Salgado  
*Director de Investigación*

© Plutarco Cisneros Andrade  
Biblioteca Cincuentenario IOA  
Certificado registro IEPI  
QUI-042589

© Biblioteca Cincuentenario IOA - Plutarco Cisneros Andrade  
© Fernando Jurado Noboa - Agustín Moreno Proaño (I)

© Editor de la Biblioteca Cincuentenario IOA  
Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)

Dirección electrónica: [ioa\\_otavalo@hotmail.com](mailto:ioa_otavalo@hotmail.com)

Primera edición (digital): septiembre 2020

Portada : Agustín Moreno Proaño : retrato de Franklin Ballesteros

Logotipo : Jorge Perugachy

Diagramación: Luis Alajo Plazas

Asistente de edición: Diego Samaniego

© Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida total o parcialmente, ni registrada ni transmitida por sistemas de recuperación de información de ninguna forma ni por medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito del autor o del IOA.

Información:

**Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)**  
Diego Rodríguez Estrada - Director de Investigaciones  
[droduiguez@uotavalo.edu.ec](mailto:droduiguez@uotavalo.edu.ec)

**Universidad de Otavalo**  
Jorge Mantilla Salgado - Director de Investigación  
[jmmantilla@uotavalo.edu.ec](mailto:jmmantilla@uotavalo.edu.ec)

La Biblioteca Cincuentenario IOA, es, de manera especial, un tributo a mi esposa Haydeé Burbano Baquero y a mis hijos Juan Carlos y María Lorena Cisneros Burbano, sin cuya fortaleza, comprensión y aliento, sin duda, todos los del largo trayecto recorrido, habrían sido sueños imposibles de germinar.

*Plutarco Cisneros Andrade,*

## BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA

### Autor y director

*Plutarco Cisneros Andrade*

### Comisión Editorial Asesora

*Fernando Jurado Noboa,  
Jorge Gómez Rendón,  
Diego Rodríguez Estrada,  
Jorge Mantilla Salgado*

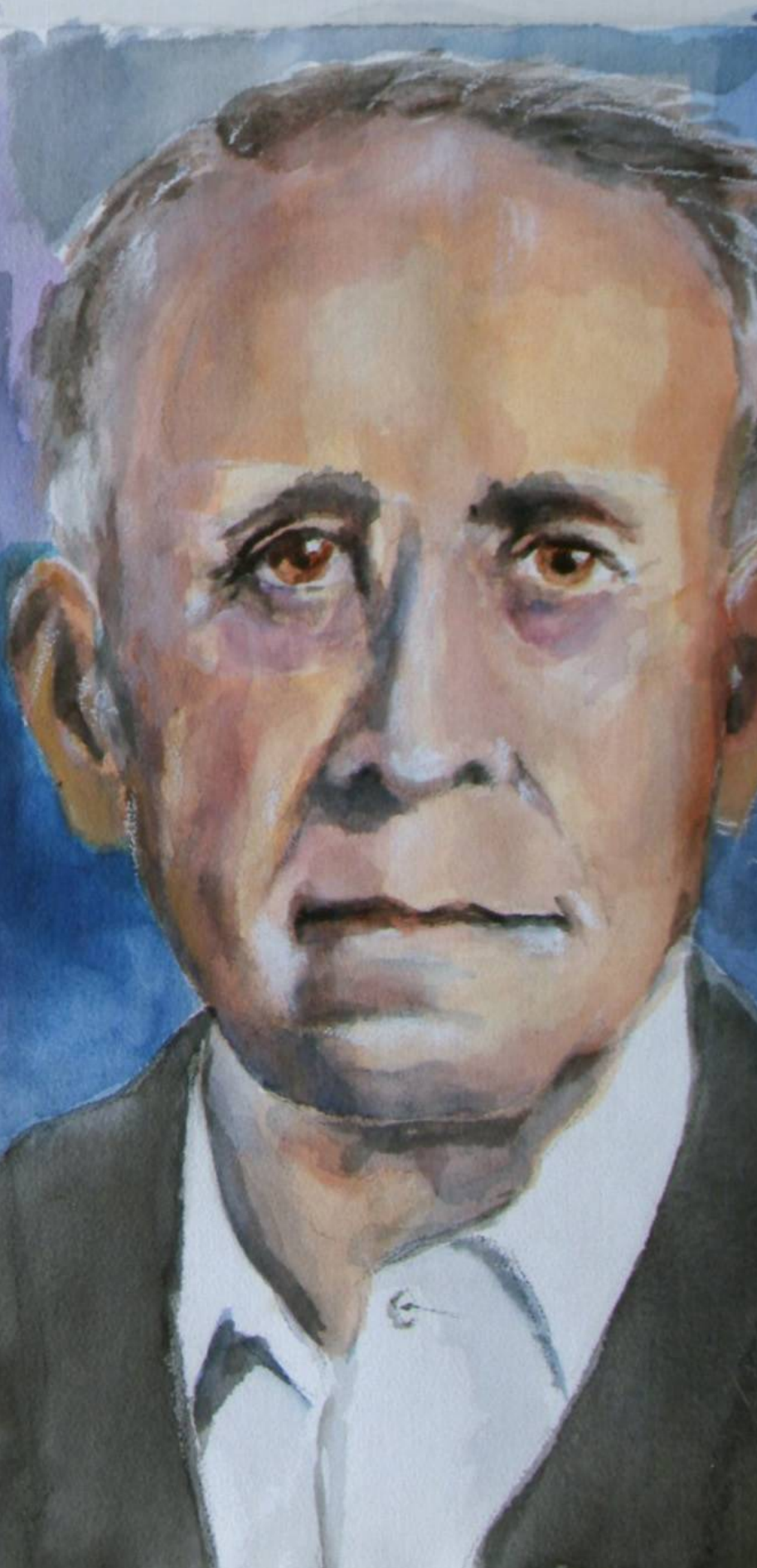
### Comisión Ejecutiva

*Juan Carlos Cisneros Burbano*

AGUSTÍN MORENO  
PROAÑO ofm.

*Fernando Jurado Noboa*

(I)





# PRESENTACIÓN

*Plutarco Cisneros Andrade*

Hacer un estudio respecto de la obra de una figura importante del pensamiento nacional, no es tarea fácil.

Tal el caso de fray Agustín Moreno Proaño, profundo conocedor de la historia, severo investigador, erudito humanista, cuya obra publicada así lo refleja y la inédita, inmensa y, sin duda, de enorme valía, exige que quien lo haga sea un par, alguien que se aproxime y comparta la vocación por el quehacer cultural del biografiado.

Ello implica, a su vez, varias consideraciones: por una parte, el riesgo de obtener un resultado que sea un bosquejo almibarado pues, quien lo haga, comprometido con su proximidad intelectual, pretenda magnificar la obra del estudiado por razones más emocionales que objetivas; o, lograr la objetividad crítica y quedarse en un punto de análisis que refleje una perspectiva externa que no permita aproximar al lector a la cotidianidad del ser humano que sustenta al investigador versado e inteligente.

Una mirada al mundo de fray Agustín Moreno Proaño marcó el punto de decisión. Quien lo hiciera debía conocer, por un lado, su obra pero, al mismo tiempo, conocer en profundidad al personaje.

De allí la decisión de pedir la colaboración del doctor Fernando Jurado Noboa para que realice el estudio y la selección antológica de una figura cuya importancia por sus aportes a la cultura trasciende los límites nacionales.

Él fue claro en su respuesta al aceptar la invitación formulada y entregar los originales que hoy se publican:

*Este estudio tiene mucho de testimonio absolutamente personal. Conocí a fray Agustín Moreno en 1956. Lo vi actuar muchísimo de 1972 a 1987,*

*es decir, quince años enteros y ese es el período del cual puedo dar mayor fe. He leído todo lo que ha publicado y he tenido el placer de seguir sus pasos uno a uno. No me ciega ni la amistad ni el afecto, de allí que con delicadeza señalo argumentos contradictorios a los suyos que, a mi real saber y entender, me creo en la obligación de hacerlo. Cuento muchísimo lo que me tocó ver y creo que es muy válido que hable un testigo de primera mano. Si a alguien le parece que esta es la historia de una vieja amistad quizá tenga razón y podría no equivocarse. Para mí, desde todo punto de vista, estar cerca de un sabio es tiempo que vale la pena vivir.*

Y sus expresiones se confirman al leerlo. Fernando no nos da solamente la dimensión y la valía científica de fray Agustín sino que nos lleva en un recorrido grato a transitar su vida, descubriéndonos al personaje en su envoltura interna, al ser de carne y hueso permeable a las dudas religiosas y a las imperfecciones. Nos recuerda, entre líneas, lo que el místico religioso Georges Bernanos, preso de angustia, escribiera: *“la fe no es sino vivir veinte y cuatro horas al día en duda, excepto un minuto en esperanza”*. Pero nos refleja también la calidad humana de quien de verdad no solo entendió sino que procuró aproximarse a Francisco, el creador de su Orden, practicando “la solidaridad y la generosidad sin límites” y que vivió, como él, tentado siempre, en su caso, por su “finísima bohemia, su afán estético”, su don de gentes que lo transformaron en el prototipo del verdadero “chulla”, en la línea del “cura Manuel María Pólit Moreno”, antítesis del creado por Icaza, que “es el mal chulla, el chulla perverso”.

Con su estilo coloquial, Fernando nos redescubre a fray Agustín y nos facilita el camino para dimensionar su obra con textos que a algunos puristas del idioma les podrá parecer se alejan de la rigurosidad y la formalidad y a otros que lo lean, sin reparar en la fina ironía y el trasfondo de las expresiones, la impresión de que el autor procura resaltar una amistad que le honra.

Para dar testimonio de que este, efectivamente, es un libro serio, escrito por y acerca de la obra de un amigo, incluyo en la antología el discurso pronunciado por fray Agustín en la presentación de los libros *Las plazas de San Francisco y de Santo Domingo en Quito*, en el que aparece el erudito conocedor de la historia hablando del amigo a quien respeta y admira. La obra antológica seleccionada por Fernando contribuye a resaltar para el lector algunas de las ricas facetas de fray Agustín.

Nos permite un encuentro con el biógrafo cuyas dos obras sustantivas, *Mariana de Jesús*, *Azucena de Quito* y *Fray Jodoco Ricke* y *Fray Pedro Gociel*, son resultado de una sólida investigación documental, una admiración a la breve vida de una mística joven quiteña que alcanzó la santidad a través de la penitencia y oración; y, por otro lado, una relación no exenta de legítima ponderación de la vida y la obra de dos de sus hermanos franciscanos cuyas huellas, mientras mayor sea el tiempo que transcurra, se revalorizan por todo cuanto hicieron y significan para la entonces naciente ciudad de Quito y la posterior historia del Ecuador.

Pero la acumulación de datos no es suficiente para lograr estudios que sean lectura motivadora para el lector, es necesario que el autor incursione en la tarea con apasionamiento y todo cuanto contextualice se exprese con riqueza de estilo y sobriedad idiomática, características que identifican y validan aun más las obras de Fray Agustín.

Su otra faceta que señalan los discursos de bienvenida a colegas académicos muestra al intelectual abierto a las corrientes del pensamiento, solidario, respetuoso pero sobre todo justo, que no generoso, en la tarea de valorar la obra y la calidad humana de los homenajeados.

Fernando, en sus apuntes, nos da luces de otras actividades de fray Agustín por las que el país le debe reconocimiento: su dedicación a la catalogación inmensa pero sustantiva de las obras de arte que configuran el patrimonio cultural, además de sus libros, en dos tareas enormes: la de haber contribuido con su trabajo para que Quito fuera declarada *Patrimonio de la humanidad*, en acción liderada por ese amigo y caballero que fuera Rodrigo Pallares; y, para que subsista en Guayaquil el Museo de Arte Nahin Isaías.

Fernando Jurado en este trabajo no solo rinde homenaje a la obra y al amigo. Sin que esa sea su intención, descubre para los lectores los entretelones de hechos históricos de los que él mismo ha sido coautor principal y pone de manifiesto al sabio y profundo franciscano conocedor de la historia de las gentes que, a partir del siglo XVI, con excesos aún genocidas, ejecutados por algunos de los ibéricos que llegaron a estas tierras, a través del mestizaje étnico y cultural, fueron poblando y creando asentamientos, villas y ciudades, es decir, el Ecuador diverso, profundo y tormentoso que constituimos y lo sentimos amorosamente nuestro.



# ÍNDICE

<b>FRAY AGUSTÍN MORENO PROAÑO: EL HOMBRE Y SU OBRA</b>	17
<i>La tierra</i>	23
<i>La sangre</i>	28
<i>Los primeros doce y únicos años en Cotacachi</i>	31
<i>Los primeros años del franciscano</i>	36
<i>Años de aguacatadas</i>	38
<i>La biografía de Mariana de Jesús, logrado lauro de la juventud</i>	42
<i>El deseo de volver al Ecuador: 1951 a 1956</i>	48
<i>La primera entrevista. 1956</i>	51
<i>De 1957 a 1963. Episodios de dolor</i>	52
<i>Otra vez Washington: 1963- 64</i>	54
<i>El regreso definitivo al país: 1964. Una década especial.</i>	
<i>La revolución cultural en 1971 y 1972</i>	55
<i>1975 Y el descubrimiento de los restos de Garcia Moreno</i>	61
<i>El orador. De la elocuencia a la predicación</i>	66
<i>El asesor de la basílica sobre todo en el periodo 80 al 82.</i>	71
<i>En el congreso internacional de historia social de 1986 y su excelente trabajo: “el mestizaje según los cronistas”</i>	76
<i>La obra cumbre de 1998 sobre fray Jodoco</i>	81
<b>ANTOLOGÍA</b>	103
<i>Mariana de Jesús Azucena de Quito</i>	105
<i>Fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial</i>	141

El máximo valor cultural  
está en lo humano.

P. Ag. Moreno

PRIMERA PARTE  
FRAY AGUSTÍN MORENO:  
EL HOMBRE Y SU OBRA

*Convencidos de que al hombre no se le puede hablar del cielo, si antes no se le hace llevadera la vida en la tierra, dieron primero el pan de cada día y enseñaron a ganarlo honestamente por el trabajo, conscientes de que los pueblos no se vuelven inmortales sino por el trabajo, la fe y la cultura.*

Agustín Moreno: Fray Jodoco Rique, 373 y 374



## INTRODUCCIÓN

- Un hombre de originalidades, casi sin tiempo, quizás sin patria y sin edad. Joven y universal al mismo tiempo.
- De esos raros iluminados.
- Aprendió a leer por sí solo a los cuatro años de edad.
- Se crió entre músicos.
- Poeta y además, magnífico, en toda la extensión de la palabra.
- Un enamorado de la vida, de la especie y de las plantas, que las cuida en su celda como a las niñas de sus ojos.
- Sabe hallar la bondad y la buena fe en sitios en los que otros, somos ciegos.
- Si hubiera sido laico, acaso pudo levantar una gran fortuna o acaso tener una enorme editorial.
- Tiene noventa años y canta y sueña. Sueña en proyectos más reales que utópicos, muchos no tienen resultados, seguramente porque le sobra cerebro, le sobran ocupaciones y le faltan manos, tiempo y ayudantes.
- Hoy mismo ha lanzado la idea de levantar un monumento a Alonso Moreno Bellido, el de las Alcabalas. Magnífica idea, magnífica.
- Tiene pendiente un libro sobre *Secretos arquitectónicos de Quito*, lo tiene en su cabeza y en fotos, desconfía de las editoriales, en una pequeña parte tiene razón.

- Quiere hacer el camino de Santiago, el camino del Apóstol en el norte de España, donde de seguro no pedirá salud, sino luz, una sorprendente capacidad de luz.
- Ha dicho fray Agustín, en repetidas ocasiones, que la persona que más le conoce soy yo. Y creo que es verdad: casi cuatro décadas de probada, fraterna y solidaria amistad, unido esto a mi propio oficio de médico psiquiatra que suele ver delante y detrás de las pupilas y el hecho de que hace diez años -tras ímproba labor por su humildad y desorden y a veces caos- me convertí en su primer biógrafo, dan fe de ello. En efecto, valga decirlo, refería nuestro homenajeador tantas circunstancias bellas y vitales pero sin la más mínima de las cronologías, que me pareció una obligación y un reto, el armar verdaderamente su periplo vital. Pasé en el año 2002 numerosos sábados encerrado en su celda hasta que logré mi objetivo. En estos últimos años han aumentado las noticias de su apasionante biografía, mucho de ello apareció ya en el *Boletín de la Academia de Historia*, núms. 171 y 172 en el año 2002 (pgs. 272 a 291) y otras cosas inéditas saldrán a luz seguramente en un futuro no muy lejano.
- A nivel puntual hay coordenadas muy célebres en la vida de este hombre:
  - El haber visto a Jacinto Jijón y Caamaño explorar una tola en la hacienda de San Francisco en Cotacachi en 1928. Aquello despertó su curiosidad científica y exploratoria.
  - El ejemplo de su abuelo materno don Miguel Ángel Proaño Terán, noble y desprendido como el que más.
  - Sastre a los doce años en el taller de don Alejandro Proaño, es decir grande en la nobleza del artesanado.
  - Franciscano desde los doce años de edad, paleógrafo y albañil a los catorce, como tal reconstructor en buena parte de la Capilla de Cantuña.
  - Rodeado de hitos básicos en su vida, enormes seres objetos de su admiración lo fueron: Remigio Romero y Cordero, Velasco Ibarra, Víctor Mideros y a nivel geográfico El Estoril en Portugal.

- Su mejor y grande amigo: el clérigo José Abel Váscquez y Andrade, tan grande como Agustín, pero incomprendido como casi todo grande.
- Su tendencia a presentar discursos cortos o medianos y prólogos breves, luego de una amarga experiencia con el Dr. Julio Tobar Donoso.
- El amor profundo a Cotacachi, a sus raíces propias, a su gente. Y todo sin afectación.
- Una auténtica obsesión por la belleza, como bien lo definió Galo Khalifé en un artículo editado en una de las primeras revistas del FONSAL. Galo descubrió además que el fraile celebraba la vida y de manera maravillosa todos los días de su vida. Además un secreto que, aunado a su espíritu franciscano, nos podría explicar el recelo a las altas dignidades:
- Cuando más alto ha subido un hombre, le dan plomo al acabar.
- Su salvaje originalidad.
- Es el inventor de la dulce espera, sobre lo cual me permito contar una anécdota:
- Hace más de diez años solíamos almorzar en distintos lugares de la ciudad, una vez a la semana. Un día me dijo que había encontrado un lugarejo muy estimable por el Colegio Albernia, nos citamos a las 12 y 30 en punto en la esquina de la Avenida del Maestro en su intersección con Avenida de La Prensa. Suelo ser muy puntual, de tal manera que salí de mi casa a las 12. En ese instante llegó una persona en muy mal estado síquico a pedirme ayuda.... Debía atenderlo, era mi obligación básica. No cargo celular, él tampoco. Tomé taxi a las 12 y 30 y le rogué al chofer que acelerara cuanto pudiera. Llegamos a las 12 y 55, estaba seguro que fray Agustín ya no estaría. Cuando bajé, estaba sentado en la cornisa de una ventana, chupando un helado de palo. Parecía un niño, tenía encalada la gorra por debajo de las cejas. Frente a mis disculpas y a mis manos puestas, me tornó a mirar con los “ojos chuvicos” y exclamó:

- Mire Fernando, usted me ha dado un placer. Mientras en esta media o más hora esperaba al amigo, pensaba en lo que iríamos a conversar, en lo que debíamos planear, en las ocupaciones médicas o de otra naturaleza que usted tendría, en tantos momentos gratos tenidos en Esmeraldas, Ibarra, Otavalo, Ambato, San Agustín de Callo, Cayambe, etc, etc. El tiempo pasó sin siquiera sentirlo. Y si usted no hubiera llegado, hubiese sentido mucho, pero estaría seguro que no fue una falta suya, como decía aquel “culpa fue del tiempo y no de España”. Esto se llama: la dulce espera.
- El filósofo había salido a luz, pensé yo.
- Para terminar estas palabras, quiero escribir los versos que dejara un gran poeta nuestro, autor del poema MÁSCARA:

*Esta cara es la cara desolada  
Que hundió su soledad en el espejo  
Este es el ojo que miró perplejo  
Tu naufragio de sueños y de vida.*

Que yo, lo convertiría en otro y lo llamaría PLENITUD:

*Esta cara es la cara abierta a todos  
Sí, que hundió su cuasi soledad en el espejo.  
Soledad cuajada de amigos y ternura.  
Este es el ojo que miró perplejo  
tu mensaje de sueños, creación y vida.*

Señoras y señores.

(Palabras pronunciadas por Fernando Jurado en la reunión organizada por los hermanos Proaño Puente en el Hotel Plaza Grande, el 22 de agosto del 2012, para celebrar los noventa años de Agustín Moreno).

## LA TIERRA

*Deben también ser enseñados a este tiempo de los mandamientos más dificultosos de cumplir, como de la confesión de los pecados y del amor de los enemigos.*

*A. Moreno: Fray Jodoco, 290.*

Agustín Moreno es de Cotacachi, población en donde su familia por varios costados hunde sus raíces en varias generaciones, Moreno, Proaño, Guerra, Flores, Andrade, Terán, que están allí desde los tiempos coloniales. Muchísimas de ellas están marginadas en los libros parroquiales como gentes del estado llano -excepto los Andrade y algunos de los Terán- o abiertamente como mestizos, demostrando la bellísima fusión étnica que nos hace ser absolutamente americanos.

Se ha traducido la palabra Cotacachi o Cotacache en lengua paéz como “cerro alto a manera de brazo”, nombre que primero correspondía al nevado del mismo nombre a cuyos pies está el pueblo. Sancho de Paz a fines del siglo XVI decía que es en lengua cayapa “cerro alto a manera de torre”<sup>1</sup>, pero Aquiles Pérez<sup>2</sup> le observó que ningún pueblo nuestro preinca tuvo templos o casas con torre. Aún más, el mismo Agustín Moreno cree que se podría traducir de la lengua maya. Son pues asuntos en que no se puede sentar cátedra cierta, simplemente nos quedamos con las teorías. Pero sí es básico resaltar una teoría: la de Tierry Ruf que la acota Galo Ramón en un magnífico estudio: algunos topónimos de la zona tienen la característica de lo femenino, lo tendido y la fertilidad, tal Pichaguango o Parinquilago<sup>3</sup> (vinculado a valle), mientras que la mayoría de prefijos vinculan a lo masculino, erguido o alto, es el caso de Cotacachi (el cerro

1 Ver Pilar Ponce: Relaciones histórico geográficas de la Real Audiencia de Quito, tomo I, Abya Yala, Quito 1994.

2 En Quitus y Caras, colección de la revista Llacta, núm. 10, Quito.

3 Galo Ramón: Historia intercultural de Cotacachi, en Cotacachi: historia, territorio e identidad, Academia Nacional de Historia, Quito, 2012, pg. 21.

aparece por tanto como una entidad masculina), Muenango, Quichoango o Yaselga (vinculado el término a una tola redonda), Cotacachi pues podría traducirse como la simbolización de vigía o fortaleza “papel que seguramente desempeñara el jefe local antes de su adscripción a Otavalo”<sup>4</sup>.

Aquiles Pérez ha demostrado que el 15 % de los indígenas de Cotacachi llevan apellidos netamente quechuas, es decir traídos por los incas. Entre esos apelativos están los Matango y los Pichamba, (este nos hace recordar al auténtico ganador del Festival Español de la Canción en 1992).

A principios y mediados del siglo XVII, los dos caciques locales y urbanos del pueblo, eran descendientes de los Ango, es decir de los antiguos señores locales, uno de ellos llamado Parapuango fue padre por 1605 de Francisco Apo-ango de los Reyes, ese Apo es muy quechua peruano, aunque no nos atrevemos a decir si los caciques lo adoptaron de los invasores incas o corresponde a un auténtico mestizaje, cosa bien probable en nuestra historia india <sup>5</sup>. Otro cacique local -en ese caso rural- de Pangobuela se llamaba a principios de siglo, Fabián Apo-ango de Villasante<sup>6</sup> , el cual demostraba en sus apelativos ya un doble mestizaje: con lo Inca y con el apellido español Villasante<sup>7</sup> .

La conquista española en la región tuvo un hecho gravitante: la destrucción casi total de la población de Tollo Intag o Tullan, efectuada por el sevillano Pedro de Puellas<sup>8</sup> , en una época en que las pasiones y el sentido destructivo no tenían límites. Varias veces el historiador biografiado por nosotros dirá justamente refiriéndose a estos actores del siglo XVI: “eran unos verdaderos bárbaros”. En ese caso apenas quedó una familia cacical que terminaría radicándose en la vecina Intag.

El pueblo pasó a adquirir una fisonomía urbana en 1573 gracias al oidor

---

4 Id.

5 En nuestra obra inédita: Los Caciques en la Sierra Centro Norte demostramos estos mestizajes de manera clarísima.

6 Galo Ramón: id, 39.

7 En nuestra ponencia de mayo del 2014 (Otavalo, Jornadas de Historia Social): La adopción de apellidos españoles por parte de los indios de Otavalo y los problemas de identidad, nos referimos con detalle a estos tópicos.

8 Una biografía detallada de Puellas, puede verse en F. Jurado: Riobamba una ciudad de andaluces en América, Sociedad de Chimboracenses, Quito, 2005.

Pedro de Hinojosa <sup>9</sup>, <sup>10</sup> y al corregidor de Otavalo Juan de Zárate Chacón, quienes reducen u organizan a los indios en un sitio junto a las tolas <sup>11</sup>. Poco después aparecieron cinco caciques principales.

Cosa curiosa es que este pueblo fue largos años una doctrina franciscana. En 1583 tenía 1500 habitantes, todos indios, el párroco se llamaba Antonio Martínez. <sup>12</sup>

El régimen de estancias empezó tardíamente en Cotacachi, al terminar el siglo XVI y comenzar el siguiente, uno de los primeros estancieros fue don José Nieto y Araujo, que aunque vecino de Ibarra, pasaba mucho en su estancia del pueblo, él originó a uno de los primeros grupos de gran influencia en la zona: los Terán y Araujo, origen justamente por dos vías del padre Moreno. <sup>13</sup>.

A mediados del siglo XVII habían ya algunos estancieros, como Agustín Manuel, José Vásquez, doña Isabel Altamirano, dueña de Colimbuela, don Diego de Andrade, dueño de estancia en el mismo lugar., etc. Dos curiosidades: varios indios de Camuindo o Camuendo en Otavalo se trasladaron a trabajar en estas estancias; lo otro: los Altamirano se ligaron a los Páez, otra de las familias troncales en la región <sup>14</sup>.

En 1649 Cotacachi y sus indios estaban clasificados en tres ayllus, el primero se llamaba de los Apoango, el segundo de Gualsaquí, el tercero era el de Cochasquí, asunto interesantísimo. Muchos tenían los apellidos de la antigua nobleza preinca, tal los Angos y Quilagos, casi todos obreros en la hacienda de Pinsaquí, en Quito o en haciendas vecinas. Apellidos de prestancia eran los de Angoquilago, Córdova, Laguma, Pichaguango, Sevilla y Tucutango. El cacique se llamaba Felipe de Sevilla y había adoptado el apellido del 1º escribano español Andrés de Sevilla. En el segundo ayllu brillaban los Anrrango, Apoango, Cotacache, Faringuango, Gualcamb-ango, García, Olmos, Quan-quilago y Valle. Habían 645 pobladores entre

9 Sobre Hinojosa pueden verse datos adicionales en Manuel Ma. Pólit: La familia de Santa Teresa en América, Friburgo, 1905.

10 Igualmente en F. Jurado en: Los Españoles que vinieron, colección SAG, Quito, 1993.

11 Galo Ramón: o.c. 37.

12 Pilar Ponce. Id. ver Relación de 1583.

13 F. Jurado: Los descendientes de Benalcázar en la formación social ecuatoriana, tomo I, Quito 1985.

14 Juan Freile: Numeraciones del Corregimiento de Otavalo, ediciones del IOA, Otavalo, tomos I y II.

los tres ayllus, lo cual prueba el gran desmembramiento humano, no por muerte sino por migración: de hecho los indios buscaban mejores salarios y modos de vida en otros sitios vecinos.<sup>15</sup> .

Al margen de estos tres ayllus anotados, habían otros marginales al pueblo: Cuchagro, Salinero, Pangobuela y Aguaborin, que en total daban 1281 pobladores, cuando se hubiese esperado muchos más.

Para 1663 empiezan algunos migrantes a quedarse de fijo en el pueblo. Aparece entonces el concepto de FAMILIA FUNDADORA desde la matriz de lo mestizo: en este caso el quiteño Matías Proaño de los Ríos Jácome, nacido en 1643, se enlaza en aquel año en el pueblo con doña Feliciano de Mora, una criolla local, y dan origen a una de las más extensas familias de la zona con prolongaciones futuras en San Antonio, Cayambe, Tulcán, Caranqui, sur de Colombia, etc. En esta misma Biblioteca aparece la obra *Los Proaño en Imbabura y Carchi* en la que se dan detalles específicos de este desarrollo.

Para 1680 ya una veintena de familias de españolas o de blanco- mestizos se habían radicado en la zona: el más rico -Juan Flores- poseía 98 caballerías, es decir unas 1200 hectáreas, y le seguía José de Terán con 36.5 caballerías <sup>16</sup>. El resto eran personas de muy, pero muy mediana economía, obviamente Flores y Terán se convirtieron en ascendientes de la élite local. Nuestro personaje estudiado provenía de estas dos familias troncales. Hacia 1730 Juan de la Guerra Navarrete -de orígenes en Quito y Pasto- se convertiría en uno de los hombres más ricos de la zona. Él es otro ascendiente del franciscano <sup>17</sup>.

Aún a principios del siglo XVIII -como ocurrió en buena parte del país entonces llamado Audiencia de Quito- varios indígenas conservaban aún un respetable poder territorial, era el caso de Antonio Aguilar, dueño de las tierras de Santiago Inchi, La Toma, Pirauchi y Punyaro, ya en Otavalo. Con los años, las herederas de Aguilar se convirtieron en mestizas blanqueadas, era el caso de Luisa Romero y de Rosa Ubidia quienes pusieron juicio en 1793 ante el notario 1º de Otavalo a la familia Paredes, acusándole de ilícita posesión de tierras. <sup>18</sup>.

---

15 Id.

16 Galo Ramón: oc. 42.

17 F. Jurado: Orígenes de Federico González Suárez, en boletín de la Academia de Historia, Quito, 1972.

18 Archivo del IOA, Juicios, not. 1ª, 1793.



El pueblo se organizó bajo la forma de damero español con centro urbano, autoridades y calles, recién en la década de 1720 <sup>19</sup>. Se obligó entonces a los estancieros a bajar a la planicie para formar el nuevo centro poblado y formar una plaza alrededor de la cual se radicaron los vecinos principales y los antiguos caciques. Algunos terratenientes se resistieron a vivir en la plaza, tal el caso de los Luna que crónicamente lo harían en San Nicolás<sup>20</sup>. Pero es lo cierto que las estancias dieron paso a la formación de las haciendas como auténticos entes precapitalistas, es decir como grandes unidades productoras: San Nicolás, cuya tenencia se litigaba entre los Guerra y los Ruiz; Cuicocha, con laguna incluida, propiedad de los Pinque de Troya, poderosa familia otavaleña de raíz mestiza total; por otro lado, se instalaba la pulpería o tienda pública a manos de Pascual Antonio de Cisneros, vecino de Otavalo, la que pasaría más tarde a manos de don Jacinto de Luna y Góngora y luego a las de don Francisco de Borja y Larráspuru, conocido noble de Quito, quien demostraba lo lucrativo que era tener aquel negocio <sup>21</sup>. Pero lo más crucial era que empezaron los levantamientos indígenas, pues de hecho los llamados blancos se enriquecían pagando jornales en “rayas”, es decir en deudas y al margen pagaban jornales míseros solo muy de vez en cuando. A esa extorsión se unían los párrocos <sup>22</sup>, de allí que en 1754 el Provincial de los franciscanos pidió que fray Pedro Montero, el párroco lugareño, saliera inmediatamente de Cotacachi, pues el riesgo de muerte era más que evidente.<sup>23</sup>

A partir de 1760 los Jijón y los Sánchez de Orellana, latifundistas y ricos criollos avecindados en Quito, empezarían a tener amplio poder en Cotacachi, Urcuquí y en el Corregimiento de Otavalo en general. El conde ilustrado Miguel Jijón y León tendría los potreros de San Vicente en Cotacachi que eran solo 11 caballerías (cerca de 150 hectáreas) pero que valían cerca de 7000 pesos. De él pasaron a manos de su hermano Manuel Jijón León. <sup>24</sup>

Para entonces varias generaciones de ancestros del biografiado estaban ya en el pueblo.

19 Archivo parroquial de Cotacachi, libro 1º de bautismos, consultado primera vez en diciembre de 1972 y luego en varias ocasiones.

20 Archivo familiar del Dr. Jorge Luna Yépez, Quito 1984.

21 IOA, Juicios de 1720 al 50, fondos de la Notaría 1ª y 2ª.

22 Segundo Moreno: Levantamientos indígenas en la Audiencia de Quito, 1ª. edición, PUCE, Quito 1978.

23 Id a la 21, Juicios, 1754, Notaría 1ª.

24 Christian Buschgues: Familia, honor y poder, pgs 306 y 307, Fonsal, Quito 2009.

## LA SANGRE

*Es muy necesario que los que predicán a los indios, guarden lo que enseñen porque no hay cosa que quite más la fe al nuevo convertido que ver que quien se la enseñe, no la guarda.*

Estatutos y reglamentos del Colegio de San Andrés.<sup>25</sup>

Otro hecho singular en lo familiar se dio cuando Jácome Flamenco, el alarife europeo que tanto hizo en la construcción de la iglesia de San Francisco en Quito, se quedó en la ciudad para siempre. Ingeniero, albañil y artista <sup>26</sup>, tuvo hijos en indígenas y además no en una, sino en varias. Jácome o Jacob es su nombre nada más <sup>27</sup>, de origen flamenco (hoy Los Países Bajos), pero transmitirá el apellido Jácome. Una de sus bisnietas fue la mestiza Jacinta Jácome, quiteña que nació para 1620, hija sin papeles de un hombre del estado llano y de una mestiza integral. Jacinta enlazará joven con don Juan Proaño de los Ríos y Segura, nacido en Quito en 1618, hijo del anciano andaluz Francisco Proaño de los Ríos -que lo tiene de casi 80 años- y de doña Angelina de Segura, dueña de casa en la parroquia de San Marcos en Quito. Por Proaño son señores de casa solariega en el norte de España y sin duda portan igualmente sangre musulmana que les dará una sensualidad especial, un amor por las cosas bellas y un erotismo a ratos imparable.

Si bien es cierto que dentro de esta misma Biblioteca se estudia la Historia completa de los Proaño de Cotacachi, creemos que vale la pena una síntesis familiar que desemboque en el personaje troncal de este libro.

El hijo de Jacinta, llamado Matías Proaño de los Ríos Jácome, nacido en Quito en 1643, pasó a Cotacachi a sentar cabeza para siempre y allí se

---

25 Moreno, Fray Jodoco, pg. 290.

26 F. Jurado: Las plazas articulares de la ciudad, historia de la plaza de San Francisco, Fonsal, Quito 2011.

27 Alberto y Arturo García Carraffa: Enciclopedia Genealógica Hispanoamericana, tomo de la letra J, Madrid.

unió a doña Feliciana de Mora, para ser padres del alférez Manuel Proaño de los Ríos Mora, nacido en 1665, quien se casó en Cotacachi en 1691 a los 26 años con doña Petrona Campos. De aquí se dividirán dos grandes ramas de la familia: los Antonio y los Blases <sup>28</sup>. Más tarde los Proaño serán tantos que ellos mismos se subdividirán a fines del siglo XIX en cuatro clanes: Los Proaño Tejada, los Proaño Chicayza, los Proaño Tola y los Proaño Checa <sup>29</sup>.

Antonio Proaño Campos, nacido en 1684 e hijo de quienes hemos citado, se casará con Manuela Reyes Romero para ser padres de Antonio Proaño Reyes, nacido en 1716, padre de Marcos Proaño Chavarría (de origen quiteño vascongado por Chavarría, apellido que evolucionará a Echeverría a fines del siglo XIX y que a la final en lengua vascuence es lo mismo), esposo de Melchora Gómez de Saá y Meléndez, proveniente de portugueses expertos en descubrimientos marítimos y en viajes fantásticos hasta la India y el Brasil <sup>30</sup>.

A propósito de portugueses: se ha especulado y mucho sobre la llegada de judíos portugueses a varios sitios de la Audiencia de Quito. Es tema muy complicado de probarlo, los argumentos presentados van de lo fiable a lo ridículo, lo que sí es básico es entender que en el mejor de los casos, la presencia de 10 o 20 antepasados judíos frente a un mínimo de 5000 inmigrantes no significa nada en un gran mapa cromosómico. Ese paso fue además de 1580 a 1620 cuando Portugal se incorporó a la Corona española y justamente en esos años Cotacachi era un pueblo absolutamente indio, así como la inmensa mayoría de nuestros sitios rurales. Segundo Luis Moreno -historiador y gran músico, tío de nuestro biografiado- opinaba que el hecho de ejercer oficios mecánicos por parte de las familias “blancas” en Cotacachi y en el pueblo de Cañar, probaría esa posible hipótesis, es decir solo los llamados hidalgos en España y América rechazaban el trabajo manual por considerarlo deshonoroso. Pero es tema que da para largo. Volvamos a los Proaño:

El hijo de aquella pareja fue Miguel Antonio Proaño Gómez, nacido en 1799, marido de Rosa Trinidad Cevallos Andrade, de viejas cepas del pueblo y fueron padres de Antonio Proaño Cevallos, nacido en 1825, llamado TAITA

28 El estudio de los Proaño se basa en general en:

Archivo parroquial de Cotacachi.

Archivo Nacional, Quito, sección Testamentarias y Tierras.

Archivo del IOA, Otavalo, sección Protocolos, sección Juicios, Not. 1ª y 2ª.

29 Archivo de fray Manuel Proaño Andrade, convento de San Agustín, Quito 1975-76.

30 los Saá en Imbabura y los Gómez de Saá en el antiguo corregimiento.

ANTONIO en la tradición de sus centenares de herederos, se casó cuatro veces y murió centenario. Su esposa segunda fue Mercedes Terán Haro y Moreno, proveniente de aquellos Terán Nieto y Araujo de principios del siglo XVII y de los Haro Porcel y Vinuesa, andaluces del siglo XVI que se metieron a la colonización de Sigchos y Angamarca<sup>31-32</sup>. Así, pues, viajeros, aventureros, exploradores, fueron armando un periplo en lo que se llama el insondable río de la sangre.

Hijo de aquel fue Miguel Ángel Proaño Terán, nacido en 1873, añorado abuelo de Agustín Moreno, hombre de una bondad suprema del que luego diremos algunas cosas; se casó con Regina Flores de la Guerra y Jijón, descendiente de viejas cepas y tuvieron como su hija única a María Proaño Flores, la madre del historiador.

Los Moreno estaban igualmente en el pueblo desde principios del siglo XVII puesto que llegaron a finales de ese siglo y se vincularon con los Proaño constituyendo el linaje del que viene el franciscano. Lo más impactante y curioso se dió en la generación de los Moreno Andrade -a la que pertenecía el padre de fray Agustín- pues tenían incrustado un pedazo de orgullo casi satánico: eran nietos de Joaquín Andrade Bosmediano, la autoridad que fue vejada y latigueada por García Moreno en 1868, luego del terremoto terrible de ese año<sup>33</sup>, pues le acusó de abusos y de corazón frío y calculador. Este se decía heredero del General Ramón Bosmediano y González de Sepúlveda, hidalgo toledano de la primera mitad del siglo XVIII, a quien le faltaban páginas para contar sus ancestros. Esa línea chapetona relativamente cercana unida sin duda al dolor de la flagelación, dio a sus herederos un sentimiento de sobre estimación compensatorio, sin duda, pero desusado, un orgullo que siguió marcando camino<sup>34</sup>.

---

31 Ver F.Jurado: Migración Internacional a Quito, vol. III, Quito 1993.

32 Pilar Ponce: o.c. tomo I.

33 Archivo del Dr. René Moreno Andrade, Quito 1983-84.

34 Testimonio del propio Fray Agustín Moreno, Quito 2013.

## LOS PRIMEROS DOCE Y ÚNICOS AÑOS EN COTACACHI. Un hondo recelo a la figura del General Alfaro

*Se les enseña (a los indios) que no duerman en el suelo como sus antepasados, sino que duerman en sus camas altas.*

Agustín Moreno: Fray Jodoco, 292.

A mitad de una cuadra en la calle González Suárez –a poca distancia del parque principal- y frente a la actual residencia de las Hermanas Franciscanas, nació Agustín Moreno el 22 de agosto de 1922. Fue el segundo hijo de Alfonso Moreno Andrade y de María Proaño Flores y se le bautizó como José Rigoberto Estanislao (De allí que lo llamaban Pepito en familia y aún así lo siguen llamando sus allegados). Agustín es el nombre ya de convento. Aquella casa era de su abuela materna, la señora Flores de la Guerra. Antes y después de él, hubieron dos hermanas mujeres, una de las cuales ha fallecido ya.

El padre era zapatero y profesor de zapatería, artista del clarinete y hombre muy severo (alguna vez reprendió severamente a un operario que bebía más de la cuenta). Se había criado en Tulcán y logró comprar unos terrenos en Topo Chiquito. Tenía unos treinta libros en su casa, cosa bastante rara en esa época. La muerte le sorprendió en 1926, en plena juventud.

Su madre fue un ser especialísimo: era hija única y en su infancia veía a su padre recibir dos periódicos a los que estaba suscrito. La chica los leía en voz alta. Le gustaba ya de adulta la tertulia y solía ir frecuentemente a las casas de don Emilio Luna Alzamora y del coronel Pedro Pérez de la Villota, acompañada de Pepito que, molesto como cualesquier niño, para que no interrumpa la charla debía ir a recoger cocos. Esas lecciones, la de la importancia de privilegiar la tertulia coloquial que enriquece y la paciencia de buscar y encontrar, germinaron en la formación de su personalidad.

Ambiente familiar original y de manera total: toda la familia paterna cultivaba la música con esmero y tocaban todos los instrumentos posibles.

En las pláticas, Alfaro no era querido. Su mayor malqueriente era el tío Segundo Luis Moreno Andrade, quien debió interrumpir sus estudios en el Colegio Salesiano de Quito, en 1896, debido a la clausura ordenada por el gobierno de Alfaro, que le significaron perder dos años de su vida y este detalle no se le olvidó jamás. Tenía la hipersensibilidad tan común en muchísimos de los artistas. Pudo ingresar al Conservatorio en 1906 gracias a cierta ayuda del mismo General Alfaro y aun actuó en Palacio, en junio de 1910, en que se presentaron dos obras de Moreno<sup>35</sup>, pero aquella espina fue permanente. En enero del 13 le diagnosticaron una dolencia cardíaca, que fue un error pues se trataba realmente de un “dolor síquico”. Vivió un año entero en la hacienda de un paisano en medio de la jungla esmeraldeña<sup>36</sup>.

Otro tío muy especial fue Alberto Moreno Andrade, gran músico y periodista. Conservador a raja tabla, escribió contra varios gobiernos liberales en Guayaquil y desde el periódico “El Grito del Pueblo”, fue amigo de Jorge Salvador Donoso, ambos colaboradores de “Escenario”. Por allí vendría un puente de fray Agustín con Jorge Salvador Lara, hijo de aquel. Fue otra de las personas que contribuyó a crear una imagen negativa de don Eloy en la trama intelectual del futuro franciscano.<sup>37</sup>

Tenía tres años y medio cuando falleció su padre y se hicieron cargo de los chicos los abuelos Proaño Flores. La madre lloraba permanentemente su viudez, su mediana pobreza; hacía pequeños comercios para sobrevivir mejor pero le fue difícil el salir adelante.

Dice Agustín:

*A los cuatro años, llegó a mi casa un pariente llamado Antonio Proaño Reyes, el objeto era enseñarle a leer a mi hermana Cecilia, la mayor de los tres. En silencio, casi en secreto, me incorporé a esas clases, como si nada..... Proaño era magnífico maestro. Aprendí entonces a leer por mí mismo, tenía cuatro años de edad y lo hacía hasta la media noche, utilizaba una piedra en el pequeño jardín para asentar el libro y aprovechar la luz de la luna.*

---

35 Agustín Moreno: Valores humanos de Cotacachi, p. 112 y 113

36 Pablo Guerrero: Enciclopedia de la Música Ecuatoriana, II, 936 a 941.

37 Archivo del Dr. René Moreno Andrade, Quito.

*Otro detalle: en mi casa y en la de parientes cercanos lucían colgados de las paredes retratos de antepasados, ello me orientó a buscarlos, a saber de ellos y me quedó una conciencia especial: cómo en un pueblo tan abandonado, se daban y se conservaban obras de arte, ¿ los autores serían de Cotacachi ?. En todo caso había una preocupación estética que me impresionó mucho. Y con ello un retrato de Mariana de Jesús del siglo XVIII.*

*A los cinco años -1927- entré a la escuela y cogí verdadera obsesión por la lectura y una gran admiración por la música. El ver todas las semanas a mi primo Guillermo Proaño cargando el violonchello, desde la casa familiar hasta la iglesia del pueblo, me sobrecogía, quizás por eso se me grabaron nítidamente obras de Rossini, Wagner y Verdi, tanto que las recuerdo hasta ahora. Ese mismo año unos parientes lejanos, los Echeverría Ruiz, entraron en severa crisis económica, se alojaron en nuestra casa algún tiempo; Bernardino, uno de ellos, de apenas 15 años ya no estaba con los suyos, estaba de novicio franciscano en Quito. Creo que debió impactarme tal cosa.*

*El año 28 fuimos con mi abuelo materno a Otavalo: el presidente Ayora inauguraba el Ferrocarril, ansiado sueño de los imbabureños. Mi abuelo dijo algo que se quedó grabado:*

*Este Ayora sí que ha sido indio y no Alfaro, como decían sus enemigos.*

A los siete años ya ayudaba a misa y en latín. Al mismo tiempo la micro biblioteca de la casa se le volvió insuficiente y pasó dos años enteros -fuera de las horas de clase- y de 1929 al 31, en la Biblioteca de la Sociedad de Artesanos. Allí leyó por primera vez el Quijote. En la misma época y con el abuelo Proaño iban con frecuencia al anejo de Quiroga a visitar a los hermanos Morales, que eran muy ilustrados.

¿Qué hizo a Pepito Moreno un ser tan original? Sin duda dos o tres hechos: los genes maravillosos de los Moreno tan dados al arte; la vivencia de Cotacachi como ciudad musical, es decir ciudad con alma finísima; y, sin duda, esa mezcla afectiva, donde bullía la orfandad, el dolor materno y la fibra amorosa de los abuelos Proaño. Por lo demás, en ese año de 1921 en que empezaron sus cambios hormonales, debió habersele creado biológicamente un hálito especial, de esos que aún los microscopios electrónicos no pueden explicar del todo las cosas, pero que un día lo harán.

Veamos los hechos especiales de los ocho años:

*En 1930 sucedieron cosas curiosísimas: me pusieron en el taller del famoso maestro Luis Aguirre Bolaños, tenía 36 años y vivía de la modestia personal y de la sabiduría en el arte quiteño. Me impactaron las dos cosas. Me tenía cortando madera, pero me enamoré del arte. El mismo año vi a Jacinto Jijón cortando una tola en la hacienda de La Compañía, pegada al pueblo, a las noches se alojaba en el alto de Cuicocha, propiedad de don Luis R. Moreno. Me pasé varios días admirando al sabio y creo que en esa semana me enamoré totalmente de la historia.*

*En ese mismo año murió mi tía abuela Ana Flores de la Guerra, tenía una modesta tienda de abarrotes, de donde los clientes salían ensimismados, era una mística completa, vestía de negro como Mariana de Jesús y usaba cilicios. Fue otra cosa impactante.*

Con esa hipersensibilidad que se nutría de todos los detalles circundantes y que otros apenas los avizoraban, Pepe Moreno iba formando su propia y originalísima historia.

*Debió ser 1931, yo tenía 9 años, algunas personas me decían “Mi obispito”, cosa que lastimaba mi modestia, en lo económico no pasábamos necesidades, criábamos chanchos, cuyes y gallinas, de tal manera que jamás tuvimos hambres. Lo doloroso fue que mi abuela Flores enfermó con cirrosis, se decía entonces que las frutas, en especial los guaytambos, era lo único válido para esta enfermedad. Varias veces fuimos a pie a Otavalo con mi abuelo Proaño, él quería balagar a su señora. La nobleza de alma y el desprendimiento de ese abuelo, han sido para mí una cátedra viva.*

Cada año aparecían nuevos sucesos: en 1932, a los diez, llegó al pueblo fray Nicolás Echeverría Andrade, llegaba desde Quito a pedir limosna. Esas sandalias, esa humildad y esa pobreza me gustaron sobremanera, diría más tarde Agustín.

En julio de 1933, a los 11 años, terminó la escuela, un poco antes de lo normal. A tiempo estaba Fray Francisco Alberdi en el pueblo, la madre le habló de la posible vocación del chico. Alberdi lo examinó, dijo que efectivamente aquella era cierta, pero que se debía esperar un año. Se



dictaminó entonces hacerle repetir el 6° grado. Alberdi era quien había escogido en 1924 a que Bernardino Echeverría entrara al convento quiteño. Los cotacacheños habían empezado en buena parte a poblarlo.

Para los primeros meses de 1934 se determinó que entrara al taller de sastrería de su pariente, el músico Alejandro Proaño. “Primero el oficio” se decía en Cotacachi: si la profesión falla, se podía volver al artesanado, la cosa era bastante sabia.

Al fin llegó la hora: era julio de ese año 34.

Si la infancia de todo hombre define el futuro del mismo para siempre, en el caso de Agustín Moreno, esto se vuelve más morrocotudo. Esos doce primeros años de vida en su pueblo quedarían marcados de una manera intensísima, sobrecogedora a veces y quienes lo conocemos podemos dar fe que Cotacachi está siempre en su memoria y que más bien con el paso de los años, la nostalgia ha reverdecido con intensidad.

## LOS PRIMEROS AÑOS DEL FRANCISCANO

Hace unos pocos años, no más de diez, fray Agustín estuvo tentadísimo a escribir un libro que debía llamarse *Camino Equivocado*, inclusive se pensó que el prólogo lo debería escribir el académico colombo-ecuatoriano Gustavo Pérez, que había vivido situaciones parecidas. Con la sinceridad que da la hombría de bien, nuestro biografiado acepta que quizá fue la pobreza materna la que le hizo pensar a su progenitora en encerrar al chico en un convento. Solo años más tarde, se pudo comprobar que no existía una verdadera vocación.

Pero y de acuerdo a Gregorio Marañón, habría que recordar que finalmente hay que enamorarse de profesión y de cónyuge, de otra manera la vida se vuelve, o podría volverse, un infierno neurótico.

En julio de 1934, un mes antes de cumplir los 12 años, entró al convento de San Francisco, ni siquiera había llegado a la pubertad.

*EL primer año todo me pareció divino, al mes de entrado al convento, canté como tiple, en el solemne Tedeum de la Catedral por los 400 años de la fundación de la ciudad y el mismo mes conocí todos los conventos de la capital, cuyas obras de arte me parecieron maravillosas.*

Coincidió además la subida al poder por primera vez del Dr. Velasco Ibarra, cuya primera noche de presidente la pasó en una casa de la plaza de San Francisco. Moreno sería siempre un admirador del mandatario. Del 34 al 36 moró en el convento quiteño, perfeccionó su rudimentario latín y se convirtió en profesor de sus compañeros. En los veranos de esos tres años, se dedicó fervientemente a la lectura de obras literarias que las pedía prestadas a la biblioteca del convento, mientras por otro lado entraba en francas tertulias con los franciscanos vascos, ya ancianos para entonces, que estaban en Quito desde las reformas de fines del siglo XIX. Y preguntaba, averiguaba, se solazaba en conocer iglesia y convento palmo a palmo.

Llamaba la atención a otros sacerdotes que miraban en el joven muchacho a un futuro brillante intelectual. Tal es así que en 1935, y de apenas 13 años, el historiador José María Vargas le regalaría la biografía de fray Pedro Bedón. Se daría inicio de esta manera a una amistad de 53 años con el “Padre Varguitas” como diría Agustín a su amigo veinte años mayor.

Quería saberlo todo y era su madre la que recibía los mensajes del hijo, solicitándole le comprara tales o cuales libros, le apasionaba la literatura y en segundo lugar la historia.

En 1936, a los 14 años, escribió su primer trabajo literario: se trataba de un cuento al que tituló *El tío Lucifer*, utilizó seudónimo y lo envió a una revista de su pueblo, donde se editó el mismo año.

Fue también por entonces que el padre Tomás Conde le regaló los cuatro primeros volúmenes de Cabildos de Quito. Pero no solo los leía, releía las entrelíneas y le entró la duda de si acaso estarían bien traducidos. Mirando las copias fotográficas de las actas, aprendió por su cuenta paleografía y aun corrigió algunos pequeños errores a José Rumazo, gran maestro en su materia: este por ejemplo traducía erróneamente cava por casa, cuando en realidad era quebrada.

Mientras tanto, su paisano y pariente Bernardino Echeverría había pasado en Roma de 1937 al 39, donde consiguió el doctorado en Filosofía<sup>38</sup>. El estallido de la Gran Guerra en 1939 lo hizo volver a Quito, a donde llegó en 1940<sup>39</sup>.

En diciembre del 38 volvió Agustín a Quito y todo el año 39 -tenía 17 años- cursó su Noviciado e hizo sus primeros Votos Perpetuos. Enseguida pasó, de 1940 al 45 a cursar sus Estudios Superiores en el mismo convento, bajo la égida del español fray Ignacio Martínez.

---

38 Rodolfo Pérez: Diccionario Biográfico, 1ª edición, tomo 1, Guayaquil mayo de 1987.

39 Apuntes de fray Agustín Moreno, quien desee ampliar conocimientos sobre Guápulo puede leer la obra de Juan de Dios Navas: Historia de Guápulo y su Santuario, 1581 a 1926, Imprenta del Clero, Quito 1926.

## AÑOS DE AGUACATADAS

Era el universitario de 18 años, cuando Europa veía azorada los gravísimos horrores de la Segunda Guerra Mundial. Se despertaba de madrugada para oír noticias por la radio y acudía a la portería del convento en busca de la prensa. Se sedaba leyendo, por otro lado, las obras literarias de Augusto Arias, Isaac J. Barrera y Aurelio Espinosa Pólit.

Estaba en plena fase nacionalista.

Esos años 40 fueron los de los Terciarios, civiles que llevaban el Cordón de San Francisco en prueba de fe. Juan León Mera Iturralde iba casi a diario al convento a hablar con el padre Echeverría, Tobar Donoso algo menos. Un personaje singular de esos años era el médico Marco Zambrano Araujo, profesional que atendía con enorme aprecio a los frailes.

Vivir en el convento era ser parte de la plaza de San Francisco, había que ser amigo y confidente de todas las familias cuyas casas rodeaban la vieja plaza, además las reglas conventuales no eran rígidas y el caminante a fraile profeso era “de buen ver”, atractivo como el que más. Las puertas que más se le abrieron fueron las de Natalia Espinosa Acevedo y la familia Gangotena Jijón. Al frente, en el lado oriental de la plaza, donde funcionaría La Prensa Católica, vivían desde 1931 -y siguieron hasta 1936 por lo menos- algunos jóvenes universitarios muy listos: Daniel León Borja, José Clemente Bognoly, José María Avilés Mosquera <sup>40</sup>, mientras en la casa inmediata hacia el sur, se hacían las “*aguacatadas*”, unas inocentes tertulias históricas dirigidas por Jorge García Negrete, el aludido José Clemente Bognoly y algunas veces por Jorge Luna Yépez. Se hablaba de historia y de política. Al país le había sacudido hondamente la invasión peruana de 1941 y luego el Protocolo de 1942. Ambos hechos dolorosos tuvieron la virtud- pues toda fuerza negativa lo tiene- de unir a los ecuatorianos y de hacerles pensar en “país” al cabo de mucho tiempo. Las reuniones debían su nombre a que

---

40 F. Jurado: Daniel León Borja: Historia de un gran soñador y visionario, en boletín de la Academia de Historia, núms. 171 y 172, Quito 2002, pgs 53 a 106.

se servía pan con salsa de aguacate y refrescos sin alcohol. Eso era todo. Duraron largos años.

Lo que sucedía en esas casas vecinas era como si lo fuera en el propio convento, la vida de los frailes se transmutaba a sus inmediatos vecinos, a fray Agustín le llamaría la atención, allá por 1935, la total y tenaz resistencia de don Enrique Gangotena frente a un pretendiente de una de sus hijas, pues había descubierto “un impedimento severo en una de las abuelas del presunto novio”, según informes de su hermano el historiador Cristóbal de Gangotena. Y el tal impedimento era una ridiculez, una cosa llena de infantilismo. Cosa paralela sería el aumento del muro hacia la calle Imbabura del propio convento, pues se consideraba que los y sobretodo las vecinas de las casas de la calle Imbabura, podrían “tentar” a los novicios y sacerdotes, lo cual quizás tenía ya otros ribetes. Y algunos, podrían ser respetables.

Solía también con varios colegas ir por detrás de San Francisco a las tertulias mantenidas por el famoso clérigo Manuel María Pólit Moreno, alias Pollo, hombre de enorme chispa. Solían darse estas con cierta frecuencia en casa de Beba Pólit López, prima hermana del Pollo. Pólit había fundado el Coro de San Francisco con más de 40 voces. Algunas veces iban al Quinche o a Yaruquíes, donde oyó con enorme gracia la oración que Pólit hacía al bendecir la dentadura del cura Antonio Iglesias:

- *Oh, Dios, que pusiste diente y muela...*

que terminaba aspergeando gran cantidad de agua bendita en la dentadura, al dueño y al respetable sacristán.<sup>41</sup>

El espíritu más social del religioso tuvo un origen preciso: en 1942, a los 20 años, debió hacer la conscripción obligatoria -lo del Protocolo era herida abiertísima- pero como era aspirante a fraile, no le pidieron instrucción militar propiamente dicha, sino servicios en el antiguo Sanatorio (luego Hospital Militar al pie de San Juan), donde recibió clases de enfermería, traumatología y anatomía a cargo de algunos médicos muy conocidos de su época. Ha recordado a menudo como conoció a un soldado afrodescendiente, viejo y muy enfermo, que había participado en los arrastres de 1912. Terminó dando clases de anatomía en su propio cuerpo

---

<sup>41</sup> Rosaura García: Manuel María Pólit. El cura Pollo, en revista 65 de la SAG, Quito 1993, pg. 152.

*Al principio me atortolaba, pero luego hablar del cuerpo o del sexo me ha parecido muy grato y profundo.*

Podría decirse que su producción bibliográfica se inicia realmente en este año 42 –así está fechado– su poemario inédito *Preludios*. Empezó igualmente a colaborar con el periódico combativo “*Escenario*” de su tío Alberto Moreno, al que nos hemos referido ya, siendo el editorialista del mismo durante tres años (1942 al 45), es decir durante los regímenes de Arroyo del Río y de Velasco Ibarra, de tal manera que quien quiera reunir la dispersa producción de Agustín, tendrá que recurrir a la colección del mentado vocero.

Valga decir que en 1940 su tío Segundo Luis había vuelto de Cuenca a Quito, y todo el resto del año, así como 1941, se dedicó a terminar su obra en tres tomos sobre la Historia de la Música en el Ecuador, magnífico estudio genérico. El 42 presentaría en el Teatro Sucre el Festival de Danzas Ceremoniales y el 44 pasó a Guayaquil de Director del Conservatorio de Música. Pero los Moreno eran cosa seria: siempre rebeldes y muy orgullosos, algo autócratas, Segundo Luis entró en conflicto con la Universidad del Puerto, a donde estaba adscrito el Conservatorio y debió dejarlo <sup>42</sup>.

Ese mismo radical año de 1942, Bernardino Echeverría tentó pies en la historia, editando un libro sobre “*Los franciscanos en la región amazónica*” relatando los trabajos de su Orden en la Amazonía en el siglo XIX. Parecía que los dos hijos de Cotacachi transitaban por caminos paralelos <sup>43</sup>.

Volvamos al biografiado principal: en 1943 escribió en la revista “Ecuador Franciscano”, su artículo “Historia del milagro de la langosta” en honor a la Virgen del Quinche, reproducido en periódicos de Quito y Guayaquil.

En mayo del 44 participó de los efluvios de la Gloriosa a favor del Dr. Velasco y en el primer semestre de 1945 se dedicó a dos pasiones: a perfeccionar su francés –pensaba sin duda que Europa y Francia podían tentarle el paso– y consiguió que el padre Serafín Lunder, archivero del convento, le prestara, uno a uno, los legajos del archivo. Quería conocer paso a paso la historia de su comunidad. Algunos legajos, vinculados a reconocimientos y reclamos de hijos, le parecieron que debían guardarse

---

42 Rodolfo Pérez: Diccionario Biográfico del Ecuador, 2ª ed, III, 332.

43 Id, tomo 1, 1987.

de manera muy especial, por respeto a padres y a hijos, se encargó de hacerlo y en la década de los setenta, cuando un grupo de investigadores estudió a cabalidad el archivo, Agustín se reservó en su celda “los legajos secretos”<sup>44</sup>.

El año 44 sucedió un hecho curioso: Bernardino Echeverría había fundado la editorial Fray Jodoco y enseguida editado en la misma dos trabajos de él. El segundo era un poemario llamado *El heraldo del gran rey*, que pidió a Agustín lo corrigiera. Este encontró errores severos, pues el amigo dominaba el italiano pero no el castellano. Ya corregido se lo dio al Dr. Julio Tobar Donoso a que lo prologara a quien el trabajo le pareció una maravilla.



Izq. Fernando Jurado Noboa ; der. fray Agustín Moreno Proaño

---

<sup>44</sup> Es por eso que en la magnífica obra de Alexandra Kennedy “Catálogo del Archivo General de la Orden Franciscana del Ecuador” (Quito Banco Central, 1980) no constan tales legajos.

## LA BIOGRAFÍA DE MARIANA DE JESÚS, LOGRADO LAURO DE LA JUVENTUD

*Que en esta tierra hay muchos españoles que no tienen para sustentar sus hijos y pagar a un maestro.*

Agustín Moreno: Fray Jodoco, 295.

Resulta verdaderamente ejemplar el revelar que este joven, de apenas 23 años, participó en 1945 en el Concurso Biográfico por los 300 años de la muerte de Mariana de Jesús y ganó el primer premio en el aludido concurso. Se presentó con el seudónimo de Pillajo, uno de los grandes linajes indios de la ciudad <sup>45</sup> mientras años atrás había usado el de Stareuberg, como queriendo simbolizar que hasta en los seudónimos debía prevalecer la magnífica simbiosis de nuestro maravilloso mestizaje.

Se trata de un trabajo de 150 páginas que durmió el sueño de lo inédito casi 20 años, pues solo la generosidad y la amistad de José Abel Vásconez, su carísimo amigo, logró financiarlo para que la editorial Pío XII de Ambato la editara en 1964.

Muchas veces hemos hablado con Agustín sobre este libro pionero en su bibliografía, pero claro, una es la visión del sacerdote y otra la del psiquiatra. Ambos unidos por múltiples lazos de sangre con la famosa quiteña<sup>46</sup> y unidos en la admiración a la misma, debido a nuestras formaciones, teníamos respetuosamente que disentir sobre todo con el valor que dan el silencio y el respeto, frente a determinados fenómenos.

Algo diremos de esta disensión, pero es preciso acotar algunos aspectos de enorme relevancia:

---

45 Pedro Porras: Los Pillajo, en Estudios Histórico Genealógicos, colección SAG, Quito 1988  
46 En nuestras obras: Los Ribadeneira antes y después de Colón (Tomo 3, 1987) y Los asturianos en el Ecuador (Quito, 2012) se aclaran esos parentescos de actor y autor. De allí que en las clases a los diplomáticos entre 2008 y 2010, el padre Moreno hablaba con mucha gracia “de la tía Mariana, tía del Fernando y mía”. Las alumnas solían decir: Pero , ¿El padre Moreno es su tío o usted es el tío ?. Yo soy el tío, solía comentarles.



- 1) De manera general, Moreno cambió la cronología de algunos sucesos luego del análisis riguroso de los documentos (sobre todo del largo Proceso llevado a cabo en Quito en pos de la beatificación de la quiteña), pero se preocupó mucho de lo que él llamó “la excursión psicológica” y la búsqueda de los dichos de la biografiada.
- 2) Llama la atención la presencia del fatalismo español en la madre de Mariana, cuando expresa que la criatura que llevaba en su seno habría de ser su verdugo, que refleja el típico fatalismo de los árabes que seguía vivo en la cultura ibérica y en los cromosomas de los habitantes del sur de la Península. En Cayambe la niña viviría encerrada en el cuarto de su madre y pasaba muchas horas encerrada en ese aposento. La madre tenía estrado con cojines, es decir sin sillas, conforme se usaba en Ávila y en muchos sitios de Castilla.<sup>47</sup>
- 3) No era analfabeta, como la mayoría de la población de su época, fue alumna de Pedro de Paz y leía continuamente<sup>48</sup>; en lo personal vestía un vestido de lana negra.
- 4) Mariana era un ser rarísimo y especial, iluminada sin duda alguna. Maceraba su cintura con ramales de espinas desde la niñez, período en el que ya ayunaba.
- 5) Se había dicho repetidas veces que Mariana no conoció más que su casa y el templo de La Compañía. El padre Moreno desmiente tal cosa: conoció y entró a la casa vecina del médico Juan Martín de la Peña -en la misma actual calle García Moreno-<sup>49</sup> igualmente en el convento de Santa Clara; estuvo por lo menos dos veces en Cayambe y existe la antigua tradición de haber estado varias temporadas en la hacienda de Bellavista, por encima de Salcedo<sup>50</sup>. El padre Moreno rescata que por lo menos una vez estuvo donde las Conceptas en el panegírico de una monja y llegó por la actual calle Rocafuerte hasta La Chorrera del Pichincha. Ocasionalmente usó litera o silla de transporte. Un día pasó en Santa Catalina con

---

47 Efrén de la Madre de Dios: Tiempo y Vida de Santa Teresa, Ávila 1975.

48 Más detalles en Los Paz un modelo histórico de movilidad social doble, colección SAG, Quito 2002.

49 Su localización en Calles de Quito, 1ª edición, Banco Central, Quito, octubre 1989.

50 Archivo de María Gangotena de Mancheno, Quito 1983.

el propósito de hacerse monja. A San Francisco fue muchas veces, en 1639 y en 1640 acudió a vestirse con el hábito de la Tercera Orden. Para ir a La Compañía iba por la mitad de la calle.

- 6) Físicamente parece que era pequeñísima, la cruz en que se mortificaba tenía apenas 1.04 metros, sus ojos eran azules. Siempre anduvo con una indígena nodriza, la cual fue una de las tres personas que la amortajó.
- 7) Cosa impactante es que jamás se dejó tocar ni besar en el rostro (veremos una excepción después), y se lo pudo hacer solo después de muerta.
- 8) Las mortificaciones intensas que se prodigaba desnuda, desde la cintura para arriba, cosa muy rara en su tiempo, pudieran inducir a pensar que en su misticismo reprimía normales deseos sexuales, propios de la pubertad, con latigazos y espinas.
- 9) Su casa, que poseía gallinero, recién se edificaba en su época y quizás se la terminó en 1626.<sup>51</sup>
- 10) Era música y coplista, bordaba, hilaba y tejía, tocaba vihuela, clavicordio, cítara y guitarra. Era una tradición muy toledana, heredada de su padre, pues en esos años en las casas de Toledo se llevaban músicos para la hora del almuerzo<sup>52</sup>. Fabricaba además velas pequeñas. Ella, sentada en la ventana de su cuarto, solía tañer la vihuela. A media noche se levantaba para amasar el pan. Entendía el latín sin haberlo aprendido, fue una vegetariana total, consumía de continuo solo un pedazo de pan o bizcochuelo remojado en agua. Rara vez huevos cocinados, jugo de membrillo o manzana o acaso un simple locro de coles. El médico Miguel Ángel Puga determinó, hace unos 18 años, que Mariana murió de tuberculosis<sup>53</sup>, el diagnóstico parece correcto, pero antes tuvo seguramente una anorexia mental, pues vomitaba desde los 12

---

51 Más detalles en Jurado y Falconí: Quito, placetas mínimas y rincones históricos, Produbanco, Quito 2011.

52 Archivo del historiador José Carlos Gómez Menor, Toledo, diciembre de 1976.

53 Miguel A. Puga: Santa Mariana de Jesús heroína nacional. Causas probables de su muerte, en Crónicas del Quito antiguo, colección SAG, pgs 101 a 117, Quito, noviembre de 1991.

años de edad.<sup>54</sup> De sus cilicios salieron como 150 reliquias, de allí que muchas familias de Quito los tuvieron hasta principios del siglo XX. El platero que afilaba las puntas de los mismos era don José Espinosa de los Monteros.

- 11) Se conoce de una frase que solía repetirla: Gracias a Dios que te creó. Y de otra que la decía poco antes de morir, pensando iba al encuentro con el amado ideal:

*Quién muriera por su amor.  
 Qué se abrasara en su amor.  
 Qué muriera por gozarlo.*

- 12) Varias acciones se las tienen como de origen demoníaco, pero no hay tal, eran alucinaciones.
- 13) Su biógrafo señala que su vocación de martirio patriota se remontaba a cuatro años antes de morir y que esta época coincidía ,además, de que en gran parte de los ricos se había apoderado la ambición y el orgullo, la crueldad y otros vicios (pág. 114). En otras palabras, el martirio de Mariana fue más social que telúrico. Los dos meses de su última enfermedad no hizo cama, pues permanecía sentada en el suelo o arrimada a un colchón, tenía una sed devoradora y solo alguna vez pidió uvas.
- 14) Agustín Moreno aclara bien el asunto de sus varias sepulturas: primero estuvo durante un mes en la bóveda familiar de los Vera Mendoza, que era la Capilla de San José. Luego pasó a la capilla de Nuestra Señora de Loreto. Tres años después -esto es en 1648- un pariente mandó hacer un sarcófago de piedra para colocar los huesos, dicen que los hallaron hecho polvo menudo, pero el biógrafo aclara que esto no fue verdad, pues en las futuras exhumaciones se encontraron huesecillos y huesos grandes, de los cuales aún existen reliquias importantes en Quito y en varias ciudades de Italia. Su actual bóveda funeraria, hecha de plata y pedrería, es regalo personal del Arzobispo González Suárez en 1912.

<sup>54</sup> En criptas de iglesias romanas, hemos podido ver reliquias de ella identificadas. En Quito por ejemplo los jesuitas guardan de manera privada en su convento un gran hueso largo de la santa.

- 15) Quizás los honores más altos, aunque desconocidos, sean los hechos de tener altares propios en la iglesia del Gesú en Roma y en Loyola (Vizcaya).

## Las cosas entre 1946 y 1951. Postgrado en Quebec

En el mes de julio de 1946 -es decir a pocos días de ordenado- había que tomar una decisión vital: ¿a dónde cursar estudios de postgrado?. El Padre Lunter había querido que fuera a estudiar Historia en Alemania, pero había fallado el proyecto, de tal manera que quedaban libres Roma, Lovaina y Quebec. Quizás en su interior el joven sacerdote quería París, pero la obediencia religiosa impedía tal cosa.

*De manera general las destrucciones de la reciente guerra me ponían en sobreaviso con respecto a Europa. Roma me dio miedo, era una ciudad experta en hacer obispos y solo esa posibilidad me aterraba. Lovaina estaba destruida, no me quedaba otra cosa que Quebec, en Canadá.*

En agosto de ese año se matriculó en la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad de Laval, donde se hizo muy querido por sus compañeros. Poco después sus superiores, viendo sus amplios conocimientos, le nombraron profesor de Literatura Sudamericana y Castellana, épocas desde las cuales puso en el tapete de la modernidad a nuestro Juan Montalvo.

Los cursos regulares duraban tres años, pero ya en 1948 debía escoger el tema de la tesis. Su profesor Edfer Munzer le insinuó: Análisis comparativo de las doctrinas de Maquiavelo y de Lenin.

Para prepararse debidamente pensó que la historia es primero y en el verano del mismo año 48 viajó a Washington, a la Academia de Estudios Históricos Franciscanos, donde tuvo el placer de ver copiado en microfilm todo el Archivo de la Orden en Quito, así como muchísimos documentos traídos desde el Archivo de Indias de Sevilla. Era el más joven de los investigadores y en ese preciso año nació un proyecto que habría de concluir 50 años más tarde: la biografía de Fray Jodoco.

En realidad solo los grandes maestros logran enseñar que todo

apresuramiento es malo, la vida es demasiado corta para satisfacer tantas demandas, parecería que la biología solo da tiempo para un solo y grande proyecto. La juventud parece eterna y las fuerzas de la misma, igual, pero es una simple entelequia, de allí el viejo apotegma: “Si el joven supiera“ (es decir el joven que todo lo puede, es un ignorante total)..... “Ah, si el viejo pudiera” (el que ya es sabio, ya no va a poder hacer ni concluir nada).

Hace muchos años, un día le reté:

Usted es un sabio, comparta lo que conoce, publique. Me respondió: “No, primero se debe aumentar lo que usted llama sabiduría. Quizás para publicar ya no hay tiempo”.

La tesis le tomó cerca de dos años, prácticamente todo 1948 y todo 1949. Se leyó más de 60 biografías de Lenin, al que llegó a conocer en profundidad. Deseoso de que no se le escapara ningún detalle alrededor de los dos personajes claves de su trabajo, llegó al fondo de las cosas con Maquiavelo y con Jerónimo Savonarola, el dominico italiano que quiso restablecer una Constitución casi teocrática y murió quemado por hereje a los 46 años, en 1498. Nicolás Maquiavelo, nativo de la misma Florencia, tenía solo 29 años cuando la quema de su paisano del que indudablemente fue mucho más trascendente pues nadie puede dudar de su calidad de historiador y de patriota. Penosamente es el padre de la política de casi todos los tiempos: la astucia y la hipocresía, tan normales en los políticos, sobre todo en los de derecha, son hijos totales de Maquiavelo. Otro personaje que Moreno estudió a fondo fue Lutero, ese personaje rígido de Alemania, que alucinaba con la facilidad más grande, le encantaban las excomuniones y las quemas y vivió solo 63 años, era uno de esos grandes desequilibrados. Alemania y Florencia estaban formando parte ya de la estructura interna del sabio ecuatoriano.

El verano del 49 volvió a investigar en Washington y al regreso a Quebec obtuvo el doctorado en Ciencias Sociales. La primera mitad del año 1950 siguió en Quebec, pero en el verano volvió por última vez a la Academia de Washington. Ya tenía decenas de legajos de anotaciones. En octubre del 50 se le nombró profesor de Lengua y Literatura Francesas en la Universidad laica de San Buenaventura en Olean, cerca de Washington. A los 28 años conoció su primer sueldo como civil: empezaría entonces la historia de la generosidad que podría convertirse en derroche y eso bastante a menudo.

## EL DESEO DE VOLVER AL ECUADOR: 1951 A 1956

Las raíces atraen profundamente pero, además, en su caso, las órdenes de los Superiores fueron determinantes. A fines de 1951 regresó al Ecuador y sería por muy largo tiempo el sacerdote de moda en la ciudad, se unían en él la simpatía personal, la erudición, la oratoria, el gracejo...

Pensó que le nombrarían Director del Archivo de su comunidad, pero se equivocó totalmente: se le destinó tres años a ser imprentero en compañía del español Cirilo de la Pedrosa en la imprenta Fray Jodoco Ricke, sin duda la mejor de la ciudad; debía además dar clases de Sociología, Psicología, Historia de la Iglesia e Historia del Arte a los novicios. Él por su parte encontraría dos caminos luminosos: oír música y buscar fuentes afectivas maduras por fuera del convento.

En su Orden, que busca la humildad por sobre todas las cosas, aquello de ponerle junto a los linotipos al Doctor en Ciencias Sociales, era sí una labor más que de humildad, de humillación. Quizás debió ser transitoria, pero fue larga.

Pero en la dialéxis que tiene la existencia, el mismo año de 1951 conoció a Rigoberto Correa Vásquez, el enamorado de la construcción de la Basílica, su grande amigo durante alrededor de 35 años. Lo primero que le dijo Agustín fue:

*Debes desmontar los terrenos que dan hacia la calle Venezuela y construir allí tiendas.*

Fue la misma época que conoció a varios universitarios de la Católica, que por entonces tenía su sede en la calle Bolívar y Venezuela. Le impactó Jorge Salvador Lara que tenía 25 años, este hecho lo recordaría al presentar la obra "testimonio", en mayo de 1974.

Un año después, José Abel Váscquez Andrade, párroco de Santa Rosa

en Tungurahua, le invitó a conocer su parroquia: tenía un bello cuadro de la Virgen de la Elevación, a quien le había rebautizado como Santa María de Ambato. Cultísimo, sensible, indomable, impetuoso, parecía un Cardenal del Renacimiento. Enemigo atroz del Cardenal De la Torre, era el párroco “negro” frente a la jerarquía de la Iglesia Católica, pero nadie podía discutir de su talento y de su hombría de bien. Era además poeta y de los buenos, sarcástico en grado eminente. Desde esa visita se convirtió en el hermano fraterno de Agustín. Veinte y ocho años exactos, hasta la muerte de Vásconez, en 1980, definieron una de las mejores esencias de vida. Varias veces se unirían en Santa Rosa y luego en Píllaro aquel dúo de quijotes que dejaban alumbrada a la comarca y a veces asustada.<sup>55</sup>

Un día, Moreno le hizo la pregunta del caso a Vásconez, hablando de un sacerdote cuya conducta resultaba especial por decir lo mínimo:

*José Abel, ¿ cómo te explicas la conducta del susodicho ?*

*Verás, le contestó Vásconez, fulano tiene una alianza curiosísima: posee la humildad del franciscano con la astucia del jesuita.*

El año 1952 le trajo otros placeres grandes: se hizo amigo de Remigio Romero y Cordero, que para fray Agustín es el poeta más grande que ha dado el país y que le hizo objeto de sus cuitas, de sus amplísimos dolores de enorme esteta; y se hizo amigo del genealogista y gran restaurador de arte don Cristóbal de Gangotena y Jijón, magnífico copista, además de las mayores obras en las que uno pudiera pensar. Remigio le regaló el inédito Romancero de San Francisco que, 60 años después, Juan Cordero Iñiguez le ofreció publicar y entregarlo en manos del Papa actual, acompañado “obviamente” de fray Agustín.

De la amistad con Gangotena nació un hecho crucial: este le invitó a asistir los sábados de 1953 a las sesiones de la Academia de Historia en las caballerizas de la Casa de Villacís, por detrás de La Merced. Eran sesiones luminosas, sin orden del día, sin siquiera actas, donde cada uno de los historiadores iba topando diferentes tópicos. Era un lujo oír a Carlos Manuel Larrea, Juan León Mera Iturralde, Isaac Barrera, Ángel Isaac Chiriboga, José María Vargas o José Gabriel Navarro. De cada sesión se salía iluminado. Al final de todas las sesiones Cristóbal de Gangotena le llevaba a sus

---

55 Testimonio de Pablo Balarezo Moncayo, Ambato 1983-84.

habitaciones en el lado sur de la plaza de San Francisco, allí le mostraba las maravillas que tenía. A mediados del 53 empezó a sentirse muy mal de salud, una gangrena empezó a quebrarle la vida.

1954 fue otro año crucial: nombrado Director de la imprenta franciscana, estuvo dos años en este cargo, planificó entonces la edición en cien volúmenes de una Biblioteca de Cien Autores Nacionales, hasta llegó a importar el papel. Pero finalmente al Provincial le dio miedo y el proyecto quedó decapitado. El mismo año –recuerda- llegó a Quito el famoso sacerdote francés Bertrand de Marjerie, famoso por mil razones, entre otras porque en 1931 había dado sus sermones en la Catedral de Notre Dame en París luciendo una vigorosa oratoria. Un joven de 38 años, llamado José María Velasco Ibarra, no se perdía uno solo de esos sermones. Quien hizo de guía turístico de Marjerie fue el padre Moreno. Cuando el aludido presidente Velasco lo supo, le invitó a un almuerzo a nuestro biografiado. Al oír un comentario de Moreno, levantó el dedo y exclamó: “Señor, usted es un hombre justiciero, justiciero, señor...” “Nada pudo halagarme tanto”, ha dicho varias veces Agustín Moreno.

El 12 de diciembre de 1954<sup>56</sup> asistió a la inauguración de la nueva Catedral de Ambato, obra ejecutada en el gobierno de Galo Plaza, presidente al que mucho le debía Ambato. El obispo Echeverría Ruiz hizo un brindis original: “Brindo por la madre de esta Catedral, que es el Dr. Velasco Ibarra”.

Velasco ejercía el poder por tercera vez y en su discurso se contagió de la amnesia del prelado.

Su biógrafo Pérez Pimentel escribió del Obispo: “lo aprecian por su tesón para conseguir imposibles”<sup>57</sup>. Y este olvido, desde luego, era uno de ellos.

El año 56 dejó de ser Director de la Imprenta de su Orden, pero siguió de profesor de los coristas franciscanos, dignidad que la mantuvo hasta 1960. A partir de ese año 56 se incorporó a las labores de la Casa de la Cultura, cobrando gran amistad con Luciano Andrade Marín, Francisco Terán y el Cnel. Ángel Bedoya, todos ellos más enamorados de la geografía que de la historia.

---

56 Irving Zapater: Imágenes del Ecuador en el siglo XX, Banco Central, Quito 2003, pg. 216.

57 Rodolfo Pérez: Diccionario, tomo 1, Guayaquil 1985.



## LA PRIMERA ENTREVISTA. 1956

Agustín Moreno conocía, como sacerdote, a varias familias de Cayambe, como los Espinosa Jarrín, los Jarrín Jarrín, etc. En julio de 1956 se casó Juan José Villacreses Terán, riobambeño y candidato a cuñado de Oswaldo Jarrín Jarrín, con Cecilia Paz Darquea, quiteña e íntimo miembro de mi familia materna. Meses después -creo que en octubre- se casó Oswaldo en el santuario de Guápulo con Rosa Villacreses Terán, hermana de Juan José. Gabriela Burbano Escudero y yo fuimos escogidos para llevar los aros de los novios. El padre Agustín Moreno, entonces de 34 años, sería quien celebraría el acto eclesiástico.

Oswaldo Jarrín, según lo previsto, debía esperar a la novia en el altar a las 11 de la mañana. La novia estuvo puntual, pero el novio no aparecía. Se hacían todas las conjeturas posibles, inclusive la posibilidad de huída. La novia estuvo al principio en su vehículo acompañada de nosotros, pero luego de una hora se cansó y decidió entrar ella primero a la Iglesia. El padre Moreno estaba ya sentado en el altar mayor, mientras los chicos -Gabriela y yo- nos dedicamos a jugar con el vestido de la novia. Lo subíamos, lo bajábamos, nos reíamos, llegamos a meternos debajo del mismo. Se hubiese esperado que el sacerdote nos reprendiera. Pero él gozó: "Haber, haber, decía".

*Y gozaba como un niño.*

*Creo que en ese momento se convirtió en mi amigo.*

Oswaldo llegó a la una de la tarde. La tardanza se debió a un asunto de zapatos. Los nuevos que le habían comprado le quedaron pequeños, así que fue a buscar unos adecuados. Tenía el pie enorme y creo que no los halló con facilidad. A los años me parece que quizás se tomó dos wiskys; en todo caso, dos horas de espera eran y son aún, cosa grave.

Me conmovió -a pesar de mis siete años- el carácter del sacerdote, su risa, su alegría, y su inmensa capacidad de espera. Otro hubiese renegado de la vida o por lo menos de la profesión. Y otro detalle: se negó a posar en la foto ritual con novios, padrinos y pajecillos, es por ello que el recuerdo en imagen está incompleto.

## DE 1957 A 1963. EPISODIOS DE DOLOR

A partir de 1956, cuando había cumplido los 34 años de edad, se nota en Agustín Moreno una especie de decapitamiento de sus alas, si bien vivía interesado en el arte ecuatoriano y universal, en la persistente compra de libros históricos y de arte, en sus periódicas visitas a Ambato a José Abel Vásconez, en sus labores en el profesorado y en la Casa de la Cultura, parecería que ese inmenso fuego interior hubiera cedido el paso a un aplanamiento relativo. Corresponde a esa época el descubrimiento histórico del primer místico ecuatoriano: el quiteño fray Juan de la Cueva y Galarza.

Las noches le tomaban en vela hasta las tres de la madrugada, siempre leyendo y releendo, meditando profusamente en sus lecturas. Alguna vez, examinando en detalle la *Bibliografía Ecuatoriana*, obra en varios volúmenes de don Carlos Manuel Larrea, encontró un artículo de Tobías Torres sobre la sepultura de Atahualpa. Nació entonces otra de sus obsesiones: hallar tumba y tesoro del malhadado Inca. Tomando en cuenta a los cronistas más serios, trató de hacer un cronograma exactísimo de cómo el cadáver totalmente momificado salió desde Cajamarca y cuándo debió ser que la comitiva recibió la noticia de la salida de las tropas de Benalcázar desde Piura y la fecha probable en que se encontrarían estas “manos a boca” con el cortejo fúnebre, que habría obligado a una sepultura de emergencia en la actual provincia del Chimborazo hacia abril de 1534 y que coincidía con la tesis de Torres. Ha puesto en nuestras manos varios papeles y documentos al respecto que no puedo publicarlos hasta no contar con su autorización.

A partir de 1960 y de seguro entusiasmado con el nuevo triunfo “del doctor Velasquito” retomó otras vías intelectuales. Fue por entonces que el Dr. Eduardo Batallas, gran cronista taurino y médico del convento, le instó a publicar cosas en “últimas noticias”. Aparecieron 5 artículos sobre tópicos desconocidos alrededor de la fundación de Quito, y sobre el casi ignoto primer viaje de Benalcázar a Quito en 1534. De allí vino la amistad con Luis Bossano, otro erudito sobre Benalcázar, con la circunstancia de que ambos

estudiosos tenían gran inquina contra el conquistador, hombre en realidad enormemente despiadado, como muchos de esos centauros. Cuando en la década de 1980 ambos se enteraron que venían genealógicamente de Benalcázar, bajaron en algo la guardia <sup>58</sup>.

En 1962 empezó a asistir al Círculo de la Prensa, del que pronto sería Vicepresidente; para entonces, casi todas las entidades de cultura le habían llamado a pertenecer a su seno: la de la Casa de la Cultura de la que llegaría a ser el Director de la sección de Historia y Geografía, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, la Sociedad Bolivariana, los Institutos Sanmartiniano y O. Higginiano, Comendador de la Orden de Caballeros Sebastián de Benalcázar; etc.<sup>59</sup> .

Pero, ¿ valieron de algo estas membresías ? En la mayor parte no. Más bien le hicieron daño, pues multibifurcaron sus actividades, convirtiéndolas en sociales y dejando casi abandonadas las realmente culturales.

A principios de 1963 tuvo una severísima decepción y es uno de los pocos dolores del que siempre se ha negado a hablar; sigue siendo, a los 50 años transcurridos, una herida sin cerrarse. Tomó entonces una decisión: dejar para siempre el Ecuador....

Un día, hace poco me llamó al teléfono: “Oiga Fernando, tanto tiempo que no ha llovido. ¿ Qué año recuerda usted fue aquel en que viajé a Washington destrozado el quorem ?”

---

58 Pueden verse: Los descendientes de Benalcázar en la formación social ecuatoriana, tomos I al IV, Quito 1985 en adel. Colección SAG.

59 César Alarcón: Diccionario Biográfico Ecuatoriano, 2ª. edición, 2010.

## OTRA VEZ WASHINGTON: 1963- 64

La capital de los Estados Unidos le atraía en grado superlativo, estaba en esa edad llamada “el Demonio de Medio Día” que en realidad son los 40 y no los 50 años, como muchos lo creen. Dio salida entera a su madera de investigador, volvió a revisar los archivos franciscanos que estaban filmados, además iba con frecuencia a la Biblioteca del Congreso en Washington, a la sección Manuscritos. Tenía ahora varias inquietudes precisas:

Estudiar el llamado Libro Becerro de las Notarías del Perú, para seguir la pista al cadáver de Atahualpa.

El estudio de los cinco clérigos que participaron en Cajamarca, sobre todo al famoso Diego de Loayza, que era un mitómano y salvó de la picota a fray Vicente Valverde.

Ahondar en el conocimiento de fray Marcos de Niza, en el cual es, sin duda, una autoridad mundial (Tiene concluido su estudio pero, infelizmente, todavía no ha sido publicado).

Estudiar a los fundadores de Quito, que antes fueron vecinos de Centro América, estudio para el que le fue necesario investigar los 12 tomos de la Colección Somoza.

Estudiar a fondo nombres y personalidad de todos los clérigos y frailes presentes en el Ecuador en el siglo XVI.

Cobró gran amistad con el sabio peruano Guillermo Lohmann Villena y se valió de la ayuda de 12 investigadores con quienes compartía hallazgos de la manera más amigable y digna.

Fueron dos años de un auténtico postgrado en Historia del siglo XVI, todo 1963 y todo 1964, por eso es que sus noticias de la dictadura militar, que se inició el 63 y duró hasta el 66, son más bien escasas. La herida necesitó dos años, no para curarse ni cerrarse, simplemente se alivió. Otra vez vino la añoranza, ese amor insustituible al país y decidió volver. Era fines de 1964.

## EL REGRESO DEFINITIVO AL PAÍS: 1964. UNA DÉCADA ESPECIAL. LA REVOLUCIÓN CULTURAL EN 1971 Y 1972

Volvió con unas ganas incontenibles de fundirse con el país. Se reintegró enseguida a la Casa de la Cultura y logró que Alfredo Chaves Granja -su primo 2º por la línea de Granja Proaño-<sup>60</sup> trazara un gran programa de homenaje a fray Vicente Solano, por el centenario de su muerte. Agustín ha considerado a su cofrade franciscano una de las grandes glorias del país. (En los períodos de Galo René Pérez y de Edmundo Ribadeneira Meneses, fue miembro del Consejo Directivo de la Casa de la Cultura).

En 1965 apareció su trabajo: “Cien preguntas sobre los orígenes franciscanos en el Ecuador 1527-1571”.

Después, esa especie de burocracia cultural le ensombreció de alguna manera, se me vuelven tenues los años 66 y 67. Alguna vez, presentando un libro de Plutarco Naranjo, se le encomendó al Dr. Julio Tobar el que presentara al padre Moreno. El sabio jurista se extendió demasiado en su intervención y habló hora y media sobre Agustín. Este vibraba de una mala emoción, pues inclusive se rayaba su propio sentimiento de humildad y de dignidad personal. Esa noche, cuando llegó a su celda, hizo un juramento que lo mantiene a medio siglo de aquello: “En adelante siempre escribiré prólogos cortos y hablaré solo lo que sea necesario.”

Pero este hombre sabio que todo lo sabía, hasta 1968 no había conocido Europa. ¿Era descuido o mala fortuna? Quizás nadie lo sepa. En el verano de ese año, el Ministerio de la Cultura de Bélgica le formuló una invitación de ocho meses, para que visitara los archivos belgas y estudiara a cabalidad a fray Jodoco y los suyos. Fue sin duda, uno de los mejores premios recibidos. Recorrió antes de iniciar el trabajo, España, Portugal, Francia e Italia, y la propia Bélgica. En Sevilla fue a visitar a José Manuel de la Peña y Cámara, Director del Archivo de Indias, cuya biografía sobre el famoso

---

60 Carlos Proaño Galindo: Proaño, la descendencia de taita Antonio Proaño Cevallos, Ibarra 1982.

don Juan de Ovando se la sabía casi de memoria. Peña se quedó encantado y le agasajó en su casa. Le puso además a las órdenes los materiales del archivo. En esos días tomó notas de muchos legajos sobre el siglo XVI, de manera especial sobre Pasajeros a Indias.

Fue conferencista en la Sociedad Geográfica de Amberes, en el Museo de América en Madrid -por invitación del embajador Ignacio de Urquijo- y en la célebre Sorbona de París. En esta última se dio un caso especial: el aula destinada a la conferencia resultó estrecha y los asistentes debieron sentarse en el suelo para escuchar absortos al ilustre fraile.

La entidad a la que más se vinculó fue la Universidad de Lovaina y a su Archivo, allí varios investigadores le ayudaron a transcribir los documentos del siglo XV, sobre los Ricke y los Marselaer. En el futuro y entre 1970 y 80 estaría tres veces más en los archivos belgas.

Pero la experiencia fue básica: en los próximos 40 años se dedicaría a otra de sus funciones básicas: tocarle al mundo especial con sus propias manos. Había aparecido ahora el gran viajero.

En 1970 y 1971 volvió a Europa con el padre Rigoberto Correa, asunto que volveré a comentar con más más detalles oportunamente en este trabajo. En el primer viaje compró en Madrid una bella Virgen de la Paloma, destinada al Museo del Filanbanco, que luego hizo su pequeña historia.

En 1970 dejó la Casa de la Cultura cuando Velasco se proclamó dictador. Al salir a la calle, no se dio cuenta que llevaba en sus manos un trabajo inédito de Carlos Emilio Grijalva, que una hora antes se le había entregado para que emitiera un informe previo a su publicación. Decidió guardarlo modosamente, antes de que se perdiera en alguna bodega, en algún tablero o que acaso su nombre fuera tapado con un estiker que establecería al “nuevo autor”. Varios años después y en una visita mía al convento, me preguntó: “ De dónde viene pues su merced ?”

Contesté: “De la casa del Dr. Guillermo Grijalva, hijo de don Carlos Emilio, el sabio carchense. Está preocupadísimo pensando que el manuscrito que entregó a la Casa de la Cultura, acaso se hubiese perdido para siempre”.

Sonrió con la malicia de un niño. “Espere -me dijo y puso el manuscrito

en mis manos- hasta anoche lo estuve releendo de nuevo. A mí Grijalva me encanta.”

Parecía cosa de encantamiento.

En el título de este capítulo he hablado de revolución cultural e insisto en ello: Agustín Moreno no era capaz, no ha sido capaz de golpear puertas para pedir nada. Y eso no ha sido humildad, sino orgullo y quizás miedo a recibir respuestas negativas. Pero en 1971, Hugo Moncayo Veloz, Director del Archivo Municipal de Quito y de la revista Museo Histórico, le tomó gran cariño y le insistió: “Tienes que publicar, la próxima vez vienes con un artículo tuyo.”

No hubo lugar a réplica alguna<sup>61</sup> .

La invitación dio resultado: en 1971, el número 50 de la afamada revista “Museo Histórico” traía un artículo del esquivo fraile: *Nuevos datos sobre la fundación jurídica y real del Quito Hispánico*. Moncayo le habló a Jorge Salvador, Director del Boletín de la Academia de Historia, para que le invitara a Moreno a colaborar y fue así como en 1972 aparecieron dos trabajos de Agustín: *La batalla de Pichincha y su proyección histórica*, y *El influjo de Pedro de Gante en la cultura de Sudamérica*.

Después algo pasó con Moncayo, sin que eso signifique enojo. Mientras tanto, la colaboración con la Academia fue incrementando, pero más dando bienvenidas a los nuevos socios, antes que colaborando con el Boletín. A este hombre había que exigirle. Pero había que saber hacerlo.

En julio de 1971 celebró los 25 años de sacerdocio; en esa ocasión, José Abel Vásconez le dedicó unos versos precisos:

*Contemplo yo la copa de fino bacará  
Por tus manos trizada: tu destino  
Y vuelvo la mirada  
hacia Aquel que es vida,  
verdad, camino.  
Y a su copa escanciada por ti  
estos cinco lustros*

---

61 Testimonio de Hugo Moncayo al autor, Quito 1971.

*y a su fulgor divino, tu estrella del destino  
despedazada y rota, no fue sino:  
Un manojo de estrellas diminutas despetaladas  
para alfombrar de nuevo tu camino.*

A fines de agosto de 1971 <sup>62</sup> Salvador Allende, Presidente de Chile, visitó Quito. Lo recibió el presidente Velasco en su quinto y último mandato, que fenecería en febrero del año 72 por el golpe del General Rodríguez Lara. La Universidad Central, clausurada el 22 de junio de 1970, había sido recién reabierto para los universitarios de la época y para la gente en general, esa visita fue en extremo agradable: Allende tenía un enorme carisma.

Es poco conocido que una mañana Allende visitó el templo y convento de San Francisco y que, obviamente, el cicerone fue Agustín. En el patio principal y debajo de un árbol, el chileno le refirió a Moreno un detalle familiar:

*Mire Padre, mi madre era devotísima y poseía un Cristo del taller de Caspicara; que, ¿ cómo lo tenía ?, pues eso no lo sé. Es lo cierto que cuando fui electo Presidente, me lo obsequió y me pidió que lo tuviera en mi despacho personal. Iba a visitarme con cierta frecuencia y sabe, se dirigía directamente al Cristo al que lo besaba devotamente y decía en alta voz: Primero Él y después tú, el Presidente.*

Yo me quedé bastante pensativo, ha dicho varias veces el biografiado.

La reunión anual de la Academia Nacional de Historia, el 10 de agosto de 1972 en el Hotel Colón fue, para mí, sencillamente inolvidable. Ese día -aunque no había cumplido 23 años- se me incorporó a dicha entidad.

Dos personas nos sentíamos como peces fuera totalmente del agua: Luis Robalino Dávila en sus 90 años y yo con algunos menos. Le busqué la punta a la conversación y se rompió el hielo. Ese día el fraile dijo algo básico y en muy alta voz:

*Debemos publicar si no los tres primeros tomos de bautismos del Sagrario, por lo menos el uno. Es una de las maneras de romper tanta bobada alrededor de la pureza racial.*

---

62 Irving Zapater, oc. 302.



Por entonces fue invitado al Congreso Mariano en Ratisbona (Alemania) y disertó sobre El cultivo de la humildad en la Virgen Santísima. Al final del evento recitó en italiano parte del último Canto del Dante, en homenaje justamente a la Virgen. El Cardenal Ratzinger (más tarde Papa Benedicto XVI) que estaba en su trono, se sintió sobrecogido, bajó de su estrado y abrazó calurosamente al sacerdote ecuatoriano.

### El singular año de 1973. Otros sucesos en 1974

Quizás fue el año más fundamental en su vida, pues en él aparecieron con muy poca diferencia cronológica dos de sus textos fundamentales: *Quito Eterno* y *Caspicara*.

Sobre *Quito Eterno*, la apreciación del académico Luis Octavio Proaño, expresada en el boletín 171-172 de la Academia de Historia, puede resumirse así:

Es muy válida la Introducción para conocer los orígenes auténticos de Quito.

El hecho de ser una publicación con abundantes fotografías a colores y en cuatro idiomas, le dio una inmensa originalidad y con ella enorme popularidad, pues fue comentada favorablemente por la prensa de cinco ciudades del país. La obra se agotó de inmediato.

El estilo literario es impecable.

Sus estudios sobre organización y traza de la ciudad son alumbradores.

Con respecto a la obra sobre *Caspicara*, ella ha merecido críticas favorables, sin faltar la de personas expertas en arte colonial que consideran que se ha inflado el número de obras atribuidas al gran artista indio, pero lo importante es ver, a través de esta obra, la magnífica producción de la Escuela Quiteña, sobre todo en lo que se refiere a las imágenes de los Niños Dioses.

Hace poco, y conocedores de que se preparaba la segunda edición de estas obras entre la Academia de Historia y el Dr. Silvio Heller, puse a las órdenes los datos inéditos que conservo sobre Caspicara. Penosamente no pudo llevarse este proyecto a la realidad.

Veamos otros tópicos de este año.

En 1973, el Comandante Vicente Saona Saona, que había luchado con Alfaro desde 1895, celebró su centésimo cumpleaños <sup>63</sup>. En la fiesta estaban dos poetas muy conocidos: Enrique Noboa Arízaga y Carlos Manuel Arízaga, se les pidió improvisaran versos dedicados al homenajeado, fray Agustín se incluyó. Mientras los graves poetas pedían papel y tinta especial, amén de varios whiskys, el franciscano tomó un periódico del día y en las márgenes fue elaborando un soneto. Cuando los tres leyeron su producción, quizás la más elogiada fue la obra del franciscano.

El 21 de mayo de 1974 lo vi en la Casa de la Cultura, en el lanzamiento de la obra *Testimonio*, de la autoría de Jorge Salvador. Lo vimos demasiado eufórico y generoso: hablando de todos los ancestros “santos” de Jorge anunció que pronto sería Presidente del país. Lo colocó además entre los siete más grandes polígrafos del país. El discurso se editó en el *Boletín de la Academia de Historia*, número 123 de julio de 1974.

Para 1974 se incorporó como profesor en la Academia Diplomática y a ella la sirvió durante 16 años; trabajó junto a Alfredo Pareja Diezcanseco y Eduardo Larrea Stacey. Una de sus áreas específicas fue la de examinar a los aspirantes al servicio diplomático. Alguna vez, para 1990, lograron descubrir que las designaciones se hacían a sujetos vetados por el tribunal. Moreno y Larrea renunciaron inmediatamente.

---

63 Archivo de Miguel Saona Roca, Guayaquil, 2011.

## 1975 Y EL DESCUBRIMIENTO DE LOS RESTOS DE GARCÍA MORENO

En Quito se creaba el **Instituto de Historia Eclesiástica**, del cual el P. Moreno sería uno de sus fundadores. Varios hechos se fueron concatenando en el transcurso de esos años.

El presidente García Moreno fue inhumado en las criptas de la Catedral de Quito, el 9 de agosto de 1875, en medio de la discreción más grande<sup>64</sup>. Hasta ahí se conoció del tema pues luego un silencio verdaderamente sepulcral invadió las conciencias. Y frente a ese silencio, surgieron las mitomanías<sup>65</sup>.

Muchos años después se supo y mediante documentos de la más auténtica raíz que, en abril de 1883, el canónigo José María Terrazas mandó recado a la viuda de que retirara el cadáver del famoso Tirano <sup>66</sup> que, al parecer, estaba en el altar de San José según don Antonio Benites <sup>67</sup>. La familia política, exhumado su cadáver, lo habría colocado en dos ataúdes, uno de madera y otro metálico, sepultándolo finalmente en una cripta secreta de la iglesia de las monjas catalinas, a las cuales la familia Ascázubi -de donde salieron las dos esposas del mandatario- les tenían gratitud y extrema confianza<sup>68</sup>. El secreto lo sabían los exhumadores: el cuñado Ignacio del Alcázar Ascázubi y don Rafael Varela Yépez. Varela mantuvo el secreto, Alcázar se lo pasó al Arzobispo de la ciudad y al hijo único de García Moreno: Gabriel García del Alcázar. De tal manera que era un secreto que, además del hijo, lo conocían el Arzobispo y la Superiora de las monjas catalinas.

García Alcázar murió de manera intempestiva en agosto de 1931<sup>69</sup>, pero le había confiado el secreto a su empleado y hombre de su total confianza,

64 Wilfrido Loo: *García Moreno y sus asesinos*, 1ª ed, Quito 1975.

65 Laura Pérez de Oleas Zambrano: *Tradiciones quiteñas*, Quito, ed. 1964.

66 Severo Gómez Jurado: *Vida de García Moreno*, tomo XI, pg 59 del Apéndice.

67 Id, pg. 63.

68 Id, tomo IV, primera parte.

69 Diario El Comercio, 31 de agosto y 1º de sbre de 1931.

el señor José María Lazcano Orbe. Por otro lado, parece que los arzobispos se olvidaron de la transmisión, de tal manera que hasta 1964, los únicos poseedores del dato eran: la monja, el señor Lazcano y un amigo de este<sup>70</sup>.

Es sabido, por otro lado, de la enorme devoción -gravísima y parcial por un lado, maravillosa por otra- que el jesuita Severo Gómez Jurado tuvo por todo lo relativo al ex Presidente. Casi 15 volúmenes dan fe de ello. Preguntó cuantas veces pudo, el lugar de la sepultura pero nadie lo sabía. El único que decía conocerla era el padre José Joaquín Flor Vásquez, que la había obtenido de descendientes directos de García Moreno<sup>71</sup> y que a la postre estuvo equivocado. Un día Lazcano le dijo que él conocía el sitio, pero que se moriría sin avisar “por respeto a su patrón”. Gómez Jurado le pidió al arzobispo Muñoz Vega que citara a Lazcano a confesión del secreto y fue así como se obtuvo el dato. Ahora- pasado 1964- lo conocían ya cinco personas en Quito: arzobispo, monja, biógrafo, Lazcano y el amigo ignoto de este.<sup>72</sup>

Al acercarse el centenario del asesinato -1975- el asunto se volvió más intrigante para quienes tenían gran admiración por el mandatario. Uno de ellos era el padre Jesús Rigoberto Correa Vásquez, Director de las obras de la Basílica Nacional. Para él era una obsesión llevar los restos de García Moreno a una capilla especial de la Basílica<sup>73</sup>.

Otro de los interesados -y desde años atrás- era el padre Julio Veintimilla Araúz, párroco de San Marcos. No sabemos cómo se enteró que los restos estaban en Santa Catalina, quizás se lo pasó el dato el padre José María Vargas, capellán de las monjas, quien había oído el dato, aunque las monjas lo negaron porque no era el Superior<sup>74</sup>. Lo cierto es que, ya en época del cardenal De la Torre, hacia 1960, se usó un detector de metales en busca del cofre metálico.<sup>75-76</sup>

70 Severo Gómez Jurado: oc. tomo XIII, pg. 68 y 69.

71 Archivo del padre José J. Flor Vásquez, a cuya gentileza en julio de 1975 debemos su revisión total.

72 Id a la nota 7.

73 Informes del padre Correa a la Comisión histórica de la Basílica, que funcionó en Quito de 1980 al 82.

74 Id a la nota 7.

75 Jaime León Ramírez: Dónde está el cadáver de García Moreno?, revista Vistazo, 214, Guayaquil, marzo de 1975, pg.- 30

76 En 1973 investigamos asiduamente en el archivo parroquial de San Marcos, cuando aún el Dr. Veintimilla era el párroco. Conservamos apuntes adicionales sobre el suceso que no se transcriben para no alargar la narración.

El 6 de noviembre de 1972, el aludido Gómez Jurado acompañado de Cristóbal Bonifaz Jijón -sobrino bisnieto político del mandatario- y del padre Enrique Soria, tuvieron una larga entrevista con la más anciana y curiosa de las catalinas: sor Ana María Arroyo. Ella les reveló que la monja Hortensia Noboa Espinosa le señaló el sitio preciso, poniéndose ella encima.<sup>77-78</sup>

El periodista Jaime León Ramírez, de Vistazo, sacó una larga entrevista y en ella se pudo ya anunciar oficialmente que los restos estaban en ese convento. Lo que no se sabía es el sitio exacto<sup>79</sup>. El sitio decían saberlo tres sacerdotes de autoridad que aseguraban estaba bajo el presbiterio, sin certezas que lo fundamentaran, pues la exhumación se realizó en 1895; el cura Terrazas a quien le señalaban como adicto garciano, era todo lo contrario, de tal manera que su testimonio nunca se conoció si era verdadero. El cardenal Muñoz Vega formó una comisión para que investigara el suceso: la integraban entre otros, el padre Correa -como jefe de la misma-<sup>80</sup> y Agustín Moreno.

Meses antes del Centenario, el padre Gómez Jurado se apersonó de nuevo en el convento y logró que la Superiora volviera a señalarle el sitio preciso, aunque finalmente se dieron tres teorías distintas.

Entre marzo y abril del 75 se trabajó febrilmente en tal búsqueda, pues en casi 90 años, la tradición de las monjas se había vuelto confusa.

El 10 de abril de 1975 se reconocieron los corazones de García Moreno y de Checa en la iglesia del Buen Pastor. El corazón del gran Tirano había estado en poder de su concuñada Ana Linklenter de Alcázar, quien lo regaló al Buen Pastor<sup>81</sup>. Alrededor de 15 personas vinculadas al Conservadorismo estuvieron en este acto. Seis días después el cadáver fue descubierto en la iglesia de las catalinas. El descubrimiento estuvo a punto de fracasar, pues el Cardenal dio la orden de suspender la búsqueda, pero sor Juana de la Cruz Pozo invitó a los pocos asistentes (Correa, Padre Tomás Valdivieso; sor Luisa Palacio y Francisco Salazar, entre otros) a seguir adelante. A las 5 de la tarde, un trabajador llamado Manuel Oña encontró una calavera.

77 Id a la nota 7, pgs 69 y 70.

78 Más datos sobre la monja Noboa en: Los Noboa de la Sierra, colección SAG, Quito diciembre de 1985, cap del Cnel. Fidel Noboa Andrade.

79 Id, a la nota 9.

80 S. Gómez Jurado: tomo XIII, 72.

81 Severo Gómez Jurado: Vida de García Moreno, XI, pgs. 57 a 59 del Apéndice.

Enseguida se descolgó Salazar y sacó un frasco<sup>82</sup>. El padre Correa llamó urgente al teléfono del padre Moreno, estaba feliz y le dijo: Pepe, venga urgente al monasterio, quiero que usted sea el primero en ver los restos.<sup>83</sup>

Agustín ha dicho:

*Tenía yo un gran terror de que nos equivocáramos y quedáramos en ridículo, como pasó con los militares y los restos de los supuestos próceres en 1972<sup>84</sup>, así que lo examiné cuando aún estaba en la fosa y no me quedó la menor duda de que era don Gabriel.*

El jueves 18 de abril -dos días después del hallazgo- fue la exhumación formal ante 15 religiosos y 15 civiles, entre ellos algunos médicos. Llamó la atención la abundante pilosidad del mandatario y la largura de sus extremidades; un antropólogo que los miró, exclamó: Aquí, hay huellas de origen africano.<sup>85</sup>

Consultado el gran genealogista Pedro Robles Chambers opinó: Sí, García Moreno tenía de Plaza y los Plaza de Guayaquil tienen una veta africana, en el resto, el ex Presidente tenía sangre europea.<sup>86</sup>

La revista Vistazo de agosto del mismo año resaltó su enorme trabajo, lo cual era justo. En ella apareció el padre Moreno rezando compungido ante el cadáver del grande y polémico ecuatoriano.<sup>87</sup>

El padre Gómez Jurado, el día 6 de agosto de 1975, sacó a luz el volumen XI de la biografía de García Moreno con un apéndice casi póstumo, dando cuenta de los hallazgos de corazón y cadáver.

---

82 Id. tomo XIII, pg. 74.

83 Id. a la nota 10.

84 Engañados por una dama ibarreña, los militares dijeron haber descubierto en las criptas de El Tejar los restos de los héroes del Pichincha. El análisis científico hizo Ma. Angélica Carlucci, gran arqueóloga, quien dijo que aquello era ridículo, pero se ocultó su información para no dañar la fiesta. Me tocó ser el desfacedor de entuertos y a través de los diarios de Quito y Guayaquil, demostré la farsa que se tejía. Fue aquello en mayo de 1973.

85 Testimonio del jurista Dr. César Dávila Torres.

86 Testimonio de Pedro Robles al autor, Guayaquil, septiembre de 1979. El ex mandatario tenía también varias vetas indígenas, en meses próximos y en nuestro trabajo UN ACTOR DE CAJAMARCA Y SU FAMILIA, daremos abundante material inédito.

87 Jaime León: El secreto de García Moreno, Revista Vistazo, Guayaquil, agosto de 1975, pgs. 34 a 37.

El mismo biógrafo editó en 1981 su postrer volumen, dedicando un capítulo entero al asunto restos.

Hace algunos años se editó un trabajo que no decía las cosas con la justicia que se debía; el padre Moreno se indignó, en él no aparecen para nada ni Gómez Jurado -el gran actor- ni León Ramírez. Le invité a escribir en el boletín de la Academia, del que fui su Director en los años 2001 a 2004, pero se negó. No se olvide que soy franciscano y que debo sembrar la paz y la mansedumbre. Mi genio y mi carácter me piden que me lance como un león, pero debo sobreponerme.

## EL ORADOR. DE LA ELOCUENCIA A LA PREDICACIÓN

Jorge Salvador Lara, en una sesión de la Academia de Historia exclamó:

*El padre Moreno tiene mucho de Cicerón: la elocuencia, la riqueza de la imaginación, la flexibilidad en la expresión, la abundancia de datos ofrecidos, la memoria insuperable, la gracia, la seducción frente al público; la habilidad en el razonamiento metódico y justo, le hacen único. Añádase a eso, la pureza y la elegancia con la que maneja el idioma de Castilla. Parece un alumno del padre Jorge Chacón.*

*Qué cosa del Jorge, exclamó el padre Moreno, pero eso del Jorge Chacón.... nada jabón. El jesuíta es jesuíta y yo soy franciscano.*

Y creo que el biografiado tenía totalmente la razón: el padre Chacón hacía honor a la Orden a la que pertenecía, era totalmente medido en la mayoría de ocasiones, el padre Moreno en cambio ha hecho honor al manejo de la elocuencia, él sabe deleitar, hace reflexionar gratamente con su verbo, conmueve a las gentes, las impresiona, jamás dice una misa sin sermón y en este introduce elementos laicos, políticos, de ocasión, etc.

¿ Cuáles son las características de su oratoria ?:

La dicción, notablemente pura y clara.

El manejo del doble sentido, muchas veces de la ironía y alguna vez del sarcasmo, en cierto grado que, en tratándose de un sacerdote, sorprende. Evidentemente es un sarcasmo muy bajo, no hiere, no profana. El doble sentido en tratándose de un sacerdote, huele a pequeñísimo sacrilegio, a uno casi infantil.

Enunciar o tratar temas rojos o rosados con gran elegancia.

El hecho bastante común de que puede hablar sin papeles, a pesar de su edad.



Su capacidad de elogio, lo cual conmueve a la familia o amigos del homenajead.

Su predicación religiosa no va a la reprensión, al regaño o a la enmienda.

Hay muchísimos ejemplos sobre su calidad de expositor, otra de sus originalidades es que cuando no improvisa, lleva el discurso a mano, escrito en el reverso de papeles religiosos de misas y obligaciones. En otras se adivina la mano de una secretaria, mitad amorosa y mitad ignara, que podría escribir “amor con h y huevo con g”.

Reproducimos en esta obra cuatro de esos discursos:

La bienvenida al historiador marxista Elías Muñoz Vicuña, a que se mire la apertura ideológica de su intelecto.

La bienvenida a Hernán Rodríguez Castelo.

A pedido de Plutarco Cisneros, la presentación de dos libros de la autoría de quien escribe estas notas, para que se valore cuánto puede jugar la amistad en él, es decir, la historia de los afectos; y,

El último expresado con vibrante voz en agosto del 2013, a sus 91 años, y en honor del Arzobispo de Quito.

Debemos comentar algunos detalles de los dos primeros y del cuarto discurso:

La Academia se trasladó a Guayaquil el viernes 24 de noviembre de 1989 para recibir a Muñoz Vicuña en su propia casa. Con la altura y erudición que Elías tenía empezó haciendo el elogio del historiador de extrema derecha Wilfrido Loor, dijo que gracias a él en el siglo XX se sabía más sobre Alfaro y García Moreno, que lo que sabían sus contemporáneos en su tiempo. Recordó además que en 1944 los diputados comunistas votaron a favor de que Loor fuera designado Ministro de la Corte Suprema, pues eran tiempos de absoluta dignidad.

Agustín Moreno trató en su discurso varios tópicos: llamó a González Suárez el mayor y el más completo de nuestros historiadores, verdad absoluta pero

que llamó la atención, pues en 1988, luego de la muerte del padre Vargas y en acto en homenaje a éste en la Universidad Católica, había despotricado totalmente contra el ilustre historiador, lo cual no tenía otra “lógica” que desagruar a los dominicos (enemigos totales de González Suárez), sin duda aún heridos por la muerte de Vargas.

Recordó que Muñoz había publicado 23 libros de su autoría y por sobre el centenar de ensayos menores, llamando la atención los dos tomos que suman más de mil páginas, las Obras Completas de Alfaro (que constituyen un mentís para los que pensaban que don Eloy era un analfabeto). Hizo además relación a que Muñoz Vicuña estudió, con gran equilibrio, a figuras de la derecha política, como el obispo Luis de Tola y el Hermano Miguel y elogió el olvidado trabajo del Dr. Pablo Arturo Suárez: Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas, que lo convirtieron en un adelantado de la izquierda ecuatoriana. Al terminar su discurso, el franciscano dijo algo básico: algún día se escribirá la Historia completa de nuestro pueblo, tema que era ya una de sus grandes obsesiones.

Un año después, el 22 de mayo de 1990, Hernán Rodríguez Castelo se incorporó como miembro correspondiente a la Academia. En su discurso recordó que las dos Academias -de la Lengua y de la Historia- habían sido fundadas por el rey Felipe V de España en 1714 y 1738, respectivamente. Aunque no lo dijo abiertamente, el mensaje era claro: las Academias tenían un origen en la realeza europea, de ahí su olor a conservadorismo durante 300 años. La Ecuatoriana de la Lengua se había fundado en 1875 con 14 miembros de número. Buen matemático, Moreno Proaño advirtió que en más de cien años el país había crecido en población unas 15 veces, insinuando que deberíamos tener ya unos 200 académicos de la Lengua. Desde los oyentes se pudo concluir que quizás el hecho grave es que los ecuatorianos nos hemos olvidado de hablar un buen y correcto castellano.

Hernán Rodríguez fue, desde niño, brillante y destacado. En 1947, a los 14 años, había publicado **La clase de historia**, como vaticinando una de sus pasiones. Pues en realidad Hernán ha tenido cuatro grandes, en su orden cronológico: catedrático, periodista, literato de propia creación e historiador.

Haciendo gala de que quien recibe debe conocer totalmente a quien se da la bienvenida, Agustín recordó varias publicaciones de Hernán escritas en en

sus años mozos y las que luego lo configuran como uno de los académicos de más sólido prestigio en el mundo intelectual, nacional e internacional.

De manera general dijo del nuevo académico:

*El consagrar la vida entera a la gran empresa (expresión del propio Hernán) de historiar, leer y juzgar todo lo que se ha escrito en el Ecuador y por ecuatorianos, es tarea que hasta aquí va cumpliendo Rodríguez Castelo con gran lucimiento y para merecer la gratitud de la patria y de la estirpe hispánica.*

Años más tarde haría referencia a la fecunda y profunda obra de Hernán, acrecentada con el transcurso de los años.

En la presentación de monseñor Trávez hizo una visión internacional y nacional sobre la historia de la Iglesia, pero quizás lo más llamativo fue una página final con datos inéditos acerca del primer Obispo de Quito, monseñor García Díaz Arias. Y como queriendo que el tiempo dejara de contar, alertó sobre las conmemoraciones que debían realizarse los años 2017 y 2018. Se le escapó una: los 500 años del nacimiento de Teresa de Ávila, tan pero tan vinculada a América, en especial a Ecuador y al sur de Colombia.

## **Los años de 1976 a 1980. La declaratoria de Quito patrimonio de la humanidad**

La amistad del franciscano con ese benemérito ciudadano que fue el Arq. Rodrigo Pallares Zaldumbide se remontaba por lo menos a inicios de la década de los setenta. Veamos cómo lo refiere nuestro biografiado:

*Debió ser 1972 cuando tuvimos una grande judiada: se hizo una Exposición de Arte fuera del país, fue muy famosa, logré que nuestra Comunidad prestara para ello piezas de incalculable valor. Al regreso varias estaban rotas. Fue una pérdida gravísima.*

*Hacia 1974, el Instituto Ítalo Latino Americano pidió a Rodrigo Pallares, entonces Director de Patrimonio Artístico (lo fue de 1973 al 77), que Ecuador participara en una reunión internacional. Rodrigo habló conmigo, pedía mi ayuda para llevar las mejores piezas de San Francisco,*

*pedí para ello permiso a mis Superiores, pero le advertí a Rodrigo que debía cuidarlas como a hijas propias a las piezas.*

Rodrigo Pallares, a pedido de Jorge Salvador, describió detalladamente en la revista *Museo Histórico* número 65 del año 2002 cómo fue el proceso que permitió que Quito alcanzara el honor de ser declarada la primera ciudad Patrimonio de la Humanidad. El fichaje de base fue obra de la señora Ximena Escudero (pag. 209 del Informe).

Entre 1973 y 1978, Rodrigo, como Director de Patrimonio Artístico, con oficinas prestadas en el convento de San Agustín, había hecho una labor titánica, ayudado por sus ayudantes. Tenían identificadas ya 35.000 obras de arte. En septiembre de 1978, numerosos países presentaron las candidaturas de 69 bienes culturales de primer orden, Rodrigo expresó, cuando le homenajé en el Centro Cultural Metropolitano, una noche de diciembre del año 2004:

*Se me ocurrió adjuntar a los documentos numerosos ejemplares de la obra QUITO ETERNO, obra de Agustín Moreno. El resultado fue espectacular, los miembros del Jurado decían: " Si esto es Quito, es una verdadera maravilla".*

*Por eso considero que fue valiosísima la ayuda de este libro y que es muy justo que tú agradezcas también al padre Moreno. Fíjense que el primer lugar obtuvimos Quito con su Centro Histórico y la bella Cracovia y Roma, que es lo mejor del mundo, perdió su candidatura. Confieso que esto nunca lo entenderé.*

## EL ASESOR DE LA BASÍLICA SOBRE TODO EN EL PERIODO 1980 AL 82. EL MAUSOLEO DE LOS PRESIDENTES. LOS AÑOS SIGUIENTES.

En junio o julio de 1980, gracias a Sara Argüello de Villacís, cobré amistad con el padre Jesús Rigoberto Correa Vásquez y pude descubrir entonces que mientras Agustín Moreno era el idealista que ponía proyectos magníficos sobre el tapete, Correa era el sabio ejecutor. Confieso que jamás había visto una amistad tan bien fajada y conformada.

En las tres décadas anteriores, aunque con bastante lentitud, ya se habían hecho varias cosas importantes. Y la lentitud obedecía sobre todo a que faltaba el dinero. Esa construcción tenía enemigos importantes y sus argumentos eran válidamente dobles: no era dable construir, en un país tan pobre, una Basílica millonaria, en tanto varios arquitectos opinaban que “en algún temblor o terremoto, esa Basílica de agujas góticas va a volar y se van a encontrar con las torres en la plaza de San Blas, luego de hacer destrozos a granel”.

Pero el padre Correa era cañarejo y por lo tanto ternejo, él no cedía ante nada, solo se reía.

Hemos dicho ya de la idea de Moreno de abrir tiendas a la Venezuela para tener rentas menores, pero rentas. Pero lo importante fueron los viajes a Europa de los dos amigos: en 1970 y 71. En el primero, a visitar modosamente las catedrales góticas españolas y tomar modelos de las mismas, y luego las de Inglaterra. Al llegar a Madrid, estuvo en el aeropuerto el ex embajador Ignacio de Urquijo, quien le pidió a Agustín el dar una conferencia a los diplomáticos. Moreno habló sobre las cuatro raíces del arte ecuatoriano: la indígena, flamenca, española e italiana. El auditorio quedó encantado.

En el segundo viaje contrataron al conocido escultor Agustín de la Herranz Matorras para que elaborara la Virgen alada de Legarda que debía situarse en la cima del Panecillo, lo que permitiría que el sacerdote celebrante en

la Basílica tuviera una visión directísima a la estatua en acto oferente muy simbólico y bello. Años antes, Correa había hecho una encuesta contando con el apoyo municipal para ver a quién se homenajeaba en esa colina tan quiteña: Atahualpa o la Virgen. Dicen que ganó la Virgen.

Correa aprovechó mi presencia y la de Francisco Salazar Alvarado para formar el Comité Histórico de Asesoramiento de la obra de la Basílica. Moreno insinuó el nombre del hermano Eduardo Muñoz Borrero y yo, el de Jorge Moreno Egas. El primer trabajo encomendado fue hacer un listado de los 250 ecuatorianos más notables para que sus bustos sean trabajados y colocados en hornacinas alrededor del templo. La idea a todos nos pareció genial y además muy original: los santos iban a ser los grandes civiles.

Pero hacer el listado y ponernos de acuerdo, no era cosa fácil: dividimos nuestra historia en alrededor de diez épocas y en cada una de ellas debíamos seleccionar a diez ecuatorianos de primera. A veces el número sobrepasaba al cupo y venía la criba, una criba en veces heroica. Analizando y discutiendo con gran camaradería, las cosas avanzaron hasta cuando llegamos a Alfaro. Fue el padre Correa el que tuvo dos argumentos a favor: la valía del Mandatario y el hecho de haber apoyado económicamente a la construcción de la Basílica. Francisco Salazar objetó airado: “Señores, ahí sí que no..... ¿Alfaro aquí en la Basílica?, no señores, me opongo totalmente y ustedes tendrán que darme la razón.”

Y no se la dimos, el padre Moreno y yo, sobre todo, nos mantuvimos firmes en nuestros argumentos pero fueron necesarias varias sesiones para demostrar la valía de este hombre, haciéndole conocer a Francisco que muchos de los “errores” acusatorios contra don Eloy, fueron obra de sus subalternos. Además, toda revolución tenía y tiene hechos de violencia; cambiar, modificar necesitan una buena dosis de ajuste rápido. Revoluciones con besitos no las habíamos conocido. Se aprobó al final incluir a Alfaro, con el voto en contra del Lcdo. Salazar.

Asunto capital fue para Correa y Moreno la construcción del Mausoleo de los Presidentes de la República, es decir lo que podría llamarse el Panteón Nacional. En 1980 se hallaba prácticamente terminado y lo que se necesitaban eran los cuerpos o los restos.

En cuanto a los mandatarios fallecidos en Quito la cosa no parecía

complicada, pero se decidió empezar por los guayaquileños y fui yo el comisionado -por mis amistades en ese puerto- de tomar contacto con los respectivos familiares y obtener su autorización para el traslado a Quito. Pedí la colaboración del Cronista de Guayaquil, el Dr. Rodolfo Pérez Pimentel. Los resultados fueron dramáticamente espantosos:

Varios parientes de Rocafuerte dijeron que el gran mausoleo para el Presidente hecho en el Cementerio General no podía quedar vacío y cuando el padre Correa insinuó que podían repartirse los huesos, les pareció ridículo y sacrílego. Les dimos la razón.

Luis Noboa Ycaza, bisnieto de Diego Noboa y cronista de la familia, manifestó que desde don Diego hasta la actualidad, los Noboa no han querido jamás a Quito, por lo tanto no era el sitio adecuado para descansar.

Francisco Urbina Ortiz, nieto del General Urbina, manifestó que era imposible. Al exhumársele al General unos años atrás, se había encontrado el cadáver totalmente reducido a polvo, se negaba a que ese polvo viajara a la capital.

Pedro Robles Chambers, bisnieto del presidente Robles, se opuso totalmente al traslado.

Eloy Avilés Alfaro, gran amigo personal y de mi familia, dijo textualmente:

*Encima de que lo quemaron en Quito, ¿quieren ahora llevar las cenizas calcinadas a la misma ciudad?. Ni hablar.*

Y para Baquerizo Moreno, Lizardo García, Estrada, Tamayo, los resultados fueron muy pero muy parecidos. Conservo todas las respuestas, siempre afectuosas, pero firmes.

El padre Correa no se enojaba, se reía de cada negativa, las tomaba como “pruebas de Dios”; algunos creyeron era una muestra del “regionalismo atroz”. He pensado desde entonces que más justo sería hablar de un hondo amor a Guayaquil.

Como quedaran pues muchas tumbas vacías, empezaron a llegar los palanqueos: el abuelito que había sido 12 horas Encargado del Poder, el

militarote que dio determinado golpe de Estado y así “señores de conducta política dudosa” empezaron a honrar ese templo cívico.

Como un paréntesis de ese tiempo, debo referir un hecho que demostraba la nobleza de alma de Agustín Moreno: un día le visitaba en la portería del convento y lo encontré ocupado con una chica joven que lloraba profusamente. Cuando salió me dijo:

Esta pobre ciudadana está encinta y el padre del hijo se niega a darle ayuda. Me he comprometido a pagarle todos los gastos de la gestación y el parto. Después ya veremos. ¿Sabe Fernando ?, es un placer enorme ayudar a la gente en estas situaciones, no es la primera vez que la vida me pone en estas condiciones y de hecho las seguiré viviendo.

## Los años 1983 al 1986

Varios hechos significativos se dieron en esos años:

El hospedaje en el convento de San Francisco del famoso chileno Gabriel Guarda, padre de la genealogía en el sur de Chile.

En octubre del 1983, la celebración de los 90 años de Luis Alfonso Ortiz Bilbao que, al Vaticano un mes después, pasó a presidir la Academia de Historia por viaje de su titular, Jorge Salvador.

En esos meses, de noviembre del 1983 a septiembre de 1984, la Academia tuvo una intensa actividad. Por los diversos desplazamientos que debimos realizar a varias ciudades del país, me fue posible conocer más la calidad humana de Agustín. José María Vargas, Jorge Villalba, Luis Octavio Proaño, compusieron un grupo alegrísimo. ¿Estaba la derecha política en todo su apogeo? Quizás. Pero más creo que era una élite cultural religiosa dirigiendo la Academia. Era lo que había querido Jorge Salvador.

En 1984 Agustín pasó a ocupar la Vicepresidencia del Instituto de Cultura Hispánica, cuando el Director lo fue Enrique Muñoz Larrea.



Jorge Salvador retornó en septiembre de 1984. El nuevo presidente, León Febres Cordero, no quería al Dr. Salvador y dilató la ratificación de su nombramiento como Embajador en el Vaticano. Jorge, en esas circunstancias, se sintió muy dolido. En la Academia, días antes habíamos acordado designar como titular al padre Vargas. Pero vistas las circunstancias que atravesaba Jorge, Agustín se conmovió y dijo algo bello:

*Cuando un amigo está en problemas, la obligación es ayudarlo. Y si ese amigo está en oposición personal a una figura de autoridad y ha caído en desgracia frente a la misma, la posición amistosa debe ser doble. Soy 34 años amigo de Jorge, él será nuestro Presidente.*

Y así lo decidimos.

La visita del papa Juan Pablo II al país, a fines de enero de 1985, posibilitó la reunión de los intelectuales y académicos en la iglesia de La Compañía.

Agustín intervino, en el Instituto de Cultura Hispánica en 1985, en la presentación del notable historiador español Dr. Alfonso de Figueroa.

En 1986 realizó la presentación del Epistolario de Manuela Sáenz en Cataguango, y, ese mismo año, recibió la oferta amistosa de sufragar la edición de una obra sobre los Proaño que no se concretó. Sobre ese tema me comentó: “Sabe, los Proaño pesan mucho. Es mi madre y mi abuelo Miguel Ángel....”

## EN EL CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA SOCIAL DE 1986 Y SU EXCELENTE TRABAJO: “EL MESTIZAJE SEGÚN LOS CRONISTAS”

Debió ser marzo de 1986 cuando en una sesión de la Corporación Amigos de la Genealogía, en casa de Gustavo Vásconez Hurtado, Agustín Moreno comentó que:

*Los conceptos de historia y de genealogía deben cambiar sustancialmente: qué bobera decir que historia es el recuento de los sucesos pasados, a quién se le ocurrió semejante cosa ¡ Y las barbaridades que se dicen de la palabra genealogía ! Yo creo que la genealogía moderna o la historia social, que es lo mismo, debe ser definida como la ciencia que estudia todo ese inmenso material humano que ha producido un país, nada de nobles ni de indios, todos, absolutamente todos. Sí señor....*

Entre los días 20 y 23 de noviembre de 1986 se realizaron en Quito las primeras Jornadas Internacionales de Historia Social con representantes de varios países de América y Europa. La Casa de Sucre, el Museo Jijón de la Católica y la Hostería Chorlaví en Ibarra fueron los testigos geográficos de tan magno como único suceso. La ponencia número 14 la presentó el sábado 22, por la tarde el padre Moreno, y versó sobre “El mestizaje según los cronistas”, la cual se publica in extenso en este volumen.

Al margen de la picardía con la que trató varios tópicos de su ponencia y que hizo la delicia de muchísimos de los concurrentes, el Padre Moreno dio y sentó verdadera cátedra de erudición y magnífico criterio. Valga referirnos a varios de esos tópicos:

Con gran conocimiento de España, el conferencista la llamó –citando a Ángel Ganivet- el sitio donde han ido a apaciguarse las grandes culturas de la humanidad y recordó que Andalucía o Vandalucía era la tierra a donde llegaron justamente los Vándalos, uno de los pueblos bárbaros procedentes del centro y del norte de Europa.

Al referirse a la migración española a América en el siglo XVI, son conocidos los nombres de 45.000 conquistadores. Fray Agustín calculaba que debieron ser como 200.000 los migrantes, de los cuales solo el 20 o 25% debieron sacar pasaporte para su paso respectivo. La cifra puede variar, pues en muchas ocasiones el porcentaje de pasajeros registrados no alcanza sino al 5 o al 10%.

De allí la sorpresa de muchos ilusos que buscan a sus antepasados en esas fatigosas listas de Pasajeros a las Indias y no las hallan, creándoles el complejo de pensar que sus ancestros pudieron ser indígenas o acaso provenir de los esclavos desconocidos. Complejo angustioso motivado por el prejuicio y la sinrazón.

Un criterio que los oyentes, y luego los lectores, lo valoraron de verdad, fue la apreciación sobre los mestizos de primer grado: “Nació un estrato que, según cuál de los progenitores cuidara del vástago, pasó por español o por indio, o las más de las veces por mestizo”.

Los estudios hechos en los últimos años demuestran la validez de este aserto: muchos de los vecinos del siglo XVI, hablan solo de su padre en los testamentos; en Quito y en el sur de la Nueva Granada, son madres indias ocultadas, pues esos mestizos preferían sentirse cuasi españoles como el padre. Había empezado la negación de la evidencia.

Habló también, citando al sabio español Nicolás Sánchez Albornoz, de la “masa humana” indígena que se desplomó en América a raíz de la conquista, asunto considerado el más grave de toda la humanidad. Y que esto lo diga un español, vale mucho, porque abandona la defensa de lo propio en gesto ético y, además, justo.

Y citó fuentes textuales sobre la blancura de las mujeres indígenas del Caribe, más claras que muchísimos de los españoles que venían cuajados de las sangres mora e ibera, que eran oscuras. Y habló de los refajos en que venían envueltas las españolas de ese siglo, frente a la visión cautiva de las indígenas, muchas de ellas casi desnudas y coquetas. Cieza de León confesará, entre líneas, en su Crónica, los sitios del actual Ecuador donde halló “a las mujeres más amorosas”. Con esto Moreno Proaño quiso decir que la violación no fue lo que se impuso, sino una biología vigorosa de ambos lados del mar. Añádase a esto la visión de Luis Andrade Reimers

para Ecuador y Perú: a la llegada de los españoles, un millón de viudas poblaban el Tahuantinsuyo, luego de las guerras entre Huáscar y Atahualpa.

El franciscano insistió en que la llamada Relación Sámano-Jerez empezó a escribirse en Atacames y la llamó la piedra angular de la nacionalidad ecuatoriana.

Resulta revelador el dato de que Huayna Cápac aún estaba vivo en agosto de 1527 y así se desprende de las cuentas que hace Fray Agustín historiando el encuentro de Tumbes, cuando el Gobernador inca de Tumbes fue agasajado por Francisco Pizarro. Y habla además de Pedro Halcón, un hombre de poco juicio en criterio del mismo Pizarro y a quien -digo- habría que catalogarlo como el padre del pendejismo nacional.

Vale la pena referir que un día después de la ponencia, todos los congresistas viajamos a Ibarra al día final del evento. Alguien insinuó mencionándolo que como notable filólogo podría estar en desacuerdo con el padre Moreno. Sentado este en la última fila del autobús, exclamó con fina gracia: No, fulano no es filólogo, sino filático.

El terremoto del 5 de marzo de 1987 le afectó notoriamente. Construcción tan vieja como el convento de San Francisco, no solo que sufrió los embates del sismo, sino que hizo vivir a los frailes situaciones dramáticas:

*Las tablas de los pisos del segundo piso, vibraban de manera imparable, se veían a las torres como si se toparan con otras estructuras, sentí por primera vez, y de manera precisa, la sensación de muerte, me arrodillé y me dispuse a morir.*

Tengo pequeñas lagunas entre 1988 y 1997, pues ambos nos perdimos un poco.

Conozco que para 1989 estuvo en unión de algunos miembros de la familia Proaño Puente en París y en Rusia, le fascinó el Kremlin.

## 1992: El viajero de los 500 años

En 1991, el sabio médico español Pedro Laín Entralgo, Presidente de la Real Academia Española de la Medicina, estuvo en Quito buscando las huellas de Eugenio Espejo. Se quedó fascinado de la charla con el franciscano y con motivo de los 500 años del descubrimiento le invitó a participar en el Congreso Mundial de Medicina, a celebrarse en la isla de la Gomera en las Canarias, de donde partió la expedición de Colón en 1492. El número de rusos y de japoneses asistentes fue altísimo. El padre Moreno cerró con su Oración el evento internacional.

El mismo año 1992 recibió también la invitación de la Academia Venezolana de la Historia para honrar el evento internacional. Su ponencia versó sobre “Los Franciscanos en América”.

En diciembre de 1993, acompañado de dos de sus alumnas, visitó Tierra Santa.

Estimulado por el hecho de saberse descendiente de Benalcázar, hacia 1995, visitó Chiapas. “Quería transmutarse a la época misma de la conquista”. Con un guía especial avanzó seis horas a caballo. Quería encontrarme con la Candonga, ha dicho varias veces con mucha gracia.

## 1996 y la inauguración del museo del Filanbanco

No puedo hacer una estricta reseña cronológica porque desgajaría conceptos que necesitan de la unicidad: desde la década de 1970 Nahim Isaías, Gerente de Filanbanco, le había pedido al padre Moreno su colaboración para formar un Museo de Arte y le otorgó carta blanca para hacerlo realidad. En una docena de años se compraron 7000 piezas de arte, es decir a promedio de 700 por año y de 60 por mes. Recuerdo que en los años 1979 y 1980 -a mi vuelta de Europa- visité varias veces a fray Agustín en las oficinas de ese Banco, en las calles Guayaquil y Briceño. Buena ayudante en la adquisición fue la señora Sara de Villacís.

Obviamente las piezas tenían diferente calidad artística- El calculaba un avalúo legal en 400 dólares por pieza, cifra que luego fue -a nuestro

entender- alargada en forma monstruosa por un técnico español.

Lo cierto que dedicó un cuarto de siglo para hacer realidad el proyecto de la entidad bancaria que hoy constituye el Museo Nahim Isaías de Guayaquil. De esa parte de su vida él rememora algunos datos y anécdotas. Para muestra, una que refería con enorme gracejo:

*En el año 1971 viajamos a Europa con el padre Correa, en mi ausencia se había hecho un inventario de la colección que ya había en el Banco. A mi regreso encontré algunas barbaridades, por ejemplo, a la Virgen de la Paloma que la compré en Madrid, se la había catalogado como Santa Catalina. Claro, la persona que lo hizo, jamás había oído ni visto ninguna clase de paloma.*

El Museo de Filanbanco se inauguró en 1996. Para celebrar el acontecimiento se editó un libro de la autoría de fray Agustín que recoge las imágenes artísticas más representativas. A partir de la grave crisis que afectó a la entidad bancaria, en 1999, trajeron a un técnico del Museo del Prado quien avaluó la colección en 200 millones de dólares, es decir 70 cuadros en dos millones, asunto hiperbólico y mañoso.

En 1996 celebró sus 50 años de sacerdocio; el Papa, en ceremonia especialísima, invitó a 3000 sacerdotes de todo el mundo que celebraban parecido aniversario. Pudo entonces concelebrar en el propio Vaticano y junto al Pontífice. Se le nombró entonces Arzobispo de la remotísima Samarkanda y este hombre especial dijo que no, simplemente no.

## LA OBRA CUMBRE DE 1998 SOBRE FRAY JODOCO

*Los juicios de los hombres son engañosos y deben ser tenidos en nada.*

Carta de Fray Jodoco al Oidor Diego Vásquez de Cepeda, 1546.

Cita en pág. 350 de la obra que comentamos.

Varios de los amigos teníamos casi perdida la esperanza de que algún día saliera a luz la biografía del célebre franciscano. Al fin, en octubre de 1998, en un volumen de 422 páginas y con el auspicio de Filanbanco el público pudo tener en sus manos lo que realmente creemos que es su obra cumbre: Fray Jodoco Ricke y Fray Pedro Gocial.

Con prólogo del cardenal Echeverría, la obra tiene un ajustado plan científico y metódico que a críticos severos, como Alfonso Ortiz, les ha hecho exclamar, en la pobreza de bibliografía que tenemos sobre el Quito del siglo XVI: “esta obra del padre Moreno llena un vacío enorme y contribuye con datos muy importantes”.

La originalidad descansa incluso en el hecho de haber eliminado las notas de pie de página para huir de los ladrones intelectuales, getto cada vez más notorio en un país en que ser honesto constituye casi un deshonor.

La obra contiene sentencias de rigor tal como está en la pág. 49: “No todas las verdades de la historia o de la biografía constan en documentos”.

Aclara de una vez por todas la fábula de que el franciscano y Carlos V fueran hermanos, pero si que fueron compañeros de clase en la Corte de Malinas y los profesores fueron comunes. El belga tuvo adecuada formación musical, pues parece que fue alumno de Juan de Anchieta; este dato es básico pues rescata el origen de la gran formación musical de Quito en el XVI.

Inclusive a nivel gráfico los aportes de esta obra son de enorme validez,

tal el posible retrato de Pablo de Rickie, hermano de fray Jodoco, de quien hemos demostrado que existe larga familia en el Ecuador, entre ellos el general Leonidas Plaza Gutiérrez.

Experto en la lectura y cuidadoso análisis de los “Documentos Inéditos para la Historia de Nicaragua” obra de Vega Bolaños y en su similar para Colombia, obra de Juan Friede, así como en obras europeas tan raras como de altísima calidad, revela cosas básicas para nuestra historia. Por ejemplo, en la página. 108 consta un relato del padre Herborn de 1532 en su obra “verdadera relación de las nuevas islas recién descubiertas”:

*Tumbes fue conquistada hace año y medio, sin combate alguno porque espontáneamente se sometieron al Emperador y al Cristianismo. Antes de que allí se predique la Fe, había muchos monasterios de vírgenes a las que ningún hombre se acercaba, ni siquiera el padre ni la madre; eran cuidadas por solo dos ancianas y únicamente ingresaban allí las vírgenes purísimas. Tenían una imagen de oro de 5 pies de alto (1.40) en figura de Virgen y con un niño en sus brazos. La llamaban Merea. Y a ella ofrecían incienso, la honraban y le pedían favores. Y si les dolía un pie o una mano, ofrecían un pie de oro o una mano de oro a la imagen y así obtenían la salud.*

¿Corresponderá a una antigua enseñanza del apóstol San Bartolomé que es fama que estuvo en América ?

Pone sobre la tela el problema de la defección de Lutero que habría incentivado a formar una nueva Cristiandad en América.

No puede dejar de lado el problema de Atahualpa: su rescate lo calcula en 52 millones de dólares y revela la carta escrita por los Oidores de Santo Domingo al Emperador Carlos, en diciembre de 1533:

*Escriben que traía 47 cántaros de plata y 35 cántaros y ollas de oro, que en cada uno de ellos cabe 6 o 7 arrobas de agua; y así mismo, que traía una estatua de hombre, toda de oro y plata, a semejanza del cacique Atahualpa.*

En el viaje de Nicaragua a Tumbes, fray Jodoco y sus compañeros, hicieron 6 semanas, eran 400 pasajeros a bordo de seis barcos “gentes del pueblo,



hombres y mujeres” según el diario de fray Jodoco, a más de 44 caballos, chanchos, perros y gallinas.

Cuando conoció el norte del Perú y luego el actual Ecuador, su diario tiene datos sorprendentes: el camino del Inca tenía 7 metros de ancho, cada dos a cuatro millas habían palacios y albergues para el hombre común. Y seguramente al pasar por Callo hace esta relación:

*Las salas que yo he visto dentro, tienen una longitud admirable de 300 pasos, más que 600 pies. De estos, muchos han sido quemados, sea por los cristianos, sea por los mismos indios. A pesar de eso, las paredes quedan como recuerdo (pg. 166).*

Fray Jodoco entró en Quito en diciembre de 1535 y aquí se quedaría 35 años. Dice haber encontrado una sola casa con oro y varias decoradas en plata, y, que varias casas y palacios están conservados, es decir que la quema de Rumiñahui o fue falsa o fue solo parcial (página 181). En la página 182, Moreno señala que Rumiñahui hizo desaparecer el cadáver de Atahualpa en las orillas de Liribamba, asunto luego interpretado de diferente manera.

Hay que leer párrafo por párrafo e irse nutriendo de meditaciones y análisis: Sebastián de Benalcázar se reservó en el Quito urbano el repartimiento de los indios cañaris, antiguos mitimaes puestos por los incas (página 187). Mi observación es la de que los cañaris estaban en Santa Bárbara, de acuerdo a las investigaciones de Hugo Burgos, por eso el hispano tomó casa a orillas de la actual Olmedo, el límite de esa repartición india.

Por supuesto, el primer trigo no se sembró en el sitio del monumento a Ricke en la plaza, lo fue en el cementerio, actual jardín del museo. ¿Por qué en el cementerio? Habría que entender que a esa fecha de seguro aún no era osario.

La obra está llena de detalles: las primeras vacas llegaron de España en 1536 por obra de Núñez de Bonilla y parecería que el nuevo acueducto- construido sobre el incaico- y la creación de la fuente en el sitio de Las Llagas es obra del mismo fraile flamenco. Y hasta en lo culinario hay aportes: la pimienta de las Indias era el ají de los indios, sin éste, ellos no probaban bocado.

El biógrafo revela, de nuevo, la concesión de tierras a los yanaconas o sirvientes de los franciscanos en 1558 por mano de Gil Ramírez Dávalos y cuyos títulos se remontaban a 1538.

Unas tierras “en la otra parte del río” donde vivía Francisco hijo de Atahualpa, allí eran los antiguos depósitos de los Incas. Por río hay que entender a la actual 24 de Mayo, de tal manera que el hijo del Inca vivía al sur inmediato de la quebrada, junto a San Francisco, encima de la hermita regalada por Martín de Mondragón. No podemos dar la localización exacta.

Juan de Larrea les regaló un pedazo de tierra donde empezaban a sembrar en 1558, lindaban con la mano izquierda de la acequia que venía del Cerro de Huayna Cápac, es decir se llamaba así la altura de la actual Rocafuerte, vale decir el sitio del Penal.

Tierras en Cumbayá, regaladas por Germán Alemán Magdalena, hermana o hija de Atahualpa, vivía en el convento con su hijo Túpac, el cura los trasladó a Cumbayá y Lumbisí, antiguas tierras privadas del Inca.

El hermano español Alonso de Baena trajo las primeras abejas y en 1566 empezó la cervecería del convento.

Un dato básico para Otavalo y que lo cita en la pág. 221 de su obra:

*Los angos de Sarance-Otavalo, eran en la América del Sur los más destacados indígenas por su cultura, sus tradiciones, su amor al trabajo y sus costumbres refinadas en muchos puntos, pudiéndose decir que esta familia en el antiguo Perú, podría ser comparada con la de los Habsburgo en Europa.*

El libro sigue volviéndose agradabilísimo para quienes lo leen y al erudito le siembran mil reflexiones, inquietudes y cosas novedosas, tal que en una carta de 6 de marzo de 1536, Ricke dice que Atahualpa exterminó hasta los niños de pechos de la raza cañari. Esto merece una amplia reflexión, pues entonces, ¿de dónde descienden los actuales grupos humanos de Cañar y de Azuay ?. ¿De expresos mitimaes peruanos ?. Sus apellidos no estarían a favor de esta última tesis.

De ese siglo XVI, en que las noticias suelen ser tan parvas por la grave desaparición de muchísimos documentos, cualquier dato nos abre los

ojos: un cacique de Otavalo en 1539 se llamaba Tytarco. O, aquella otra contenida en una carta de Pizarro de 1539, en que dice que la Gobernación de Quito solo tiene seis ciudades: San Francisco, Santiago (Guayaquil) y Puerto Viejo y al norte: Villaviciosa de la Concepción (Pasto), Popayán y Cali, demostrando así la falsía de quienes pretenden sostener que en esos años ya estaban vivas ciudades como Latacunga y Riobamba, como si ser más antiguos señalaría algo realmente válido.

¿De dónde salió la primera y rica platería del templo quiteño ?. Pues de las minas del cerro Tungurahua y de Patate. Y, ¿ cuáles fueron los primeros cementerios de Quito ? Fray Agustín contesta en la pág. 238 de su obra: la iglesia mayor y el monasterio de San Francisco; allí se enterraron en 1546 los muertos de rango principal en la batalla de Iñaquito, el resto en el mismo sitio de la batalla, esquina de las actuales 10 de Agosto y Santa Prisca, donde en 1966 se hallaron las osamentas de 300 combatientes.

Punto de enorme interés para Otavalo es el hecho de que fue allí donde en octubre de 1547 (página 250) se reunieron los caciques del Quito para alzarse en contra de los españoles. Los lideraba el cacique Alonso Anco, bautizado y educado por fray Jodoco. Denunciado el complot lo tomó preso el alcalde Juan Pablos y lo trajo a Quito.

Entre los detalles urbanísticos de ese Quito del siglo XVI, donde nos queda, por ejemplo, la duda de si el actual sitio del Buen Pastor fueron acaso las dos cuadras primitivas del cacique Sancho Hacho (página 252), emerge desde lo religioso el dato de que Pedro Gocial mandó pintar la primera imagen de la Virgen en Quito y que ésta se conserva en el primer arco de piedra de la iglesia de San Francisco. El autor opina que obra de sus manos son también San Pedro y San Pablo que están en la sacristía, los alcorelieves de los cuatro evangelistas del Altar Mayor, las tablas de San Antonio y de San Diego de Alcalá sobre las dos puertas de entrada y los cuadros de la realeza *que fueron terciarios franciscanos*. El autor protesta que tales obras no son de Sánchez Gallque y alguna vez lo vimos, en una residencia particular, identificar más bien a un San Francisco de Asís como verdadera obra del genial artista indio Sánchez Gallque.

Y en lo de colonizaciones resulta interesante saber que, en 1549, el vasco Martín Ochoa de Jáuregui marchó a la conquista de Esmeraldas pero al parecer fue muerto por los indios yumbos. Y si hablamos de líderes, surge

la figura del sevillano Juan Cabezas de los Reyes, pariente de Hernando de Santillán y vecino de Quito desde 1564.

Cabe saber que los dos primeros órganos de San Francisco se compraron en Lima en 1560 o que hasta 1575 la dieta de nuestros indios seguía siendo exclusivamente a base de maíz: choclos, mote, maíz tostado, morocho en sus dos variedades, chulpi y canguil. Y, curiosísimo, que un verdadero padre de la música quiteña en 1568 era el indio Juan Bermejo, apellidado así por ser “bermejo” de pelo y cara y que más bien me haría suponer que era uno de nuestros primeros mestizos.

Hace unos 40 años, el historiador José María Vargas ya había publicado en el boletín 100 de la Academia de Historia la lista de nuestros 41 caciques en 1564. Moreno la vuelve a reproducir pues todos habían sido educados en el colegio de San Andrés. Requerido me confesó que su objetivo central era demostrar que no existían los Duchicelas. En realidad se trata de un error, esa lista es solo de Caciques Mayores entre Mira al norte y Tomebamba al sur, pues es preciso recordar que 250 años, después en época de Carondelet, se encontraron 2000 caciques, de tal manera que ya puede comprenderse la magnitud de la empresa y la dimensión de estas familias. De todas formas es preciso acotar algunas cosas:

- a) En Quito solo habían dos caciques mayores: los Quitoguana y los Sangoquicio.
- b) La que es ahora la provincia de Pichincha tenía 14 caciques mayores y era la más poblada en ese sentido.
- c) Cotopaxi poseía 7 caciques y Tungurahua 3, en tanto Chimborazo 6. En la actual Bolívar solo figuraba don Mateo Inga Yupanqui, cacique de Chimbo y pariente muy cercano de los incas.
- d) En la región de Otavalo habían cuatro enormes familias cacicales: los Farinango en Otavalo, los Cabascango en Caranqui, los Puento en Cayambe y los Andaparinango en Cochasquí. Al margen los Guanputcaypira en Mira.

En el informe en 1568 del Guardián de San Francisco, lo que más llama la atención es el desarrollo de la música “de aquí se ha henchido la tierra

de cantores tañedores desde la ciudad de Pasto hasta Cuenca” se dice en la página 283 del libro y se anotan los nombres de cinco artistas frailes de San Francisco.

Darí­a la sensación de que no hay aspecto del saber y del obrar en su época que se le hubiese escapado al autor: la argamasa para unir las piedras del convento estaba hecha de arena, cal, agua, fréjol molido y sangre de toro.

Quizás nadie ha estudiado tanto iglesia y convento como fray Agustín, Cuando hace poco salió el libro de Susan Webster “Quito ciudad de maestros”, sus comentarios fueron más tristes que elogiosos, es que parecía que la nostalgia le hubiera invadido el corazón y por ello dudara de sus viejas afirmaciones.

Hechos, por ejemplo, como el de haber descubierto en la fachada pétre­a del templo máscaras indígenas, rostros de ángeles y bustos de vírgenes, son hechos exclusivos de él. Debo aportar al margen que, conjuntamente con Moreno Proaño, y durante años, hemos inventariado convento por convento muchos rostros indígenas y mestizos del siglo XVI, casi perdidos en la inmensidad de los detalles.

El libro puede dar la sensación de que el autor quiere hacer de fray Jodoco un santo.

Creo que era un hombre lleno de méritos, pero sin la menor duda también con defectos, pues la santidad no significa ni pureza ni perfección, aunque muchos creen que así es. Fray Jodoco, como para demostrar su lado lúdico y superfluo, era vanidoso, y tanto que en la fachada de la iglesia consta parte de su escudo familiar, debajo del entallamiento y sobre los capiteles. Y todos los escudos realzados con láminas de oro fino, como diciendo: Mi linaje es oro en el mundo. Ridícula vanidad y peor en un franciscano.

La obra refleja a un hombre capaz de expresar dulzura pero, a la vez, extremismos, como el dato consignado en la página 346 en la que transcribe una carta de fray Jodoco a fray Francisco de Santana, fechada en agosto de 1545. En ella el franciscano dice que ha hecho varias excomuniones “fulminadas por mí por expreso decreto”. Y a renglón seguido esta lambonería: “Te recomiendo sinceramente en el Señor a todos los generosos grandes señores y conquistadores de la tierra.”

Lo que sí parecería desprenderse del libro es un intento de realzar a varios conquistadores, cual si estuviesen cerca de su causa de santificación, y esto sí está en contra de la más sana de las críticas históricas.

Volvamos al libro: en la página 308, consta un detalle magnífico y que le hace a San Francisco realmente una joya irremplazable en la cultura universal: en la columna que sostiene al púlpito están tres figuras con vestidos flamencos del siglo XVI: Son Arrio, Lutero y Calvino. Otra de las maravillas es la presencia de soles incaicos, querubines, piñas y flores del trópico andino en varios sitios de la iglesia, así como el coronamiento en forma de tienda oriental. Fray Agustín quizás olvidó lo que cita José Gabriel Navarro: en San Francisco hay evidencias de trece culturas universales, hecho sin parangón en nuestro arte.

Así, entre tulipanes flamencos, espejos venecianos, cerámicas pre incas y mazorcas de maíz, entre la demostración de que el claustro principal es una copia de la plaza principal de Valladolid o el realzamiento de que el claustro, al sur, es totalmente románico, el estudio intenso de la obra de los franciscanos flamencos da al libro una calidad insuperable.

Con el paso de los años, el suelo de la iglesia se convertiría en cementerio de presidentes de la Audiencia, oidores y familias de gran prestancia. Un día se sacaron penosamente las lápidas. Esa es la otra historia que habría que contar, la destrucción paulatina de nuestro patrimonio histórico.

Dolorosamente, fueron algunos de esos frailes los destructores de San Francisco y de casi todos los conventos de Quito. Un Provincial, a principios del siglo XVII, quemó todo el archivo de San Francisco del siglo XVI. ¿ Lo hizo por ocultar algún asunto o, simplemente por ignorancia? Jamás lo sabremos.

Hay que tener enorme vocación y documentos históricos para ir rescatando tanta menudencia básica tales como, por ejemplificar, que en 1547, el presbítero Juan Dorado fue nombrado el primer doctrinero en el pueblo de Otavalo y sus comarcas. O el caso del franciscano Juan de Obeso, vicario del monasterio franciscano de Caranqui, de donde salió el famoso tiple Cristobálico quien convirtió a sus padres a la doctrina cristiana.

El libro recoge valiosos descubrimientos del autor respecto de las

festividades nativas. En el carnaval flamenco de Binche observó absorto a nuestras danzas indígenas antiguas. ¿Cómo explicarlo? El padre Moreno tiene una evidencia harto lógica: algún flamenco que las vio en Quito las trasplantó a Europa. O, que los franciscanos permitieron que sábados y días de fiesta, los indígenas hicieran sus bailes de máscaras en la plaza de San Francisco.

### **Entretelones de la cuarta edad: misterios y falencias, errores y sabidurías**

La crisis bancaria que sufrió el país en marzo de 1999 fue terrible para miles de ecuatorianos, una de sus víctimas fue el padre Moreno, que aún hoy, a quince años de aquello, suele decir: “Las barbaridades que nos hizo el Majahud (sic) son imperdonables”. Perdió todos sus ahorros pero se negó a hacer reclamo alguno.

La actitud de Agustín, en julio de 1999, cuando logró la elección de Plutarco Naranjo como Director de la Academia, fue un triunfo espléndido. Creo que eso le motivó para otros proyectos pues, casi a renglón seguido, en un viaje a Salcedo, debió ser en septiembre de 1999, me comentó su deseo profundo de cambiar una entidad cultural a la cual nos pertenecíamos. Parecía un Quijote armado de una adarga que quería desfacer entuertos. Había pensado en un caballero de muchísima edad a que dirigiera el grupo, cuando le pregunté las razones, me respondió: “Es aristócrata, tiene tiempo suficiente y es amigo suyo y mío, más suyo que mío”.

Confieso que me quedé hondamente preocupado, conocía yo años a dicho caballero y sabía de sus valores y de sus falencias y estaba claro que a los 90 años, hay cosas que se pueden hacer y otras que no se deben. Pero lo más grave era su vanidad, de esas absurdas, basadas ni siquiera en méritos propios, sino en “apellidos”, vale decir en máscaras inútiles, pues ni siquiera sus antepasados habían contribuido en mayor o mediana cosa en favor del país. Era la típica forma menor del orgullo y además la más despreciable. Demoré horas de horas haciéndole comprender al sacerdote -entonces frisaba los 80 años- que el propio ser no se da cuenta de cómo camina hacia el final. Había conocido yo una sola excepción, el periodista Alejandro Carrión Aguirre, que semestre a semestre se enteraba de qué debía hacer

para enfrentarse del mejor modo a la última etapa de la historia personal.

Creí que el asunto era tan gravitante que merecía una carta de reflexión dirigida al franciscano, guardé una copia en la cual obviamente elimino el nombre del protagonista:

*Querido fray Agustín:*

*No sé si le habla más el psiquiatra que el amigo o al revés. Usted ha pensado en la aristocracia de ....., pero creo yo que es cosa más que pasada y que es un concepto -en este caso- que pretende exportar una forma social, frente a una realidad un tanto lacerante. Pero más que eso, me preocupa la horripilante vanidad y la edad de nuestro conocido, mejor que amigo: usted sabe que uno envejece conforme se ha vivido, pero la persona en cuestión ha vivido de mala manera y está envejeciendo de otra peor.*

*No se olvide que los años aumentan los rasgos negativos, a veces suelen mejorar los impulsos, pero no siempre. Rescato que podría quedarnos a favor la ecuanimidad, aunque no la sabiduría, pues..... nunca ha sido sabio y por tanto no hay base alguna para despuntar hacia el futuro. Me temo muchísimo que la vanidad nos va a ganar y de forma apabullante. Además, como viejo político va a pensar en su Partido, en su familia, en bloques ancestrales discutibles a los cuales se les querrá dar forma de héroes, me parece que nos darán de largo las malas formas.*

*Hay varias maneras de envejecer, a veces se lo hace de manera muy sabia y ese es un don de la naturaleza, pero me parece que el amigo en cuestión no está en los mejores pronósticos.*

*Le invito a reflexionar; además, en un cenáculo como el que usted conoce, se necesita un erudito y al mismo tiempo un hombre que esté al día con los nuevos descubrimientos científicos y con los conocimientos totalmente renovados, con las nuevas teorías y ..... está muy lejos de ambas cosas. El maestro Henry Ey siempre decía que hay que tener cuidado en los apetitos exacerbados que trae la edad, en la emergencia de los temas de grandeza, en ese deseo vanidoso de no abdicar, en un egoísmo escondido y a veces bien administrado, en el hecho de que no siempre se da de baja a la competición y que apenas hay que saber reconocer en formas mediocres de la tercera edad, la capacidad de síntesis y la utilización*



*-cuando se puede- de las energías creadoras. Por más que se disimule, en el caso que tratamos, la pérdida de las capacidades mentales tiene ya larga historia, así como la de las aptitudes, pues el ser humano ni siquiera se da cuenta de que las falencias empiezan muy pero muy pronto.*

*Usted conoció a Birren en Chicago y sabe todo lo que este enseñó sobre los ancianos. Creo que hay que saber envejecer con dignidad y eso es justamente lo que no tiene nuestro contertulio, pues básicamente se siente un muchacho y esto es muy peligroso.*

*Conozco yo a ..... un cuarto de siglo y en los últimos 15 años había ya advertido que la senescencia en él no es solo un período biológico, es ante todo un declive conductual, un período en el que los errores anteriores se magnifican, en que la auto estimación sube muchísimo y la influencia de otras personas puede manifestarse de una manera taimadamente explosiva.*

*Le ruego, piense bien en lo que estamos haciendo.*

*Un abrazo,*

*Fernando.*

Ocho días después recibí a las diez de la noche una llamada telefónica del sabio franciscano: “Pasaremos palabra con respecto y sobre la carta”, me dijo. Y hasta ahí quedamos. En realidad me hizo caso, el triunfo de mi tesis sobre la suya, no fue fácil.

De ese viaje a Salcedo –septiembre de 1999- cuando él presidió las Jornadas de Historia Social, quedan algunos recuerdos gratos: subimos y bajamos a pie desde la población hasta el Monasterio Cisterciense, en donde fuera la hacienda de los Mancheno Gangotena. Al margen de admirar su resistencia física nos acompañó otro longevo de primera: Miguel Díaz Cueva, que frisaba en los 80 exactos, así como Juan Jurado Piqueras.

Agustín hizo remembranza de sus varios viajes a esa hacienda y de los enormes fondos que él había encontrado en sus excursiones arqueológicas. Una tarde decidió hacernos a los tres acompañantes un gran regalo: confiarnos todos los detalles sobre su teoría del entierro del Inca. “Vaya

a ser que el rato menos pensado..... suaz, Pepito se muera y se lleva el secreto, hoy les confío a los tres.”

Al compás de un “Sambuquita” (su licor preferido), fue deshilvanando gota a gota las teorías y los datos. Para mi hijo Juan fue una experiencia inolvidable.

## **Junto a la academia de historia**

Moreno Proaño es el más antiguo testigo de la vida de la Academia desde 1953, es decir hace 61 años. Testigo además eximio, cariñoso, leal y absolutamente desprejuiciado respecto a los valores humanos que debían irse incorporando.

A fray Agustín se le debe la total remoción de la Academia: aunque su querido amigo Jorge Salvador Lara estaba ya cerca de 30 años dirigiendo la entidad y Moreno fuera su brazo derecho, creyó, desde 1984, en que ya debían producirse cambios, pero en 1998 tomó una decisión: era la hora de cambiar y además de un modo radical. A varios nos constaba que desde 1984 -es decir catorce años atrás- Fray Agustín no se las tenía todas consigo. ¿Quería él ser el nuevo Director ? No, de ninguna manera. Se lo merecía, indudablemente, era la primera elección obligatoria, pero diversas circunstancias internas se lo impedían.

A él, exclusivamente, se le debe la elección de nuevo Director para el período 1999-2001 en la persona del sabio médico y alergólogo Dr. Plutarco Naranjo Vargas, políticamente vinculado al socialismo, es decir a una doctrina opuesta al clásico derechismo de nuestras Academias criollas. Y para 2001, cuando Plutarco anunció que le era insostenible aceptar un nuevo período, toda la nueva directiva fue obra del padre Moreno, es decir era una especie de director técnico por detrás de bastidores.

Cuando me confesó que estaba pensando en Manuel de Guzmán Polanco, a pesar de sus 86 años, le manifesté respetuosamente algo de desconfianza, pero Manuel era mi viejo amigo y estaba dispuesto a dar todo su tiempo a la Academia. Ese año almorzábamos todos los jueves, en compañía de mi

hijo Juan, sobre todo en un restaurant de la calle Espejo cercano al Teatro Bolívar y que el fraile lo bautizó como “El restaurant de la Gorda”, en honor a una mesera a quien varias veces le leyó la mano. Cito a este lugar, pues en él se jugó el futuro de la Academia.

## La primera década del siglo XXI

El nuevo siglo empezó con una anécdota estupenda y el lector ya se habrá dado cuenta que fray Agustín es un hombre de recio anecdotario: en los primeros meses del año 2000 murió una persona relativamente cercana a su existencia. Un amigo común del muerto y del vivo y no muy avisgado por cierto, estuvo en mi casa y manifestó que estaba compungidísimo de aquel deceso y me pidió el teléfono para dar el pésame al padre Moreno. Puse el altavoz y el religioso contestó: “No, no, usted querido Carlitos se confundió de viuda, el difunto no era mi amigo, era un simple conocido.”

El nuevo presidente Manuel de Guzmán Polanco se enamoró de la Academia y estuvo en el cargo del 2001 al 2009, pocos meses antes de morir a los 94 años. El padre Moreno y yo fuimos sus leales amigos y asesores, por lo que conviene dejar por escrito lo más relevante, pues estoy convencido que una Academia debe ser como un ánfora de cristal en la cual puedan mirarse los ecuatorianos con toda la transparencia posible:

- a) Preocupación antigua fue la de poseer un local propio, pues el local de la calle Mejía y Cuenca, aparte que inhabitable por goteras, era apenas las caballerizas de la antigua y colonial casa de los Villacís. En octubre del 2001 Manuel nos pidió a Alfonso Ortiz y a mí que hiciéramos las respectivas gestiones para conseguir local ante el Arq. Carlos Pallares Sevilla, magnífico director del Fonsal. Se consiguió, en primera instancia, la Casa de Benalcázar, pues los Institutos de Cultura Hispánica habían desaparecido del mapa de España y sus filiales en América. No gustó esto a varios académicos que no querían llegar hasta el centro de la ciudad. Fue entonces que Pallares escogió el Alhambra, que había sido de la familia Baca, en la Avda 6 de Diciembre. El Director dejó pasar varios años sin decidirse y mientras tanto buscó ayuda gubernamental, conforme lo dice en sus informes del año 2005. Al final habló con el alcalde Paco Moncayo quien volvió a ofrecerle el Alhambra. Finalmente la casa fue entregada en el 2007.

- b) Al estudiar libros y documentos entre almacenados y abandonados en la sede de la calle Mejía, apareció toda la donación de Alfredo Flores Caamaño hecha en Lima en los años 70 del siglo pasado. Propuse al Director el ordenamiento, la catalogación y el empaste de toda ella y pedí a Agustín Moreno que apoyara la idea. Las dos cosas se dieron y en buena hora. Además unimos lo anterior al fondo donado por Luis Felipe Borja hijo y cuyos catálogos habían sido ya publicados en el boletín de la Academia de Historia. Se formaron 60 volúmenes de documentos de inapreciable valor. Giovanni Cisneros los trasladó a Cuenca y los depositó en manos del sabio académico Miguel Díaz Cueva para que este los empastara. Conservo los catálogos exactos de todo. Francisco Salazar, en un viaje a Cuenca para homenajear a Enrique Arízaga Toral, pudo observar cómo Miguel estaba dedicado a su ímproba tarea y en Quito, meses más tarde, Cecilia Semblantes de Zambrano, secretaria administrativa de la Academia, recibió todos esos volúmenes.
- c) En marzo del 2002, Jaime Dousdebés Carvajal, el legendario periodista de otrora y que utilizó el seudónimo “ Anselmo Cantillana”, celebró sus 80 años en la hacienda San Martín en Cotacachi, a la que asistimos numerosos amigos del homenajeado. Agustín viajó en el mismo vehículo en que estuvo el poeta Enrique Noboa Arízaga y su esposa Mercedes Machuca.
- d) Coincidió que en abril del año 2002, Enma Musello Durango nos pidió al padre Moreno y a mi que nos hiciéramos cargo del depósito dejado por el gran ecuatoriano Homero Viteri Lafronte, que estaba embodegado en el piso bajo de la casa de los Musellos por más de 60 años. Años atrás su hijo, Jorge Viteri Huerta, había ofrecido legar todo aquello a la SAG, pero todas las gestiones por localizarlo en Chile fueron vanas. Se contrató a la familia Pérez Jaramillo a que hiciera la limpieza de ese legado y lo clasificara. Las ropas fueron entregadas a dos ancianatos de la ciudad, uno de ellos el Catalina Labouré, los documentos al Archivo Nacional en la persona de Grecia Vasco de Escudero (de los cuales ella devolvió unos pocos legajos por considerarlos de interés muy personal y están en poder del autor de estas cuartillas), los libros a la Biblioteca Espinosa Pólit y los periódicos a Pablo Espinosa Córdova, muy interesado en la historia de los años

veinte. Conservamos con exactitud todos los documentos probatorios de lo que vengo diciendo y publicamos algunos de ellos en nueve fojas adjuntas, pues son de gran interés para la historia ecuatoriana.

- e) En agosto del 2002 y en el Salón de Ejecutivos de COFIEC, la Academia de Historia y las máximas autoridades de la Iglesia celebramos los 80 años del sacerdote. Fue una inolvidable reunión con solidaridad, afecto y el innegable humor que los viejos quiteños topamos todos los días de nuestras vidas. Tomamos la palabra el cardenal Antonio González Zumárraga, Jorge Salvador Lara y yo. Salvador habló de la humildad del homenajeado y del hecho increíble para él de que los pájaros comían en las manos del sacerdote. Reclamé yo, lo poco que escribía el homenajeado, pues había visto con harto dolor en los cajones de su escritorio, los apuntes históricos tomados en Washington en los años 40 y que podían perderse para siempre o acaso ser publicados de aquí a diez años con el nombre de algún truhán. Le reté además al Cardenal a que este -mitad en broma mitad en serio- y “bajo juramento religioso” le obligara a fray Agustín a tomar el esferográfico y escribir lo que tiene la obligación de hacerlo. Pero claro, a Agustín no le convence ni el lucero de la aurora.
- f) En el 2003 presentó en Otavalo, en el Instituto Otavaleño de Antropología, el primer volumen de la “Historia social de Otavalo: las gentes del corregimiento.”
- g) En el año 2004 se dieron dos viajes importantes fuera del país. En agosto, en Lima, incorporándose con otros dos colegas y por vez primera en la Academia Peruana de la Historia, Moreno Proaño habló sin papeles y dejó cautivado al público. A fines de año asistió al Congreso Mundial de Academias de la Historia en Madrid, habló sobre el estado de la Audiencia de Quito antes de la Independencia. La ponencia del otro colega fue muy mal comentada, pues trató de nuestro litigio con el Perú, delante de los delegados de la Academia peruana, asunto además ya cerrado luego de la firma de la Paz en 1996. Luego del evento estuvo en Santander y en Santillana del Mar, se quedó admirado de la tumba del gran polígrafo Marcelino Menéndez y Pelayo, muerto en 1912, apenas a los 56 años. Sabe, ha dicho varias veces, me llamó la atención el hábito de franciscano con que está representado el cadáver yacente.

Pero creemos que hubo otra razón: el erudicionismo de Menéndez Pelayo, sin rival en la España de su tiempo, tiene una réplica en el caso del ecuatoriano.

- h) Para el año 2005 pudimos ayudarlo recomendándole a Carlos Pallares Sevilla, el magnífico Director del Fonsal, la compra de la mayor parte de su biblioteca, a un precio simbólico -alrededor de los 30.000 dólares- y se la destinó a un fondo especial de la Biblioteca Municipal. Hicimos esto porque quería viajar a conocer su Samarkanda en tierras lejanísimas y porque hablaba permanentemente de otro sueño: recorrer el camino del Apóstol Santiago en el norte de España.
- i) El 28 de diciembre del año 2006 se dio un hecho especial: el Director nos invitó a un almuerzo de fin de año en COFIEC, el objeto central era pedirnos el nombre de un académico “no comprometido ideológicamente ni que genere resistencias” a que fuera su Vicepresidente desde julio del 2007 y que luego pasara a ejercer la dirección de la Academia en el año 2008. A mi pregunta: ¿Manuel, no ha pensado usted en el padre Moreno a que le acompañe como binomio? me hizo entonces una confidencia: “Claro que lo he pensado, pero él y tú son acusados por el sector de derecha de la Academia como pro masones, que les dan datos a los masones, en detrimento de la Fe. Así que nada puedo hacer.”

Nos reímos de buena gana. Pero con respecto al otro pedido, me quedé con una sensación un poco amarga, pues exactamente dos años antes -diciembre del 2004- nos hizo la misma pregunta y habiendo los tres coincidido en un nombre, me pidió que le advirtiera a esa persona. Un mes después, dijo: He decidido quedarme. Me sentí como atrapado. Suelo servir en lo que se me pide, creí -entonces- encontrar una persona adecuada frente al pedido hecho, se lo hice conocer a Agustín, pero no obtuve respuesta. Le hablé al director y me dijo: *“Me encanta, dile que prepare su lista.”*

Así lo hizo este caballero. Días antes de las elecciones, Enrique Muñoz me llamó y me dijo que necesitaba el voto de Rafael Euclides Silva, entonces ya muy enfermo, y me pidió averiguar si estaba en capacidad de sufragar. Su hija Cecilia me advirtió que justamente en

esos días se hallaba lúcido. El voto fue pues absolutamente legal. El día de las elecciones supe que se armó un petardo en la Academia, acusando al candidato y a Enrique de haber suplantado la firma. Eso no fue verdad y así lo declaro. Manuel había manipulado otra vez, jamás quiso aceptar el auténtico color de las cosas.

### **Las clases a los diplomáticos. Un embaderamiento justo pero delicado**

Entre los años 2006 y 2009, el Fonsal (primero en manos de Carlos Pallares Sevilla, luego, en el bienio 2007-8, de Guido Díaz Navarrete y finalmente en el 2009 de Ana Hidalgo Freile), tomó a cargo el curso de Historia del Arte, dirigido a los diplomáticos de paso y en misión en el Ecuador, con el objeto de que ellos tomaran conciencia de las maravillas que encerraba esta ciudad. Director del mismo fue Alfonso Ortiz Crespo y sus ayudantes el Padre Moreno y quien escribe esta introducción.

“Me parece -dijo varias veces Agustín- que hemos formado una tripleta muy buena: Alfonsito pone lo suyo alrededor del arte civil y de las construcciones religiosas, su merced la vida cotidiana y los secretos de la ciudad y este humilde servidor, el arte religioso.”

El padre Moreno solía ser el centro de atención, sus vastos conocimientos, su venerable figura aunada a su picardía permanente, constituyeron un acicate de enorme interés para los asistentes. El año 2008 se le fue la mano en elogios a España y a su legado, en detrimento de nuestros grupos autóctonos. Debo confesar que esto fue doloroso para muchos. Esa fue la razón por la que ya no participó en el último curso que se dio en el 2009. En estos últimos cinco años, es decir desde el 2008, la vigorosa planta del franciscano ha seguido enhiesta, firme y lúcida. Hizo el viaje a Samarkanda, a la que hubiera sido su diócesis, como queriendo por lo menos saludarla a la distancia.

En septiembre del 2009 presentó en el Municipio de Salcedo, la obra biográfica sobre el gran orador Manuel Antonio Salcedo.

En diciembre del 2009 se presentó en el antiguo Hospital Militar la cuarta edición de mi obra sobre “El Chulla Quiteño.” Muchas gentes pseudo piadosas habían pensado que un sacerdote jamás podía ser un chulla, pero ya Rosaura García -entre otros- había demostrado que gentes como el cura Manuel María Pólit Moreno fueron auténticos chullas y a esa lista habría que adjuntar a otros, como el canónigo Ángel Gabriel Pérez Ávila. Decidí en el listado de los grandes chullas de la ciudad incluir a Agustín Moreno. Otro hombre de 80 oficios pero casi sin necesidades, su afán estético, su finísima bohemia, su solidaridad, su generosidad sin límites, su originalidad, su espíritu creativo, su humor, su capacidad de recitador, cuajaban indudablemente con esa matriz a la que, desgraciadamente, Jorge Ycaza la mató o pretendió matarla de buena fe en “El chulla Romero y Flores”, que es el prototipo del mal chulla, del chulla perverso, de lo que realmente jamás fue el auténtico chulla.

Cuando lo leyó el franciscano nos dijo en público: “Caray, leí lo del Chulla, veo que me han puesto..... ”

Fue Subdirector de la Academia de Historia del año 2009 al 2011, junto al Dr. Juan Cordero Íñiguez, fecha en que renunció, para ceder el puesto a su amigo el Dr. Jorge Núñez.

El mencionado Dr. Cordero, para hacer justicia a Agustín, trazó con él vastos proyectos:

- a) La edición de una monografía de Cotacachi, que salió editada a mediados del 2012, con una colaboración de Moreno Proaño sobre los grandes valores de su patria chica.
- b) La gestación de una amplia biografía del franciscano, que no llegó a término.
- c) La segunda edición de su QUITO ETERNO contando con la ayuda económica de otro académico -el doctor Silvio Heller- que además por medio de sus fotografías, formó la segunda mitad del libro. Esto se hizo en el 2013.
- d) La gestación del gran proyecto de la Nueva Historia del Ecuador, en base a los apuntamientos procesados en larguísimos años de sueño por el gran cotacacheño.



Pero asunto importante que se dio en el último año 2013 es haber presentado a fray Agustín en la TV a través de los canales de RTU. Es que una gran parte del público no conocía su erudición y su suficiencia. Tanto en el local de la Sociedad Bolivariana como en las oficinas del canal, en la calle 9 de Octubre, fray Agustín ha hablado de temas como la vigencia de Bolívar, cosas inéditas sobre la fundación de Quito, el arte en Imbabura, en especial en Cotacachi.

Y lo realmente sorprendente es que este programa, con el sacerdote, logró el segundo puesto en sintonía. Le ganó solamente la entrevista al escritor y crítico taurino Manuel Antonio Franco Pérez en su propiedad de La Giralda, en el valle de Los Chillós.

## Los sueños cortados

Hemos hablado a vuelo de pájaro de la edición del “Romancero a San Francisco”, obra de Remigio Romero, de la “Colección de Cien Autores Ecuatorianos”, de la obra “Secretos Artísticos de Quito”, de la edición de la “Nueva Historia del Ecuador” en 150 tomos, del proyecto de monumento a Moreno Bellido, del sueño en localizar la tumba de Atahualpa, y aunque nada hemos dicho de otros temas, están permanentemente en el tapete de las confidencias con sus amigos otros proyectos vitales, tal el de un gran sueño editorial alrededor de la hacienda San Agustín de Callo, de la biografía de fray Marcos de Niza o el proyecto del viaje a Santiago de Compostela. ¿Hasta dónde el Quijote? ¿Hasta dónde el iluso?

Pero quien conoce a fondo al personaje, puede asegurar que no es un iluso, él ni ha engañado ni se ha engañado, jamás sus sentidos han sentido perturbaciones, jamás su pensamiento ha confundido la apariencia con la realidad, ha vivido sí de muchas esperanzas y de varios sueños, pero ninguno quimérico. Lo que pasa es que su originalísima personalidad no encontró sino ocasionalmente la contraparte del destino, al margen de los dos amigos que se le fueron pronto, no ha aparecido alguien más que con nobleza haya querido apuntalar sus sueños o, si han aparecido, una cierta desconfianza ha frenado estímulos que pudieron canalizarse.

Alguna vez alguien lo calificó de Quijote y yo pienso que ha sido un Quijote a medio tiempo, en eso de amar lo ideal y de que es enemigo de las cosas corrientes y vulgares, de allí su apabullante originalidad. Le falta obviamente la otra mitad del Quijote cocinada de rigidez y de seriedad, le falta ese irrespeto por las cosas materiales -que él las ha vivido plenamente- y le ha faltado la inaccesible quimera, por lo menos parcialmente....

Pero, sin duda, mejor es un Quijote americano, asentado en la punta más alta de su monte natal, de su Cotacachi querido.

*Quito, enero 2 del 2014.*



Los romanos, en el tiempo de su  
splendor, decían "audaces fortuna iuvat,  
timidos que repellit", que a los audaces  
ayuda la fortuna y rechaza a los tímidos.

P. Ag. Moreno

SEGUNDA PARTE

ANTOLOGÍA



Mariana de Jesús  
Azucena de Quito

*Para seguir su vocación en el silencio de su aislamiento, Mariana se despidió de sus parientes en una escena tierna y conmovedora. Estaba resuelta a morir a todo lo del mundo para vivir escondida con Cristo en Dios.*

Mariana de Jesús: *El lirio entre espinas.*



## LA VOCACIÓN AL RETIRO

### UNO

#### *El desprecio del mundo*

A la tierna edad de los siete años, sin consejo de criatura humana sino por el celo que tenía del amor de Dios, Mariana hizo voto de Castidad. <sup>1</sup> Por este mismo tiempo se confesó por primera vez en la Iglesia de la Compañía de Jesús con el venerable padre Juan Camacho, religioso de vida ejemplar y que gozaba de gran reputación como sabio y santo. Quedó el padre Camacho tan admirado y atraído de la virtud y ardiente celo de la niña Mariana, que persuadió a sus parientes que la llevasen siempre a la misma Iglesia de la Compañía y dispuso que cuanto antes Mariana de Jesús hiciese la Primera Comunión por haberla encontrado perfectamente preparada, tanto en los conocimientos necesarios como en las disposiciones interiores del alma <sup>2</sup>.

Llegado el solemne día, Mariana recibió a su Divino Esposo con las muestras del más encendido amor y de la más profunda humildad y gratitud, considerándose desde entonces como un tabernáculo vivo de Jesús. Recibía la Santísima Eucaristía todas las veces que podía, según la licencia de su confesor, sin perder ocasión de hacerlo y era tanta su devoción y el conocimiento de la Divina Majestad que albergaba en su pecho que, con santa simplicidad, en los días que comulgaba se hacía besar la lengua por las niñas, sus compañeras, diciéndolas: “Venid y besad esta lengua en que recibí al Señor”. Y en esos días se portaba con sumo recogimiento y quietud, ensimismada de tal modo que ni siquiera se meneaba para no distraer su devoción <sup>3</sup>.

La Sagrada Comunión infundió en Mariana la convicción de llegar a ser

<sup>1</sup> Proc. Infor., págs. 11, 51, 76, 124, 137, 142.— P. Rojas, pág. XXIV.

<sup>2</sup> Proc. Infor., pg. 283.— P. Jouanen: Vida de I Bienaventurada págs.32 y 33.

<sup>3</sup> Proc. Infor., pág. 60.

santa, despreciando y conculcando las máximas del mundo. Bien sabía ella ya en esa edad que el imitar a los santos está en nuestra mano, mediante el auxilio de Dios, como lo dijo a una tía suya al asistir a las honras fúnebres de la venerable madre Mariana de Jesús, religiosa santa del Monasterio de Concepcionistas de Quito, y al oír predicar sus admirables virtudes <sup>4</sup>

Prueba evidente del concepto bajísimo que tenía de las vanidades de la tierra dio Mariana al tener nueve o diez años. Su cuñado don Cosme de Caso le regaló un precioso vestido de seda a dos colores y obligándola a que se pusiera, la niña lloró amargamente por la repugnancia que tenía en usarlo, de modo que sus parientes admirados accedieron a sus razonamientos, pues, decía que esas cosas no se habían hecho para ella, contentándose de allí en adelante con un solo vestido humilde de lana negra y el manto con que se cubría el rostro, sin que se vistiese jamás de otro modo hasta el día en que murió<sup>5</sup>.

A los diez años de edad Mariana hizo voto de guardar perpetuamente Pobreza, Castidad y Obediencia, renunciando a sus herencias paterna y materna, y pidió a sus parientes la sustentasen de limosna, por amor de Dios, como a una pobre cualquiera<sup>6</sup>. Estos votos Mariana les renovaba todos los días cuando en la Santa Misa el sacerdote alzaba la Hostia Consagrada, y los guardó con una perfección admirable sin quebrantarlos en lo más mínimo<sup>7</sup>. Y así todo lo que ganaba con el trabajo de sus manos no lo quería repartir ella misma, sino que lo entregaba a sus confesores para que ellos dispusieran como les pareciera mejor, pues, Mariana no quería tener dominio en cosa alguna temporal<sup>8</sup> y hasta los instrumentos musicales que maravillosamente tocaba decía que no eran propios, sino prestados de su sobrino Juan Guerrero de Salazar <sup>9</sup>.

Estas finezas de Mariana para con Dios Nuestro Señor, las recompensaba la Divina Bondad con extraordinarios beneficios. Un sábado por la noche, estando ya recogida Mariana y sus compañeras, comenzó la niña a gritar despertándolas y llamándolas para que viniesen a ver unas tres hermosísimas y brillantes estrellas que estaban sobre su cabeza. Mas, como

---

4 Proc. Infor., pág. 288.

5 Proc. Infor., págs. 128, 289

6 Proc. Infor., págs. 11, 51, 217, 290, 353.— P. Rojas, págs. VII, XXIV.

7 Proc. Infor., págs. 15, 22, 76, 363,— P. Rojas, pág. VI.

8 Proc. Infor., pág. Si.

9 Proc. Infor., pág 24

las otras niñas nada vieses y la preguntasen qué podía significar semejante prodigio, les respondió que sería La Santísima Trinidad que le guardaba y protegía y de la que Mariana fue devotísima <sup>10</sup>. De esta admirable aparición se originó para Marianita el calificativo de “la niña de la estrella”, que le consagraron los que llegaron a saber el suceso <sup>11</sup>.

Poco más de diez años tenía Mariana de Jesús cuando oyó hablar de una imagen de la Santísima Virgen que la piedad de los quiteños puso cerca del cráter del volcán Pichincha para que los defendiera del azote de las erupciones y de los terremotos. Con el tiempo se había resfriado el culto a esa santa imagen y estaba casi olvidada y sin que nadie cuidase de su decencia y ornato. Al saber estas noticias Mariana, se dolió mucho del ingrato descuido de sus paisanos y determinó ir ella con otras cuatro compañeras niñas a cuidar de la Virgen del Volcán en las asperezas del monte y a hacer penitencia en esos lugares desiertos, según su deseo.

Para el efecto prepararon todas un pequeño equipaje de ropa y alimentos, y aprovechando de la ausencia de su hermana mayor doña Jerónima, a cuya vigilancia estaban encomendadas, se salieron de la casa y comenzaron a subir por las faldas del Pichincha. Habiendo andado ya un buen trecho de camino, repentinamente les salió al paso un ferocísimo toro negro que les acometía sin dejarlas proseguir su jornada. Las niñas se escondieron en una zanja, pero a cada tentativa de avance, a pesar de que Mariana le echaba bendiciones para que se fuese, se repetían las acometidas del animal; por donde Mariana, después de un momento de oración, vino a conocer que no era voluntad de Dios que fuese al Pichincha por lo cual regresaron sin demora. Apenas comenzaron a bajar, el toro con gran mansedumbre se volvió a la montaña <sup>12</sup>. En esta ocasión demostró la santa niña los encendidos fervores de su virtud, pues, con poderosas razones persuadía a sus compañeras que se sajasen el rostro con vidrios y se pusiesen ceniza o tizne en sus heridas para que desfiguradas con esas manchas nadie pudiese reconocerlas <sup>13</sup>.

Muy agradecida debió quedar la Reina de los Cielos de estos infantiles excesos de su querida Mariana, como lo demostró poco tiempo más tarde,

---

10 Proc. Inform., pág. 61.

11 Padre Morán, de Butrón, La Azucena de Quito. . pág. 24.

12 Proc. Infor., pág. 61.

13 Proc. Inform., pág. 65

en que estando la niña enferma de todo un brazo y con un dedo de la mano sumamente lastimado y dolorido, aplicándole a los pies de una devota escultura de la Inmaculada Concepción, al punto quedó curada y sin dolor alguno. Igual cosa le acaeció con una maligna enfermedad a los ojos de que estuvo achacosa, ya que al aplicarles a la misma imagen, luego quedó sana y buena<sup>14</sup>.

## DOS

### *La sed de Penitencia*

Desde su niñez probó el Señor a Mariana con varias clases de enfermedades y dolencias que no la dejaban ni un día de reposo<sup>15</sup>. Sin embargo ella nunca dejó por esta causa sus ayunos y sus ejercicios de mortificación y virtud. Ya a los once años todos los viernes sin excepción acostumbraba poner delante de su pequeño altar cinco piedras agudas, rodeadas de ortigas maduras, sobre las cuales Mariana se acostaba con las espaldas desnudas lastimando cruelmente su cuerpo. Para mayor mortificación ponía por cabecera un madero y recostada así, con los brazos en cruz, permanecía la noche entera. Todo lo cual padecía en reverencia de la Pasión y de las Cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo. Pero Mariana no se contentaba con eso, pues las niñas, sus compañeras, se ponían a jugar echándose sobre su cuerpo, con lo que le hincaban hondamente las piedras en la cara y se le acrecentaban las ronchas y heridas al contacto de las ortigas. Al propio tiempo le decían baldones y ofensas, lo cual hacían también en otras ocasiones, cuando Mariana se ejercitaba en actos de virtud, sin que jamás se enojase ni mostrase sentimiento alguno, sufriendo todas estas penitencias con admirable paciencia; y antes bien, con instancia pedía a sus compañeras que mientras ella hacía estas mortificaciones, la estuviesen encomendando al Espíritu Santo, y aunque casi siempre las vencía el sueño, era tanto lo que la estimaban y amaban que jamás dejaron de obedecerla<sup>16</sup>.

Los lunes y los miércoles, con las mismas cinco piedras, se golpeaba todo el cuerpo y les mandaba a las niñas que le golpeasen las espaldas, puesto que en esa edad todavía no había podido conseguir disciplina de hierro; y por más que a veces se propasaban en la violencia de los golpes,

---

14 Proc. Inform., pág. 61

15 Proc. Infor., pág. 62

16 Proc. Infor., pág. 62.

precisamente para ver si se disgustaba o quejaba, nunca dio muestras de tales sentimientos<sup>17</sup>.

Durante las Cuaresmas y especialmente en los Jueves Santos ponía altares en los corredores de su casa para andar las Estaciones y en los bordes atravesaba ramales de agudas espinas, pidiendo a sus compañeras que después que hubiese rezado la estación mayor, al ir a besar el altar la empujasen violentamente por detrás para que las espinas le lastimasen y se le clavasen en el rostro. Las niñas obedecían su mandato y ella lo recibía con grande gusto quedando la boca y el rostro traspasado de espinas, y en agradecimiento solía decir a la que le había empujado, ¡Dios te lo pague!<sup>18</sup>. Al trasladarse de un lugar a otro en estas procesiones de Jueves Santo y Cuaresma lo hacía andando con las rodillas desnudas sobre el suelo <sup>19</sup>. Para alumbrar estos altares y monumentos hacía ella misma unas velitas de cera y de sebo<sup>20</sup>.

En otras ocasiones colocaba cinco altares en una parte retirada de su casa y cerrando las ventanas andaba las Estaciones en procesión, desnuda de la cintura para arriba, disciplinándose con tanta fuerza que se le reventaban las espaldas y brotaba la sangre; y a las demás niñas que le seguían las hacía cargar piedras y trozos de madera en forma de cruces, persuadiéndolas y animándolas continuamente a perseverar en tan santos ejercicios<sup>21</sup>. En todos esos días traía garbanzos dentro de los zapatos, lo que causaba un dolor horrible en los pies, y además se iba con frecuencia a la huerta de su casa donde se ortigaba el costado derecho, en memoria del costado abierto de Jesús Crucificado diciendo al mismo tiempo afectuosas jaculatorias, y se daba de tal suerte que se le hinchaba todo el pecho<sup>22</sup>.

El rigor de los ayunos de su infancia lo había acrecentado tanto que, a la edad de 12 años, en las Cuaresmas y Advientos, que los comenzaba a ayunar desde el día de Todos los Santos, solamente los domingos comía una onza de pan, amasado sin sal y mezclado con hiel. acibar, ceniza yerbas y raíces amargas, sin probar otro alimento entre semana<sup>23</sup>. Y a pesar de lo

---

17 Proc. Infor., pág. 62.  
 18 Proc. Infor.,pág.62 y 63  
 19 Proc. Infor.,pág.63  
 20 Proc. Infor., pág.165'.  
 21 Proc. Infor., pág.169.  
 22 Proc. Infor. pág. 63.  
 23 Proc. Infor. pág.14-30-289.

escaso del sustento, a poco rato lo volvía a arrojar porque su estómago no podía retenerlo<sup>24</sup>.

Esta norma de vida que la observó hasta su muerte, vino a causarle un sinnúmero de enfermedades, por lo cual, a instancias de su médico, el doctor Juan Martín de la Peña ambos hicieron pacto de que el uno le curaría de sus achaques corporales y velaría por su salud, mientras la otra en recompensa cuidaría del alma del doctor y de rogar a Dios por su salvación<sup>25</sup>.

Lo restante del tiempo ocupaba Mariana en el rezo del Santo Rosario y en la lectura de Vidas de Santos, obrando todo esto llevada del espíritu de Dios<sup>26</sup>. Y como por su corta edad sus parientes no le dejaban ir todos los días a la iglesia de la Compañía de Jesús, se quejaba dulcemente con sus amigas de otras casas, envidiando su libertad y condición que las permitía asistir diariamente a la Iglesia<sup>27</sup>.

### TRES

#### *Hija de la Compañía de Jesús*

Desde sus tiernos años hasta que murió, Mariana siempre acudió a la Iglesia de la Compañía de Jesús, donde permanecía desde las 6 de la mañana hasta las diez y media en los días de trabajo y hasta las once y media en los de fiesta. Allí recibía la Sagrada Comuni3n, que era el sustento principal de su vida y que con el tiempo llegó a ser el único, con una devoci3n y un fervor de espíritu tan encendido que eran la admiraci3n y el ejemplo de toda la ciudad.

La modestia con que iba a la iglesia y volvía a su casa, con el rostro cubierto, el paso recatado y la compostura en todo su cuerpo era tan grande que solo inspiraba pensamientos de virtud<sup>28</sup>. Fuera de la Compañía

---

24 Proc. Infor. pág. 14-30-289.

25 Proc. Infor. Pág. 144 y 145

26 Proc. Infor. Pág. 303 y 304.

27 Proc. Infor. Pág. 169.

28 Proc. Infor. Págs. 11, 21, 132, 146, 167, 175, 191, 207, 211, 226, 239, 253, 259, 260, 266, 270, 272, 276, 283, 289, 305 338, 342.

casi nunca asistió a otras Iglesias duito y en las extraordinarias ocasiones que fue a ellas no llegó siquiera a conocerlas, así como tampoco conoció más calles que las dos que había desde su casa al templo de la Compañía <sup>29</sup>.

Su lugar ordinario en la iglesia de los padres jesuítas era en un estradito al pie del púlpito donde permanecía siempre de rodillas sin jamás sentarse <sup>30</sup>, y cuando algunas personas, por humildes y bajas que fuesen, la echaban de ese asiento para sentarse ellas, Mariana se holgaba mucho de esos desprecios y con toda humildad se apartaba de ahí dándo su lugar <sup>31</sup>. Sin embargo, en los días de grande concurso de gente, Mariana se cambiaba de lugar en la Iglesia, porque las señoras del Presidente de la Real Audiencia y de los Oidores y otras mujeres principales le buscaban para encomendarse a Dios en sus oraciones, por la estima y veneración que tenían de su virtud, y así ella evitaba el que la encontrasen y conociesen <sup>32</sup>.

Mariana no tuvo más confesores y directores espirituales que los padres del Colegio de la Compañía de Jesús, de Quito, además del padre Camacho, varón de eximia virtud y principal instrumento de la santificación de la Virgen Quiteña; fueron sus directores el padre Antonio Manosalva, sacerdote de excelente reputación que dirigió a Mariana por espacio de seis o siete años, y el santo y célebre hermano Hernando de la Cruz, luego coadjutor que la gobernó en el espíritu durante los últimos años hasta la muerte de la Azucena de Quito. También tuvieron la dicha de confesar a la purísima joven los PP. Juan de Enebra, Juan Pedro Severino, Gaspar de Cujía, Lucas de la Cueva, Alonso de Rojas y Luis Vásquez, todos excelentes religiosos que suplían al padre Camacho y al padre Manosalvas en sus ausencias, varios de los cuales atestiguaron casi todas las maravillas y prodigiosas virtudes de Mariana, tal como las vamos narrando.

Por todos estos motivos, Mariana se gloriaba de ser hija y discípula de la Compañía de Jesús<sup>33</sup> y alcanzó de sus confesores que le permitiesen llevar un vestido parecido a la sotana de los Padres jesuitas, o sea, ropa talar sin cuello ni adorno alguno y un ceñidor de lana con el Santo Rosario. En la

29 Pro... Infor. Págs. 28, 33, 79, 155, 167, 191, 266, 280, 284, 356, P. Rejas P. X-1-X.

30 Proc. Infor. Págs. 78, 167, 175, 183, 283, 305, 357.

31 Proc. Infor. Págs. 7 y 357.

32 Proc. Infor. Pág. 123.- P. Morán de Butrón: La Azucena de Quito. Carta del padre Camacho a don Cosme de Caso, Pág. 422

33 Proc. Infor. Págs. 27, 125, 137, 155, 267, 209, 211

parte del pecho tenía bordado el monograma de Jesús <sup>34</sup>.

Siendo Mariana de unos doce años, y conocida la voluntad divina por medio del padre Camacho su director espiritual, resolvió santificarse en su misma casa, llevando una vida de retiro y penitencia, para lo cual pidió a su hermana doña Jerónima y a su cuñado don Cosme de Caso que le señalaran un aposento aparte solitario donde pudiese estar libre de las miradas humanas y donde pudiese saciar sus ansias de padecer por su Amado <sup>35</sup>.

Don Cosme accedió gustoso a tal petición y enseguida Mariana se puso a arreglar la habitación que le habían destinado sus parientes. Quitó primeramente los adornos que encontró y luego colocó en su lugar un altarcito con un Santo Crucifijo, imágenes de Nuestra Señora de Loreto y del Niño Jesús, un cuadro de la Santísima Trinidad y varias estampas de papel de los Santos a quienes profesaba mayor devoción, como san Ignacio de Loyola, san Francisco de Asís, etc., <sup>36</sup>. También llevó a su retiro libros de devoción, Vidas de Santos, y un cajoncito de costura <sup>37</sup>. Lo único que reservó de las cosas que había en el cuarto fue la cama con su colchón, sábanas, cobijas y sobrecama, con el objeto de que nadie sospechase sus mortificaciones en el dormir, como diremos en su lugar <sup>38</sup>. Después, poco a poco, con el fruto de su trabajo de mano fue consiguiendo sus instrumentos de penitencia que fueron las únicas alhajas de su retiro <sup>39</sup>.

Dice el padre Morán de Butrón que fue después de emitir los tres votos y poco antes de entrar en su soledad cuando resolvió Mariana cambiar el apellido de su noble familia por el de su Divino Esposo, como el supremo sacrificio al dejar el mundo y en testimonio de amor a la Compañía de Jesús. En adelante ya no se llamaría doña Marina de Paredes y Flores, sino simplemente Mariana de Jesús <sup>40</sup>.

Fue, pues, Mariana, hija espiritual de la Compañía y perla preciosísima en la corona de sus Santos, asimilándose perfectamente el espíritu de esta Sagrada Orden, como notan el padre Matovelle y Mons. José Félix

---

34 Proc. Infor. Págs. 77, 124.

35 Proc. Infor. Págs. 78, 200.

36 Proc. Infor. Págs. 24, 77.

37 Proc. Infor. Pág. 24.

38 Proc. Infor. Pág. 10.

39 Proc. Infor. Pág. 24.

40 Proc. Infor. Pág. 233.— P. Morán de Butrón, Pág. 40.



Heredia<sup>41</sup>. Se alimentó con la leche de sus enseñanzas, quiso imitar el celo de san Ignacio y de san Francisco Javier siendo almas jesuitas las que le guiaron a la empinada cumbre de su estupenda santidad desde que tuvo uso de razón hasta que voló a la gloria<sup>42</sup>. Dios encargó, dice Mons. González Suárez, a la Compañía de Jesús, en el primer siglo de su existencia, el más brillante de todos, el cultivo y el cuidado de La Azucena de Quito y la Compañía de Jesús se manifestó digna de ese tan glorioso encargo divino<sup>43</sup>

---

41 Documentos para la historia... Introducción, Pág. XVI.— Mons. José Félix Heredia, S. J.: La Azucena de Quito y la Compañía de Jesús, Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, 1918.

42 Proc. Infor. pág. 277

43 Proc. Infor. Mons. González Suárez: Discurso del 31 de Mayo de 1908, “Obras escogidas” Pág. 481.

## EL LIRIO ENTRE ESPINAS

### UNO

#### *Amistad de la muerte.*

Para seguir su vocación en el silencio de su aislamiento, Mariana se despidió de sus parientes en una escena tierna y conmovedora <sup>44</sup>. Estaba resuelta a morir a todo lo del mundo para vivir escondida con Cristo en Dios. Uno de sus primeros cuidados fue el procurarse de cilicios, disciplinas, cruces y de todas las demás joyas de su martirio voluntario para poder cumplir el reglamento de vida que tenía ideado. Habiendo conseguido las prendas de su mortificación escribió el horario de sus ejercicios cotidianos y lo entregó a sus confesores para alcanzar su aprobación, que era para ella la viva voz de Dios. Pasma realmente la fortaleza celestial con que en tan florida edad la santa niña trató de dominar su débil naturaleza, aniquilando los mínimos resabios de la fragilidad humana.

La distribución de sus prácticas diarias, escrita de puño y letra por Mariana, es la siguiente:

*A las cuatro me levantaré, haré disciplina pondreme de rodillas, daré gracias a Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la Pasión de Cristo de cuatro a cinco y media, oración mental. De cinco a seis y media examinarla; pondreme los cilicios, rezaré las horas hasta nona, haré examen general y particular, iré a la Iglesia. De seis y media a siete me confesaré. De siete a ocho, el tiempo de una misa, prepararé el aposento de mi corazón para recibir a mi Esposo; después que le haya recibido, el tiempo de una misa, daré gracias a mi Padre Eterno por haberme dado a su Hijo, y se lo volveré a ofrecer, y, en recompensa, le pediré muchas mercedes. De ocho a nueve sacaré almas del Purgatorio y ganaré indulgencias por ellas. De nueve a diez, rezaré los quince misterios de la Corona de la Madre de Dios. De diez, el tiempo de una misa, me encomendaré a mis santos devotos, y los domingos y*

---

44 P. Morán de Buitrón, o.c. Pág. 69.

*fiestas hasta las once; después comeré si tuviere necesidad. A las dos, rezaré vísperas y haré examen general y particular. De dos a cinco, ejercicios de manos y levantar mi corazón a Dios y haré muchos actos de su amor. De cinco a seis, lección espiritual; rezaré completas. De siete a nueve oración mental, y tendré cuidado de no perder de vista a Dios. De nueve a diez saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado y decente. De diez a doce, oración mental. De doce a una, lección en algún libro en vidas de Santos, y rezaré maitines. De una a cuatro dormiré. Los viernes en mi cruz, las demás noches en mi escalera. Antes de acostarme tendré disciplina de cien azotes los lunes, miércoles y viernes. Desde las diez a las doce, los Advientos y Cuaresma, la oración la tendré en cruz; los viernes, garbanzos en los pies, y una corona de cardos me pondré y seis cilicios de cardas. Ayunaré sin comer toda la semana, los domingos comeré una onza de pan y todos los días comenzaré con la gracia de Dios.*<sup>45</sup>

Este reglamento lo observó Mariana con toda escrupulosidad, variándolo rarísimas veces, con licencia de sus directores espirituales y aumentándolo en rigores conforme iba creciendo en edad y en santidad.

El acicate poderoso de su perfección fue el pensamiento de la muerte. Para que nunca se le borrara su recuerdo tuvo una ocurrencia peregrina y verdaderamente espantosa. Mandó hacer un ataúd según su estatura, lo forró de paño negro y colocó en él un esqueleto amortajado con el hábito de los religiosos franciscanos, y en la capucha puso una calavera de huesos humanos. Sobre el pecho colocó un Santo Cristo. Este ataúd con un letrero que decía: “Dios te perdone, Mariana”, lo tenía perpetuamente en su cuarto a la cama, con velas a los lados, y un vaso de agua bendita y solía decir que la muerte era ella, por lo cual todas las veces que entraba y salía de su aposento, cogía un hisopo con agua bendita y la echaba sobre el esqueleto diciendo las mismas palabras: “Dios, te perdone, Mariana”<sup>46</sup>.

Igual cosa pedía que hiciesen todas las personas que entraban en su cuarto;<sup>47</sup> y a su hermano el padre Fr. Jerónimo de Paredes y a un primo suyo llamado Fr. Lorenzo Fernández, sacerdotes de la orden de san Francisco,

45 Proc. Infor P. Rojas, pág.

46 Proc. Infor. págs. 10, 24, 31, 80, 87, 103, 118, 129, 152,160, 161, 174, 190, 203, 213, 226, 284, 289, 304, 35&— P. Rojas pág. XVI

47 Proc. mor. fpágs. 103, 226.

cuando la iban a visitar los decía: “Vamos, vereis a vuestra hermana y prima Mariana de Jesús en su cuarto, que ya es muerta”, y les rogaba le dijese un responso sobre su figura o retrato que estaba en el ataúd <sup>48</sup>.

Para las personas que sorpresivamente topaban con esa imagen de la muerte, sean hombres o mujeres, era causa de grande susto y miedo, pues de tal manera estaba acomodada que parecía un cadáver verdadero<sup>49</sup>. Mariana empero, todos los días se ocupaba en la memoria de la muerte ante esa horrorosa figura y sabía decirse: “Mariana de Jesús, ¿dónde te habrá cabido la suerte? ¡O vida eterna o muerte eterna!” <sup>50</sup>; y no experimentaba ningún temor ante la consideración del amargo trance, deseando más bien cambiar su vida con los que morían, expresando sus anhelos de verse pronto con la Divina Majestad de Dios. <sup>51</sup>

Pero la admirable Virgen pasó adelante en su amistad con la muerte. Sobre un espejo verdadero colocó un cuadro pequeño en el que estaba pintada una calavera a medio podrir, llena de gusanos que salían por la boca y los ojos y de aspecto espantable. En este lienzo se miraba y remiraba Mariana y a los que alguna vez entraban a su retiro les decía, señalando sus dos espejos, que el espejo material era mentiroso y que el verdadero era el de la muerte que enseñaba las verdades y en el que ella se miraba y debían mirarse todos. <sup>52</sup>

Un deseo sincero de ser olvidada y desconocida y una humildad heroica fueron, entre otros, los frutos de estas fúnebres meditaciones. Y Dios hasta obraba prodigios para complacer a Mariana en sus anhelos de que los hombres la desconociesen, como sucedió con don Francisco Antonio Morillo, quien, viendo la edificante conducta de Mariana en la iglesia de la Compañía, quiso conocerla y esperó que saliese del templo para ver quien era y encomendarse a sus oraciones, y mientras la seguía por la calle que va a su casa, de pronto se le desapareció haciéndosele invisible. Y esto le acaeció en dos ocasiones cuando la Sierva de Dios tenía trece años de edad más o menos <sup>53</sup>.

---

48 Proc. Infor. pág. 103.

49 Proc. Infor. págs. 74, 145, 289.

50 Proc. Infor, págs. 80, 129, 118, 152, 161, 174, 209, 252.— P. Rojas pág. XVI.

51 Procesos informativos pág. 289.— P. Rojas Pág. XV.

52 Proc. Infor. págs. 24, 31, 103, 118, 129, 174, 212, 161.— P. Romas pág. XVI.

53 Proc. Infor. págs. 24, 37, 241,

## DOS

*El ansia de cilicios*

No fue estéril para Mariana de Jesús el constante pensamiento de la muerte. Aprendió con él a despreciar su cuerpo, a no darle un momento de reposo y a castigarlo con todo el fervor de un anacoreta. Así, apenas se vio libre en su soledad, comenzó a conseguirse muy secretamente una cantidad increíble de cilicios para engalanarse con ellos y atraer las caricias de su celestial Amor<sup>54</sup>. Los primeros que tuvo fueron unos de cardas para ceñir los brazos, la cintura y las piernas y otros de asperísimas cerdas para mudarse con los anteriores<sup>55</sup>. Después se consiguió otros de eslabones de hierro con garfios agudos, de cadenillas de alambre retorcido y de estrellas de acero encadenadas con las puntas para adentro<sup>56</sup> y finalmente, unos de rallos<sup>57</sup>. Además tenía Mariana unos cordeles de cerda con que se atormentaba los brazos y los muslos<sup>58</sup> y una sogá de la misma materia toda sembrada de puntas de hierro <sup>59</sup>.

El número de cilicios pasaba de treinta <sup>60</sup>, siendo algunos tan anchos que llegaban a cubrirle completamente los brazos y las piernas, <sup>61</sup> de tal manera que después de su muerte se llenó un costal entero de ellos, <sup>62</sup> y de cada uno se hicieron cinco de regular anchura para repartirlos como reliquias <sup>63</sup>

De todos estos cilicios Mariana usaba diariamente, unas veces unos y otras veces otros, según su devoción, pero los que continuamente traía eran nueve repartidos así: dos en cada brazo, uno en los antebrazos y otro desde los codos hasta los hombros; dos en cada pierna, uno en los muslos y otro en las pantorrillas; y uno en la cintura que unas veces era de cuerdas

---

54 Proc. Infor. pág. 304.  
 55 Proc. Infor. pág. 14, 69, 160, Rojas, pág. XXIX.  
 56 Proc. Infor. Págs. 14, 32, 33, Rojas, pág. XXIX.  
 57 Proc. Infor. pág. 91, 173, 226.  
 58 Proc. Infor. págs. 33, 173,.— P. Rojas, pág. XXIX.  
 59 Proc. Infor. Págs. 100, 160  
 60 Proc. Infor. Pág. 128.  
 61 Proc. Infor. Págs. 160, 250.  
 62 Proc. Infor. Pág. 32.  
 63 Proc. Infor. pág. 91.

torcidas y anudadas o una cadena, y otras, un cilicio de cardas <sup>64</sup>. En los últimos años usó exclusivamente este último para la cintura; tan apretado, que se le introdujo en el cuerpo y creció sobre él y entre los huequecitos la carne, siendo imposible sacarlo <sup>65</sup>.

Las vísperas y los días festivos de su devoción se ponía un cilicio grande de eslabones de hierro con puntas aceradas, como estola, desde el cuello hasta la cintura, donde remataba con cuatro vueltas<sup>66</sup>. Los viernes de todo el año y en las vísperas de la fiesta de algún Santo, a quien tenía especial amor, se ponía cilicio a modo de camiseta o túnica, todo ajustado a su cuerpo, que le llegaba hasta la cintura y era con mangas hasta la mitad del brazo, tejido de cerdas tan ásperas y sembrado de tantas puntas de acero que certifica su director espiritual, el padre Manosalvas, que así que lo vio se le estremecieron los huesos <sup>67</sup>.

Para las rodillas usaba cilicios de cardas menudas y aguzadas, forradas de cuero por la parte de afuera y con cuatro cordelitos en las esquinas para amarrarse <sup>68</sup>.

A fin de que nadie sospechase estas austeridades, Mariana se ponía una camisa de lienzo pero solamente hasta la cintura, pues de allí para abajo vivía cubierta de cilicios y ordinariamente usaba una larga zaya, semejante en aspereza a la camiseta, también de cerdas con puntas aceradas<sup>69 (1)</sup>.

Tan admirable cantidad de cilicios tenía sobre su cuerpo Mariana, que su hermano el padre Fr. Jerónimo de Paredes franciscano, decía después a los que le preguntaban: “Mi hermana Mariana andaba cargada de una arroba de hierro por los cilicios que traía”. Igualmente su hermana doña Jerónima y su sobrina doña Juana Caso afirmaban que Mariana tenía aprisionada todas las coyunturas y no lo daba a sentir <sup>70</sup>.

En realidad causa espanto considerar cómo podía subsistir esta jovencita

---

64 Proc.Infor. pág.100.

65 Proc.Infor. Págs.91, 226.

66 Proc.Infor.Págs.14, 33, 173.— P. Rojas, pág. XXIX.

67 Proc.Infor.Págs.69, 353.

68 Proc.Infor.Pág.175.

69 Proc. Infor. Págs. 32,34.

70 Proc. Infor. Págs. 173, 226.

tan delicada con semejantes ligaduras que se le metían en la carne <sup>71</sup> y le hacían reventar sangre por todas las partes de se cuerpo, por la violencia con que se los ajustaba<sup>72</sup>. Así lo confirmó asombrada su criada Catalina quien, por mandato de Mariana, guardaba los cilicios ensangrentados que se quitaba del cuerpo cuando se cambiaba con otros, en una petaquita debajo de la cama de la Venerable Virgen <sup>73</sup>.

Con el uso los cilicios iban perdiendo la agudeza de las puntas y por la tensión con que los mantenía sobre su cuerpo se empezaban a dañar, Mariana los mandaba donde don José Espinosa de los Monteros, maestro platero, para que los afilase las puntas, los alinease los corchetes que se habían reventado<sup>74</sup>. Si alguna persona le tocaba los brazos quedaba llena de asombro ante lo horroroso de sus cilicios, por lo cual Mariana sentía mucho que la llegasen a abrazar <sup>75</sup>. Y en una ocasión en que el médico la fue a visitar y al verla tan macilenta la dijo: “Vuesa merced debe traer muchos cilicios”, quedó corrida y avengonzada, sonrojado el rostro por la confusión de que sospechasen sus penitencias.

Pero si por una parte procuraba Mariana ocultar el rigor de sus cilicios, por otra parte se ingeniaba en acrecentar el dolor que le causaban, para que la continuidad no viniera a amortiguar sus sufrimientos. Estando enferma y muy atormentada y fatigada por la calentura, fue a visitarla María Arias vecina suya y muy sierva de Dios, con quien Mariana tenía particulares comunicaciones. Mariana le suplicó que la dejase recostar en su falda y que le diese golpes encima de los hombros y en las espaldas diciéndole que se le adormecían aquellas partes. Accedió sencillamente María Arias, mas a poco reconoció que el verdadero fin porque le había dicho que la golpease era para que le penetrasen los cilicios de puntas de hierro de que estaba vestida <sup>76</sup>.

Todas estas joyas de su amor a Jesucristo las llevó Mariana durante la vida entera, hasta que tres días antes de su muerte le ordenaron sus confesores que se las quitase, como lo hicieron, en parte, su hermana y su sobrina.<sup>77</sup> Una originalísima manera de atormentar sus pies inspiró el Señor a su

---

71 Proc. Infor. Pág. 33.

72 Proc. Infor. Pág. 69.

73 Proc. Infor. Págs. 100,101.

74 Proc. Infor. Págs. 151,

75 Proc.Infor. Pág. 290.

76 Proc. Infor. Págs. 269, 270

77 Proc. Infor. Págs. 151,152.

amante esposa desde la niñez y fue que en los zapatos traía, los lunes miércoles y viernes, unas plantillas de cera sembradas de cinco o más garbanzos, en reverencia de las Cinco Llagas de Cristo Nuestro Bien<sup>78</sup>. Igualmente los traía en las rodillas para mortificarse cuando se hincaba, que era su ordinario modo de estar en oración, así en su cuarto como en la iglesia de la Compañía<sup>79</sup>. Estos garbanzos le causaban tan cruel molestia que no podía menos de hacerlo notar por la moderación y dificultad con que andaba y se ponía de pie después que había estado arrodillada<sup>80</sup>, pues, parecía que arrastraba grillos<sup>81</sup>.

### TRES

#### *Las disciplinas y el modo de dormir*

A la aspereza del cilicio añadía Mariana de Jesús el rigor de los azotes y el tormento del sueño. Diariamente se disciplinaba tres, cuatro, cinco y hasta seis veces<sup>82</sup>, con tanta aspereza y crueldad que derramaba mucha sangre bañando con ella los ladrillos del piso y las paredes del cuarto donde habitaba<sup>83</sup>. Para disimular estas horrorosas maceraciones llamaba a los niños y niñas de casa que no tenían aún malicia para decir lo que veían, o a unas criadas suyas de mucha confianza y juntamente con ellos limpiaba y lavaba el suelo y las paredes con agua caliente, haciendo frotar con unos estropajos grandes los puestos donde había darramado su sangre<sup>84</sup> a pesar de lo cual, no fue posible borrar todas las huellas<sup>85</sup>.

Estos azotes duraban por largo espacio de tiempo<sup>86</sup>, pues, solía decir a sus amigas espirituales que mientras más azotes se daba más sabroso le parecía su tormento<sup>87</sup>; para variar de instrumentos tenía unas disciplinas hechas de cadenas de hierro, otras con estrellas de acero y otras con rosetas, rodajas

78 Proc. Infor. Págs.14,59,69,86,250.26,276,284,290,304, 350.Pt Rojas , Pag XXXIX

79 Proc.Infor.,Págs.33,102, 250.

80 Proc,Infor., Págs. 58, 250, 284.

81 Proc.Infor., Pág. 225.

82 Proc.Infor., Págs.10, 34, 99, 289,352.-P. Rojas, Pág. XXIX.

83 Proc.Infor.,Págs.10, 34,69,100.190,203, 212,227,245, 255.261,277, 290.- P. Rojas, Pág. XXIX.

84 Proc.Infor.,Págs.10, 34, 69,100,190, 227, 255, 261,350. P. Rojas,Pág. XXIX.

85 Proc.Infor.Págs. 148, 150, 203, 212, 227, 245,290.

86 Proc.Infor.Págs. 100,107.

87 Proc.Infor.Pág.173.



y garfios también de hierro que quedaban completamente ensangrentadas después de su uso <sup>88</sup>. La disciplina de cadenas, ensangrentada, la traía siempre consigo en las mangas del vestido <sup>89</sup>. En algunas ocasiones usaba también de varas en vez de las anteriores <sup>90</sup> o se azotaba con ortigas hasta que casi se le deshacían las ramas entre las manos quedando con las hojas destruidas y completamente llenas de sangre<sup>91</sup>. Estos restos de su heroico martirio los enviaba enterrar o echar en un arroyo con todo secreto, por medio de su criada<sup>92</sup>.

No siempre usó Mariana de sus propias manos para el castigo voluntario: a su criada le rogaba con grandes instancias y persuaciones que la azotase y aunque se resistía a hacerlo, al fin, con lágrimas en los ojos y gran repugnancia, lo efectuaba, mas viendo que por la delicadeza del cuerpo de Mariana a los primeros azotes se le acardenalaban horriblemente las espaldas se compadecía y quería desistir de su empeño, pero la sierva de Dios le animaba a continuar diciéndole que no tuviese pena ni temor, pues, no castigaba sus carnes ni le había de doler a ella y que lo hiciese por Dios y que por el amor que a Mariana le tenía y por ser su ama, a lo que la criada le volvía a responder que aun por eso rehusaba cumplir tan duro precepto. Entonces Mariana, con patéticas razones, le decía que castigándola así la ayudaba a ir al Cielo y que viéndola allá la querría y estimaría más, con lo cual la criada, violentada por sus ruegos, procedía con sus disciplinas por un largo rato, hasta que la penitente Virgen le decía: basta. Estos azotes por mano ajena les tomaba Mariana en la hora que correspondía a su primera disciplina nocturna y con la de cadenas de hierro, haciendo previamente esconder la luz de la vela en un rincón del cuarto <sup>93</sup> Las otras disciplinas las hacía a la media noche y al alba <sup>94</sup>.

Con la sangre salpicada en las paredes, Mariana tenía hecha unas crucesitas para acordarse de lo que padeció su amado Jesús <sup>95</sup> ¡Y cuántas veces estos cruentos flagelos de la angelical Mariana de Jesús fueron el pararrayo de las iras divinas, ya al derramarse sobre las iniquidades del pueblo de Quito!. Para el regalo del sueño buscó también los modos más exquisitos para

---

88 Proc.Infor.,Págs. 10, 32, 69, 86, 227, 251, 304.

89 Proc.Infor.,Pág. 160.

90 Proc.Infor.,Págs.10, 32.

91 Proc.Infor.,Págs.10, 32, 69, 100.

92 Proc.Infor.,Pág. 100.

93 Proc.Infor.,Pág.100.

94 Proc.Infor.,Pág.99.

95 Proc.Infor.,Pág.290.

mortificarse, que nos parecerían increíbles si no estuviesen afirmados por juramento por testigos oculares en los Procesos de Beatificación. Según el horario, que aprobaron sus confesores al entrar en su retiro, eran tres las horas de descanso del cuerpo por la noche, pero esto le pareció demasiado a la sierva de Dios, y, poco a poco, las fue reduciendo a dos, finalmente a una sola, o sea desde las dos hasta las cuatro de la mañana y desde las tres hasta las cuatro, para todo el resto de la noche gastarlo en la oración, lección espiritual, lecturas de Vidas de Santos y otras penitencias <sup>96</sup>.

Los modos de dormir eran más para martirizarle que para proporcionarle descanso; pues, unas veces se acostaba en un potro de dar tormento, fabricado en forma de escalera, con siete escalones triangulares separados y con los hilos hacia arriba <sup>97</sup>, de tal manera que le abrían las carnes y las maderas quedaban ensangrentadas<sup>98</sup> - Por el continuado uso de esta cama -de la que Mariana solía decir que le bastaba para ella y su esposo Jesucristo- <sup>99</sup> vinieron a gastarse y embotarse las esquinas afiladas de los escalones <sup>100</sup> . Otras veces dormía en el suelo sobre los ladrillos <sup>101</sup>o sobre una sábana de costal, toda sembrada de piedras de cantería, en tal cantidad que con ellas sus deudos llenaron una fuente de plata, después que murió la santa Virgen, para mostrarlas al concurso de gente que había acudido <sup>102</sup>.

En algunas ocasiones le repugnaba a Mariana acostarse en semejante suplicio, y su carne -como humana y flaca- se resistía a ello, pero la heroica doncella se vencía y hablando consigo misma se decía: “Qué queréis, Mariana, duéleos, ¿queréis regalaros?; venid, os regalaré aquí!” <sup>103</sup> y se acostaba en una áspera y gruesa sábana de cerdas <sup>104</sup>, o dentro del ataúd, parándole al simulacro de la muerte<sup>105</sup>. Dormía también de rodillas cerca de una sillita para que al cabecear pudiera golpearse y, así dejar el sueño y volverse a poner en oración <sup>106</sup>.

---

96 Proc.Infor., Págs. 33,68,129,174,190,261.

97 Proc.Infor.,Págs.10 33,69, 88,102,129,140,145,146,152, 160,174,175,190,203,209,211,226,245,261,189,P.Rojas,Pág XXIX.

98 Proc. Infor., Págs. 88,102,174.

99 Proc.Infor.,Pág.140.

100 Proc.Infor.,Pág. 33.

101 Proc.Infor.,Pág.69.

102 Proc.Infor.,Págs. 67, 68, 201.

103 Proc. Infor., Pág.102.

104 Proc. Infor., Págs. 10, 33, 69, 87, 102, 160, 174, 175, 211, 226,

105 Proc. Infor., Págs. 33, 68, 289, 358.- P. Rojas, Pág. XXIX.

106 Proc. Infor., Pág. 33.

Finalmente, tres días a la semana hacía llevar a su cuarto con sus criadas una carga de ortigas sobre las cuales dormía, tendiéndolas al lado de la cama de respeto, apretándolas contra las carnes desnudas hasta que quedaban enteramente ajadas y marchitas, en cuyo estado las mandaba a echar en la quebrada a la mañana siguiente<sup>107</sup>. Hablando de este modo de dormir decía la admirable Sierva de Dios: “Mariana quiere dormir en cama blanda, yo le daré la que merece”<sup>108</sup>. La almohada correspondía al género de cama, siendo un trozo de madera, un ladrillo o una piedra<sup>109</sup>.

Cuando su criada u otras personas se admiraban de tan crueles tormentos en el dormir, Mariana les respondía: “Que algo se había de hacer para ganar y merecer a Dios, porque en camas blandas y regaladas no se le hallaba y que pues su Esposo padeció tanto por ella, no era nada, lo que ella hacía”<sup>110</sup>. Para que nadie se percatara de estos instrumentos de mortificación, mandó hacer en su aposento un estrecho cancelito de tablas a modo de celdilla donde tenía el catre, con la ropa suave, de las cuales jamás usó y debajo de esta cama escondida el potro de dar tormento, las sábanas de cerdas y las piedras, ocultándoles con la colcha de su cama aparente, haciéndola llegar hasta el suelo <sup>111</sup>.

Además tenía dos cruces para dormir sobre ellas en especiales días: la una era como de un metro de largo, de madera tosca y no desbastada <sup>112</sup> y la otra era de una vara y cuarto de largo, de una madera espinosa y doscientas siete espinas tan agudas y afiladas que parecían de acero; esta última usaba Mariana abrazándola fuertemente contra el pecho y acostándose sobre ella con las desnudas, hasta que le penetraban las puntas en la carne y la dejaban hecha una viva llaga, por cuya razón esta cruz se conservaba después de su muerte bañada en sangre.

A tan atroces lechos para tomar el sueño, cuya sola enumeración nos horroriza, llamaba Mariana su descanso, su regalo y su delicia<sup>113</sup>. Y todas las veces que se había de acostar tomaba un hisopo con agua bendita y rociaba la cama diciendo: “Dios te perdone Mariana” <sup>114</sup>.

---

107 Proc. Infor., Págs. 57, 102, 103, 160, 175, 200, 201, 227.

108 Proc. Infor., Pág. 175.

109 Proc. Infor., Págs. 10, 69, 87, 34, 102, 210.

110 Proc. Infor., Pág. 102.

111 Proc. Infor., Págs. 10, 68, 87, 101, 102, 140, 145, 148,, 201.

112 Proc. Infor., Págs. 16, 32, 30, 88, 148, 152, 269'.— P. Rojas, Pág.XXIX.

113 Proc. Infor., Págs. 87, 102, 148.

114 Proc. Infor., Pág. 358.

## EL JARDÍN DE LAS VIRTUDES

UNO

*El camino hacia Dios*

Mariana de Jesús sentía un hambre de Dios grandísima, un desprecio completo de las cosas humanas y un aprecio profundo de las divinas por lo cual, como atestiguan sus confesores, no perdió la gracia bautismal, siendo tan excelsa la pureza de su alma que en toda su vida jamás pecó mortal ni venialmente, y si tuvo algunas imperfecciones eran fuera de su voluntad y deliberación, de modo que para absolverla en las confesiones cotidianas necesitaban de grande cuidado para hallar la materia sobre la que pudiera recaer la absolución Sacramental.<sup>115</sup>

Cada día daba cuenta de su conciencia a su confesor y de cuanto en su alma pasaba, sin que faltase nunca a este santo ejercicio, y en él lloraba y gemía como pecados suyos lo que era virtud grandísima y santidad eximia<sup>116</sup>. Así fue creciendo de virtud en virtud, hasta alcanzar el grado sumo de la perfección <sup>117</sup>.

Tuvo una fe muy viva, jamás se le pasó por el pensamiento duda alguna sobre ella y cuando hablaba de los más altos misterios, así de la Divinidad como de la santa Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo con superior conocimiento, se encendía su espíritu, de suerte que parecía que quería volar; y en defensa de la Verdad Católica desde niña tuvo grandes ansias y deseos del martirio, de enseñarla a los gentiles y de reducir a ella a los herejes <sup>118</sup>. Continuamente vivía en la presencia de la Divina Majestad sin perderle jamás de vista, de donde le nacía su grande devoción a la Santísima Trinidad <sup>119</sup>.

115 Proc Infor., Págs. 142, 353.— P. Rojas, Págs. VI, VII, .XXVII, XVIII. P. Morán de Buitrón: La Azuena de Quito Carta del P. Camacho, Pág. 422; Informe de IP. Lucas de la Cueva, Pág. 253.

116 Proc. Infor., Pág. 361.

117 Proc. Infor Pág. 358.— P. Rojas, Pág. XIX; P. Morán .Buitron..cc.. Informe del P. Lucas de Sa Cueva, Pág.253.

118 Proc. Infor., Págs. 48,77,355.

119 Proc. Infor., Pág. 48.

Su esperanza fue firmísima, ya que fundándose en la suma bondad y clemencia de Dios, siempre tuvo confianza de que se había de salvar y gozarle en la gloria y de que le había de conceder todo cuanto le pidiera; y esta misma virtud aconsejaba a los demás <sup>120</sup>.

Fue un verdadero serafín, por la caridad ardentísima para con Nuestro Señor, a quien amaba con todos sus sentidos y potencias, abrasándosele el corazón en su amor, con grandes deseos de gozarle y de verle, de donde le nacía el andar como extática y fuera de sí, sin poder apartarse un instante de sus amores, exhortando a este mismo amor a cuantas personas lo comunicaba. Cuando se ejercitaba en obras de manos, ocupaba su corazón en jaculatorias encendidas, y ora tuviese un dolor o trabajo, ora comiese o descansase, decía: Que sea en amor de Dios, pues, de ninguna otra cosa cuidaba en este mundo sino de servirlo <sup>121</sup>. Finalmente, de todo cuanto veía, oía y gustaba, dábale gracias diciendo: ¡Gracias a Dios que te creó! <sup>122</sup>.

Pero este inmenso amor no destruía en Mariana el saludable temor de ofenderle, procurando siempre no hacer cosa que fuese de su desagrado<sup>123</sup>, y así con grande celo sentía mucho las ofensas que se cometían contra su Divina Majestad, deseando estorbarlas, si pudiera, dando su vida, por lo cual con humildad y fortaleza, corregía las faltas y los pecados ajenos<sup>124</sup>.

Su oración, en la que gastaba cinco horas y media y aún más diariamente, fue altísima; y Nuestro Señor la levantó a lo supremo de la contemplación que consiste en conocer a Dios y sus perfecciones sin discursos, llamarle sin interrupción, y a una unión tan estrecha con su infinita bondad, que ya no necesitaba de libros para saber lo que había de contemplar, porque de cualquier cosa que leía u oía tomaba ocasión para estarse días y noches enteras alabando y amando a su Esposo <sup>125</sup>.

En la conformidad con la voluntad de Dios llegó a encumbradas alturas: jamás la inmutó suceso por grave que fuese, y tanto en sus aflicciones como en las grandes penalidades con que probó el Señor a sus parientes, agradecía

120 Proc. Infor., Págs. 49, 77, 355.

121 Proc. Infor., Jágs. 49, 77, 146, 216.— P. Rojas, Pág. XIV.

122 Proc. Inorf., Pág. 113.

123 Proc. Infor., Pág. 51.

124 Proc. Infor., Págs. 51, 53, 49, 216.

125 Proc. Infor., Págs. 51, 271, 357.— P. Morán de Butrón, c.c.: Carta del P. Camacho, Pág. '22,

a Dios, diciendo que con eso se acordaba de los suyos, y, pues, el Padre Nuestro, lo remediaría como mejor conviniese <sup>126</sup>. De ahí que su paz interior redundaba en su cuerpo, trayendo siempre el rostro apacible y risueño en lo próspero como en lo adverso, y en la salud como en la enfermedad <sup>127</sup>.

Mariana guardó sus votos con la mayor fidelidad; obedecía cuanto le ordenaban sus confesores o sus parientes, por duro que fuese el precepto, dejando cualquier cosa en que estuviera ocupada por acudir a lo que la ordenaban. En todo estuvo sujeta a su hermana doña Jerónima de Paredes y a su cuñado don Cosme de Caso, que aun para ir a la iglesia había menester de su licencia; una ocasión estuvo Mariana sumamente enferma, por lo cual quiso ir desde la puerta de la iglesia de la Compañía a su casa en sala de la reina o sea silla de manos como equivocadamente decimos entre nosotros, mas el padre Lucas de la Cueva, su confesor, por mortificarla le dijo que se fuese por sus pies, y ella con mucha alegría y obediencia así lo hizo <sup>128</sup>.

También el hermano Hernando de la Cruz, su director, le mandó que fuese escribiendo su vida y sus ejercicios, y aunque por mucha humildad sintió grandemente este precepto, lo empezó a cumplir, hasta que, por no atormentarla el Hermano suspendió su mandato<sup>129</sup>.

Como se entregaba toda al gobierno y dirección de sus confesores, los obedecía a ciegas, mas algunos de ellos, acostumbrados solo al trato común con las almas vulgares y por sus pocos años no entendían tanto de las cosas de espíritu y de las encumbradas vías místicas de Mariana, de modo que a veces le mandaban cosas que quizá no eran para alcanzar el fin que ella deseaba; y aunque obedecía con humildad, les llevaba después algún libro, notado y señalado el capítulo y con toda reverencia les decía: “Padre mío, lea este libro y capítulo”, con lo cual ellos conocían el terror que habían cometido y procuraban enmendarlo <sup>130</sup>.

---

126 Proc. miar., Págs. 130, 290, 356. P. Morán de Butrón, c.c.: Informe de P. Lucas de la Cueva, Pág. 253.

127 Proc. Infor., Pág. 53.

128 Proc. mor., Págs. 124, 125.

129 Proc. Infor., Pág. 56.

130 Proc. Infor., Pág. 361.— P. Morán de Butrón,, o.c.: Informe del P. Lucas de la Cueva, Pág. 253.

Fue paupérrima en su persona y en las cosas de su uso, aunque siempre lo tenía todo muy aseado; no tuvo cosa propia, porque renunció a sus ricas herencias. Su vestido era uno solo, de lana y muy humilde y tenía mucho desprecio de las galas y vanidades del mundo, sin ponerse jamás arreo alguno de cintas, prendas de seda u oro <sup>131</sup>.

En la castidad fue angelical; la conservó sin un mínimo pensamiento que la pudiese mancillar ni asomo de imaginación que de mil leguas la pudiese deslustrar. Jamás se confesó cosa que oliese a menos pureza y solía dar gracias a Dios de que la hubiese librado tan misericordiosamente del vicio contrario, que no podía ni sospecharlo, pues, no sintió ni en su cuerpo ni en su alma movimiento maligno, casi eximida de las leyes de la naturaleza, por lo que se admiraba y le parecía imposible cuando oía que otras doncellas padecían semejantes molestias, juzgando que de ningún modo podían tener movimientos ni consentimientos impuros <sup>132</sup>.

Para resguardar tan preciosa joya cercó su corazón en el recogimiento, la modestia y el silencio. No salía de su aposento sino con extrema necesidad para servir a sus parientes o alguna rara vez cuando tenía que hacer una obra de caridad; no visitaba a nadie ni admitía visitas si no eran personas muy espirituales y compañeras suyas en la virtud. En su vida salió, a fiestas, concursos ni entretenimientos aunque fuesen muy lícitos y santos. Su clausura fue tan grande, aunque vivía entre sus deudos, era lo mismo que si estuviera en los desiertos. Jamás le embarazó su compañía ni le fue estorbo al aumento de su perfección y si cada día iba a la Iglesia, era salir de una clausura para entrar en otra, porque en el templo se ponía en su rincón sin moverse de ahí a otra parte, como no fuese a confesarse y comulgar. <sup>133</sup>

La mortificación de sus sentidos fue rara y admirable, porque la modestia de sus ojos era edificante, trayéndolos siempre bajos y clavados en el suelo, su rostro cubierto con el manto hasta el pecho, y con tanta naturalidad y religiosidad que manifiestamente no era causada por ninguna afectación o artificio<sup>134</sup>. No veía cosas curiosas y deleitables a la vista, privándose totalmente de tales complacencias, no oía cosas vanas ni entretenidas ni

131 Proc. Infor, Págs. 11, 51, 77, 78, 124, 137, 184, 354.— P. Morán de Butrón o.c.: Carta del P. Camacho, Pág. 422.

132 Proc. Infor., Págs. 51, 78, 124, 137, 217, 354.— P. Rojas, Pág. XXXII.— P. Morán de Butrón o.c.: Carta del P. Camacho, Pág. 422

133 Proc. Infor., Págs. 34, 79, 93, 113, 166, 259, 185, 212, .280, 356.

134 Proc. Infor., Págs. 10, 34, 79, 93, 146, 166, 185, 217, 234, 265, 279.

permitió jamás que en su presencia se murmurase o se hablase palabras menos compuestas. No gustaba de olores perfumados y guarre necesaria, de modo que si podía decir una razón con dos palabras no la decía con tres y cuando era necesario hablar, sus expresiones eran pocas, discretas y muy consideradas, las concluía con toda brevedad y se volvía a su retiro <sup>135</sup>.

Mariana de Jesús era mansísima de convicción: daba riguroso silencio, sin hablar palabra que no fue necesaria. No supo qué cosa era el airarse ni se la vio impaciente ni con señales de enojo, sino siempre sufrida, en todas las ocasiones, de manera que no parecía persona de este mundo; y a las personas que veía que se enojaban las corregía puntualmente y las exhortaba a que tuviesen paciencia <sup>136</sup>.

Pero la virtud que fue el ideal, el fundamento y la corona de su santificación fue la humildad, aborrecía las alabanzas y que la tuviesen por virtuosa, y gozaba en los desprecios y abatimientos <sup>137</sup>. Sentía bajísimamente de sí, porque decía ser la más mala y perversa de cuantos vivían en el mundo, pues, debía más que todos a Dios y correspondía menos que todos. Si alguna persona se le encomendaba en sus oraciones, respondía que eso tocaba a las que estaban muy cerca de Dios y que ella se conocía más mala que todas; con todo hacía con mucho cuidado lo que se le pedía<sup>138</sup>. Con rendida gratitud atribuía a Nuestro Señor todo lo bueno que reconocía en sí y a sí misma, todo lo que era imperfección y defectos, procurando encubrir las mercedes que el Señor le hacía, sin desvanecerse ni atribuir las a méritos propios<sup>139</sup>. Reprendía mucho y aconsejaba la humildad a las personas que tenían o mostraban soberbia o vanidad en las acciones<sup>140</sup>.

Lo más admirable en la vida de Mariana fue la perseverancia y constancia que tuvo en su proceder y en la guarda de sus virtudes, siempre con el mismo tezon en sus ejercicios y penitencias <sup>141</sup>. En fin, como dice el padre Manosalvas, su director espiritual y lo declaran muchísimos testigos en los Procesos, no hubo virtud en la que Mariana no se esmerase en grado heroico, ejercitándose en todas ellas como si solo tuviese una sola<sup>142</sup>.

---

135 Proc. Infor., Págs. 34, 69, 355.

136 Proc. Infor., Pág. 290.

137 Proc. Infor. Págs. 35, 93, 109, 217.

138 Proc. Infor. Pág. 149.

139 Proc. Infor. Pág. 149.

140 Proc. Infor. Pág. 357.

141 Proc. Infor. Pág. 228.

142 Proc. Infor. Págs 23, 35.



## DOS

### *El hogar, los prójimos y los pobres*

Mariana de Jesús fue un perfecto dechado de virtudes domésticas y un dulce modelo de jóvenes cristianas. Tres horas diarias dedicaba a sus labores femeniles y a otras obras de manos, como tejer, bordar, coser, etc., especialmente cosas para el servicio de Dios, como cingulos y demás ornamentos <sup>143</sup>.

Al tiempo en que comía su familia salía Mariana de su cuarto, no para comer ella, sino para servir a la mesa, pasando los platos con toda humildad y aunque sus parientes con sus ruegos la querían impedir, ella los persuadía con tan suaves y discretas razones, diciendo que en ello encontraba su consuelo, que la dejaran en su buen ejercicio. Mas, para excusarla de este trabajo, no pocas veces adelantaban o atrasaban la hora de comer, pero ella, sin ser avisada y estando retirada en su cuarto, en el momento exacto salía y se iba a su servicio <sup>144</sup>. Cuando estaba achacosa y de ningún modo le permitían servir, se sentaba en el suelo y con algún instrumento musical, como clavicordio, vihuela, o guitarra, cantaba en la mesa romances espirituales y divinos <sup>145</sup>.

Si se reunía con los de su casa, para que sus mismos familiares la despreciaran, se sentaba en el suelo con las criadas, y si le decían que no era ese su lugar, respondía que estaba muy bien allí <sup>146</sup>, estimándose por la menor de las sirvientas, a quienes, siendo necesario, las servía en lo que se les ofreciese, particularmente cuando estaban enfermas, asistiéndolas con amor, dándoles a comer la comida que ella misma preparaba, limpiándoles el sudor, barriendo sus aposentos, levantándoles y acostándoles y haciéndoles las camas con mucha humildad y caridad<sup>147</sup>.

---

143 Proc. Infor. Págs. 174, 183.

144 Proc. Infor. Págs. 16, 35, 166, 185, 212, 233, 356. P. Rojas, XXXIII.

145 Proc. Infor. Pág. 35.

146 Proc. Infor. Pág. 11.

147 Proc. Infor. Págs. 35, 93, 109, 217.

Algunas veces que la gente de servicio de su casa se levantaba a media noche a amasar, salía también la Sierva de Dios a esas horas para ayudarlas, porque decía que cómo había de comer el pan de balde y permitir que ellas solas trabajasen y que aun cuando ella no lo comiese lo comerían sus pobres <sup>148</sup>. Del pedazo de masa que le daban, de más o menos dos onzas, hacía un pan que en el horno se ponía tan hermoso y crecido que parecía una torta grande y exquisita<sup>149</sup>. Muchas veces, después de que todos habían comido, se iba a la cocina a lavar los platos y ollas como cualquier esclava <sup>150</sup>. A los huéspedes que llegaban a su casa los hacía descalzar para lavarlos los pies con agua tibia y les curaba de cualquier lastimadura que hubieren sufrido en el camino.

Entre las nueve y diez de la noche, en ciertas ocasiones, tenía un rato de recreación, juntándose en la habitación de su sobrina doña Juana Caso o en uno de los corredores para tratar de cosas espirituales con su hermana doña Jerónima y sus sobrinas <sup>151</sup>, o para tocar el clavicordio, la vihuela o la guitarra, cantando con su bella voz coplas religiosas, alzando frecuentemente los ojos al cielo y más si estaba estrellado, por el particular consuelo que sentía en esto<sup>152</sup>.

Se abrasaba Mariana en un ferviente amor y caridad para con los prójimos y ansiaba dar su vida, si la fuera posible, por remediar las necesidades de ellos, en especial porque sirviesen a Dios, a quien continuamente rogaba por la conversión de los infieles, herejes y pecadores, aplicando a este objeto muchas de las oraciones y penitencias que hacía <sup>153</sup>.

Los tristes y los afligidos hallaban en Mariana una fuente de consuelos, saliendo de su presencia alegres y desahogados <sup>154</sup>; a las madres de familia consolaba y animaba diciéndoles: “Dichosa usted, que merece mucho con Dios por las muchas obligaciones que tiene de hijos e hijas”, <sup>155</sup>. Los pobres y los desheredados de la fortuna le robaban el corazón. Toda la ración de comida que le correspondía, lo mismo que cualesquiera viandas o regalos

---

148 Proc. Infor. Pág. 149.

149 Proc. Infor. Pág. 149.

150 Proc. Infor. Pág. 357.

151 Proc. Infor. Págs 23, 35.

152 Proc. Infor. Pág. 23.

153 Proc. Infor. Pág. 68.

154 Proc. Infor. Págs. 79, 279

155 Proc. Infor. Págs. 79, 279

que le hacían, con licencia de su cuñado, hermana y sobrinos, los remitía a una pobre viuda y a sus tres hijos u otras doncellas que le seguían, en la virtud <sup>156</sup>; y como a la pobre viuda se le murió una de sus tres hijas, Mariana le costeó los gastos del entierro <sup>157</sup>.

El pan que amasaba y todo el que sobraba de la mesa de su familia lo repartía en limosna a los pobres y mendigos que diariamente acudían en gran número a las puertas de su casa <sup>158</sup>. Y es fama que en sus manos adquiría una fragancia suavísima, un extraordinario sabor y se volvía tan blanco y hermoso que lo llamaban “pan del cielo” <sup>159</sup>.

Cuando los pobres la veían abrir la puerta de su cuarto para salir se regocijaban muchísimo, y entonces ella bajaba al patio, con una canasta sobre los hombros, la cual a veces la acompañaba a cargar su sobrina doña Sebastiana de Casa, con quien tenía piadosa competencia de quién había de repartir la limosna, hasta que se convenían en repartirla ambas, y antes de dar el pan, primero lo besaban <sup>160</sup>. Luego, escogiendo a los mendigos más asquerosos se inclinaba hacia ellos y los espulgaba y finalmente, antes de despedirlos con santos consejos, les exhortaba a la virtud <sup>161</sup>.

Se sabe que en más de una ocasión el pan de sus limosnas fue de milagroso origen, porque ni los de dentro ni los de fuera lo habían dado, lo cual causaba grande admiración a sus deudos <sup>162</sup>. Con lo que adquiría de su trabajo de hilado y costura socorría a muchos enfermos y necesitados, enviándoles velas, el pan, carbón, azúcar, frutas, vestidos y lo que alcanzaba a conseguir <sup>163</sup>. Persuadía a los suyos a que tuviesen caridad, porque decía que faltando esta, faltaba todo <sup>164</sup>.

Cuando los pobres acudían a deshoras, conociendo la caridad de Mariana, tiraban piedras a una ventanilla que tenía en su cuarto y que daba hacia el gran horno, para que los socorriese, lo cual hacía ella con mucha

---

156 Proc. Infor. Pág. 290.

157 Proc. Infor. Págs. 16, 34,137, 172, 272, 224, 290, 256. 68, 92, 109, 117, 149, 217, 233. P. Rojas, XXXI

158 Procl Infor. Págs.16,22,68,92.109,11,149,217,233 P. Rojas, XXXI

159 Proc. Infor. Pág. 68.

160 Proc. Infor. Págs. 82, 92,109.

161 Proc. Infor. Págs. 82, 92,

162 Proc. Infor. Págs. 62, 92, 201.

163 Proc. Infor.Págs. 16, 93,110,123,166.— P. Rojas,

164 Proc. Infor. Pág. 93.

voluntad, aunque sea pidiendo a sus parientes las limosnas que iba a dar. Especialmente desde ese lugar proveía de lo necesario a un sacerdote que andaba sin juicio y a quien Mariana apreciaba mucho y era muy amigo suyo, porque Dios le había revelado que la locura le había cogido en estado de gracia <sup>165</sup>.

Realizó también esta venerable virgen el ideal de la amistad cristiana, aprovechándose de sus dulces lazos para conducir las almas a la virtud y a la perfección. <sup>166</sup>)

Tuvo particular cuidado de que sus sobrinos y demás gente de la familia viviesen en amor y temor de Dios, y si notaba algún descuido en esto, luego procuraba la enmienda, y si no la conseguía, la persona culpable era precisada a abandonar su casa. A los niños, niñas pequeñas y demás muchachas del servicio doméstico les enseñaba a rezar las oraciones, les explicaba los misterios de nuestra Santa Fe, les llevaba a la iglesia de la Compañía de Jesús para que aprendieran a oír misa y asistir fructuosamente a las funciones del culto divino, exhortándoles a la atención y devoción en el templo, y los inclinaba a la frecuencia de los santos sacramentos con su ejemplo y el de otras mujeres devotas. Los instruía y ejercitaba en la virtud, haciendo que cargasen cruces pequeñas y anduviesen las estaciones juntamente con ella. Estableció entre las sirvientas de su hogar la costumbre de comulgar todos los domingos del año y en los jubileos, y para que se dispusiesen con mucho cuidado, les avisaba el día antecedente; y si alguna no podía, por no dejar alguna ocasión peligrosa o cualquier otro motivo, de rubor y vergüenza salían del servicio de esta “casa de virtuosos”, como se le llamaba en Quito<sup>167</sup>.

Fue un apóstol de la paz en las familias y con sus consejos y oraciones procuraba reducir a la concordia los ánimos más alborotados<sup>168</sup>. La gratitud se albergó en su alma, como el aroma en la flor, y todos los días tenía señalado algún rato para suplicar a su Esposo que favoreciese con bendiciones del cielo a los que le hacían cualquier beneficio, diciendo que solo los dones del cielo los estimaba ella como recompensa. Con sus confesores tenía gran cuidado, pagándoles el trabajo que se tomaban en procurar su alivio y

---

165 Proc. Infor. Págs. 166, 172, 201, 225.

166 Proc. Infor. Págs. j 65, 70, 115, 116, 150, 168, 357.

167 Proc. Infor. Págs. 23, 53, 110, 335.

168 Proc. Infor. Págs. 64, 260.

la santificación de su alma; y así decía que sus confesores eran los primeros cuidadores suyos <sup>169</sup>. En resumen, la vida y el ejemplo de Mariana de Jesús eran para todos eficazísimo sermón, y aliciente a la virtud para cuantos podían gozar de su familiaridad o de su vista<sup>170</sup>.

### TRES

#### *Florezilla franciscana y el enemigo*

Feliz y tranquila transcurría la existencia de Mariana en el retiro y ocultamiento de su propia casa, pero sentía deseos de ser religiosa en alguno de los Monasterios que entonces florecían en la ciudad, con grande fama de santidad.

Una tarde, pues, al frisar su juventud en los 19 años poco más o menos, fue al Convento de Santa Catalina de Sena con el objeto de quedarse para religiosa. Acaso la movió a esta determinación su filial afecto a la admirable santa senense y la amistad espiritual que tenía con algunas religiosas de esclarecida virtud y santidad de este Monasterio quiteño, con quienes se comunicaba de noche por medio de una estrella que iba de la Sierva de Dios a las celdas del Convento y de estas a la casa de Mariana, de modo que una persona que vio con admiración y temor entrar esa luz misteriosa a deshoras de la noche en la celda de una religiosa, juzgó que sería algún espíritu soberano. Estando, pues, ya Mariana en el Monasterio, ese día mandó a buscar a su cuñado don Cosme de Caso, a quien estaba sujeta, para pedirle licencia de quedarse en él, pero de ningún modo le pudieron hallar, a pesar de que nunca faltaba de sus negocios en la Plaza de San Francisco o de su casa, por lo cual Mariana conoció que Dios no la quería para religiosa, y ya cerca de la noche se vio obligada a regresar a su familia. Comunicando después estos sucesos con el Padre Camacho, su director, este como Padre espiritual le afirmó que su Divina Majestad la quería en el estado de seglar en el cual servía a Dios más de lo que pudiera como religiosa. <sup>171</sup>

Es de presumirse que las madres de santa Catalina quedarían muy contristadas por esta contrariedad porque tenían un concepto elevadísimo

169 Proc. Infor. Pág. 361.

170 Proc. Infor. Pág. 353.

171 Proc. Infor Págs. 23, 264, 276, 287, 288

de la virtud de Mariana de Jesús, hasta el punto que la Superiora, sor Ana de San Pablo solía decir a sus súbditas, hablando de la heroica Virgen: “En el mundo hay una seglar más perfecta que las religiosas y, ¿qué es lo que nosotras hacemos en su comparación?”<sup>172</sup>.

Sin embargo, los parientes de Mariana de Jesús, que eran personas muy piadosas y cristianas, hallábanse afligidos viendo la admirable y extraordinaria vida que hacía esta Sierva de Dios sin saber el fin que había de tener y recelaban no viniese a parar en alguna cosa que no se pudiese remediar y fuese para ellos de afrenta y deshonor. Para evitar eso trataron de asegurarse ellos y asegurarla a ella en la tranquilidad de los claustros, insinuándola a que tomase el hábito en el Convento de santa Clara de Quito, por la grandísima devoción y amor que toda la familia profesaba a la religión del Seráfico Padre san Francisco de Asís.

Teniendo ya los hábitos hechos y todo dispuesto para efectuar la entrada, Mariana dio parte de lo que ocurría al padre Antonio Manosalvas su confesor, respondiéndole sus preguntas que aunque ella no quería disgustar a sus deudos, su Esposo ciertamente la mandaba quedarse donde más le agradaba, que era en su cuarto. pero que en todo estaba sujeta a lo que su confesor dispusiera.

El padre Manosalvas la dijo que obedeciese a lo que su Esposo mandaba y para evitar el disgusto que tendrían sus parientes, a quienes ella respetaba como a sus padres, al ver frustrados sus planes, tomó a su cuidado el aquietarlos y sosegarlos, fue a su casa y estando juntos les dijo cómo era la voluntad de Dios que Mariana de Jesús no entrase en la Religión, de lo que él atestiguaba como Director Espiritual. Al punto, como sus parientes eran siervos de Dios, se postraron de rodillas en tierra y con las manos levantadas al cielo respondieron que en todo fuese hecha la Divina Voluntad y que solo eso querían saber. Desde esa hora no se habló una palabra más sobre la materia; lo que estaba prevenido luego se repartió entre los pobres, y Mariana quedó admirada de ver la facilidad y suavidad con que su Esposo Jesucristo lo había dispuesto tan a gusto de todos, y no cesaba de darle infinitas gracias por este beneficio<sup>173</sup>.

Con todo, no quiso dejar de pertenecer a la gran Familia Seráfica, a la que ya le ligaban los dulces vínculos de su cariño, y así el seis de noviembre

---

172 Proc. Infor. Pág. 183.

173 Proc. Infor. Págs. 361, 362.

de 1639. a los veintiún años de edad, vistió el hábito la Venerable Orden Tercera de Penitencia de San Francisco de Asís, en el templo de San Francisco de Quito, de manos del R. P. Fr. Francisco de Anguita, Guardián del Convento máximo y Comisario de la Tercera Orden. Transcurrido el año de noviciado, con la mayor edificación fue admitida a la Profesión de la austera Regla y emitió sus votos el día 18 de noviembre de 1640 <sup>174</sup>. Desde entonces siempre llevó en su cuerpo el escapulario franciscano y ciñó su cintura con el nudoso cordón de los Hijos del Seráfico llamado de la Umbría, aunque no de un modo visible sino debajo de su vestido <sup>175</sup>.

Este hecho trascendental no fue para la “Hermana Mariana de Jesús” una mera incorporación externa y definitiva a la Orden Franciscana, sino que desde entonces procuró siempre copiar las virtudes del Seráfico Patriarca de los pobres, su simplicidad, su inagotable amor a la naturaleza como medio de ascensión al Creador. En los Procesos se refieren casos que muy bien pudieran estar entre las “Florecillas del Padre San Francisco”, entre otros se cuenta que a un perro de su casa que lo habían echado en un pozo hondísimo de la huerta lo sustentó por más de un mes dándole todos días un pedazo de pan hasta que con gran compasión, ayudada de sus sobrinas doña Sebastiana y doña Juana Caso y de una criada, lo sacó de un modo prodigioso, pues, habiendo amarrado una soga a una canasta para que entrando en ella el perrillo lo pudiesen sacar, al tirar, cuando sintieron peso, no salió dentro de la canasta sino con las patas enlazadas como si de propósito lo hubieran atado, con admiración de los presentes, que atribuyeron el hecho a la piedad de la Sierva de Dios <sup>176</sup>. Siempre daba de almorzar y merendar a los pajarillos, arrojándoles en su aposento migajas deshechas de pan, a las cuales acudían ellos sin el menor recelo, y mientras Mariana trabajaba descendían algunas avecillas con toda mansedumbre y se estaban en la ventana como haciéndola compañía<sup>177</sup>.

Con su caridad y dulzura realizó Mariana el programa social de los Terciarios Franciscanos, difundir la Paz y el Bien.

Para acrisolar los quilates morales de su virtud, Dios permitió que Mariana fuese probada, como todos los humanos, por los tormentos de la tentación,

174 Córdoba y Salinas: Crónica. Libro Y, cap. XXVII, Pág. 533, col. 1; P. Compte, varones ilustres, tomo 1, Pág. 124. Documentos para la historia... Pág. 402—Procesos informativos, Págs. 167, 182, 304.

175 P. Morán de Butrón, La Azucena de Quito. Pág. 250.

176 Proc. Infor. Págs. 105, 215.

177 Proc. Infor. Pág. 183.

donde el demonio usó de los refinamientos de su astucia y perversidad. Estaba en una ocasión orando en la iglesia de la Compañía, después de que se habían terminado las misas, sola y sin gente, cuando se le acercó un mancebo forastero, libre y atrevido, a decirle amorosos requiebros, prometiéndola, si le correspondía, dones y regalos y solicitándole por tres veces que le mostrase el rostro y le avisase qué hacía en ese lugar. Al principio la santa doncella permaneció inmutable, sorda a los halagos del mozo, mas, al fin, ardiendo en el celo de Dios, levantó el manto que le cubría el semblante y lo reprendió diciéndole que temiese a la Justicia Divina y mirase por su alma; luego añadió: Estoy aprendiendo a morir mostrándole enseguida el rostro, milagrosamente convertido en horrible calavera, le dijo: “¡Mira lo que buscas y solicitas, no es más que lo que ves!”; con lo cual el hombre quedó confundido y sin alientos para volver a su dañada pretensión, retirándose al punto <sup>178</sup>. Y se cuenta que el fuego del Espíritu Santo que hablaba por Mariana convirtió a este pecador, quien desde entonces fue pregonero de la honestidad y virtud de la Sierva de Dios y se ejercitó en actos muy heroicos hasta que murió dejando fama de una vida muy ejemplar <sup>179</sup>.

Otro día, saliendo ya de la iglesia, se le hizo contradizo un hombre galán y bizarro, bermejo y sonrosado y le dijo que hacía mucho tiempo que la había cobrado amor y que quería servirla, y que le diese licencia de que la fuese acompañando hasta su casa, a lo cual Mariana le respondió asustada que era doncella y que no tenía interés de que él la acompañase, dicho lo cual se volvió a entrar en la iglesia e hizo llamar a su confesor, para referirle el suceso, pidiéndole después que le saliese a dejar hasta la esquina, recelando no estuviese en ella el joven y la perdiese el respeto; y saliendo con el religioso no le hallaron con lo que se persuadieron que sería el demonio y se fue sola a su casa <sup>180</sup>.

Lo mismo que Santa Catalina de Sena, los demonios le acometían con representaciones lascivas en la imaginación y con visiones aparentes de figuras feas y deshonestas en acciones impúdicas, pero no hacían la menor mella en la Sierva de Dios, quedando tan limpio su corazón como si no hubiera padecido semejantes tentaciones, pues, las resistía con tanta destreza

---

178 Proc. Infor. Págs. 52, 57, 78, 184, 191, 217, 262, 281,338.— . P Rojas, Pág. xx... P. Jouanen, Vida. ., Pág. 212.

179 Proc. Infor. Págs. 281, 339.

180 Proc. Infor. Págs. 226, 217.



que, corridos los espíritus infernales, no se atrevían a secundar la batalla <sup>181</sup>.

La delicadeza de conciencia de Mariana la hacía evitar las mínimas cosas, de las cuales el enemigo malo pudiese tomar ocasión para una tentación. Por eso huía del trato de los hombres, afligiéndose en gran manera cuando alguien quería comunicarla, aunque fuesen negocios de importancia, arguyendo que no tenía licencia de su confesor para hablar con ellos <sup>182</sup>.

Encontrándola en cierta ocasión en la calle un señor Oidor de la Real Audiencia de Quito, por el respeto y veneración que profesaba a Mariana de Jesús, le dio un abrazo y un beso en el rostro, mas ella quedó por esto tan triste y desconsolada que llorando amargamente se rasguñaba la mejilla y se la quería hacer pedazos y cortarla con un cuchillo, y como sus amigas confidentes, a quienes contó el suceso, le dijese que ninguna culpa tenía ella, ya que había sido contra su voluntad, las respondía que su pena era porque su Esposo era muy celoso y temía que se le disgustase<sup>183</sup>.

Hasta de la milenaria pasión -dice Augusto Arias-, conoció quizá solo de esas tres cumbres solitarias que ha estudiado Lugones: la de la verdad, que conduce al esplendor; la del bien, que lleva a la alegría y de la belleza, que eleva serenidad <sup>184</sup>.

Viendo el demonio que no podía vencer a Mariana por la flaqueza de la carne, quiso hacerla caer por la soberbia del espíritu y así una vez, al entrar la venerable virgen por la Capilla de san José de la iglesia de la Compañía a su asiento ordinario, se le apareció una figura de un joven bien dispuesto y elegante y la hizo muchas cortesías y reverencias, pero conociéndolo Mariana por ilustración superior, díjole que esas humillaciones y reverencias se las hiciese a su Creador y le pidiese perdón de su soberbia si quería alcanzar su gracia y no a ella que era pecadora; en oyendo esto el enemigo se desapareció y nunca más volvió tan a la descubierta <sup>185</sup>.

Para que vanagloriase de su abstinencia y ayuno, cuando Mariana en presencia de su confesor y con su licencia arrojó los tres huevos íntegros, que tres días antes le ordenó él mismo que comiese, el demonio hizo salir

---

181 Proc. Infor. Págs. 78, 184, 226, 354.

182 Proc. Infor. Pág. 218.

183 Proc. Infor. Págs. 52, 140, 217.

184 Proc. Infor. Pág. 62.

185 Proc. Infor. Pág. 358.

por detrás del cancel hasta medio cuarto las cáscaras y el cuchillo con que los había cortado, danzando y haciendo varios movimientos, pero Mariana sonriéndose de la estratagema del enemigo, con toda serenidad cogió las cáscaras y las arrojó al patio y al cuchillo lo puso sobre una mesa<sup>186</sup>.

Ya que no conseguía derribarla en el abismo de la culpa, optó al menos por impedirle el ejercicio de sus virtudes y por maltratarla con permisión divina; y así, mientras oraba y contemplaba, la molestaba con ruidos de bailes y visiones, con amenazas de cuchillos y espadas hirientes y con burlas, a todo lo cual la Sierva de Dios no hacía el menor caso o le increpaba al demonio diciéndole: “¿Maligno, por qué me tientas tanto?, mas no por eso dejaré de tener oración”, prosiguiendo ella con mayor fervor y devoción hasta que desaparecían las visiones y cesaban los ruidos<sup>187</sup>.

Por lo mucho que velaba y lo poco que dormía, Mariana durante toda la noche tenía la luz encendida y una noche para amedrentarle la apagaron los demonios, con lo cual ella se recogió al ataúd y se acostó con el simulacro de la muerte que en él tenía, mas al amanecer, abriendo la ventana para ir a la iglesia halló la figura de la muerte con que se había acostado sentada y con los brazos cruzados y al ver esto no dejó de asustarse y sentir temor, quedando confusa pero reparando que era astucia del demonio la despreció no haciendo caso de ella <sup>188</sup>. También se le aparecían los inmundos espíritus en figura de perritos lampiños, ladrando y jugando y Mariana, sin ningún miedo, los cogía y los ataba a la pata de la cama <sup>189</sup>.

En muchas ocasiones amanecía la Sierva de Dios muy maltratada y acardenalada por las luchas que tenía con el enemigo: una vez le había dado un gran pellizco en la pierna de modo que estuvo algún tiempo en cama con grandes dolores, y en otra le cortaron la lengua dejándola despedazada y con la mitad de ella fuera de la boca, colgando como de un hilo, con excesivos sufrimientos y derramamientos de mucha sangre, mas, después de ir a comulgar volvió sana y buena como si no hubiera sufrido daño alguno <sup>190</sup>.

---

186 Proc. Infor. Págs. 12, 3.

187 Proc. Infor. Págs. 52, 140, 217.

188 Proc. Infor. Pág. 62.

189 Proc. Infor. Pág. 358.

190 Proc. Infor. Págs. 12, 3.


Todas estas persecuciones atribuía Mariana a sus grandes pecados, recibíéndolas como castigo de Dios <sup>191</sup>.

Una de las pruebas más graves que tuvo que sufrir la heroica virgen, fueron las murmuraciones y persecuciones por su comunión diaria. Entonces los tiempos eran difíciles, la doctrina de la Iglesia sobre este punto estaba oscurecida por la pasión de las disputas, de modo que hasta los buenos y los sabios se oponían tenazmente a la recepción cotidiana de la Santa Eucaristía. Mariana sobrellevó con admirable paciencia estos trabajos, bajo el patrocinio de Santa Catalina de Sena, y gozaba de semejarse a ella hasta en este punto<sup>192</sup>.

---

191 Proc. Infor, Pág. 89.

192 Proc. Infor. Págs. 53, 117, 355,



*Espero, por la gracia de Dios, que se vea un buen fruto en estos indígenas porque, como dije anteriormente, existe en ellos una buena predisposición. Pero ahora, por estas guerras, el país se encuentra en mucha miseria y pobreza, no tienen qué comer y se mueren en grandes cantidades”.*

Fray Jodoco Ricke : *Carta 1556*

# Fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial

Apóstoles y maestros franciscanos de Quito  
1535 - 1570

## PROEMIO

El creciente interés que el hombre europeo pone hoy por conocer a los jóvenes países americanos y por explicarse su situación presente a través de su historia, vuelve indispensable el estudio de las fuentes documentales y el análisis sereno y desapasionado de los diversos factores que han desembocado en la formación del tipo humano, que hoy vive en el continente descubierto por Colón y que quiere ser un elemento decisivo en la etapa venidera de la humanidad.

La investigación histórica, a nivel científico, demuestra, con meridiana claridad, que toda Europa y no solo España -como muchos han creído y repetido insistentemente- contribuyó con sus hombres, sus ideas, sus medios económicos al nacimiento de América para la civilización y la libertad. Italia, Francia, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Hungría, Grecia y Portugal aportaron valiosísimas personalidades para la epopeya sin paralelo -y que aún espera su Homero- del descubrimiento y de la conquista del Nuevo Mundo.

Existe un pueblo, al cual le cupo un honor especial, y es el de haber dado a América los primeros y los más insignes de sus apóstoles en la fe católica, vale decir, aquellos héroes del espíritu, que contrabalancean, con sus gestos divinos, los abusos que inevitablemente tiñen de sangre y de dolor las humanas conquistas y los triunfos guerreros. Ese pueblo es el Flamenco, del que salieron fray Juan de la Deule, fray Juan Tisin, fray Pedro de Gante, fray Remigio de Faulx, fray Juan de Tecto (de Dekker), fray Juan de Auwera, fray Juan Flamenco, fray Juan de Clerk van Hoye, fray Jodoco Rique, fray Pedro Gocial, y otros, conquistadores espirituales del alma indígena de América, que merecen, con justicia, un sitio de privilegio en la historia de la cultura y en la Hagiografía cristiana.

Los Países Bajos, ligados con lazos dinásticos y políticos a España en el siglo XVI, dieron al Nuevo Mundo estos varones insignes, cuyos nombres urge rescatar del olvido en que se encuentran para que sus compatriotas,

empeñados, hoy como ayer, en conquistas culturales de validez perdurable, tengan un motivo más de legítimo orgullo en sus raíces étnicas e históricas.

Además, es hora de que, dejando a un lado el recuerdo de las hazañas de los conquistadores militares -hazañas no exentas de crueldades y ambiciones bastardas- los pueblos de América se apliquen a conocer las vidas y los indecibles heroísmos de aquellos apóstoles, hombres de Dios que, con mansedumbre, humildad, y constancia, transformaron “este desierto espiritual que era el Nuevo Mundo” -en la valiente frase de José Vasconcelos- en un fermento de civilización con características propias, le dieron una marcada vocación por las causas superiores, encaminaron sus pasos hacia un renacimiento de las bellas artes y crearon un campo propicio, en el que experimentaron, con éxito, las más avanzadas teorías y prácticas sociales de convivencia humana, que convierten a esas figuras excelsas en los verdaderos padres espirituales del hombre americano y en forjadores de su alma.

Tales fueron para el Reino de Quito, actual República del Ecuador, fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial, cuya memoria vive en bendición entre todos sus habitantes, porque ellos les trajeron el pan de cada día para los cuerpos, educaron los espíritus levantándoles a un envidiable nivel estético y les engendraron a un auténtico cristianismo, siendo los civilizadores por excelencia de la nación, los máximos apóstoles de su fe, los salvadores de las tradiciones indígenas y el símbolo de la paz y la fraternidad, no solo para su época sino aún más para nuestros días.

Bélgica su patria y el Ecuador su obra, se unen en estas páginas para rendirles el homenaje que tienen merecido desde hace cuatrocientos años.

### *Una explicación necesaria*

Escribir una biografía de una persona que vivió hace cinco siglos es una tarea muy difícil de acometer.

Cuando la época de mi formación universitaria, tuve la suerte de contar con ilustres profesores como el Dr. Egber Munzer, mi patrono de tesis doctoral, y el Dr. Richard Pattee que me inculcaron una gran serenidad en el análisis de los documentos y en su interpretación crítica. He gozado

del privilegio de tener cerca a investigadores como Lino Gómez Canedo y Guillermo Lohmann Villena, sapientísimos ambos en la historia de América. Su ejemplo y sus palabras siguen siendo muy estimulantes.

Son 30 años que he venido acumulando datos para una biografía de fray Jodoco Rique. Dios ha bendecido mi trabajo. Es increíble la cantidad de noticias y documentos, que existen, regados por el mundo, sobre esa figura clave de nuestra historia y de nuestra fe. Últimos descubrimientos en Bélgica traen la feliz noticia del hallazgo en los archivos de la Universidad de Lovaina de nuevas cartas hológrafas de fray Jodoco Rique a sus familiares y hermanos de religión. Debemos esta dicha al Dr. Christian de Paepe, quien visitó Quito hace pocos años.

Con este imponente bagaje documental, la personalidad y la obra de fray Jodoco Rique nos aparecen colosales. Quedan aclarados muchos problemas y corregidos muchos errores. La tarea del investigador científico, en materias de historia, nos enseña nuestro venerable maestro don Carlos Manuel Larrea, debe ir encaminada a evitar repeticiones inútiles y a conocer las teorías y opiniones que convenga reforzar, ampliar, criticar o rectificar, según los casos. Si no seguimos esta sabia norma, se corre el peligro de escribir soberbios mamotretos, llenos de eso, precisamente, “repeticiones inútiles” y que, en vez de aclarar puntos controvertidos, perpetúan errores, falsedades o inexactitudes, de por sí, difíciles de erradicar.

En cuanto a fray Jodoco Rique, había que hacer todo esto: reforzar, ampliar, criticar y rectificar. La mayoría de los datos recibidos estaban mezclados de verdad y de inexactitudes. Desde la grafía correcta de su apellido en lengua flamenca y en lengua castellana; hasta el supuesto parentesco con Carlos V; desde la ciudad donde nació hasta los compañeros con quienes realmente llegó a Quito; desde la fecha en que fundó el Colegio de San Juan Evangelista (convertido luego en Colegio San Andrés) hasta la fecha correcta en que empezó a edificar la iglesia de San Francisco; desde su participación en los planes de Gonzalo Pizarro para independizar el Perú hasta los años en que, de veras, ocupó el puesto de Guardián o Custodio, etc.

Todo ha sido sometido a una severa crítica y a una comprobación documental. Luego, viene la interpretación de los hechos dentro de los límites circunstanciales de tiempos, personas y lugares, estudio que requiere una visión panorámica de muchísimos problemas de esa época y



conocimiento de peculiaridades como la legislación franciscana de entonces y la tradición misionera implantada en América por los franciscanos y llevada a cabo con éxito rotundo.

Quito ha guardado, sin arrogancia, sus riquezas culturales y ha cuidado de ellas con esmero para que hoy sean descubiertas y admiradas. Ha mantenido vivo el recuerdo de los benefactores que le dieron características de hermosura perdurable y estimularon en sus habitantes el ejercicio de las facultades artísticas. Quito jamás olvidó a fray Jodoco Rique y a fray Pedro Gocial que, cual ángeles tutelares, presidieron el nacimiento de la ciudad española, enseñaron la pacífica convivencia de conquistadores y conquistados, educaron a los vástagos de la aristocracia nativa y, en 36 años de incansable trabajo, echaron las bases sólidas de la grandeza quiteña en la bondad y en el arte.

Franciscanos geniales ambos, se dieron íntegros a la tarea civilizadora, y bien puede decirse que de su corazón brotó la savia que mantiene la gloria de Quito. Venidos de Malinas y Lovaina, en el lejano Brabante, mensajeros de sus seculares logros estéticos, sin dejar de ser genuinamente flamencos hasta el fin de sus días, no dudaron en cambiar sus claros nombres neerlandeses por más fáciles desinencias castellanas, que les acercasen más a los indios y a los españoles con quienes escogieron vivir. Esta circunstancia ha hecho que, recientemente, su patria de origen quiera recuperar a sus hijos para inscribir sus hazañas entre las más ilustres de Flandes. Y así, Joost de Rijcke y Peter Goltzius vuelven al solar de sus padres en Brabante y, al propio tiempo, se quedan en Quito -como Jodoco Rique y Pedro Gocial- en gesto de bilocación cultural, para apretar el lazo de paz y amistad creadora entre dos naciones que acercó el destino.

¡Ufánese Bélgica de haber dado a Quito estas dos lumbreras que iluminan su cuna y su historial! ¡Ufánese el Ecuador de haber recibido claridades flamencas, que hacen más diáfano y puro el horizonte de la ciudad llamada Luz de América, donde el sol brilla con generosos torrentes de oro, y donde el oro bruñido de sus templos refleja las ascuas del sol.

## CAPÍTULO V

### *Quito y su destino*

A fray Jodoco Rique y a fray Pedro Gocial les tocó actuar en un escenario de cumbres, digno de sus elevados espíritus y de sus franciscanas aspiraciones, sedientas de altura.

Cuando los españoles, en el siglo XVI, conquistaron la parte occidental de la América del Sur, se encontraron con un inmenso imperio indígena llamado Tahuantinsuyo, el reino de los cuatro puntos cardinales.

Los incas, que lo habían organizado, impusieron el nombre de Chinchasuyo a la región norte de sus posesiones y Antisuyo a la parte oriental que se extendía hasta las estribaciones de una cadena de montañas, dividida en dos o tres ramales, a lo largo de su prolongada extensión.

Al oír que los indios repetían el nombre de Anti cuando hablaban de esas gigantescas cúspides, los españoles empezaron a llamar Andes a esas cordilleras, y desde entonces se les conoce con esa denominación.

La parte más espectacular de esas montañas se encuentra inmediatamente al norte y al sur de la línea ecuatorial, en un complejo de insuperable belleza, al que el Barón Alejandro von Humboldt califica como “avenida de los volcanes”.

Ninguna descripción, sin embargo, puede dar una idea exacta de su impresionante majestad, ni hacer justicia al espectáculo único de esos colosos nevados y temibles volcanes.

Sacudidos, antes, por frecuentes cataclismos, que cambiaban su contextura geológica y geográfica, parecen hoy dormir en inquietante sueño. Desde

edades ignotas, el hombre buscó asilo a su debilidad en las faldas de estos gigantes de roca y en los valles que serpentean a sus alrededores.

Los restos antropomórficos hallados, al azar las más veces, o por la paciente exploración de los arqueólogos, nos dan fechas que pasan de los cinco mil y de los ocho mil años. Pero ¿es eso todo? En los espantosos sacudimientos sísmicos, que testifican enormes grietas y fallas geológicas de toda especie, ¿no desaparecieron acaso pueblos y naciones enteras sin dejar rastro de su existencia? ¿No fueron tal vez sepultados por la súbita erupción volcánica en siglos prehistóricos?

La leyenda y la historia conservan recuerdos de más cercanas tragedias, con sus asoladoras lluvias de lava y ceniza. Desde muy antiguo, posiblemente desde hace un milenio, acurrucado entre las breñas del volcán Pichincha (nieve del norte) existió un conglomerado que se llamó Quito (pueblo de las quebradas) , en lengua cayapa, cuyo destino era perdurar.

A poco que se remonten las colinas que circundan a Quito, se tiene ante la vista un espectáculo insuperable. Por el norte, el picacho nevado del volcán Cotacachi, con su forma de canapé blanquísimo, destacándose en el lejano horizonte. Algo más cerca, la formidable mole del Cayambe, con su ancha cúspide siempre cubierta de un imponente manto de nieve. Diríase que esta montaña es una de las joyas más bellas del cinturón de los Andes en el preciso sitio del Ecuador terrestre.

Luego, en frente de la ciudad, en dirección oriental se alza el Antisana, con sus crestas soberbias, cumpliendo el cometido que significa su nombre, de estar en el límite más hacia el este de lo que fue el gran imperio incaico. A poco que se desvíe la vista hacia el sur, se encuentra el Sincholagua, como una barrera pétrea donde viene a morir la humedad de la vasta cuenca amazónica.

Aparecen después varios picachos que alternan durante el año la cabellera nevada con los deshielos. El Rumiñahui, el Pasochoa y el Quilindaña, en medio de ellos, el más hermoso volcán activo del mundo: el Cotopaxi. Su silueta cónica se divisa desde centenares de kilómetros de distancia y cuya contemplación es el más puro deleite del alma.

Al occidente, se levantan los picos gemelos del Iliniza, perennemente

despejados y vigilantes, mientras duerme el Atacazo y parece palpitar el Corazón en cristalinas vertientes que fertilizan el valle que se recuesta a sus pies. Para cerrar este círculo de impresionante grandeza, la vista se detiene en las dos cúspides del volcán Pichincha, llamadas el Viejo y el Niño (Rucu y Guagua) en lengua quichua, nevados en verano, y que invitan al ascenso y descenso de su cráter adormecido.

Siguiendo hacia el sur, fuera del alcance de la mirada de Quito, están esos otros colosos de formidable historia y arrobadora majestad. El volcán Tungurahua, cual pirámide trunca, fuego por dentro y nieves perpetuas por fuera, se ha estremecido con tanta frecuencia y ha arrojado tanta lava encendida, que cada generación vive, en sus alrededores, sobre un suelo diferente y en angustiosa espera de imprevistos sacudimientos.

Nada parece superar la grandiosidad del Chimborazo, emperador de los volcanes andinos, delirio de los ascensionistas, estupenda mole de hielo sin paralelo por su extensión y por su vecindad al hombre. Imponente en su actual adormecimiento como destructor en sus pasadas convulsiones, el Chimborazo es la atalaya más alta de la avenida de los volcanes y una de las más espectaculares del Universo.

A su lado, agranda su misterio el Altar (Cápac Urcu, en lengua quichua) con sus crestas magníficas que refuerzan la leyenda y la tradición de algún milenario cataclismo, que le redujera a la mitad de su primitiva elevación y cuyo hundimiento bien pudo haber desquiciado a todo un continente.

El Carihuirazo tiene un panorama de helados parajes de impresionante soledad. Sus deslaves han arrasado, en siglos anteriores, más de una floreciente villa. Cierra esta corona de esplendor el volcán más activo del mundo, el Sangay, en continua erupción de humo y de fuego, al cual, por esta circunstancia no es dable admirar sino desde una distancia de muchos kilómetros.

En este escenario esplendoroso habitaban gentes de orígenes muy variados, que habían penetrado hasta la sierra montañosa por dos lados: la gran planicie de la costa, utilizando las corrientes de los ríos y la gran cuenca amazónica.

Fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial debieron estudiar y admirar, más que

el fabuloso espectáculo de la naturaleza, el tipo humano que la habitaba desde tiempos inmemoriales.

Lo que los misioneros flamencos vieron, a su arribo a la recién fundada villa de San Francisco de Quito, debió corresponder, poco más o menos, a la célebre descripción que Pedro Cieza de León hizo, unos catorce años después, en 1548, cuando redactó su Crónica del Perú.

*La ciudad de San Francisco de Quito está asentada en unos antiguos aposentos que los Incas habían, en el tiempo de su señorío, mandado hacer en aquella parte norte de su imperio y habíalos ilustrado y acrecentado Huaynacápac y el gran Túpac Inca Yupanqui, su padre. A estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales, Quito, por donde la ciudad tomó denominación y nombre del mismo que tenían los antiguos.*

*Este era sitio sano, más frío que caliente. Tiene la ciudad poca vista de campos o casi ninguna, porque está asentada en una pequeña llanada a manera de hoya, que unas sierras altas donde ella está arrimada hacen que estén de la misma ciudad entre el norte y el poniente.*

*Es tan pequeño sitio y llanada, que se tiene que en tiempo adelante han de edificar con trabajo si la ciudad se quiere alargar, la cual podrían hacer muy fuerte si fuese necesario.*

*Esta ciudad de Quito está metida debajo de la línea equinoccial tanto, que la pasa casi a siete leguas. Es tierra toda la que tiene por términos al parecer estéril, pero en efecto es muy fértil, porque en ella se crían todos los ganados abundantemente y en igual forma todos los bastimentos de pan, legumbres, frutas y aves. Es la disposición de la tierra muy alegre, y en extremo parece a la de España en la yerba y en el tiempo, porque entra el verano por el mes de abril y marzo y dura hasta el mes de noviembre; y aunque es fría, se agosta la tierra ni más ni menos que en España.*

*En las vegas se coge gran cantidad de trigo y cebada y es mucho el mantenimiento que hay en la comarca de esta ciudad y por tiempo se darán toda la mayor parte de las frutas que hay en nuestra España, porque ya se comienzan a criar algunas.*

*Los naturales de la comarca, en general, son más domésticos y bien inclinados y más sin vicio que ninguno de los pasados, ni aún de los que*

*hay en la mayor parte del Perú, lo cual es según lo que yo vi y entendí: otros habrá que tendrán otro parecer, mas, si hubieren visto y notado lo uno y lo otro como yo, tengo por cierto que serán de mi opinión. Es gente mediana de cuerpo y grandes labradores y han vivido con los mismos ritos que los reyes incas, salvo que no han sido tan políticos ni lo son, porque fueron conquistados por ellos y por su mano dada la orden que tienen en el vivir; porque antiguamente eran como los comarcanos a ellos, mal vestidos y sin industria en el edificar.*

Esta mansedumbre y buena inclinación de los indios de la comarca de Quito, esa especie de inocencia, “sin vicio”, que tanto pondera el cronista debió robar el corazón de fray Jodoco Rique y de fray Pedro Gocial.

Llama la atención, la coincidencia exacta de las ideas y hasta de las expresiones de fray Jodoco y de Cieza de León al juzgar las condiciones climáticas de la ciudad de Quito y el temperamento de sus habitantes.

En el primer contacto que con ellos tuvo, escribió fray Jodoco en su Diario, en 1536:

*es un pueblo inteligente e ingenioso, belicoso y cortés en sus maneras y no temen a los cristianos, pero sí a los caballos, puesto que gracias a la rapidez de los caballos fueron sometidos. Esta ciudad de San Francisco de Quito, está situada en un lugar muy alto, de tal forma, que todo el tiempo es templado, y, a causa de la altura, un poco frío, pero no tanto que necesite de calefacción.*

En carta al Guardián del convento de Gante, escrita desde Quito, el 12 de enero de 1556, fray Jodoco dice lo siguiente:

*Esta ciudad de Quito está situada cerca de la línea equinoccial y un poco hacia el sur de ella. Durante todo el año el clima de esta provincia es templado, como allá a fines de abril, así es aquí la temperatura durante todo el año.*

*Largo sería contar las condiciones de estos naturales y sus costumbres: aunque bárbaros y sin letras, sin embargo, la naturaleza les ha enseñado un régimen y unas costumbres sobremanera óptimas. Entre ellos no se encontraba ni un solo pobre, a pesar de que todos son pobres en la comida y el vestido.*

*Los indios son comunicativos, me refiero a aquellos entre los cuales vivimos. A pesar de que carecen de escritura, como dije, saben contar los años. Entre ellos el año tiene doce meses y encuentran el año solar de acuerdo a los solsticios. Cuando el sol ha vuelto al solsticio de donde salió, empieza el año para ellos, el cual cuentan por doce lunas, y a cada luna le atribuyen treinta días. A veces se equivocan en este número.*

*Entre ellos se encontraba tanta justicia y rectitud de vida que superaban en rectitud y régimen y modo de vivir a aquellos que abundan en leyes, libros y letras. La fe se les imprime fácilmente porque no tienen nadie que contradiga. Además, afirman la existencia de un Creador de todas las cosas, al que le dan un nombre y veneración.*

*Sin embargo, al sol le tributaban suma veneración con culto de latría. Abundan entre ellos las adivinaciones, las supersticiones y cosas semejantes. También solían gobernarse por números iguales y desiguales y por suertes. Encontré entre ellos algunas prácticas de geomancia, aunque imperfecta, en los números, y cosas por el estilo. Son muy ingeniosos y fácilmente aprenden a leer y escribir, el canto, y a tocar instrumentos musicales, como flautas, de modo perfectísimo.*

Estas frases de 1556 coinciden, admirablemente, y son como una prolongación de lo que escribiera, en 1536, en la primera misiva a sus hermanos de Flandes:

*los hombres no pueden suficientemente admirarse de los principios, del ingenio de esta nación, y de su gentilidad, dado que ni ellos, ni sus antepasados adoraban a Dios, ni lo han servido. Tampoco ellos saben si existe un Dios porque toda la fuerza lo atribuyen al Sol, como a una cosa que es grandiosa.*

*Tienen casas y edificios muy grandes, contruidos en honor al Sol. No tienen ídolos. En sus bebidas, en sus comidas y en sus borracheras echan en el fuego, en honor del Sol, una bebida que ellos beben y que le llaman "asshua" y que se parece a nuestra cerveza. Hacen sus juramentos por el Sol y por la Tierra, como nosotros lo hacemos por Dios. Todo lo que ellos prometen por este juramento no lo quiebran de ninguna manera.*

*Espero, por la gracia de Dios que se vea un buen fruto en estos indígenas, porque como dije anteriormente, existe en ellos una buena predisposición.*

*Pero ahora, por estas guerras, el país se encuentra en mucha miseria y pobreza, no tienen qué comer y se mueren en grandes cantidades.*

Estos indios de la comarca de Quito, de tan magníficas cualidades humanas, tan mansos, tan trabajadores, tan inteligentes, tan hábiles para cualquier aprendizaje, tan adelantados en los conocimientos astronómicos, tales como les encontraron fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial en diciembre de 1535, habían, sin embargo, sido sometidos a dos grandes tragedias en el curso de los últimos 50 años.

La paz que habían vivido, permitía el desarrollo de su peculiar agricultura primitiva, de su cerámica para usos de utilidad hogareña o de simple ornamentación, sus tejidos de hilos multicolores y diseños de poética imaginación fue violentamente truncada, primero a fines del siglo XV y principios del siglo XVI, por la irrupción repentina de los ejércitos incas, que, capitaneados por los emperadores Túpac Yupanqui y Huaynacápac, estaban decididos a extender su dominio hacia el norte del Cuzco en forma irreversible.

Este avance hacia el norte había tropezado con grandes resistencias, sobre todo en tierras de Tomebamba (donde hoy se asienta la ciudad de Cuenca del Ecuador) habitadas por indios de raza cañari, muy avanzados en el arte de la guerra y en la fragua de los metales.

Los cañaris pudieron, al fin, ser dominados, tras años de combates y treguas, por la astucia de las alianzas, tan querida y practicada por los incas, pero no por una derrota militar.

Conquistada Guapondelig, y cambiado su nombre al de Tomebamba, en 1460, pronto se convirtió en la capital norteña del imperio incaico. Allí nació el gran emperador Huaynacápac, destinado a organizar el Tahuantinsuyo (Reino de Cuatro Puntos Cardinales) con leyes y obras de envergadura comparables solo a las que hizo Alejandro Magno en la antigüedad.

En la zona de Quito, la resistencia a la invasión incaica fue mayor aún. Dos jefes de tribus, llamados Píntag y Nasacota Puento, tuvieron a raya al ejército de los invasores durante 18 años, atrincherándose en las fortalezas, aún existentes en ruinas, de Quitoloma en Cangahua, Rumicucho y Pomasqui y en las pirámides de Cochasquí.



Una vez más fue la astucia y el sistema de las prometidas alianzas el que doblegó la resistencia de los nativos quiteños. El joven Huaynacápac tomó por esposa a Quilago, hija del Rey de Cochasquí, asegurando la sumisión de grandes territorios.

De ese enlace entre el inca de Tomebamba y la princesa quiteña de Cochasquí nació el último Emperador inca, Atahualpa, el preferido de su padre, y destinado a ser el protagonista de una nueva tragedia en Cajamarca. Cuatro años apenas habían transcurrido desde la muerte de Huaynacápac y de la ascensión al trono de sus dos principales hijos: Huáscar para el sur del imperio, con sede en el Cuzco, y Atahualpa para el norte del Imperio, con sede en Quito, cuando estallaron violentas guerras fratricidas entre los dos hermanos, por causas en las que se mezclaron motivos religiosos y muy comprensibles ambiciones personales.

En estas negativas circunstancias para el poder incaico, avanzaban por las costas del Océano Pacífico y por las tierras aledañas pequeños grupos de aventureros españoles, capitaneados por Francisco Pizarro, Sebastián de Benalcázar, Hernando de Soto, Hernán Ponce de León, que estaban en vísperas de sacudir el mundo con una de las más increíbles y temerarias hazañas de todos los tiempos: la conquista del Perú.

Pasma, en realidad, el recuerdo de cómo fue posible que un grupo de personas, que no llegaba a 150, pudo adueñarse, utilizando sagazmente el elemento sorpresa, del emperador Atahualpa, considerado por sus súbditos como un dios, Hijo del Sol, y originar así el derrumbe total de un imperio y de una cultura fastuosos y bien organizados, que abarcaba una extensión lineal de unos 6.000 kilómetros y una población estimada en unos ocho o diez millones de habitantes.

Unos pocos meses fueron suficientes, entre noviembre de 1532 y agosto de 1534, para que, prácticamente, todo ese vasto territorio y sus gentes se viesen sometidos al capricho y a la voluntad de los flamantes conquistadores españoles, que empezaron a hacer desesperados llamamientos a sus compatriotas que habitaban en el Caribe y en Centro América para que bajasen al Perú a consolidar el rápido y fabuloso dominio sobre los asustados incas.

Fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial llegaron a Quito cuando ya se había consumado el derrumbe del imperio incaico, pero debieron palpar con

sus ojos la consecuencias de esa desigual batalla, sobre todo, el destrozo hecho en la gigantesca calzada que unía las principales ciudades y que se prestaba para un veloz servicio de espionaje y de correo.

*Había, en el tiempo de los Incas, un camino real, hecho a mano y fuerzas de hombres, que salía de esta ciudad de Quito -dice Cieza de León, en 1547- y llegaba hasta el Cuzco, de donde salía otro tan grande y soberbio como él, que iba hasta la provincia de Chile, que está del Quito más de 1.200 leguas; en los cuales caminos había, a tres y a cuatro leguas, muy galanos y hermosos aposentos y palacios de los señores y muy ricamente aderezados. Podráse comparar este camino a la calzada que los romanos hicieron, que en España se llama camino de la Plata.*

Mientras que la conquista española de los territorios incas de lo que hoy es el Perú, se hizo sin ninguna resistencia indígena, la conquista de los territorios del norte del imperio, que corresponden a lo que hoy llamamos Ecuador, estuvo llena de sangrientos episodios y de una heroica resistencia por parte de los indios, capitaneados por los más ilustres generales de Atahualpa, llamados Quisquís, Calicuchima, Rumiñahui, Razorazo, Quimbalumba, Nina y Zopozopangui.

Atahualpa fue -trágica y cobardemente- ejecutado en Cajamarca el 29 de julio de 1533, luego de su atropellado bautismo, en el que recibió el nombre de Francisco, o de "Pedro Francisco". Ocho días antes, sus ojos vieron, con infinita tristeza, reducidas a barras de oro las maravillas de los orfebres incaicos y quiteños, que hoy valdrían cien veces más su precio material como obras de arte.

Pedro Gutiérrez de Santa Clara, el sabroso y bien informado cronista, que fuera secretario del capitán Lorenzo de Aldana, de quien recibió informes de primera mano, cuenta que, en los precisos días en que se fundía el oro de su rescate, Atahualpa y los conquistadores españoles divisaron, por las noches, pasar un cometa que infundió en el alma del amargado Emperador prisionero, la certeza de su próxima muerte.

Hacia fines de 1533, había en todo el territorio conocido como Perú, 260 españoles más o menos, de los cuales, alrededor de 70 estaban en la recién fundada ciudad de San Miguel de Tangalara (la ciudad de San Miguel fue trasladada de sitio tres veces y solo a la tercera se la situó en Piura,

quedando de San Miguel de Piura, hacia 1555); 80 en Jauja y el resto en el Cuzco, ocupado en varias expediciones.

El capitán Sebastián de Benalcázar fue designado por Francisco Pizarro para que cuidase la ciudad de San Miguel de Tangalara, puerta de entrada a los territorios del Perú. Su espíritu inquieto y ambicioso y, sobre todo, dos poderosas razones le obligaron a avanzar hacia el norte, es decir, hacia Quito, sin autorización alguna de Francisco Pizarro.

La primera razón era la cada día más creciente resistencia de los ejércitos indígenas quiteños a los recién llegados españoles, resistencia que amenazaba con dar al traste toda la conquista. Los indios, quienes, al principio, miraron con temor reverencial a los caballos y que se habían asustado de su veloz carrera, habían comprendido su vulnerabilidad e ideado ingeniosísimos medios para acabar con ellos. Los certeros golpes que sus mazas de piedra o de bronce habían causado la muerte de un buen número de conquistadores y de sus cabalgaduras. El aprieto, en este sentido, era real y muy grande.

La otra razón era más poderosa. El oro fue el imán irresistible que atrajo a esos aventureros y los hizo protagonistas de casi sobrehumanas heroicidades como de atroces crímenes, condenados por la historia.

El oro del rescate de Atahualpa, fue repartido en Cajamarca y procedía exclusivamente del Cuzco, del templo de Pachacámac y de otros sitios del actual Perú. De Quito, nada absolutamente había llegado.

La fama de sus riquezas empezó a poner impacientes a los conquistadores españoles desde los días de Cajamarca (noviembre 22 de 1532-agosto 1 de 1533), porque, entre los indios que acompañaban al prisionero emperador Atahualpa, no se hablaba de otra cosa que de los riquísimos tesoros que él poseía en el Quito, según atestiguan las relaciones primitivas de los que participaron en esos sucesos.

Se empezó ya a hablar de su fabuloso “Dorado”, de una tierra donde su rey se bañaba en una laguna, habiéndose previamente cubierto la piel con oro finísimo. En Quito, poco después, fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial escucharon estos relatos con una comprensible curiosidad, tanto más que los oyeron de la boca de los propios hijos del difunto Atahualpa, a quienes dieron alojamiento y protección en el monasterio del Señor San Francisco.

El Diario de fray Jodoco refrenda estas noticias, con claridad meridiana:

*Estas cosas he escrito, mis reverendos padres, para que vuestras reverencias sepan en que país nosotros vivimos ahora, y donde ya hemos estado y las condiciones de este pueblo y el gran trabajo que soportan quienes viajan hasta aquí. Pero la codicia del oro es tan grande en la mayoría que no temen ni el trabajo, ni las enfermedades, ni la muerte. Creo que, aunque el oro se encontrara en la boca del infierno, hacia allá viajarían los castellanos.*

*Pero, por la voluntad de Dios y como el Señor lo ha previsto, aquí en Quito no han encontrado oro. No obstante, era tan grande la fama de la inmensa cantidad de oro que aquí encontrarían como nunca antes se había oído. Verdaderamente, resulta increíble para quienes lo oyen, pero había una casa cubierta con oro y algunas vigas estaban decoradas con planchas de oro y algunas casas con plata. Y esta fama es verdadera, dado que las casas y palacios que se han conservado, demuestran estas peculiaridades.*

*Pero los indígenas y los señores de este país oyendo la llegada de los cristianos, lo han sepultado en la tierra, de tal forma que hasta ahora no aparece, a pesar de que han golpeado hasta la muerte y quemado a muchas personas para que revelen y muestren este oro.*

*Por la codicia del oro se descubre mucha tierra, la cual, de no ser así, quedaría desconocida y también muchas almas se han salvado y otras más se salvarán, que, de otro, modo, no se hubieran salvado nunca. ¡Bendito sea Dios que de todas las cosas saca provecho para las almas!*

Martín de Paredes escribía, el 14 de febrero de 1534, desde San Miguel de Tangalara, al tesorero Gonzalo Martel de la Puente, que vivía en Panamá: “Este pueblo casi se despuebla, porque todos los más se van a Quito. Pondérase mucho la riqueza de este Quito”.

Aseveraciones semejantes se encuentran en cartas contemporáneas, en todas las cuales se habla de la gran cantidad de oro que se afirma existe en Quito, y que fue el gran determinante de la triple intervención de Sebastián de Benalcázar, Diego de Almagro y Pedro de Alvarado en las tierras quiteñas, en ese fatídico 1534.

Según una carta, escrita por Gaspar de Espinosa, al emperador Carlos V, desde Panamá, el 21 de julio de 1533, que se conserva en el Archivo Secreto Apostólico Vaticano, publicada por primera vez, por Raúl Porras Barrenechea en su célebre obra *Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú*, contiene preciosos detalles de primera mano.

Atahualpa se oponía a que destruyesen los conquistadores las bellas piezas de oro que traían sus emisarios del Cuzco y Pachacámac, diciéndoles: “Para que hacéis esto? Yo os daré tanto oro que os hartaréis de ello”. Y les decía que él (Atahualpa) “había enviado a traer de Quito mil cargas de indios de oro y otras tantas de canela”.

Esas cargas de oro que, por diligencias del valiente general indio Rumiñahui, nunca llegaron a Cajamarca. Se ocultaron con el cadáver embalsamado del infortunado Inca, que desenterrado atropelladamente por los indios de Quito de la plaza de Cajamarca, un día o dos después de su entierro, fue traído en indecible llanto general y fúnebre procesión hasta las orillas de Liribamba, en cuyos alrededores, Rumiñahui lo hizo desaparecer.

Ese famoso y fabuloso tesoro de Atahualpa en Quito se convirtió en el aguijón de la conquista de las tierras del actual Ecuador. El capitán Sebastián de Benalcázar partió de San Miguel de Tangalara hacia el norte, sin licencia alguna, en el mes de marzo de 1534 y, tras reñidos combates y escaramuzas, llegó “al pueblo de Quito” el 22 de junio. Para su desesperación, en lugar de los tesoros abundantísimos que esperaba encontrar, solo halló montones de ceniza porque el general indio Rumiñahui había incendiado la ciudad, después de casi acabar con la familia imperial de Atahualpa, asesinándola antes que verla prisionera. Lo mismo hizo con las famosas vírgenes del Sol, que en Quito se llamaban ñustas.

Sebastián de Benalcázar hizo remover los escombros de Quito, en su delirio de hallar restos, al menos, de los tesoros, sin resultado positivo. La sagacidad de Rumiñahui se le había adelantado, escondiéndolas en algún lugar que hasta el presente es motivo de especulación, con la esperanza de que en el futuro será descubierto.

Frustrado en sus ambiciones y propósitos, avanzó Benalcázar hacia El Quinche, donde había un célebre adoratorio indígena pero tampoco allí halló los apetecidos tesoros. Entonces, fuera de sí, cometió una de esas

típicas crueldades propias de su temperamento. Ordenó matar a los niños y cortar orejas, brazos y senos de las indias del Quinche, imaginándose que así ellas revelarían el sitio donde se habían escondido los tesoros.

En el mes de julio de 1534, Benalcázar llegó al pueblo de Caranqui, donde había un templo dedicado al Sol por Atahualpa. Según el testimonio del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, lo despojó de las riquísimas planchas de oro macizo con las que estaba adornado. Allí recibió emisarios del mariscal don Diego de Almagro, que, a su vez, había llegado al pueblo de Quito, el 12 de julio, y ordenaba a Benalcázar volver inmediatamente para dar explicaciones de su conducta y afrontar, conjuntamente con Diego de Almagro, los peligros de la expedición de don Pedro de Alvarado.

Se sospechaba que Benalcázar quería independizarse de la autoridad del gobernador Francisco Pizarro y adueñarse de las tierras del norte del Tahuantinsuyo. Esa sospecha era verdadera. Fernández de Oviedo escribe:

*He aquí ahora que Quito parece, y dicen que es muy rica cosa, y tanto bueno o mejor que lo que se sabe del Perú y de Atahualpa... y no querrán Francisco Pizarro y Almagro que esto se les quite de sus gobernaciones, porque aquel Benalcázar fue enviado por ellos o por uno de ellos, y es hechura de su mano” (Carta a Sus Majestades en su Consejo de Indias, del 25 de octubre de 1537).*

Si bien los conquistadores españoles se vieron forzados por las circunstancias a dejar “el pueblo de Quito”, calcinado por el incendio ordenado por el general indio Rumiñahui, y volverse hacia el sur, el panorama, el clima y el carácter de los pocos habitantes que habían quedado les dejó prendados y resueltos a reedificar la ciudad, dándole un nombre cristiano.

Ese anhelo se realizó pocas semanas después, el 28 de agosto de 1534, una vez arregladas satisfactoriamente las diferencias entre los conquistadores, Pedro de Alvarado y Diego de Almagro. Se hizo, en Riobamba, la solemne fundación jurídica de la villa de San Francisco de Quito y se ordenó que quienes se asentasen como vecinos pasasen, lo más pronto, a habitarla, cosa que ocurrió el día 6 de diciembre del mismo año.

De las anteriores circunstancias, someramente relatadas tuvieron amplio conocimiento fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial, aun cuando no estuvieron presentes a las mismas.

Al llegar a la villa, en diciembre de 1535, fray Jodoco y, algo más tarde, fray Pedro, su noble espíritu se sintió angustiado al contemplar la desolación del pueblo, causada más por la violencia de la conquista española que por la heroica decisión del inca Rumiñahui.

El Quito que fray Jodoco y fray Pedro Gocial recibían para evangelizarlo y cristianizarlo era un montón de ruinas, reducidas a pavezas. Un pequeñísimo grupo de indios, aterrados de tanta tragedia, humillados por los vencedores, despojados de sus más caros ideales de libertad y de paz y, repentinamente convertidos en propiedad ajena con sus familias, tierras, cultivos, ganados y hasta con sus hijos y mujeres.

La situación debía presentarse delicada para la conciencia de los misioneros flamencos. Eran los únicos, en medio de los conquistadores españoles, que no llegaban a Quito en búsqueda de gloria, fama o tesoros, sino con una sed ardiente de ganar hombres para Dios y de extender el conocimiento de su nombre y de sus leyes a todos cuantos les quisieran oír y seguir la doctrina que iban a predicar.

Veían el increíble ímpetu de la raza española, sus excepcionales virtualidades para dominar lo desconocido, a costa de sobrehumanos heroísmos, y su especie de sexto sentido para captar inmediatamente los secretos de la nueva geografía y de los grupos humanos con los que se ponían en contacto. De otro lado, las innegables e innecesarias crueldades con los legítimos dueños de las tierras, los excesos de codicia, ambición y sadismo en que incurrieron con los indios, si bien, espíritus de la misma España y en el mismo tiempo, levantaron sus solemnes voces condenatorias a tanta atrocidad, y vieron la mano de Dios castigando a los más responsables con trágicas muertes y soledosos destierros.

En un bello capítulo escrito por Pedro Cieza de León, en 1550, y que lleva por título *Cómo se han visto claramente grandes milagros en el descubrimiento de las Indias, y querer guardar nuestro soberano Señor Dios a los españoles, y cómo también castiga a los que son crueles con los indios* expresa, entre otros, estos admirables conceptos:

*De estas maravillas, muchas hemos visto cada día; baste decir que pueblan una provincia donde hay treinta o cuarenta mil indios, cuarenta o*

*cincuenta cristianos, a pesar de ellos, ayudados de Dios están, y pueden tanto, que los sujetan y atraen a sí, y en tierras temerosas de grandes lluvias y terremotos continuos, como cristianos entren en ellas, luego vemos claramente el favor de Dios, porque cesa lo más de todo; y rasgadas esas tales tierras, dan provecho, ni se ven los huracanes tan continuos y rayos y aguaceros que en tiempo que no había cristianos se veían.*

*Mas, es también de notar otra cosa que, puesto que Dios vuelva por los suyos, que llevan por guía su estandarte que es la cruz, quiere que no sea el descubrimiento como tiranos, porque los que esto hacen, vemos sobre ellos castigos grandes. Y así, los que tales fueron, pocos murieron sus muertes naturales como fueron los principales que se ballaron en tratar la muerte de Atahualpa, que todos los más han muerto miserablemente y con muertes desastradas. Y aún parece que las guerras que han habido tan grandes en el Perú, las permitió Dios para el castigo de los que en él estaban ....*

*El adelantado Benalcázar, que a tantos indios dio muerte en la provincia de Quito, Dios permitió de le castigar, con que, en vida, se vio tirado del mando de gobernador por el juez que le tomó cuenta, y, pobre y lleno de trabajos, tristezas y pensamientos, murió en la ciudad de Cartagena viniendo con su residencia a España.*

*No se engañe ninguno en pensar que Dios no ha de castigar a los que fueron crueles para con estos indios, pues, ninguno dejó de recibir la pena conforme al delito,..., concluyendo con que, puesto que Nuestro Señor, en las conquistas y descubrimientos favorezca a los cristianos, si después se vuelven tiranos, castígalos severamente, según se ha visto y ve, permitiendo que algunos mueran de repente, que es más de temer .*

Doscientos cuatro españoles, acaso algunos más, se acercaron en la recién fundada villa de San Francisco de Quito en diciembre de 1534. Seis meses después, apenas quedaron unos treinta y cinco, por mandato expreso de Francisco Pizarro quien, desde Lima urgió a los cabildantes de Quito a que se cumpliesen las Leyes de Indias sobre la materia, que no permitían fundar ciudades con más de 30 habitantes, viéndose forzados a ir a otros descubrimientos y conquistas hacia el norte y el oeste de Quito.

Entre esos españoles hubo gente de nobles sentimientos, verdaderos caballeros cristianos, pundonorosos, leales y devotos. Unos pocos tuvieron



arranques de reprobable crueldad y codicia. A unos y a otros tuvieron que tratar, y, amonestar fray Jodoco y fray Pedro Gocial.

Los dos primeros alcaldes, Juan de Ampudia y Diego de Tapia fueron buenos ejemplos de esas dos actitudes humanas contrarias: tiránica y despiadada la de Ampudia, generosa y magnánima la de Tapia, por lo cual la memoria del uno es aborrecible y la del otro se guarda en bendición.

Un somero análisis de la lista de vecinos nos demuestra que hubo muchos vascos: Diego Martín de Utrera, Juan de Ampudia, Pedro de Añazco, Hernando Gamarra, Juan Galíndez y Alonso Sánchez Maite.

Hubo un griego: Juan de Chipre, el primer maestro de catecismo y primeras letras que tuvo Quito; un francés: Juan Bretón, y un belga: Juan Borgoñón.

Aunque expresamente no constan en la lista sino dos negros: Pedro Salinas y otro llamado Antón, solamente don Pedro de Alvarado trajo de Guatemala gran número de ellos y muchos siguieron a sus patrones a Quito. No olvidemos tampoco a los indios de Nicaragua y Guatemala, que, en la villa de San Francisco de Quito, se quedaron y luego se mezclaron con los nativos de la tierra.

La villa estuvo bien provista de oficiales y artesanos desde el primer día. Bartolomé de Zamora, un hábil herrero, instaló su fragua y hacía clavos, hachas, azadones, barras, herrajes, martillos, tenazas, rastrillos, tijeras etc. Hernán López era cuchillero. Diego Suárez era barbero, vale decir, medio cirujano, según las costumbres de ese tiempo. Pedro de Frutos e Isidro de Tapia eran comerciantes en quincallería y abarrotes. Gómez de Navarro y Juan Enríquez, pregoneros. Juan de Lara debía ser algo entendido en agrimensura, pues, se le escogió como el primer “fiel “ de la villa. Para las distracciones populares había un hábil cañero que preparaba los torneos de cintas y de cañas, y se llamaba Gaspar.

Quito tuvo mercado público desde antes de su fundación hispánica. En las actas del Cabildo le aplican el nombre Náhuatl de Tianguetz donde se hacía toda clase de compraventas y trueques, incluyendo el oro, la plata, las piedras y las perlas.

Para los repartimientos de indios, se siguió con lo acostumbrado en Panamá y Nicaragua, de donde procedía la casi totalidad de conquistadores. Sebastián de Benalcázar se reservó el repartimiento de los indios cañaris, que habían servido al emperador inca Huaynacápac y el de los indios chachapoyas en los alrededores de la villa.

Los indios de Quito se resignaron y se adaptaron pronto a la nueva situación. Algo excepcional pasó con quienes habían pertenecido a la aristocracia autóctona e incaica. Se les guardaron sus privilegios y toda clase de consideraciones, como a gente que eran de sangre real.

Según cuentan documentos contemporáneos, doña Francisca Coya, hija de Huaynacápac y hermana de Atahualpa, amante de Diego de Sandoval,

*como Señora que era la dicha Francisca Coya en el Quito, antes de poblado (por los españoles), vio este testigo, cuando había de pasar por las calles para ir a la iglesia y salía fuera de su casa, le acompañaban señoras, hijas de caciques, y le echaban por el camino do había de pasar, sus mantas y plumas y plumajes para que no pusiese los pies en el suelo y, cuando iba afuera, la llevaban en hamacas, y la llevaban en andas, y esto por ser más mayor que todas las otras Señoras.*

Este fue el panorama físico y humano en el que a fray Jodoco y a fray Pedro Gocial les esperaba una gran tarea. Después de reponerse del asombro ante la nueva geografía -tan grandiosa y estremecedora, con sus altas cúspides eternamente nevadas y sus repentinos terremotos que sembraban la muerte y el terror, con sus noches de cielos límpidos, tachonados de estrellas, con sus mañanas de una increíble transparencia atmosférica y azul luminosidad, con sus atardeceres rápidos y serenos, ligeramente arrebuados de nubes, en las que el Hermano Sol se complace en dejar sus últimos rayos dorados-entonarían ambos, más de una vez, el Cántico de las Creaturas, que es la herencia poética de todo hijo de San Francisco de Asís.

Como misioneros cristianos sintieron la vastedad de la mies que se abría a sus esfuerzos y como flamencos, en medio de dos razas que acababan de chocar estrepitosamente, tenían que obrar con una inusitada cautela, a fin de convertirse en los mejores vecinos de la ciudad, empeñados únicamente en ganar, como el apóstol Pablo, a los unos y a los otros para Dios.

¡Hermoso el destino de Quito con estos vecinos flamencos, que tanto iban a trabajar por la convivencia humana de españoles e indígenas, levantándoles a un plano de cultura que, en ninguna parte de Europa, era por entonces mejor ni más alto, y haciendo de la ciudad niña, el sólido refugio de las bellas artes, de la fe y de la paz, que, con el andar de los siglos, le ha merecido el respeto, el afecto y la admiración de sus hermanas del continente!.

Y en nuestros días, por decisión del comité ejecutivo de la UNESCO, sea declarada -por sus bellezas religiosas- la primera ciudad del mundo que mereció llevar el título de Patrimonio Cultural de la Humanidad.

## CAPÍTULO VI

### *El propulsor de la agricultura*

Según se deduce claramente de las actas de las sesiones del Cabildo, lo primero que hicieron los moradores españoles de Quito, después del señalamiento de solares, efectuado el 20 de diciembre de 1534, fue plantar cruces de madera a la entrada de la ciudad, por el norte y por el sur y en los sitios donde luego serían edificadas la iglesia parroquial y los conventos de religiosos franciscanos y de la Merced.

En tan trascendental ceremonia estuvieron presentes las autoridades civiles, alcaldes y regidores y los eclesiásticos que se avecindaron en Quito: los padres Juan Rodríguez, primer párroco de la villa; Francisco Jiménez que le sucedió en el cargo; los padres García Sánchez, Juan de Ocaña y Sebastián de Villavicencio, los mercedarios fray Hernando de Granada, con un compañero de difícil identificación.

Ese primer contacto oficial debió tener mucha importancia para intercambiar impresiones y programas de trabajo.

Como Quito fue encontrado reducido a cenizas por el fuego, la primera providencia que había que tomar era la adecuación de pequeñas moradas con techos de paja para resguardarse de la intemperie. El sitio que se designó a los religiosos de San Francisco, por ser el patrono de la ciudad, fue el lugar donde solían vivir los capitanes más poderosos del emperador Huaynacápac, en la época que Quito fue corte y residencia predilecta de aquel Inca.

Las paredes de los edificios subsistían en pie y no es creíble que el incendio las hubiese destruido completamente. La elección del sitio demuestra el genio intuitivo de fray Jodoco. Frente a una explanada, que una antigua tradición dice que antes estuvo llena de cedros gigantes y que

debía convertirse en la monumental plaza, había una pequeña elevación de terreno, desde donde se contemplaba la salida del sol en su máximo esplendor.

Con el tiempo, esa elevación se transformaría en el soberbio atrio de piedra que le da tanta majestad a la Plaza de San Francisco. Luego seguían tierras a variados niveles rodeadas de quebradas con riachuelos de agua corriente.

Esas aguas se manifestaban, a todas luces, como contaminadas e inservibles para el uso humano. Sin embargo, eran suficientes para la construcción de la primera modesta capilla, que, según viejos decires, estuvo localizada donde hoy se levanta la célebre iglesia de San Buenaventura.

Esa primera pobre capilla albergó a españoles y a indios. Fue terminada, oportunamente para el 25 de enero de 1536, fiesta de la conversión de san Pablo, a quien fue dedicada.

Esta fecha fue de muy caros recuerdos a fray Jodoco. El monasterio de clarisas de su ciudad natal de Malinas fue fundado un 25 de enero, a fines del siglo XV.

Sus padres, Jodoco de Rijcke y Juana Van Marselaer, contrajeron matrimonio un 25 de enero, en 1495, en Malinas. Su maestro y amigo Adriano Florenz de Utrecht fue elegido Papa el 24 de enero de 1522. Fray Jodoco Rique conoció a los primeros indios americanos, durante su estancia en Madrid, un 25 de enero de 1533. ¿Coincidencias?

Lo que no cabe duda es que el patrocinio del apóstol de las Gentes, San Pablo, ha sido para la iglesia y para el convento de San Francisco de Quito de una palpable fecundidad en la evangelización. Fray Jodoco pudo estar inspirado por Dios al escoger la Conversión de san Pablo como el nombre titular de su casa y monasterio en Quito y el defensor celeste de todas sus empresas.

Luego se aplicaron al aprendizaje de la lengua quichua, la principal de las 20 que se hablaban en la Sierra interandina de lo que hoy es el Ecuador. En 1527, los españoles hicieron los primeros descubrimientos de las costas de Esmeraldas y Manabí, frente a la Isla de Salango. Tomaron cautivos a seis indios jóvenes que venían con otros catorce, en un navío de balsa, para que aprendiesen la lengua castellana y les sirviesen de intérpretes.

Tres de ellos se hicieron famosos: Felipillo, que intervino en Cajamarca de intérprete entre el fray Vicente de Valverde y Atahualpa; Francisquillo y Martinillo, que acompañaban siempre a Francisco Pizarro y a Diego de Almagro. “Aquellos indios que se tomaron en el navío, que se llevaron a los capitanes, tomaron nuestra lengua muy bien” afirma Francisco de Jerez.

Para principios de 1536, el número de indios “lenguas” preparados para intérpretes, debía ser mayor, e indudablemente fray Jodoco y fray Pedro Gocial recibieron uno para que les enseñase el idioma quichua. Ellos sabían que este aprendizaje era fundamental para entender el alma indígena, sus riquezas y sus problemas. El quichua, por otra parte, era y es una lengua bellísima.

El misionero dominico fray Domingo de Santo Tomás, uno de los primeros en evangelizar el Perú, y que llegó a ser el primer Obispo de Charcas (hoy Bolivia), publicó en Valladolid, en 1560, la primera Gramática de la Lengua Quichua, en el prólogo, un justo elogio de este idioma y; al final, una Plática en Quichua, con idénticas palabras a las usadas por fray Jodoco Rique en textos paralelos. Según testimonio de Girolamo Benzoni, quien conversó, en 1550, con fray Jodoco, hablaba y escribía con todos sus secretos.

Nadie como él podría refrendar lo que dice fray Domingo de Santo Tomás:

*la gran policia, finura y delicadeza que esta lengua tiene, la abundancia de vocablos, la conveniencia que tienen con las cosas que significan, las maneras diversas y curiosas de hablar, el suave y buen sonido al oído de la pronunciación. De ella, la facilidad de escribirse con nuestros caracteres y letras; cuán fácil y dulce es a la pronunciación de nuestra lengua (española), el estar ordenada y adornada con propiedades del nombre, modos, tiempos y personas del verbo, y, brevemente, en muchas cosas y maneras de hablar, tan conforme a la latina y española”. “Lengua tan pulida y abundante, regulada y delicada que la gente que usa de ella, no entre bárbara, sino con la de mucha cultura y educación la podemos contar.*

Llegados al dominio perfecto de este instrumento de humana convivencia que era la lengua quichua, fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial estaban preparados para la inmensa tarea de promoción humana, como hoy se dice, previa a la transmisión del mensaje cristiano.

Dos hechos han pasado a la historia con caracteres de continuada gratitud: la siembra del primer trigo y la construcción del primer acueducto de la ciudad para proveerle de agua limpia y pura en abundancia.

*Fray Jodoco Rique no se olvidaba, de procurar a los indios aún el pan material que debía alimentar a sus cuerpos”, dice el historiador Francisco María Compte y añade: “Al efecto, sembró delante del convento, en lo que al presente es plaza de San Francisco, el precioso candeal (trigo) que de Europa había traído. Este fue el primer trigo que hubo en Quito, y de su fruto se hicieron también partícipes aquellos primeros vecinos de dicha ciudad para que, a su vez, lo sembraran y propagaran.*

Una pequeña divergencia hay entre los viejos cronistas sobre el sitio en que fue plantado el primer trigo de Quito, pero existe unanimidad, en cuanto a la certeza del hecho.

*Y es ponderable, dice el cronista Diego de Córdova y Salinas, que no solo se ocuparon estos santos religiosos en sembrar la semilla para el alma, sino también para el sustento del cuerpo, porque sembraron el primer trigo en el cementerio del Convento y de su fruto repartieron a todos los vecinos, para que sembrasen, porque no había otro en el Reino.*

El primer cementerio que tuvo Quito, donde fray Jodoco enterraba a los indígenas muertos, estuvo donde hoy está el jardín del museo franciscano.

*¡Oh cuán hermoso y deleitable, exclama el historiador Federico González Suárez, había de ser entonces ver ondear al viento del Pichincha las primeras espigas de aquel precioso fruto, que, dentro de poco habría de cubrir, con sus caudales de oro, los valles y colinas de la antigua tierra de los Shiris!*

*Desde entonces se viene sucediendo la continua maravilla que, en la férax tierra ecuatoriana, puede todo el mundo observar. En una misma área de terreno vése, en uno de los ángulos, un trigo precioso, maduro y sazonado que por momentos aguarda la hoz del segador, mientras que se ve, al mismo tiempo, en su ángulo opuesto, a otro, que apenas ha nacido, o a otro ya algo más adelantado que cual con verde manto, cubre la hermosura de la tierra, su fecunda madre.*

*El cantarillo o jarra de barro, que era de una sola asa y de un color verduzco -afirma el escritor Francisco María Compte- en que el padre Rique trajo al Ecuador aquella primera simiente de trigo, se conservó por espacio de tres siglos, cual una joya de los antiguos tiempos, y como un precioso monumento, en la sacristía de nuestro templo.*

*Las dimensiones de la jarra eran aproximadamente las siguientes: su altura medía un decímetro, seis centímetros con tres milímetros. Su parte más ancha tenía nueve centímetros y seis milímetros. La base o peana tenía cuatro centímetros de ancho o de diámetro. La boca medía tres centímetros con cinco milímetros de diámetro.*

Testimonia el historiador don Pablo Herrera, que la vasija en que fray Jodoco Rique trajo el primer trigo, fue regalada, por cierto Prelado, al General Juan José Flores, primer Presidente de la República del Ecuador “como si San Francisco no debiera conservar tan precioso monumento”, dice dolido Herrera.

Una antigua tradición, afirma, por añadidura, que el presidente Flores, regaló, a su vez, la preciosa vasija, a un Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norteamérica, acreditado en Quito, quien la sacó del país, llevándosela a su tierra. Desde entonces se perdió la pista de este histórico tesoro. Parece que, si no la misma que trajo fray Jodoco Rique, al menos, existe otra idéntica en la Colección de Cerámicas Flamencas y Holandesas de los siglos XV y XVI del Museo Boymans van Benningen, en Rotterdam.

Alejandro von Humboldt estuvo en Quito en 1801; en su famosa obra Cuadros de la Naturaleza, nos cuenta lo siguiente:

*En el convento de los franciscanos se conserva preciosamente como una reliquia, la vasija de barro que guardó el primer trigo, traído al Perú; primer trigo que fray Jodoco Rique, fraile franciscano, nacido en Gante, hizo sembrar en la ciudad de Quito. Fue cultivado primeramente delante del convento, en la plaza llamada Plazuela de San Francisco, después que fuera talado el bosque que se extendía desde allí hasta el pie del gran volcán Pichincha. Los frailes, a quienes yo visitaba con frecuencia durante mi permanencia en Quito, me rogaron que les explicase la inscripción trazada sobre la vasija y sobre la que supo-nía que el sentido tenía alguna relación escondida con el trigo. Pero yo no encontré más que la siguiente sentencia, escrita en viejo dialecto alemán (flamenco):*



*Gij die inij ziet  
Verget God niet”,*

*que quiere decir:*

*“Que aquel que me ve,  
no se olvide de Dios”.*

*Este antiguo vaso alemán -continúa Humboldt- tenía algo para mí de respetable: ¡lástima que no se haya conservado en todas partes en el nuevo continente el nombre de aquellos que, en lugar de destruir, han sido los primeros en enriquecerlo con los presentes de Ceres!”.*

Este célebre texto de Humboldt fue conocido en Bélgica, desde principios del siglo XIX y dio pie para que el poeta Adriano le Mayeur (1761-1846) en su poema: La Gloire Belgique, dedicase a fray Jodoco Rique, los siguientes versos:

*Habitants du Pérou quí egorgea lí avarice,  
pour vous ravir cet or que produit son suplice,  
en songeant que DeRycke vous donna le froment,  
pardonnez a lí Espagne en faveur du Flamand,  
De lí oublí de vos maux que ce don soit la base.  
Lisez sur le contour du respectable vase  
que vous gardez encore, ce vers, élan du coeur;  
¡ Oh vous que me voyez, benissez le Seigneur!*

Habitantes del Perú, que estranguló la avaricia  
para robarase el oro que produce su espacio,  
recordando que De Rique os regalara el trigo  
perdonad a la España y agradeced a Flandes.  
Del olvido de vuestros males que este don sea la base  
leed en el contorno del respetable vaso,  
que lo guardáis aún, este verso que brota del corazón  
¡Oh tú que me miras, bendice a tu Señor!

En nuestro tiempo volvió a recordar la hazaña de fray Jodoco Rique al traer el primer trigo a la América del Sur, el profesor F.M. Albrecht en su famoso libro:

Flandes envía sus hijos al extranjero, refiriéndose en el prólogo a la emoción de Humboldt al contemplar la vasija de barro que se conservaba en Quito.

Cuando el Libertador Simón Bolívar visitó Quito, por primera vez, en 1822, naturalmente fue a ver la iglesia y el convento de San Francisco. Allí, en la sacristía, contempló, muy de propósito, el cantarillo de fray Jodoco, manifestando grandes deseos de saber qué dirían las inscripciones que tenía en viejo idioma flamenco, las cuales miraba y remiraba con grandísima curiosidad, según el testimonio del padre Enrique Mera, quien estuvo presente en la escena.

La historia del primer trigo que se plantó exprofesamente en Sud América puede ser seguida con toda precisión y detalles en las actas de los Cabildos de Quito, que se conservan desde su fundación hispánica.

Después del 6 de diciembre de 1534, los vecinos de la villa, tanto españoles como indígenas, se aplicaron, sin dilación, al trabajo, persuadidos como estaban que solo el propio esfuerzo, tenaz y durarero, engrandece a las ciudades y a las naciones. Fray Jodoco Rique con su compañero fray Pedro Gocial, fueron los ejes de esa transformación agrícola y social que empezó a operarse desde entonces. Múltiples documentos prueban esta afirmación.

En junio de 1535 se hace mención de muchas tierras sembradas por los españoles, y a finales de ese año, había en Quito un buen camal o carnicería donde se despostaban puercos y “ovejas de la tierra” o llamas. Ganado vacuno había, en 1536, traído por Rodrigo Núñez de Bonilla, y la ciudad empezó a ser surtida de leche de gran calidad y de quesos.

A los sembríos nativos de maíz, patatas, ocas, mellocos y quinua que se vendían en almudes, y a las frutas nativas de la tierra: chirimoyas, guanábanas, guabas, mortiños y guayabas, pronto acompañaron las rubias mieses de trigales, los dorados durazneros y los trepadores sarmientos de las vides.

De las tres cosas: trigo, duraznos y vides, habla expresamente fray Jodoco en documentos contemporáneos y es fácil adivinar su empeño en multiplicarlos, si pensamos que dos de esos bienes europeos le eran indispensables para su misión como sacerdote, a fin de elaborar el pan de las hostias que habían de convertirse en Cuerpo de Cristo y el vino que, consagrado en la santa misa, había de convertirse en su Sangre.

Por no haber previsto la suficiente cantidad de estos elementos, hubo sitios en la América recién descubierta, donde no se pudo celebrar misa durante seis o más años, como ocurrió en Chile y “en Quito también”.

En su Diario de viaje, fray Jodoco escribe:

*yo he sido recibido de una forma cordial, y más de lo que puedo expresar, a pesar de estar solo, en la provincia de Quito por los cristianos que aquí moraban y que habían ganado esta tierra. Llevé conmigo todo lo necesario para celebrar la misa, para que nunca y en ningún lugar me falten los ornamentos y todo lo necesario. Los cristianos de allí, se habían quedado 11 meses y más sin misa. He llegado a la ciudad de Quito, que ahora se llama la ciudad de San Francisco, el día de San Nicolás, del mes de diciembre (1535).*

*Y aquí me estoy bien consolado, teniendo un lugar adecuado para fundar un convento, cercado con buenas murallas a su alrededor y esperando el tiempo oportuno para erigir un buen convento. He hecho mi iglesia con unos buenos muros.*

En el Cedulaario del Perú hay varias concesiones de permisos, en 1534, para traer a estas tierras: borricos, “carneros morruecos finos y cerdos grañones de lo mejor que se pudiera haber”.

Doña Isabel de Portugal, emperatriz, esposa de Carlos V, puso una solicitud verdaderamente maternal, hasta en los mínimos detalles, por el progreso y mejoramiento de las ciudades de América. Emociona leer sus Reales Cédulas, en las que ordena, a los maestros de los navíos y a los frailes, traer cantidad de plantas de viña, olivos y naranjos, “de manera que ninguno pase sin llevar alguna cantidad” al Nuevo Mundo.

Esto hace completamente cierto el hecho, que el pueblo ecuatoriano nunca olvida, de que fray Jodoco Rique trajo a Quito el primer trigo que se plantó en Sudamérica.

En Lima se plantó el primer trigo en 1538, seguramente llevado desde Quito, y fray Vicente de Valverde da, en carta al emperador Carlos V, escrita desde el Cuzco, el 20 de mayo de 1539, este fantástico testimonio:

*Yo vi una mata de un grano solo de trigo, que tenía 360 cañas con sus espigas, y los granos de las espigas tan grandes que rompían las vainas y salían fuera de ellas; y no se siembra como allá, sino grano a grano, porque ha menester que esté una vara de medir y más, un grano de otro”.*

De no decirlo un sacerdote serio como el padre Valverde, pensaríamos que se trata de un sueño o de una novela imposible. Pero hay más, Pedro Gutiérrez de Santa Clara nos cuenta que, en el Río de la Plata (Argentina), sembró Sebastián Caboto 52 granos de trigo en el mes de septiembre y cogió 50.000 granos en el mes de diciembre.

Idénticos prodigios habrá contemplado la villa de San Francisco de Quito, en lo que hoy es atrio de la monumental iglesia de los franciscanos, porque la ubérrima tierra de las faldas del Pichincha no podía ser menos fecunda que la de Lima o Río de la Plata.

Ese fue el espléndido y necesario regalo de fray Jodoco Rique a los vecinos fundadores, que llenó de sabroso pan las despensas del conquistador y del conquistado, por igual; y que, multiplicado, generación tras generación, es hoy una de las riquezas más abundantes con las que cuentan los países americanos.

Como un genuino propulsor de la agricultura, fray Jodoco Rique se preocupó también del problema del regadío. Era costumbre franciscana en América el hacer acueductos para el servicio de los conventos y de la ciudadanía toda.

En México se inmortalizó fray Juan de Tembleque con este trabajo. En Quito fray Jodoco Rique. Los textos de las actas de los Cabildos tienen innumerables referencias a las aguas que, pasando por el convento de San Francisco, servían a las necesidades de todos los vecinos.

Estas actas confirman lo que dice el historiador Francisco Comte:

*Aun el acueducto que trae al monasterio encañada gran cantidad de agua cristalina, cuyo origen está en el cerro del Pichincha, una legua lejos del mismo monasterio, fue construido en el mismo canal que servía en tiempo de los Incas para llevar agua a la ciudad. Este acueducto, obra costosísima, y que pasa sobre alcantarillas de cal y ladrillo, ya*

*había intentado construirlo el poderoso Inca, pero tuvo que desistir por su dificultad. Sólo vencieron esta, con su constancia, los religiosos de Nuestro padre San Francisco. El origen de la misma agua está en el lugar conocido vulgarmente con el nombre de “Mirador” y en él está construida una pirámide de granito, en la que, a cincel, está grabado el escudo de la Orden Franciscana. Una vieja tradición quiteña atribuye a fray Jodoco Rique la construcción de este acueducto y hasta hoy existe el monumento en las fuentes, con el nombre de “Las llagas”.*

El viernes 24 de marzo de 1536, los alcaldes y regidores, recién elegidos de la villa de San Francisco de Quito, dijeron en la sesión del cabildo que:

*por ser esta tierra nuevamente poblada, hasta ahora no había podido haber libro ni papel para lo hacer, en que se asentasen las cosas que les convenía proveer tocantes al buen regimiento de esta Villa.*

¡En Quito no había papel! Esto explica que las famosas peticiones de fray Jodoco para que le entreguen los solares de su convento y las tierras para sus indios no pudieron ser despachadas, sino el 18 de junio de 1536. Los auténticos documentos conservados en el Archivo Municipal y no en el Archivo de San Francisco demuestran que fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial no se preocuparon de recuperar los títulos de propiedad del convento donde estaban ya viviendo.

Las peticiones, que están redactadas en el estilo usual de esa época, dicen así:

*Muy nobles señores:*

*Fray Jodoco suplica a vuestras mercedes le hagan caridad de los solares de la casa del señor San Francisco, que por el fiel están señalados por el dicho, que son atrás de la casa del Señor San Francisco, junto con los bohíos de los anaconas de Parra, y abajo de la casa un pedazo hasta donde está una estancia; de todo lo dicho suplica a vuestras mercedes hagan caridad a la casa y lo manden por el dicho fiel, y en ello recibiré limosna.*

*fray Jodoco Rique, franciscano*

Detrás de la Cédula de petición, se leen estas palabras:

*En 18 de junio de 1536 años la presentó ante el Cabildo y se la concedió como lo pide.*

La otra petición dice así:

*Muy nobles señores:*

*Fray Jodoco franciscano parezco ante vuestra mercedes y digo que me hagan merced de unas tierras que son pasando el río a las espaldas de este monasterio de San Francisco desde el depósito que solía ser hasta adelante, para que los indios que sirvan o servirán a la casa puedan sembrar sus papales y maíz, y en esto harán servicio a Dios y a mí y a la casa muy gran limosna.*

*fray Jodoco Rique, franciscano*

La preocupación por la suerte de los indios se ve clara en estos documentos, lo mismo que su interés por el mejoramiento de la agricultura. Para 1538, fray Jodoco conocía muchas de las peculiaridades de la tierra de Quito y de la alimentación de sus habitantes, y había aprendido a gozarlas con amplia satisfacción franciscana.

Podría refrendar con su firma lo que fray Vicente de Valverde informó detalladamente al Emperador Carlos V, sobre las cosas que los españoles encontraron en el Tahuantinsuyo para alimentarse, en carta de 22 de marzo de 1539. Por ser dato curioso y poco conocido, vale la pena citarlo íntegramente.

*Dice que en la tierra abundan las llamas, a las que califica de corderos “ovejas de acá,” cories (cuyes) que es una manera de conejos domésticos; patos, que son ánades grandes, que se crían muchos en esta tierra; frutos, guayabas, guabas, guanábanas, que es una fruta de bechura de piñas grandes, rocomães, peras (se refiere a los aguacates) que son como peras verdinales de España en la figura, tienen de dentro hueso; pepinos; que son mejores que los de España, de que hay grande abundancia principalmente en las tierras calientes; ají, que llaman a la pimienta de las Indias, sin la cual no comen los indios cosa ninguna y otros muchos géneros de frutas. Legumbres: habas, frisoles, chochos, que son como altramuces de esas partes y otros géneros de legumbres. Granos: maíz que es el principal mantenimiento de los indios: quinua, que es*

*como arroz y muy gran mantenimiento para los indios. Raíces: ajos, patatas, caví, que es una raíz que, pasada, (quiere decir hecha pasa) es como bigos pasados de esas partes; maní, que, tostado, es como avellanas tostadas; papas, que es una cosa como turmas de tierras de España, sino que son más grandes y no tienen tan buen sabor, las cuales raíces secas las llaman chuño y de estas se mantienen en las tierras muy frías, así como en Collao, y donde no pueden coger maíz. Jícamas, que son unas raíces como nabos, muy aguanosas, que matan la sed comiéndolas.*

Escribe Valverde de la abundancia de la lana de las ovejas de acá (las llamas), del algodón, del pescado seco y de la coca. Jacinto Jijón y Caamaño, por su parte, afirma que los indios eran muy aficionados a comer yuyos (hojas verdes de nabo) y que se engolosinaban con la chicha (bebida de maíz fermentado) hasta extremos irreales.

En el afán de convertirse en un eficaz agente de desarrollo, el Cabildo de la ciudad de Quito dictó disposiciones encaminadas a fomentar el rendimiento de la agricultura.

El viernes 25 de junio de 1535, los cabildantes limitaron la extensión máxima de las tierras que habían de dedicarse a sementeras para cada uno de los vecinos. Se fijó en cinco hectáreas de sembradura por propietario y “de allí abajo, lo que pareciere ser gusto dar a cada uno” y, con gran sentido de previsión, se distribuyó el regadío, de suerte que, “cada uno siembre y tenga maíz para el tiempo de mayor necesidad”.

Fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial eran consultados para todo lo conducente al mejoramiento material y social de la recién fundada villa de San Francisco de Quito. Esta afirmación consta en los textos de las actas de los Cabildos, donde expresamente se dice que muchas cosas se decidían después de “tomar parecer con los religiosos de esta villa”.

El 12 de octubre de 1536, el cabildo concedió a Diego Rodríguez, hortelano, un sitio “que está cerca del monasterio del Señor San Francisco para hacer huerta para hortalizas, y le proveyeron de regadío tres días de cada semana, del agua”.

Para entonces fray Jodoco Rique estaba experimentando cultivos europeos dentro de los límites del convento, además de la famosa multiplicación del trigo. El cultivo de la cebada era otra de sus preocupaciones.

El miércoles 3 de enero de 1537, el Cabildo ordenó cercar los solares concedidos de la villa, que se edifiquen las casas dentro de los solares y que se igualen y allanen las calles frente de cada lote. Los cercos debían ser “de pared de adobes o piedra y de suficiente altura para defensa del fuego”.

Bartolomé de Zamora, herrero, debió ser una de las primeras relaciones que hizo fray Jodoco Rique, pero cobraba precios excesivos por su trabajo. El Cabildo de Quito, con este motivo, hizo el primer arancel de precios para los herreros, el viernes 16 de marzo de 1537. Se menciona el precio de las hachas, azadones, barras, tenazas, martillos y clavos, entre otras cosas. Todas estas herramientas eran precisamente las que necesitaba fray Jodoco Rique para su gran obra civilizadora y de renovación de la agricultura en favor de los españoles y de los indios.

El 8 de junio, el Cabildo trató sobre el desvío de las aguas que venían a la ciudad, a través del monasterio de San Francisco, ocasionando daños y perjuicios al acueducto. Bajo severas penas, se ordenó que “nadie estorbase la libre venida del agua hasta que entre en dicho monasterio”.

El miércoles, 1 de agosto de 1537 se hace la primera mención precisa de la “plaza de San Francisco” y de los vecinos que en ella moran, a propósito de unas ordenanzas sobre la higiene.

Esas disposiciones municipales no debían ser muy observadas por los ciudadanos. Cinco meses más tarde, el lunes 7 de enero de 1538, el Cabildo prohibió a los vecinos traer cerdos a pastar en la plazas de San Francisco y Central. A los contraventores se les impuso severas penas pecuniarias y se ordenó que todos los encomenderos trajesen diez indios para desyerbarlas el viernes y sábado siguientes.

¡Con qué placer habrá visto fray Jodoco que, poco a poco, se iba imponiendo el amor a la limpieza y el aseo, entre conquistadores y conquistados, y el decoro con el que debía ser estimada la plaza de San Francisco frente al convento del Patrono de la villa!.

La topografía, llena de quebradas, creaba continuos problemas y requería de un esfuerzo vigilante de parte de sus moradores. El lunes 17 de junio de 1538, estando reunido el Cabildo, fray Pedro Gocial



*pidió a los dichos señores les hagan merced de un pedazo de tierra para huerta para metello en la casa de San Francisco, porque hace un girón la tierra y porque vaya derecho, lo cual se proveyó lo que pide, y se remite a Rodrigo de Ocampo, regidor, para que lo vea y haga al fiel que lo amojone, sin perjuicio.*

Toda la franja que estaba entre San Francisco y la quebrada de Jerusalén fue repartida en huertas, con la condición de que, si crecía la villa y eran menester esos lotes para vivienda de vecinos, se prefiriesen para moradas, por lo que se ordenó que, entre huerta y huerta, se dejasen calles iguales en ancho que entre los solares.

Todo este entusiasmo de los quiteños por cultivar huertas se originó del ejemplo de lo que ocurría en San Francisco. En el célebre elogio a la vasta labor civilizadora de fray Jodoco Rique, que se escribió en 1575, en el manuscrito del Espejo de Verdades, se dice que “enseñó a los indios a arar la tierra con bueyes, a hacer yugos, arados y carretas”.

Esta enseñanza es una de sus máximas glorias. Así liberó a los indígenas de sistemas de trabajo duros y penosos. En la época incaica y antes, todo laboreo agrícola se hacía a mano o con débiles herramientas de madera, volviendo pesada la tarea de abrir surcos y beneficiarlos para la siembra.

Un evidente progreso en los nuevos aranceles para herreros dictó el Cabildo, en enero de 1539, donde constan los precios que habían de cobrarse por las azuelas gurbiadas y llanas, por los barrenos, los clavos de puerta y llanos, las rejas para arar, cuyo valor era de tres pesos, las alvaradas (agujas grandes para cocer alpargatas) y cerrojos con sus cerraduras y llaves.

Se producían en Quito: cinceles, azadones, hachas, martillos, goznes y quicios de puertas, barras, además de los implementos para caballos, como frenos y herrajes.

El cultivo de los olivos fue otro de los ideales de fray Jodoco Rique. El aceite era necesario para múltiples usos, para preparar los alimentos y mantener una lámpara encendida en la iglesia, junto al Santísimo Sacramento del Altar.

En Quito era vendido el aceite por el mercader Francisco de Sanlucas. Hasta el día de hoy existen en la huerta del convento unos viejos olivares que son hijos o nietos de los que plantó fray Jodoco.

Con el desarrollo de la agricultura y la ganadería, varios vecinos de Quito poseían grandes bienes y fortunas hacia 1540. A Lorenzo de Aldana, nombrado teniente de Gobernador para Quito y Quillasinga, por Francisco Pizarro, el Cabildo le exigió fianzas llenas y abonadas por 50.000 pesos. Se las dieron, en su representación Juan de Padilla y Juan Marques, quienes poseían fortunas superiores a los 25.000 pesos cada uno para dar semejante garantía económica. Estas cifras dan una idea de la prosperidad de la naciente villa y del apoyo que fray Jodoco recibía para sus obras. Juan de Padilla era el vecino más cercano que tenía San Francisco.

Volviendo a la historia del trigo, en diciembre de 1539, parece haberse multiplicado lo suficiente como para repartirlo a los ciudadanos. El Cabildo concedió al alcalde Alonso Hernández una estancia, pasando el puente del río Guayllabamba, “porque quería sembrar pan”.

Si este pan se entendía del trigo, sería esta la primera siembra hecha por un español del trigo que repartió fray Jodoco. Es obvio que el primer gratificado sería el alcalde, quien había sido, en Riobamba, el testigo de la voluntad del fray Marcos de Niza para que se funde un monasterio de San Francisco en las tierras de Quito.

En septiembre de 1541 se vio la urgencia de tener harina para amasar. El alcalde Rodrigo Nuñez de Bonilla pidió al Cabildo sitio para

*hacer un molino en esta dicha villa, porque le parece que es bien, pro y utilidad de ella para moler trigo y porque él ha buscado sitio conveniente para lo hacer.*

*El Cabildo accedió gustoso, como consta en las siguientes expresiones:*

*porque les parece que es necesario y conveniente para el bastecimiento de esta dicha villa y vecinos de ella y de la demás gente que a ella viniese.*

Con este motivo, el Municipio urgió a todos los moradores, que ya antes habían obtenido permiso para tener molinos, que realmente los edificasen, so pena de entregar los lotes a otros solicitantes.

En el acta del 21 de octubre de 1541, se nota la diligencia con que actuaban las autoridades de Quito para proteger el trigo. El texto dice:

*Este dicho día, los dichos señores mandaron que se apregone públicamente en esta ciudad que ninguna persona compre trigo de otro, para tornar a revenderlo, sino fuere que lo haya de amasar, hasta que se coja la sementera primera, que se cogera en esta ciudad, so pena de perdimiento de todo el trigo que así comprare.*

El trigo se cultivó, al principio, dentro de la propia ciudad, para vigilarlo mejor, lo propio se hizo con la cebada. El tesorero Rodrigo Núñez de Bonilla, que para el 28 de abril de 1542 ya no era alcalde de Quito, tenía un solar cercado “donde tiene el trigo sembrado”, y el don Pedro Martín Montamero tenía otro solar “en que tiene una cebada sembrado”.

Conforme se fue multiplicando el trigo, se hizo necesario que el Cabildo pusiese un arancel a los molineros y así, en sesión del sábado 29 de marzo de 1544, se dispuso que “por cada fanega de trigo que se muele se debía cobrar dos tomines de oro y no más”.

Igualmente el entusiasmo por tener “estancias para árboles frutales, para viñas, para algodón y para cosas de Castilla” iba acrecentándose en Quito. El viernes, 18 de abril de 1544, se asignó al capitán y teniente de gobernador Rodrigo de Ocampo un sitio escogido para ello en las playas del Río Guayllabamba.

El trigo creció con tal abundancia en Quito, que el Cabildo ordenó el 10 de septiembre de 1544 que se vendiesen 35 libras de pan por un peso de oro. La ganadería prosperaba también a ojos vista. El 8 de mayo de 1544 se ordenó que se vendiesen por libras “los quesos que cualesquier personas vendieren en esta ciudad hechos de vacas en esta tierra” y que su precio fuese el de dos tomines de oro por cada libra.

Muchos datos más, interesantes todos, se hallan en las actas del Cabildo de Quito en relación con el trigo, el pan y los bizcochos, frutos de la previsión de fray Jodoco Rique. Su afán por mejorar la agricultura y enseñar el aprovechamiento de la ganadería europea a los indios no se limitó a la multiplicación de las nuevas especies que se aclimataron admirablemente en Quito y en las zonas aledañas.

Es indudable que fray Jodoco estimuló la construcción de puentes y la apertura de caminos, como se deduce de un acta de diciembre de 1547, en

la que se menciona “el camino de San Francisco para Chillogallo” cuando se habla del ejido sur de la ciudad. ¿Hizo fray Jodoco Rique este camino para Chillogallo? Él sabía bien que, en esa población cercana a Quito, estuvieron las casas de las “Vírgenes del Sol”, en tiempo de los incas, como lo atestigua el cronista contemporáneo Alonso de Borregán.

La intervención directa de fray Jodoco en favor de los indios para que se les adjudicase, permanentemente y en forma jurídica, tierras suficientes para que las cultiven con toda libertad y cuyos frutos sirviesen para su manutención y sustento, y para que pudiesen comerciar con ellos, es por demás clara y evidente, en el documento que va a continuación, firmado por el gobernador de Quito y capitán general Gil Ramírez Dávalos, el 12 de noviembre de 1558:

*Gil Ramírez Dávalos, Gobernador y Capitán General de las ciudades de San Francisco de Quito, Cuenca y Portoviejo, Santiago de Guayaqui Loja y Zamora y sus términos y jurisdicción, por el muy excelente señor Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Guarda-Mayor de la ciudad de Cuenca, Viso-Rey y Capitán General en estos Reinos y Provincias del Perú, por su majestad, etc., etc.*

*Por cuanto el padre fray Jodoco, de la orden del Señor San Francisco, de esta ciudad de Quito, me hizo relación que para los yanaconas, que han servido, sirven y sirvieren al monasterio del Señor San Francisco de Quito, donde les muestra la Doctrina cristiana y a tener y guardar toda buena policía y orden; algunas personas, vecinos de la dicha ciudad les han hecho limosna, por intercesión del dicho padre fray Jodoco, de veinte años a esta parte, de las tierras siguientes:*

*De unas tierras que están de la otra parte del río, a donde don Francisco, hijo de Atabualpa vive, que son donde los depósitos que solían ser de los Ingas y adelante; y así mismo otras tierras que están junto a San Francisco, encima de la ermita que dio Martín de Mondragón: en aquel pedazo están casas de los dichos yanaconas y sus sementeras; y así mismo, delante de la Hermita, en el camino que va hacia arriba de las fuentes que vienen a la casa del Señor San Francisco, a la mano izquierda, así como subimos de la acequia, que viene del cerro de Huaynacápac, otro pedazo de tierra donde ahora comienzan a sembrar los dichos yanaconas, que lo hubieron de Juan de Larrea; ítem, en Cumbayá, otro pedazo de tierra que hubieron de Germán Alemán, donde siembran al*

*presente, y de veinte años a esta parte; y que todas las dichas tierras las han tenido y poseído los dichos yanaconas, que así han servido y sirvan al dicho Monasterio del Señor San Francisco de la dicha ciudad, quieta y pacíficamente, sin contradicción de persona alguna, y me pidió confirmarse las dichas tierras a los dichos yanaconas “.*

*Y, por mí visto, por virtud de las provisiones que para ello tengo de su Excelencia el dicho Virrey, y por hacer bien y merced, en nombre de su Majestad a los dichos yanaconas, que así están o estuvieren, de su voluntad, en la dicha casa y monasterio del Señor San Francisco de esta dicha ciudad, les hago merced de todas las dichas tierras arriba declaradas, para que en ellas puedan sembrar y siembren trigo, maíz y papas y todo lo que más quisieren y por bien tuvieren para su sustentación y mantenimiento, con tanto que no puedan vender las dichas tierras ni alguna parte de ellas, sino que siempre estén en pie para sementeras de los yanaconas que están y estuvieren en la dicha casa y monasterio, y mando que por persona alguna las dichas tierras ni parte alguna de ellas les sean quitadas ni perturbadas, so pena de doscientos pesos de oro para la cámara de su Majestad, la cual dicha merced hago, con tanto que no sea perjuicio de su Majestad, ni de ningún natural, ni de otro tercero.*

*Hecho en Quito, en doce días del mes de noviembre de mil quinientos cincuenta y ocho años. -Gil Ramírez Dávalos.*

*Por mandato de su merced, el señor gobernador,  
Antón de Sevilla-Sin derechos.*

Documento de oro que habla elocuentemente, con un lenguaje puro y cristalino, de los ideales que animaron la vida de fray Jodoco Rique.

En él se ve nítidamente que fue “por su intercesión”, por sus generosas gestiones ante los conquistadores, que estos señalaban tierras para los indios desposeídos de todo en el nuevo orden jurídico, nacido de la conquista española.

En él se ven los anhelos de fray Jodoco de que sus hijos espirituales, los indios, cultivasen hermanablemente “trigo, maíz y papas”, los tres hoy alimentos claves de la humanidad, aunque la aceptación universal de los dos últimos no fue fácil y tomó varios siglos de resistencia incomprensible.

En él se ve la persistente previsión de que las tierras fuesen siempre para sembrar y que no pudiesen ser enajenadas jamás, ni siquiera en parte. Sapienter providencias que dieron a los indios siglos de seguridad y de paz.

Esta actitud de fray Jodoco fue invariable hasta el fin de sus días, lo prueba otro documento en el que consta el testimonio del albañil Francisco Morocho, hijo de Jorge de la Cruz Mitima, constructores ambos de la monumental iglesia de San Francisco de Quito, bajo sus órdenes y dirección.

Este testimonio demuestra además, el gran espíritu de pobreza franciscana que fue la gran directiva de su vida y, a la vez, el espíritu de justicia que enmarcaba sus relaciones obrero patronales, como se diría hoy.

La orden Franciscana, prohibida de tener dinero por la regla de su fundador, tenía que encontrar caminos para pagar el trabajo de quienes estaban a su servicio. Es lo que claramente se ve en la siguiente relación de lo ocurrido hacia 1568.

*Y digo que no teniendo el convento plata con que pagar el trabajo de más de veinte años, que trabajó en esta iglesia de San Francisco, Jorge de la Cruz y su hijo Francisco Morocho, porque en aquel tiempo no había estipendios y las limosnas eran muy cortas, porque los españoles eran muy pocos, y afligido el padre fray Jodoco Rique de no poder pagar a Jorge de la Cruz y a su hijo de tantas buenas obras que les habían hecho en tantos años, pidió Jorge de la Cruz, diciendo: padre Guardián, denme aquellas tierras, de las canteras para arriba, desde las tierras de los yanaconas, para mí y para mis hijos, por paga de mi trabajo y de mi hijo, que, con esta tierra, estoy contento y pagado.*

*Y el padre fray Jodoco Rique se holgó de ello, y aunque pudiera darla por el título (de propiedad que el Cabildo le diera), quiso que fuese con la voluntad del Cabildo, que entonces era un Alcalde y un Regidor, el fiel y el Gobernador, que tuviesen por bien que aquella tierra, que es por encima de las canteras para arriba, se le dé a Jorge de la Cruz para él y sus hijos por paga de la hechura de esta iglesia y capilla mayor y coro de San Francisco, porque el convento no tiene con que pagarles el trabajo de tantos años, y el Cabildo tuvo por bien, y envió a su escribano del dicho Cabildo, llamado Gonzalo Yáñez, y subieron al cerro con Jorge de la Cruz, el síndico y tres testigos españoles, Pedro de Bedón, Sebastián de*

*Moreta y Jácome Flamenco y un fraile, y desde la tierra de los yanaconas arriba, en ella le dieron la posesión y títulos originalmente al dicho Jorge de la Cruz, con beneplácito del Regimiento y Convento, porque a todos les tenían hechas muchas obras”; y como se concretó con el padre fray Jodoco Rique, prelado de este convento de San Francisco.*

Este albañil, Jorge de la Cruz Mitima, que tantos beneficios recibiera de fray Jodoco pues en su convento lo alojó, le educó y le dio trabajo “viéndole desamparado y sin amo” como afirma su propio hijo, le causó, sin embargo una de las mayores contrariedades de su vida, al suscribir con su firma unas temerarias acusaciones contra su celo y la caridad por amparar a una india llamada Magdalena y a su tierno hijo huérfano, llamado Túpaccito, nombre que indicaría su pertenencia a la aristocracia incaica.

El hecho fue de esta manera: el primer alcalde de Quito, Diego de Tapia, obtuvo, en el repartimiento de tierras y encomiendas, unas que quedan al oriente de la ciudad, a unos cinco kilómetros de distancia, en línea recta, detrás de las lomas del Itchimbía. Los sitios se llaman Cumbayá y Lumbisí. A fray Jodoco y a fray Pedro Gocial les dieron algunos de esos indios para que les ayudasen en los trabajos de San Francisco.

En todo caso, Diego de Tapia, falleció en unas escaramusas con los indios huancavilcas, en la desembocadura del Río Guayas, antes de julio de 1536. Antes de morir, rogó insistentemente a un hermano suyo, llamado Isidro, que buscara la protección de fray Jodoco para todos los indios de sus encomiendas de Cumbayá y Lumbisí. Fray Jodoco aceptó el pedido del difunto alcalde y llevó a los indios al convento para educarlos y cristianizarlos.

Como las tierras que ellos cultivaban eran codiciadas por algunos españoles, entre ellos, Pedro de Puelles, fray Jodoco solicitó la protección de un recién llegado a Quito cuyo nombre, Germán Alemán, hace sospechar que era flamenco.

No se sabe a ciencia cierta, cuándo llegó Alemán a Quito. La pérdida de las actas del Cabildo de casi año y medio (mayo de 1542 a octubre de 1543) no permite esclarecer este asunto ni la personalidad de este vecino. Algo se puede rastrear de su importancia e influjo si se recuerda que, para el viernes 12 de octubre de 1543, se dice en las Actas que el Cabildo le había

provisto de un solar, “la calle real adelante”, de los mejores que había en Quito. ¿Cuándo se hizo esta provisión? El sitio era para “hacer casa”. Días más tarde, el 29 del mismo mes, Germán Alemán presentó al Cabildo otra petición -que las actas no especifican- que fue despachada favorablemente por los señores del Ayuntamiento.

No sería raro que en esa petición se solicitase la autorización necesaria para recibir las tierras de Cumbayá y Lumbisí, a cuyos indios fray Jodoco anhelaba proteger de la mejor manera. A Germán Alemán se le otorgaron también minas de oro en la zona de Zaruma.

De Magdalena y su hijo Túpac no ha sido posible hallar otras referencias documentales. Fray Jodoco debía saber a qué familia pertenecían y hasta pudo haber sido hermana o sobrina de Atahualpa. Al verle pobre y desamparada, trató de convencer a los yanaconas de Cumbayá y Lumbisí que le admitiesen entre ellos y le reservasen un solar de tierra al niño Túpac para que, creciendo, pudiese sembrar “choclos”, duraznos, sarmientos y guabas.

Parte de los indios aceptaron la solicitud de fray Jodoco. Otros, encabezados por Jorge de la Cruz Mitima, nunca quisieron ceder. Con el ánimo enconado, se dieron a la ingrata tarea de perseguir a Magdalena y a Túpaccito, y a la más ingrata labor de acusar a fray Jodoco Rique ante sus superiores, en repetidas ocasiones, de querer despojarles de sus tierras.

Acusación indigna y temeraria contra quien dedicó su vida a servirles y protegerles. En más de una ocasión, fray Jodoco perdió la paciencia y tuvo que actuar con energía contra quienes comprendían la generosidad de su corazón de padre de todos los indios, más aún de quienes, por los vaivenes de la vida, estaban en la pobreza y la miseria.

Para “enseñar a arar con bueyes, a hacer yugos y carretas”, fray Jodoco y fray Pedro Gocial enseñaron previamente a los indios a multiplicar y cuidar esas especies de animales desconocidas hasta entonces en el Nuevo Mundo.

Según el criterio de Fernando Jurado Noboa, quien ha historiado las calles de Quito desde su fundación hispánica, los franciscanos, en el amplio territorio que les fue entregado, tenían corrales en los que cuidaban esmeradamente del ganado vacuno, no solo por su indispensable utilidad



en la alimentación humana y por el suministro indispensable de la leche para los cotidianos menesteres de la cocina, sino también para enseñar a los indios a sacar derivados: los quesos, la mantequilla, que tanto contribuyen a la delicadeza de los manjares, de sal o de dulce, singularmente en la elaboración de choclotandas (pequeños panes elaborados con maíz tierno) que comenzaron a ser llamados “humitas” por los españoles y criollos; “chumales” en Tomebamba y “zambates” en Loja.

Otro producto del ganado vacuno de enorme aprovechamiento en Europa y desconocido en América era el suero que procedía de los quesos maduros y que es un alimento de primera calidad para el engorde del ganado porcino que, en Quito y sus alrededores se multiplicó prodigiosamente.

En el convento de San Francisco fueron cuidados, con notable esmero, los cerdos para que luego todos los indígenas los pudiesen tener en sus pegujales. Según Diego de Trujillo, fue el capitán Sebastián de Benalcázar quien trajo consigo la primera piara de puercos de Nicaragua a las costas de Coaque, en la actual provincia de Manabí en el Ecuador.

En Quito, el Cabildo reguló los permisos para el desposte y el comercio de los chanchos, de los cuales se afirma que eran llevados a Popayán en manadas de hasta 1000 ejemplares.

Fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial enseñaron a los indios a preparar carnes de chanco y su variada utilización culinaria. Los indígenas contribuyeron a un delicioso mestizaje de comidas, en las que la manteca porcina se convirtió en el elemento indispensable e insustituible. Si hasta entonces habían comido el maíz maduro tostado, en tiesto de cerámica, lo empezaron a comer frito en paila, que es una verdadera golosina. Como el cerdo puede ser utilizado desde la cabeza hasta las patas, y desde el cuero hasta las vísceras, los indios encontraron en él su principal alimento.

En los corrales de San Francisco se les enseñó a cuidar de las ovejas y carneros, igualmente serviciales por sus lanas, que por su sano uso de la alimentación diaria. Las que más rápido se multiplicaron fueron las aves de corral, las gallinas traídas de la península, con las que se encariñaron los indígenas, por lo que les hacían vivir dentro de sus propias chozas, utilizando los huevos y su carne, de manera especial para agasajar a sus visitantes y en circunstancias de festejos familiares, brindándoles siempre acompañados de sabrosa chicha de maíz.

Otra novedad que impresionó a los alumnos de san Juan Evangelista, luego Colegio San Andrés, y a los indios que trabajaban en las construcciones de la iglesia y convento, fue el ver cómo los frailes flamencos y el hermano español fray Alonso de Baena multiplicaban las colmenas de abejas, no solo por la purísima miel que elaboran en sus panales sino por la materia prima de insuperada calidad que suministran para las ceras para el uso litúrgico, para el alumbrado de las celdas personales de los frailes y de los galpones y lugares donde estudiaban y dormían los alumnos.

Como en las tierras del convento se cultivaban hermanablemente el maíz y las patatas autóctonas, con el trigo y la cebada inmigrantes, en los hornos del convento los frailes enseñaron a hacer el blanco pan, de cada día, del trigo generoso. La harina de cebada, llamada “mashca” en idioma quichua, y el pinol se constituyeron en el alimento número uno de su consumo diario. Igual cosa se puede afirmar del arroz de cebada que jamás puede faltar en la despensa de los indios sudamericanos. ¡Regalo invaluable de fray Jodoco y fray Pedro Gocial para sus hijos espirituales!

No existen documentos contemporáneos que justifiquen la paternidad de fray Jodoco en la elaboración de la primera cerveza americana. La tradición, sin embargo, afirma que fue él quien se empeñó en construir en el convento una cervecería para el uso exclusivo de sus religiosos, hacia 1566.

Esto tuvo que ser así, por cuanto los religiosos españoles estaban acostumbrados a tomar vino antes de venir al Nuevo Mundo en sus conventos y aun en sus hogares, mientras que en Flandes, y sobre todo en Malinas, su patria, se elaboraban desde tiempo inmemorial las más exquisitas cervezas como la bebida clásica del país.

Por estos motivos, es justiciera la atribución a fray Jodoco Rique de la fundación de la primera cervecería, en la ciudad de Quito. De su convento la aprendieron también a elaborar los religiosos del convento de Santo Domingo, que tan honda fraternidad mantienen siempre con los franciscanos, con quienes comparten los frutos de la tierra y los frutos del ingenio humano.

Esa industria cervecera, para el servicio de las respectivas comunidades, se la conservó hasta mediados del siglo XX, cuando la grave crisis de

personal que azotó a la vida religiosa, obligó a franciscanos y dominicos a clausurar esa bebida casera de refinados quilates, que alimentó a innumerables generaciones de frailes del padre san Francisco y de santo Domingo de Guzmán.

## CAPÍTULO VII

### *Buscador de la paz y la justicia*

Cuando en el Nuevo Mundo, descubierto por Cristóbal Colón, se encontraron seres humanos, singularmente de la zona del Caribe, que no habían sobrepasado los niveles culturales de la edad de piedra, los monarcas españoles y sus asesores jurídicos se vieron precisados a inventar nuevas experiencias humanas que condujesen a la incorporación de los indígenas a lo que llamamos civilización cristiana.

Una de esas creaciones jurídicas fue la Encomienda, que consistía en entregar un grupo de indígenas a un conquistador español para que él, personalmente o por intermedio de un clérigo o religioso, de acuerdo a las circunstancias de esos tiempos, los instruyese en la fe cristiana y en los más elementales principios del desarrollo económico y cultural, a cambio de lo cual, los indios eran obligados a entregar anualmente un tributo a los encomenderos, ya sea en oro, plata, perlas o trabajo, computado en términos económicos.

La idea era, tal vez, generosa y humana pero la realidad se convirtió en una de las formas de explotación y crueldad más detestables en la historia de la humanidad. Sobre todo, cuando se inició la conquista de los inmensos territorios de México y el Perú, habitados por infinitas gentes en un estado de desarrollo muy considerable y con instituciones políticas, religiosas, agrícolas y sociales de elevados objetivos y muy dignas de respeto y admiración.

Los conflictos, obviamente, se suscitaron de inmediato entre encomenderos y encomendados y el célebre dominico fray Bartolomé de las Casas, quien fue encomendero antes de ingresar a la Orden de Predicadores, se convirtió en el campeón por la abolición de ese sistema inhumano y viajó a España, en repetidas ocasiones, para obtener de los Reyes y del Real y Supremo Consejo de las Indias reformas sustanciales que equivalían a la supresión del método de las encomiendas.

Cuando llegaron a Quito fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial, en diciembre de 1535, la situación de esa pugna había llegado a límites exasperantes. La captura y muerte de poderosísimos emperadores, como Moctezuma y Cuauhtémoc, en México y de Atahualpa en el Perú, sobrepasó los límites de lo que podían resistir los indígenas quienes, por otra parte, habían vivido, antes de la conquista, en luchas tribales y dinásticas de notoria crueldad.

No se conserva el documento, o no se ha hallado hasta el presente, por medio del cual las autoridades españolas en Quito entregaron a fray Jodoco Rique y a fray Pedro Gocial los hijos e hijas del difunto emperador Atahualpa y los hijos de los principales caciques que, en su nombre, habían gobernado las poblaciones de la región interandina, para que los cuiden, eduquen y cristianicen.

Es posible que ese hecho haya ocurrido a principios de 1536, tan pronto como se pudo disponer de modestos locales en los que ellos pudiesen vivir y ser alimentados.

En el Archivo Nacional de Historia del Ecuador, riquísimo repositorio de documentos desde el siglo XVI, en la sección de Cacicazgos, fondo casi inagotable, sabios como el doctor Udo Oberem, de la Universidad de Bonn, Alemania, estudiaron y publicaron gran cantidad de testimonios sobre los descendientes de Atahualpa. Ellos mismos afirman paladinamente que fueron recogidos y educados en el convento de San Francisco de Quito por fray Jodoco Rique, quien, como fue el caso de Francisco Topatauchi Atahualpa, fue desposado con la hermana del Cacique de Sarance, llamada, una vez cristianizada, Catalina Ango.

Este solo hecho demuestra el gran sentido humano de fray Jodoco Rique, su conocimiento de las relaciones sociales y políticas, puesto que los “Angos” de Sarance, Otavalo eran, en la América del Sur, los más destacados indígenas por su cultura, sus tradiciones, su amor al trabajo y sus costumbres refinadas en muchos puntos, pudiéndose decir que esta familia en el antiguo Perú, podría ser comparada con la de los Habsburgos en Europa.

Fray Jodoco Rique escogió para mujer del hijo de Atahualpa a una princesa de la más destacada estirpe de la tierra donde vino él a vivir. Igualmente, se han publicado muchas probanzas y testamentos de Caciques, educados por los franciscanos del convento de Quito, bajo la vigilancia de fray Jodoco,

como es el caso de Sancho Hacho de Velasco y Francisca Sinasigche, Pedro de Zámbez, Juan Sangolquí, Felipe Chacha, Mateo Yupanqui, Jerónimo Puento, Alonso Anco, Pedro de Henao, Hernando Guaraca, Alonso Ati, Diego Figueroa Cajamalca, Francisco Zumba, Diego Pillajo, Francisco Collaguazo, etc.

Para proteger a sus alumnos indígenas, fray Jodoco Rique tuvo que entablar relaciones de amistad con aquellos conquistadores de ánimo generoso, que los hubo ciertamente, y el primero de ellos fue Diego de Tapia, Alcalde de la villa de San Francisco de Quito, Teniente de Gobernador y Capitán General desde el 11 de junio de 1535, porque se había ausentado de ella el Adelantado Sebastián de Benálcazar.

A Diego de Tapia le cabe la gloria de haber sido el verdadero organizador de la vida municipal de Quito. En Nicaragua había sido un hábil administrador en las ciudades de Granada y León. Posicionado en Quito de su cargo de máximo representante y lugarteniente de Francisco Pizarro, ordenó la puntualidad en las sesiones del Cabildo, los días lunes y viernes de cada semana.

Fue el primero en tener sementeras de maíz propias, en la parte norte de la ciudad, en la zona intermedia entre Cotacollao y Quito. Este sembrío debía ser muy hermoso, pues, gentilmente Tapia lo cedió al Gobernador, el 11 de junio de 1535, señalándolo como “estancia” del Conquistador en Quito.

Sabido es que a Francisco Pizarro se le daban los mejores sitios en todas las ciudades y villas del Perú, en reconocimiento a sus indiscutibles méritos de descubridor y cabeza de los conquistadores.

Diego de Tapia escogió para sí, en recompensa, un sitio al este del Itchimbía, a mano izquierda del camino real que va a Panzaleo. Fue una gran desgracia para la amistad de fray Jodoco la muerte de Diego de Tapia, más o menos a dos años de iniciada su gestión como primer alcalde de la ciudad hispana de Quito.

Tan pronto como pudo entenderse fray Jodoco Rique con sus alumnos indígenas, en el idioma quichua, empezó a interrogarlos sobre sus antepasados. Aún les quedaba resquemores de las grandes crueldades que había cometido el emperador Huaynacápac, en su conquista del Chinchasuyo, especialmente cuando cortó las cabezas de 30.000 indios

de la provincia de Imbabura y arrojó sus corazones en una laguna, que se tiñó de sangre, por este doloroso recuerdo se llama hasta hoy Yahuarcocha (lago de sangre, en idioma quichua).

Igualmente, Atahualpa había cometido una serie de atrocidades con la vigorosa estirpe de los indios cañaris quienes vivían en la ciudad y región de Tomebamba y, por su valor, inteligencia y temeridad en las batallas, habían sobresalido entre todas las tribus y habían sido escogidos para formar la guardia personal de los Emperadores Incas, en el Cuzco.

Al pasar por Tomebamba, en su viaje hacia Quito, fue informado fray Jodoco de esas crueldades de Atahualpa y en su relato, del 6 de marzo de 1536, dice que el último emperador Inca exterminó hasta a los niños de pecho de la región cañari.

Le tocó a fray Jodoco cicatrizar esas heridas y crear entre los hijos de los caciques, que venían de diferentes sectores del reino, un clima de perdón, paz y fraternidad.

Los indios pronto se dieron cuenta de las intrigas, odios y venganzas entre los conquistadores hispanos, que los llevaron a su recíproca destrucción y constituyó un pésimo ejemplo y un obstáculo para la conversión de los adultos.

El Adelantado Sebastián de Benalcázar fue, en esto, desastroso. Desesperado por obtener una Gobernación autónoma para sí solo, empezó a avanzar hacia el norte de Quito, llevándose, para su servicio, muchísimos indios encadenados y esclavizados, quienes, en gran parte, murieron en el camino, por los maltratos.

Según el testimonio de Gonzalo Díaz de Pineda, emitido el 30 de agosto de 1538, Benalcázar llevó hasta Popayán y Cali “más de 5.000 indios, naturales de la provincia de Quito” “y copia de vecinos, sin dejar en esta Villa caballos ni recaudo necesario” para su seguridad y defensa. Fray Jodoco debió sentirse desolado ante esas circunstancias.

Con motivo de las expediciones del propio Gonzalo Díaz de Pineda, a la provincia de los Quijos, y de Rodrigo de Ocampo a Popayán y Pasto, en enero de 1539, el Cabildo de Quito asumió la defensa de los indios y

principalmente de los caciques, para que no fueran obligados a participar, contra su voluntad, en tales expediciones.

Esa actitud fue inspirada por el propio fray Jodoco, a quien se le consultaba en los principales negocios de la ciudad. Sin embargo, Díaz de Pineda llevó al cacique de Otavalo que se llamaba Tytarco. Las actas dan a entender que era el que mayor resistencia ponía a la dominación española. Se habla en el texto de los tradicionales cepos y cadenas, aunque los acusados negaban que hubiesen utilizado esos medios.

Afanado en defender a los indios de esos vejámenes, le llegó a fray Jodoco Rique, el 12 de diciembre de 1539, la noticia del fallecimiento de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, a quien él conociera en Medina del Campo en 1532, según se dijo en su lugar.

Siete meses había tardado en llegar la infausta nueva. En las actas se dice:

*En este cabildo se platicó que, por quanto eran informados de ciertas personas, que la Emperatriz, nuestra Señora, era fallecida de esta presente vida y para saber la verdad para hacer lo que son obligados y tener el sentimiento que hay razón por su muerte, mandaron parezca en dicho Cabildo a Diego Pérez de la Cuerda y a Francisco Maguayo, que habían venido a la dicha Villa, pocos días ha, de la ciudad de Santiago de la Culata. interrogados bajo juramento, Pérez y Maguayo dijeron que en Santiago de Guayaquil oyeron decir Pedro de Heredia, que, a su vez, venía de la Villa Nueva de Puerto Viejo, cómo, por cartas de Panamá, se sabía que la Emperatriz había fallecido en Toledo, de sobreparto.*

Ante la duda, el Cabildo resolvió esperar noticias más auténticas para hacer las correspondientes demostraciones de luto y tristeza. “Por perder como pierde tanto nuestra España y los vasallos de Su Majestad por el dicho fallecimiento”.

Efectivamente, la emperatriz Isabel de Portugal fue una madre amorosísima de los indígenas americanos, para la libertad y la educación de quienes promulgó miles de ordenanzas llenas de sabiduría y cristiana visión de la política. Fray Jodoco Rique debía estar unánime en esos sentimientos con la esclarecida reina de España y sus extensos dominios.



Los repartimientos de tierras y personas a los conquistadores españoles, en el Reino de Quito, dentro del espíritu de las encomiendas, no obtuvieron la aprobación legal sino en 1540, cuando, el 9 de enero, el Cabildo otorgó poderes plenísimos a Francisco Ruiz -amigo de fray Jodoco Rique- para que fuese donde Francisco Pizarro y el Obispo del Cuzco fray Vicente de Valverde y “después de besadas sus manos” entregase el repartimiento de los indios naturales de la villa de Quito y sus provincias “cerrado, sellado y lacrado”, tal como había sido hecho por Gonzalo Díaz de Pineda y Alonso Hernández, alcaldes, por orden de los predichos gobernador Pizarro y obispo Valverde, en nombre de Su Majestad.

Aunque no siempre por fines y razones humanitarias, el Cabildo de Quito, aconsejado por fray Jodoco Rique, en repetidas ocasiones defendió valientemente a los indios, impidiendo que fuesen víctimas de nuevos atropellos.

*Por cuanto de estas provincias de Quito se ha sacado muy gran cantidad de indios y no han vuelto a ella a causa de haberse muerto, a cuya causa esta provincia está muy destruida y disipada y, en algunas partes, rebelados caciques de indios que habían dado la obediencia a Su Majestad, por ver que los tales naturales se han sacado aprisionados en cepos y cadenas y contra su voluntad...*

El Cabildo requirió al capitán Lorenzo de Aldana haga cumplir una prohibición de Pizarro a raíz de los atropellos cometidos por Sebastián de Benalcázar en sus expediciones a Pasto y Popayán.

A fines de mayo de 1540 llegaron a Quito noticias sobre los crímenes y crueldades que cometía, en Tomebamba, Pedro de Vergara capitaneando a un grupo de españoles, con intolerable arbitrariedad.

Los cañaris fueron al principio de la conquista, los mejores aliados de los españoles “*ahora nuevamente los ha atado y aprisionado en cadenas y los tiene presos*” Vergara. Se había apoderado de 800 indios cañaris para sacarlos en cadenas y atados con cuerda y otras prisiones.

*La provincia de los Cañares es la llave de esta tierra y la que nos ayudó a conquistar esta provincia de Quito y la sustentan y de donde se han*

*conquistado otras provincias que, en nombre de Su Majestad, están pobladas de cristianos.*

¡Tristes noticias para fray Jodoco! Para solucionar este grave caso se reunió el Cabildo abierto de la villa, al que tenían que asistir todos los vecinos civiles y eclesiásticos, “en la iglesia mayor de ella juntos en Cabildo los dichos señores justicia y regidores y vecinos” determinaron sancionar vigorosamente a los responsables de esos crímenes.

Otro de los amigos de fray Jodoco Rique fue el gobernador Gonzalo Pizarro. Llegó a Quito el 1 de diciembre de 1540 y con él tuvo confidencias de gran trascendencia histórica.

Las capitulaciones hechas entre la Corona de España y Francisco Pizarro, en julio de 1529, para la conquista del Perú, estaban basadas en hechos someramente conocidos y en vaguísimos informes geográficos. Al concedérsele una gobernación de 300 leguas de extensión -distancia enorme e inusitada- de lo único que podía estar seguro Francisco Pizarro era de que las tierras vistas en su viaje de descubrimiento -más bien dicho, previstas- eran efectivamente inmensas y sobrepasaban a todo lo imaginable.

Dos nombres de ciudades indígenas importantes se les grabaron en la memoria. A Tumbes, la vieron desde lejos y por la fantasiosa información de Pedro de Candía. De Tomebamba, oyeron hablar insistentemente a los indios. De Quito y el Cuzco, parece que no oyeron mención alguna en los contactos con los nativos costeños.

Tomebamba fue durante los años del descubrimiento (1524-1528) la gran metrópoli inca. Allí nació el mayor de sus emperadores: Huaynacápac. Situada en el corazón mismo del Tahuantinsuyo, desde donde se podían controlar los vastos territorios del Incario.

El hecho de que, en las capitulaciones y en los primeros nombramientos de autoridades, se otorgue tanta importancia a Tomebamba, que los españoles no sospechaban donde estaba, revela que los indios debieron persuadir a Francisco Pizarro que era ella la ciudad indígena más importante de las tierras por conquistar.

Los hechos posteriores fueron los que desplazaron la atención hacia el

Sur. La circunstancia de la guerra civil entre los dos hermanos: Huáscar y Atahualpa, su estadía en Cajamarca y el Cuzco, el pavoroso castigo a los cañaris y la destrucción de Tomebamba, por el inca quiteño, hacia 1531 o 1532, dieron a la parte central y meridional del Incario una trascendencia inmediata no imaginada siquiera por los conquistadores.

Con la conquista, la Gobernación ideal de Francisco Pizarro se extendió desmesuradamente en la realidad geográfica, sin que el aumento de 80 leguas lineales bastase a cubrir la extensión de lo conquistado.

La división de los territorios se volvió imperativa. Diego de Almagro obtuvo su Gobernación de Nueva Toledo (hoy Chile) al sur de la Nueva Castilla, nombre con el que se bautizó en España al Tahuantinsuyo; y la fijación de los límites entre ambas fue causa de grandes tragedias, incluso la muerte de los protagonistas: Diego de Almagro y Francisco Pizarro.

Por lo que atañe a Quito, desde el principio se comprendió que se trataba de grupos humanos y de territorios totalmente distintos de lo que dio en llamarse “Perú”. Costa paradisíaca en la de Quito, costa desértica en la de Perú. Sierras y montañas, valles y climas totalmente diferentes al norte y al sur. Sebastián de Benalcázar, en lo político, y el Obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga, en lo administrativo y religioso, comprendieron inmediatamente que había que dividir Quito del resto del Perú. Desde Tumbes para arriba una jurisdicción. Desde Tumbes para abajo, otras. La naturaleza, la historia, la distancia, todo imponía la separación.

Por una parte, Francisco Pizarro estaba celosísimo de defender como pertenencias suyas todas las tierras que descubrían y conquistaban los capitanes que militaban bajo sus órdenes, aun cuando esas conquistas hubiesen empezado por iniciativa privada y a costa de los propios capitanes, como fue el caso de Sebastián de Benalcázar.

Por otra parte, al extenderse indefinidamente esas posesiones, se hacía, cada vez, más evidente la incapacidad de Francisco Pizarro para gobernarlas solo. Los reyes de España y el Real y Supremo Consejo de las Indias se daban perfecta cuenta de la situación, sobre todo, después que llegaron los prolijos informes del comisionado regio en el Perú, el Obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga, para averiguar las circunstancias en las que fue ejecutado Atahualpa.

Con gran discreción y prudencia, el Rey envió a Francisco Pizarro una sugerencia que era, al propio tiempo, una facultad y un privilegio excepcional, debido a sus innegables méritos de conquistador.

El 6 de noviembre de 1536 le fue despachada, desde Valladolid, una Real Cédula que le autorizaba a nombrar como Gobernador del Perú (o sea por su sucesor) a uno de sus dos hermanos, Hernando Pizarro o Juan Pizarro *“o a otra persona que parezca hábil y de confianza y que tenga las otras cualidades que se requieren”*.

Los sucesos que se desencadenaron, desde 1537, impidieron a Francisco Pizarro dar curso a esta facultad, cuanto más que su hermano Juan falleció en el Cuzco, en 1536, y Hernando volvió a España, bajo graves acusaciones que luego le tuvieron preso hasta su muerte.

Considerando que los límites de su Gobernación se dilataban más y más hacia el norte por las conquistas de Benalcázar, creyó del caso traspasar parte de ella a su hermano Gonzalo Pizarro.

El 30 de noviembre de 1539, en Yucay, *“término y jurisdicción de la ciudad del Cuzco”*, Francisco Pizarro

*traspasó la Gobernación de las dichas provincias de Quito y las demás contenidas con los pueblos de ellas, que son: San Francisco, Villaviciosa de la Concepción, Popayán, Cali, con Puerto Viejo y la ciudad de Santiago y los demás que se descubrieren y poblaren, al Capitán Gonzalo Pizarro, su hermano, y le nombraba y nombró por Gobernador de las dichas provincias, ciudades y villas para que las tenga en justicia y las gobierne como Gobernador de Su Majestad...” y, luego de enumerar los méritos y servicios de Gonzalo Pizarro,*

añade el documento:

*y demás de esto, es hábil y persona de toda confianza, celoso del servicio de Dios y Su Majestad y de su justicia y en todo fiel servidor suyo...*

Jurídicamente, así nació la Gobernación de Quito y este documento tiene una trascendencia inmensa que no ha sido recalada por los historiadores. Tres meses más tarde, el 9 de marzo de 1540, ratificó, en el Cuzco, el anterior nombramiento, reafirmando que, en la Gobernación de Quito entraba todo cuanto *“el Capitán Benalcázar y otros capitanes cualesquiera que,*

*en nombre de Su Majestad y por él nombrados en su real nombre, hubiere descubierto y descubrieren*". El temor de que Benalcázar se independizase obsesionaba a Francisco Pizarro y buenas razones tenían ambos para ello.

El gobernador Gonzalo Pizarro llegó a la villa de San Francisco de Quito "con mucha gente" y se presentó en el Cabildo, el 1 de diciembre de 1540, siendo recibido y aceptado por Gobernador, tras el juramento de estilo, las deliberaciones de los cabildantes y la aceptación de las fianzas plenas y abonadas para el fiel cumplimiento de su deber.

Al día siguiente, estando en la plaza pública mucha gente, "*a hora de las ocho de la mañana*" se pregonó el nombramiento en medio del unánime regocijo de los ciudadanos, entre los quienes estarían -ciertamente- fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial.

Como Gonzalo Pizarro tenía ya en mientes su viaje al país de la canela, el 4 de diciembre de 1540, dos días más tarde de su toma de posesión como Gobernador, nombró al Capitán Lorenzo de Aldana como su teniente de gobernador en Quito.

La llegada de la gente de Gonzalo Pizarro causó muchos disturbios a la villa de San Francisco de Quito. Primero el alojamiento. Luego, la desocupación incitó a los recién venidos a cometer tropelías con los indígenas, a cuyas chozas llegaban desaforados, atándoles, violentando a las indias y robándoles todo cuanto podían.

El Cabildo ordenó, bajo graves penas pecuniarias y castigos corporales, que cesasen esos abusos. La misma población blanca no estuvo exenta de dificultades con los advenedizos. Estos andaban de noche y cometían muchos desaguisados en daño de los vecinos. El Cabildo ordenó el toque de queda y la confiscación de las armas a los infractores.

En la segunda mitad del mes de febrero de 1541 partió Gonzalo Pizarro, acompañado por Francisco de Orellana y sus huestes, en dirección de la cuenca amazónica, conocida por los españoles como "el país de la canela". La participación quiteña en ese viaje y en el descubrimiento del gran río de las Amazonas está claramente establecida en las Actas de los Libros de Cabildo de Quito.

El gobernador Gonzalo Pizarro ordenó a todos los vecinos de la villa que le diesen “*indios que lleven las armas y cargas desde esta Villa a Quijo*” y los vecinos se lo dieron. Como los soldados los ataban y maltrataban, el Cabildo protestó contra este abuso y ordenó que no se diesen más de dos indios cargadores (los llamaban tamenes) a cada soldado de a pie y cuatro a los de a caballo y ninguno a los soldados que ya traían un indio. Con el viaje de Gonzalo Pizarro al Oriente quedaron pocos vecinos en la villa de San Francisco de Quito.

Al iniciarse el mes de junio de 1541 ya se sabía en Quito que el Rey había enviado un Juez de Residencia, el licenciado Cristóbal Vaca de Castro. El conquistador Francisco Pizarro fue asesinado, en Lima, por Diego de Almagro, el mozo, el 26 de junio de ese año. Las noticias auténticas de ese fallecimiento, llegaron a Quito, el 3 de agosto, por medio del Capitán Diego de Ordaz, a quien el Cabildo recibió y escuchó, en secreto. Podemos imaginar la conmoción que esta tragedia originó en el ánimo de fray Jodoco.

El 25 de septiembre de 1541, el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, Caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad y Presidente de la Real Audiencia de Panamá, se hizo reconocer como Gobernador del Perú en Quito, de acuerdo al nombramiento otorgado por el Rey, el 9 de septiembre de 1540, y fechado en Madrid.

La primera providencia que tomó Vaca de Castro fue la de elevar a San Francisco de Quito al rango de ciudad:

*Por quanto a este pueblo le han llamado Villa, y conviene al servicio de Su Majestad se llame ciudad, por haber en ella poblado tan bonrada gente que mandaba y mandó que, de aquí en adelante, se nombre e intitule ciudad. Mando que se apregone públicamente porque venga a noticia de todos.*

Casi tres meses estuvo en Quito el gobernador Vaca de Castro.

Con este motivo, fue enviado a España Gómez de Mosquera, como Procurador de la ciudad de Quito, para que Su Majestad el Emperador, o el Real y Supremo Consejo de Indias le otorgase el escudo de armas que le correspondía a la nueva categoría.

El Procurador debió suministrar los datos físicos de Quito: sus montañas, sus valles, incluidos en la heráldica. Todo esto rodeado por el cordón del Seráfico Padre San Francisco de Asís, su patrono. Cuando llegó a Quito ese escudo original, en pergamino y con los hermosos colores de sus cuarteles, que aún se conserva original en el Libro de Cabildos, fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial experimentaron una inmensa alegría, viendo que, en este Nuevo Mundo, era glorificado para siempre su Padre Espiritual, el Pobrecillo de Asís.

Quito continuaba por el camino de la prosperidad. Tenía muchos vecinos ricos. Según afirmaba Vaca de Castro, el 13 de junio de 1543, *“soy informado que muchas personas de esta ciudad tienen mucho oro y plata, así labrado como por labrar, por quintar y marcar y contratan con ello”*.

El Emperador urgía a sus representantes en las Indias que solicitasen donaciones voluntarias, préstamos pecuniarios y erogaciones para sustentar sus continuas campañas contra los turcos y contra su cuñado, el Rey de Francia, Francisco I.

Los quiteños y fray Jodoco Rique no veían con buenos ojos que las riquezas que Dios daba en el nuevo continente a sus habitantes sirviesen para enviarlas a Europa, a fin de que se matasen entre cristianos.

Este disgusto fue preparando la mentalidad favorable a las reivindicaciones libertarias de las que se proclamó paladín Gonzalo Pizarro, por obra de las circunstancias. En las páginas del Libro de Cabildos se nota la frialdad con que eran recibidas las peticiones de dineros en Quito para ayudar al Emperador.

Por este tiempo, se descubrieron las minas de plata en el cerro Tungurahua y en Patate. Las mejores se dedicaron a la Señora de la Concepción. Los franciscanos eran los defensores de este privilegio de María, y la plata de las minas de Nuestra Señora se les entregaba a ellos, para el culto de este misterio en su iglesia de Quito. Esto y los generosos donativos de los vecinos explicaría la rica platería que dotó fray Jodoco Rique a su iglesia de San Francisco.

A fines de marzo de 1544, se sabía en Quito que había llegado a Lima el primer Virrey, don Blasco Núñez Vela con su Real Audiencia. Había

enorme inquietud entre los vecinos sobre la aplicación de las nuevas leyes promulgadas por el Consejo de Indias en favor de la libertad de los indios y de la abolición de las encomiendas perpetuas, leyes inspiradas en España por fray Bartolomé de las Casas.

El Cabildo dio poder y comisión a los capitanes Gonzalo Díaz de Pineda y Hernando Sarmiento para que fuesen a Lima y actuasen de acuerdo con los otros procuradores del Perú en defensa de los derechos ya adquiridos de los conquistadores y de cuya defensa se proclamó líder Gonzalo Pizarro, tras el fracaso de su expedición al Oriente, empezando a organizar la resistencia al Virrey.

El sabroso cronista Pedro Gutiérrez de Santa Clara, en su famosa Historia de las Guerras Civiles del Perú, que las vivió de principio a fin, dice que, cuando el Virrey Blasco Núñez Vela convocó a todas las ciudades a formar su ejército en la ciudad de los Reyes,

*no quedó (en Quito) casi hombre ninguno, si no fueron los viejos y los enfermos, que no vinieron a la ciudad de Lima al llamado del Virrey; que las ciudades de Quito, Puertoviejo, Guayaquil, San Miguel y Trujillo casi quedaron despobladas de hombres, que no parecían sino que eran pueblos de amazonas, que no se vieron sino mujeres.*

A pesar de los esfuerzos y mandatos del Cabildo de Quito, muchos españoles:

*continuaban yéndose a la Gobernación del Adelantado Benalcázar y se llevaban muchos indios e indias naturales de estas provincias y reynos en prisión y fuera de ella, y en la dicha Gobernación se venden como esclavos, y porque en ellos se hace mucho de servicio de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad y se despueblan estas provincias, el ayuntamiento, bajo pena de cien pesos, ordenó que nadie saliese de Quito hacia Pasto a pie ni a caballo, sin licencia.*

Promulgose igualmente una ordenanza humanitaria que limitaba a una arroba y media la carga que se podía imponer a los tamenes, o sea indios cargadores en los caminos, de tambo a tambo. Por esta época proliferaban los tinterillos y procuradores con la consiguiente secuela de pleitos, debates y disensiones de toda especie. El Cabildo prohibió el oficio de Procurador, bajo graves penas pecuniarias y destierro de la ciudad y provincia a perpetuidad.



Con cuánta constancia tuvo que luchar fray Jodoco Rique para defender y proteger a los indios de las arbitrariedades de los conquistadores. Consta el siguiente testimonio:

*Los indios del campo eran sometidos a innúmeras vejaciones por caminantes y soldados, que eran muchos, dada la inquietud de los tiempos y también por los mineros que iban y venían. Les quitaban la comida y les hacían cargar como si fueran bestias. Además, algunos vecinos de Quito los llevaban o mandaban a Guayaquil a traer cargas. Por esta causa muchos indios e indias morían en el camino. El Cabildo hizo cuanto pudo por refrenar estos excesos, pero la repetición de las ordenanzas sobre la materia y las penas que establecían, indican que el mal era inveterado. Así mismo, el Cabildo tuvo que prohibir repetidamente el envío de provisiones a Popayán porque causaba daño y escasez en la provincia de Quito. Prohibió también el envío de sal y, en marzo de 1545, el envío de ganado. Y bajo la pena de muerte para los infractores, prohibió llevar o enviar “indios e indias de estas provincias fuera de ellas para Popayán y su Gobernación”,*

lo que demuestra que Sebastián de Benalcázar continuaba arrasando estas tierras en su provecho y que el abuso llegaba ya a límites intolerables, con la correspondiente angustia de fray Jodoco.

En medio de estas tribulaciones le llegó una alegre comunicación de parte de los alcaldes y regidores, en la que se establecía que el estandarte de la ciudad y la bandera real fuesen sacados, todos los años solemnemente, en el día de San Francisco de Asís, patrono de la ciudad.

Entre tanto, la guerra civil entre los seguidores del virrey Blasco Núñez Vela y los que acaudillaba Gonzalo Pizarro iba tomando dimensiones apocalípticas. Este último tenía como Jefe de su Estado Mayor a Francisco de Carvajal, hombre cruelísimo, que, por sus maldades, llegó a ser conocido como “el demonio de los Andes”.

Ciudades enteras y sus autoridades; provincias y gobernaciones, se pasaban de un partido al otro, en una movilidad increíble de acuerdo a la voluble suerte de las armas. Por su parte, el virrey Blasco Núñez Vela, hombre honesto y honrado, tenía un temperamento terco, áspero e intransigente en hacer cumplir las instrucciones que había recibido en España sobre las encomiendas.

De un extremo al otro del inmenso Perú se movilizaron todas las fuerzas, durante casi cuatro años, asolando la tierra y sus habitantes, tanto nativos como peninsulares. Este horror impresionó muchísimo a fray Jodoco Rique y a fray Pedro Gocial y subió de punto su desolación cuando, en enero de 1546, contemplaron sus ojos la batalla de Iñaquito, en la vereda norte de la ciudad, en la que murió el virrey Blasco Núñez Vela y más de 300 combatientes españoles.

Gonzalo Pizarro, que salió triunfante, cometió muchas crueldades con los vecinos y con los partidarios del difunto Virrey, quienes se vieron obligados a pedir asilo en la iglesia y convento franciscanos y discretamente encargaron sus bienes a fray Jodoco para su cuidado y defensa.

Días antes del combate se observaron en la tierra y en el cielo ciertos extraños fenómenos que no pasaron desapercibidos para el observador espíritu de fray Jodoco. Las tórtolas gemían plañideramente al amanecer y al atardecer. Según la mentalidad indígena, era señal inequívoca de que iban a haber muertes de seres humanos. Entre ellos subsiste un antiquísimo refrán que dice que “cuando la tórtola llora, el indio muere”.

Los perros aullaban en forma impresionante. En pleno día, estando el cielo descubierto, comenzó a llenarse de nubes negras amenazantes que, en su rápido giro, tomaban formas de gigantescos leones que se despedazaban mutuamente. Esto fue interpretado por fray Jodoco como un claro presagio de los hechos que se avecinaban: guerra, muerte, destrucción total.

Como él gozaba la fama de ser astrólogo, sus afirmaciones eran tenidas como oráculos. Las tropas del Virrey estaban acantonadas en la ciudad de Quito, fray Jodoco predijo rotundamente que el capitán que abandonase la ciudad sería vencido, en evidente referencia a Blasco Núñez Vela y su ejército.

La predicción se cumplió ese fatídico día de Santa Prisca, lunes 18 de enero de 1546. Llegados a la Plaza Mayor de Quito el Virrey Blasco Núñez Vela con el Adelantado Sebastián de Benalcázar y sus escasas tropas -dice el arzobispo historiador Federico González Suárez- :

*la ballaron desierta, por ninguna calle asomaba persona viviente; al cabo de un rato, se presentaron dos mujeres españolas con un pan y un pedazo de rábano, único desayuno con que obsequiaron al afligido*

*Virrey, lastimándose de que hubiese venido a una muerte segura. Presentóse también fray Jodoco para persuadirle que no empeñara la acción, y le rogó que se retrajera al convento de San Francisco, desde donde se podría entender con Pizarro y hacer arreglos de paz, sin derramamiento de sangre; pero el Virrey no le dio oídos y se manifestó resuelto a confiar a la suerte de las armas el éxito de la jornada que, como leal servidor de Su Majestad había emprendido. Sin duda, fray Jodoco, viendo la clase de tropa que traía el Virrey, conoció el peligro que le amenazaba y formó un pronóstico menos aventurado que el que poco antes había leído en las estrellas.*

Sobre estos sucesos, el riguroso cronista Pedro Cieza de León, escribe en su poco conocida “Guerra de Quito”:

*era cosa lamentable y espantosa de ver que había pocos días que la fértil ciudad de Quito estuviese tan poblada de muchas gentes que en ella estaban, y tan próspera de riquezas por los grandes mineros de oro que tenían, y que en este tiempo no hubiese en ella sino eran los soldados del Virrey, y Diego de Torres y Sancho de la Carrera, que con sus mujeres le querían seguir; Castellanos y Pedro Martín Montanero, Londoño, Juan de Larrea, que también iban con él, y algunos viejos y otra gente muy poquita, y que por todas las calles de la ciudad andaban grandes cuadrillas de perros dando aullidos muy temerosos, que por ellos casi se adivinaba la perdición que había de venir a la ciudad y los que habían de ser despedazados en el espacioso camino de Ñaquito; y si a nuestra religión conviniera mirar en prodigios, no dejaban de demostrar algunos, por donde se podía entender el mal suceso y tenerlo por mal agüero, porque en el cielo aparecían grandes cometas que corrían de una parte a otra parte, tan resplandecientes que parecía que los cielos se rasgaban, y andaban los hombres como asombrados, que unos a otros no se entendían.*

En el capítulo 218 del Libro Tercero de las Guerras Civiles del Perú, con el título de “Cómo Gonzalo Pizarro salió de la ciudad de Quito, dejando por su Capitán, a Pedro Puelles, y de las señales que se vieron en Quito después de él salido”, Pedro Cieza de León dice:

*... Pedro de Puelles había llegado a Quito, a donde dicen que en aquel tiempo, estando un día el cielo sereno y muy claro, se vido en la región del aire cerca del sol dos figuras o tales que parecían dos leones, y que*

*venían acompañados de otras lumbres o aparencias celestes, y que arremetió el uno contra el otro como que estuvieran peleando, saliendo el uno hacia el poniente, y el otro hacia el oriente, y el que venía a la parte del poniente fue desbecho, y pasando el otro por él desapareció y el sol quedó claro como de antes estaba; y los naturales de Quito que vieron lo que así había pasado, hicieron grandísimo ruido con sus gritos y voces, como ellos suelen cuando ven alguna señal en el cielo, adivinando el incendio tan cruel de las guerras que habían de venir; lo cual también pronosticó fray Jodoco, de la Orden de los franciscanos, astrólogo que mucho entiende en señales y en otras cosas de este arte; y aún, si no me engaño, estando yo en la ciudad de los Reyes me contó haber visto por sus ojos, y aún me dio la relación de ello de su letra.*

En este valioso y desconocido testimonio de Cieza de León, hay dos afirmaciones importantes para establecer la vida y las actividades de fray Jodoco Rique: la una que él fue a Lima cuando estaba allí Cieza de León, en septiembre de 1548, y segunda que fray Jodoco acostumbraba poner por escrito las cosas que él iba constatando y las tradiciones que él escuchaba de los indios.

Cuando el cronista relata los antecedentes y la batalla misma de Iñaquito, entre el virrey Núñez Vela y sus tropas, acantonadas en la ciudad de Quito, y las que seguían a Gonzalo Pizarro, estacionadas en las riberas del río Guayllabamba, dice lo siguiente:

*estaba en aquel tiempo en Quito un fraile natural flamenco, llamado fray Jodoco, y dicen que dijo, algunos días antes (de la batalla): “el capitán que desamparase a Quito, se perderá”; y luego de salido el Virrey, afirman que también dijo que lo había dicho por él.*

En coincidencia con estas afirmaciones, Pedro Gutiérrez de Santa Clara nos informa también que:

*al tiempo que Gonzalo Pizarro salía de la ciudad, dicen que le dijo fray Jodoco, flamenco franciscano, que era muy “íntimo amigo, que había alcanzado por las estrellas que el capitán que saliese de la ciudad a dar batalla, había de ser vencido y muerto en ella, queriéndolo Dios así, y que mirase lo que hacía y guardase mucho su vida. El tirano se rió mucho de esto y no mirando en agüeros ni en las estrellas erráticas, lo remitió todo a Dios y a Nuestra Señora, diciendo que en las manos de*

*Dios estaba el vencimiento y la muerte, porque si él muriese en la batalla habría pagado con la deuda que debía y haber hecho lo que era obligado a libertar la tierra que tanto le había costado ganarle en compañía de sus hermanos. Mas que él tenía confianza en Dios y en Nuestra Señora de abatir la gran soberbia del Virrey que había para ello muchas causas y razones; y así dijo otras cosas de gran altivez y arrogancia, confiado que había de alcanzar la victoria, y, con tanto, se salió al campo tras su gente.*

Gutiérrez de Santa Clara dice que los muertos en la batalla de Iñaquito fueron más de 300, de parte del Virrey, y 17 de parte de Gonzalo Pizarro. De estos,

*bizo enterrar a los principales en la iglesia mayor y en el monasterio del Señor San Francisco. A los demás muertos, los hizo enterrar conjuntamente en el mismo sitio de la batalla. Proveyó que en aquel mismo lugar se hiciese una ermita, a la cual nombró de Santa Prisca Virgen y Mártir, porque en tal día se dió la batalla.*

Cuatrocientos veinte años más tarde, al abrir los cimientos para la construcción del edificio de la Superintendencia de Bancos, que se encontraba muy cerca del actual edificio del Banco Central del Ecuador, entre las avenidas 10 de agosto y Santa Prisca, con gran asombro, los obreros, que hacían el trabajo, encontraron enterradas, en ese lugar, las osamentas y las calaveras de precisamente 300 personas, que fueron los infortunados soldados de Núñez Vela que allí murieron y de cuyo entierro nos habla Pedro Gutiérrez de Santa Clara.

Volviendo a los testimonios, Cieza de León afirma que días antes del combate se acogieron en el monasterio del Señor San Francisco el Capitán Diego de Torres, Sancho de la Carrera, Hernando Sarmiento, y el capitán Pedro de Heredia, vecinos de Quito y seguidores del Virrey. De ellos se dice:

*que se metieron junto a la parte donde estaba el Santísimo Sacramento, creyendo escapar las vidas por estar en parte tan santificada y que por todos ha de ser tan reverenciada y acatada; sus mujeres les proveían de mantenimientos tan al descubierto que luego se entendió estar allí y no en otra parte... Y estando en San Francisco, como arriba conté, Diego de Torres, Hernando Sarmiento, Sancho de la Carrera, Pedro de*

*Heredia, teniendo aviso de ello Gonzalo Pizarro los mandó sacar sin aprovechar ruegos ni el estar en el santísimo lugar a donde se habían acogido y así por haberle sido leales y seguido la parte del Rey, fueron, con gran crueldad, muertos y sus mujeres casadas con amigos familiares de Pizarro.*

¡Cuánto habrán sufrido los ánimos generosos y pacíficos de fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial ante estas mortíferas violencias, ocurridas, en parte, en su propia iglesia y convento, sin que hubiesen obtenido el perdón con sus súplicas y razonamientos para los que eran tenidos como enemigos de Gonzalo Pizarro! ¡Apenas si podemos imaginarlo, a la falta de más minuciosos documentos contemporáneos!.

Las noticias de estos sucesos y las predicciones de fray Jodoco Rique recorrieron de un extremo a otro la amplia extensión de todo el Perú. Los cronistas contemporáneos de los hechos: Pedro Cieza de León, Gonzalo Fernández de Oviedo, Diego Fernández, Juan Calvete de Estrella, Pedro Gutiérrez de Santa Clara y don Antonio de Herrera, tienen minuciosas referencias a la importante labor conciliadora del insigne fraile flamenco y a sus inagotables esfuerzos por la paz entre las partes combatientes, ya que según un testimonio de él mismo y de su compañero fray Pedro Gocial estuvieron atendiendo a los heridos y moribundos en la sangrienta Batalla de Iñaquito.

Gonzalo Pizarro, y su alter ego en Quito, Pedro de Puelles, manejaron omnímodamente a la ciudad durante más o menos seis meses. Mezclaron gestiones, dignas de elogio, por la evangelización de los indios con atroces represalias a quienes no comulgaban con sus intenciones políticas y sus afanes de alcanzar el poder absoluto.

La situación vino a complicarse gravemente cuando, hacia el mes de septiembre de 1546, llegaron a Quito noticias ciertas que había arribado a Panamá el licenciado don Pedro de la Gasca, enviado por el emperador Carlos V para pacificar el Perú, que desde 1536 vivía continuas guerras civiles y estaba a punto de perderse para la corona de España, después de la muerte de su primer virrey Blasco Núñez Vela, en la Batalla de Iñaquito.

El prestigio de que gozaba don Pedro de la Gasca en España, como sacerdote intachable y hábil administrador de los negocios políticos, hizo que fuera

escogido por el príncipe Felipe II para la arriesgada empresa de pacificar el Perú. Carlos y, por entonces en la ciudad de Venloo, en Holanda, firmó gustoso, más de mil documentos en blanco, para que fuesen utilizados por el licenciado de la Gasca, según su conveniencia, prueba insólita de su confianza absoluta en la seriedad de sus gestiones.

Una vez llegado a Panamá, la Gasca ganó a su causa a las autoridades de la ciudad y a los ejércitos que mantenía allí Gonzalo Pizarro al mando del General Pedro de Hinojosa, a fin de que no permitiese absolutamente el paso de ningún español al Perú.

Como trajese en su compañía la Gasca algunos religiosos franciscanos y mercedarios, utilizó sus servicios secretos para enviar con ellos sendas cartas a todas las ciudades del Perú, incitándolas a ponerse bajo el gobierno del Emperador Carlos V y prometiéndoles que no usaría con ellas de ninguna represalia.

La carta que venía para Quito la trajo el franciscano fray Francico de Ecija. Debía entregarla a las autoridades del Cabildo de Quito. Pedro de Puelles le hizo tomar preso al religioso en el camino y, sospechando de la misión que traía de parte de la Gasca, le quiso ahorcar, lo mismo que a otros dos religiosos de la Merced. Fray Jodoco Rique intercedió por él y logró que a Puelles no lo maten sino que lo envíen como prisionero a Tomebamba, a 450 kilómetros al sur de la ciudad de Quito.

De este hecho y del influjo de fray Jodoco sobre los partidarios de Pizarro para obtener el indulto de la vida de su hermano en religión, fray Francisco de Ecija, hablan también todos los cronistas que mencionamos antes, quienes recalcan que fray Jodoco Rique le salvó la vida.

Muchos de los acompañantes y soldados del ejército de Gonzalo Pizarro se quedaron a vivir en Quito. La estadía de casi un año completo los encariñó con la ciudad. El Oidor de la Real Audiencia de Lima, Lic. Diego Vásquez de Cepeda, eminencia gris y el principal consejero de Gonzalo Pizarro durante su permanencia en Quito, hizo gran amistad con fray Jodoco Rique, quien admiró el claro talento y los conocimientos jurídicos del Oidor. Según las Actas del Cabildo, Vásquez de Cepeda tomó vecindad en Quito.

No se podría establecer si de los diálogos que estos dos personajes tuvieron, en privado, le nació a fray Jodoco Rique la idea de que convenía y era necesario independizar al Perú de la Corona Española.

Es muy posible, que esta su idea haya sido discutida con otras notables figuras de la Iglesia, como fray Tomás de San Martín y fray Domingo Santo Tomás, dominicos, religiosos insignes que, según afirma Pedro Cieza de León, mantenían igual propósito.

De paso sea dicho que ambos eximios varones fueron, más tarde, elevados al Episcopado. El Obispo del Cuzco, fray Juan Solano, también dominico, era de idéntico parecer.

Estas son las palabras de Cieza de León, en el capítulo 229 de su Guerra de Quito:

*estaba en los Reyes en este tiempo el Regente fray Tomás de San Martín, y, por su interés, o por salir del Reino procuró con Gonzalo Pizarro la ida a España, diciendo que él iría a donde Su Majestad estuviese, para le informar de las cosas ya pasadas en la provincia, y cuan provechoso y conveniente a su servicio sería darle la Gobernación, y aún le dijo que si no hallase buen despacho en España, que pasaría a Roma a pedir la investidura del Reino para el mismo Gonzalo Pizarro con que, por vía de feudo reconociese este Reino a la Iglesia, de lo cual yo oí decir a muchos hombres de verdad que el Provincial hizo un juramento solemne de lo cumplir y de no hacer otra cosa, y que Pizarro creyendo que así lo hiciera, fue contento y aún le dio cantidad de dinero.*

Cieza de León añade que en iguales intenciones andaban fray Martín de Calatayud, monje jerónimo quien había venido a Lima a consagrarse de Obispo de Santa Marta; y aun atribuye a don fray Jerónimo de Loaiza, Arzobispo de Lima muy parecidos propósitos.

Pedro Gutiérrez de Santa Clara dedica todo un capítulo al plan de coronar Rey del Perú a Gonzalo Pizarro y dice que fueron Francisco de Carvajal y Pedro de Puelles quienes más incitaban a ello. Entrega innumerables detalles de las cartas que a este fin le enviaban. Llama inmensamente la atención que estos dos principales cronistas de las guerras civiles del Perú: Cieza y Gutiérrez de Santa Clara no mencionen a fray Jodoco Rique entre los autores de conseguir del Sumo Pontífice la Corona de Rey del Perú para Gonzalo Pizarro.



Para quienes se pregunten por qué fray Jodoco Rique respaldó la personalidad de Gonzalo Pizarro para ser ungida como Rey del Perú, vale recordar que entre todos los conquistadores españoles del Incario, ninguno manifestó como él las dotes de gobernante y magistrado, a pesar de sus humanas flaquezas, que eran obviamente las más notorias.

Fuera de su entrañable devoción a la Virgen María y su permanente confesión pública de la fe católica, era el que mejor conocía al pueblo indígena y sus necesidades. El propio Pedro Gutiérrez de Santa Clara, testigo ocular, nos refiere, que al llegar a Lima y entrar en calidad de Gobernador del Perú,

*por dar orden y concierto en todo lo que conviniese al gobierno y regimiento de toda la tierra, mandó a todos los vecinos, que tenían pueblos de encomienda, tuviesen clérigos o frailes en ellos para que los indios fuesen doctrinados en nuestra santa fe católica, so pena de que se los quitaría; todas estas cosas,*

añade Gutiérrez de Santa Clara,

*con otras muchas, proveyó Gonzalo Pizarro, las cuales fueron en gran utilidad y provecho, así para los españoles como para los naturales, y el presidente Don Pedro de la Gasca cuando recuperó estas tierras, vido este mandamiento y proveimientos y dijo de Gonzalo Pizarro que había gobernado muy bien la tierra en aquel poco tiempo y que merecía loor y alabanza por ello, si no hubiera sido traidor al Rey.*

En los meses de residencia de Gonzalo Pizarro en Quito, debió tener muchos diálogos y conversaciones con fray Jodoco Rique en el convento de San Francisco, seguramente acompañados del astuto Diego Vásquez de Cepeda. El religioso franciscano tuvo la oportunidad de ponderar las humanas cualidades del gobernador Pizarro y las posibilidades que se abrían con él en la erección de un Nuevo Reino independiente, bajo el patrocinio de la Santa Sede.

Igualmente, Gonzalo Pizarro se sintió muy halagado de conversar y escuchar a la más descollante figura de la ciudad que era el humilde franciscano flamenco fray Jodoco Rique, varón sin hiel, despegado de humanas ambiciones y únicamente empeñado en conquistar nuevas almas para Jesucristo.

La dolorosa experiencia de 12 años en las Indias, el continuo trajín de los ejércitos enemigos entre los españoles dificultaba la evangelización de los indígenas americanos, y el mal ejemplo que los europeos daban a esta naciente cristiandad, hizo que madurara en la mente de fray Jodoco el plan, que ya se trató de experimentar en México por los mismos franciscanos, de edificar una nueva sociedad cristiana, donde la paz, el trabajo y la solidaridad fuesen los elementos esenciales del progreso.

Por sus estudios jurídicos y por la continua lectura de la Historia Universal que trajo entre sus libros, fray Jodoco Rique sabía que en Europa, durante la Edad Media, fue común el caso de las “investiduras”, o sea que el Sumo Pontífice, cabeza visible y espiritual de la cristiandad, se vio, obligado por las circunstancias, a destituir a Reyes y a Emperadores de sus dominios, invistiendo a otras personas de esas categorías, cuando había la esperanza cierta de que los nuevos ungidos responderían a las graves responsabilidades de los tiempos y lugares.

En este estado de ánimo y abatido por los vaivenes de la veleidosa fortuna, que tantos muertos había causado entre indios y conquistadores, inspirado únicamente por su amor a la paz y a la justicia, y no por terrenales intereses, se decidió a escribir dos cartas el 25 de septiembre de 1546.

La una, dirigida a Gonzalo Pizarro, donde se planteaba la posibilidad de suplicar al Sumo Pontífice la “investidura” de Rey del Perú para él, liberándole de su dependencia de los monarcas españoles, por cuanto, fueron las tierras del Perú conquistadas por los esfuerzos de Francisco Pizarro y sus hermanos, sin que la Corona de España hubiese invertido un solo centavo en esa proeza.

La otra carta, dirigida a Diego Vásquez de Cepeda, la única que se conserva, y en cuyo primer párrafo existe la suficiente evidencia del plan de fray Jodoco en favor de la paz y la justicia.

La carta a Cepeda esta escrita en lengua latina, en un estilo clásico, y su traducción, por ser ésta la primera vez que va a ser conocida, dice lo siguiente:

*Fray Jodoco Rique, último entre los Menores, desea salud, paz y tranquilidad de espíritu al “inclito y sapientísimo licenciado en ambos derechos Sepeda de mis mayores respetos.*

*La partida de Vuestra Señoría me fue muy sensible, y no por otra razón sino porque los negocios y mis continuas ocupaciones no me permitieron veros cuando habíais de partir. Inclito señor, el portador de las presentes, que es Sebastián de los Ríos, entregará a Vuestra Señoría una carta escrita de mi mano para que la entregue y la haga conocer a su Excelencia el Señor Gobernador, en la cual manifiesto el deseo y el afecto de mi corazón y voluntad, y que absolutamente conviene que se haga, para que en las Indias no sean molestados los cristianos de estas regiones como han sido hasta ahora. Yo, por mis negocios, en esta carta no me declaro, pero Vuestra Señoría verá más claro que la luz que se trata del Señor Gobernador”.*

La extensa carta trata, además, de problemas referentes al gobierno de la Orden Franciscana en Quito y Lima. Esos párrafos serán - oportunamente- incorporados a esta biografía en el capítulo XI que estudia la figura de fray Jodoco Rique como franciscano.

La carta termina con dos pequeños párrafos que dicen lo siguiente:

*Muy respetado señor; creo que si Vuestra Señoría pone mano al arado, todas estas cosas llegarán a un final afortunado y con caridad. Dígnese Vuestra Señoría atender a esta carta en Aquel que nos redimió con su preciosa sangre.*

*De nuestro convento, de nuestro padre San Francisco de Quito, a 25 de diciembre de 1546. Vuestro siervo en el Señor que os besa las manos y los pies.*

*fray Jodoco Rique (rúbrica)*

*Custodio del Perú*

El papel de la envoltura tiene un sello y en letra de fray Jodoco dice: “Al muy magnífico señor licenciado Sepeda”. En una esquina de la envoltura, -escrita en sentido vertical a lo anterior- y con letra de don Pedro de la Gasca dice: fray Jodoco. Debajo del sello y también en sentido vertical hay una cruz y debajo de ella, en letra de escribano (acaso el secretario de la Gasca) dice: fray Jodoco de Quito. El documento original se conserva en el Archivo de la Real Academia de Historia, de Madrid.

Cuando llegó a Lima Sebastián de los Ríos, la ciudad estaba sometida al pacificador don Pedro de la Gasca, quien desde Panamá, hacía innumerables gestiones por correo, para liberarla del dominio de Gonzalo Pizarro.

Acosado por los partidarios de la Gasca y ante el temor de perder la vida si le descubrían con la carta dirigida a Gonzalo Pizarro por fray Jodoco Rique, el portador de los Ríos, quien vivió en Roma algún tiempo, quiso salvar el pellejo, destruyéndola, en pequeños pedazos que se los tragó para evitar que fuese reconstruida.

La otra carta dirigida al oidor Diego Vásquez de Cepeda parece que nunca llegó a sus manos o que la entregó Pedro de la Gasca, quien la debió ponderar delante de Dios y medir si las intenciones de un varón tan esclarecido como fray Jodoco Rique, cuya fama de santidad y de sabiduría se extendió por todo el continente.

Es realmente asombroso que terminada la revuelta de Gonzalo Pizarro, el 9 de abril de 1548, con su derrota en Jaquijaguana, el pacificador la Gasca castigó severamente a todos quienes, de una u otra forma, participaron en el alzamiento de Gonzalo Pizarro contra la Corona de España, incluidos muchos eclesiásticos y religiosos.

El honor, la fama y el prestigio de fray Jodoco Rique permanecieron immaculados. Es de creer que el propio la Gasca quedó subyugado por la limpia hoja de servicios de este franciscano flamenco, evangelizador y educador de los indígenas americanos.

Como consecuencia de la famosa Bula del Papa Alejandro VI, que otorgó a los Reyes de Castilla y de León todas las tierras que se descubriesen en lo que hoy llamamos América, con la única condición de que se procurase la cristianización de sus habitantes, y por la concesión por otros Sumos Pontífices de lo que conocemos con el nombre de Patronato Real, por el cual se otorgaban a los monarcas españoles insólitos privilegios en la organización de la Iglesia Católica en el Nuevo Mundo, los gobiernos temporal y espiritual anduvieron tan mezclados que casi parecían uno solo.

El poder y el influjo de los eclesiásticos llegó a límites exorbitantes. Hay que reconocer que muchas veces se dejaron llevar por sus pasiones y personales intereses. En las guerras civiles del Perú se vieron involucrados

muchos obispos y más de 110 sacerdotes diocesanos y religiosos de las diferentes Órdenes que pasaron para la evangelización.

Algunos se apasionaron tan hondamente por causas terrenales y sus líderes, que los cronistas de la época, con razón, condenan su desedificante proceder. A propósito, Cieza de León escribe:

*y, a la verdad, ya es plaga y dolencia general en estos infelices reinos del Perú no haber traición ni motín, ni se piensa cometer otra cualquier maldad que no se hallen en ella por autores o consejeros clérigos o frailes.*

El caso de fray Jodoco Rique fue muy diferente. Él no anduvo acompañando a los ejércitos ni mucho menos portando armas, esencialmente ajenas a su profesión de franciscano. Estuvo siempre en su convento, estudiando la trágica situación de la sociedad en que vivía, soñando en la utopía de crear una sociedad cristiana fraterna, como la preconizada por el canciller inglés santo Tomás Moro, sin disensiones internas, sin ataques mutuos y compartiendo los bienes, igual que las comunidades cristianas primitivas, de las que nos hablan los Hechos de los Apóstoles.

Por añadidura, al proponer a Gonzalo Pizarro la emancipación de España y que el Papa le confiriese el título de Rey, fray Jodoco Rique debía acordarse de sus familiares relacionados con el Papa Adriano VI y del conocimiento íntimo que sus tíos maternos, los van Marselaer tenían de los trámites necesarios que debían hacerse en la Curia Romana.

De todos estos detalles debió haber conversado, con la obvia reserva, con oidor Diego Vásquez de Cepeda y, luego de obtener su asentimiento, se decidió a escribir su famosa carta. “No hay que olvidar, dice el historiador don Marco Jiménez de la Espada, que la guerra de Quito -y el triunfo de Gonzalo Pizarro- fue la primera y la más seria de las tentativas de independencia a que se atrevieron los españoles americanos”.

El fracaso del plan de fray Jodoco Rique no le resta grandeza histórica a su proyecto. Siglos más tarde, también fracasó el primer grito de emancipación que dieron los patriotas quiteños en 1809, y que pagaron, al año siguiente, con su cruel martirio.

Tengo la firme convicción de que por ese gesto valiente y decidido fray,

Jodoco Rique, debe ser considerado uno de los primeros precursores de la independencia de América, que plantó la simiente del amor a la libertad, especialmente en el pueblo quiteño. A él se debe atribuir la gloriosa página de heroicidad que los quiteños escribieron con su sangre en 288 años de pertenencia al imperio español.

Cuando la Batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822, que selló la independencia de la actual República del Ecuador, regía la diócesis quiteña el ilustrísimo señor Leonardo Santander y Villavicencio, último prelado español de Quito, realista como el que más, y adversario decidido de la emancipación americana.

Apenas llegado a su sede episcopal, en 1819, escribió al Rey de España un informe que vertía tremendas acusaciones sobre la ciudad y sus habitantes. Este documento, descubierto por el investigador don Homero Viteri Lafronte, contiene, entre otras cosas, los siguientes párrafos:

*Quito, ciudad que, desde su descubrimiento, según he oído de la boca de sus habitantes, que de ello se jactan, cuenta 27 revoluciones urdidas para eximirse de la dominación de los Reyes de España, y, que en 1809, fue la primera que levantó el grito y el estandarte de la rebelión en toda la América meridional. Quito, no obstante de ascender su población a 60 mil habitantes (se refería a la población de todo el Municipio) no se encuentran sino seis o siete personas que no sean insurgentes, incluso clérigos, frailes y monjas... y en cuya diócesis de mi cargo, compuesta de 204 pueblos, solo se encuentran veinte o treinta individuos fieles a Vuestra Majestad. Mande Vuestra Majestad, terminaba el Obispo Santander, que Quito se siembre de sal para que sirva de escarmiento y para que todo el que ha pasado por ella no conozca ni sepa a donde estuvo.*

Es una lástima que el obispo Santander fuese espiritualmente tan miope para no ver que Quito, al haber fraguado 27 revoluciones para eximirse de la dominación de los Reyes de España, escribió 27 páginas de gloria y libertad, la primera de las cuales corresponde a la pluma y a la gestión de fray Jodoco Rique.

Desde su gloria, el franciscano flamenco sonreiría sobre su Quito, el 24 de mayo de 1822, al ver satisfechos para siempre sus anhelos de independencia, como mientras estuvo en la tierra presintió una “Quito Luz de América”

decidida a nunca permitir que su suelo fuese mancillado por la corrupción de la tiranía o la esclavitud.

Mientras tanto, las gestiones del pacificador don Pedro de la Gasca, que a todo trance quería recuperar para la Corona de España la Gobernación del Perú, obtenían cada día más y más adeptos, gracias al carácter conciliador de sus cartas y emisarios.

Quito experimentó también ese habilidoso trabajo de zapa y se iban acrecentando los seguidores de Su Majestad, quienes veían inevitable la derrota próxima de Gonzalo Pizarro y sus aspiraciones independentistas.

Los trágicos sucesos que culminaron con el asesinato de Pedro de Puelles, a manos de Rodrigo de Salazar, sucedieron el 29 de mayo de 1547. Al día siguiente, Salazar tomó posesión del cargo de Capitán General, en nombre de don Pedro de la Gasca, según dice textualmente el Acta del Cabildo Civil.

Estas actas expresan un sincero afán de evitar a la ciudad la llegada de tropas de cualquier bando que fuesen, especialmente las de Sebastián de Benalcázar.

El 3 de octubre de 1547, García Suárez, procurador y mayordomo de la ciudad, dijo en el Cabildo:

*Porque a él le consta y es público y notorio que esta provincia de Quito está muy destruida, especialmente desde esta ciudad a Tomebamba y a Chimbo por causa de mucha gente de guerra que ha pasado a servir a Su Majestad, y muchos malos tratamientos que han recibido los naturales, a lo cual han dado causa alguno de los capitanes, y hoy día andan muchos españoles vagando por los pueblos, haciendo daños en ellos, y los indios andan alzándose alborotados y no residen en sus casas, y cerca de esto se ha tenido noticia que se han querido alzar y, platicando de ello, cuál es la causa de los dichos malos tratamientos, y podría ser lo hiciesen, si esto no se evitase; pide y requiere a los dichos señores de cabildo que provean de un visitador y capitán que recoja los españoles que anduvieren por los pueblos, y los que quisieren venir a esta ciudad, se vengan; y los que pidieren licencia para otras partes se les dé para ella; y de orden con los indios para que, asegurándoles, vuelvan a sus casas y les digan lo que han de hacer y entender, y la venida de dicho señor Presidente (la Gasca) a estos reinos y el bien que de ello se consigue.*

Se sospechaba que la insurrección de los indios se gestaba en Otavalo, en donde se habían juntado los caciques y habían deliberado “que por haber al presente pocos españoles en la tierra estaban ellos en condiciones de alzarse y sacudir el yugo de los conquistadores”.

El alcalde de Quito, Juan Pablos, con aparato de soldados de pie y a caballo, fue a Otavalo y tomó preso a su cacique y lo trajo a Quito. El cacique había sido educado por fray Jodoco Rique, era ya bautizado y se llamaba don Alonso Ango. Se discutió qué había que hacer con él. Fray Jodoco le acompañó en su comparecencia ante el Cabildo. Con su influencia, persuadió a los regidores a fin de que no se cometiese ninguna injusticia con el preso. Pedro de Valverde opinó que se hiciesen informaciones para saber la verdad y que, si fuese cierta la acusación, se le castigase, pero, si fuese falso, se le devolviese la libertad y se le diese disculpas por haberle aprisionado. Martín de la Calle dijo que “no se le echen prisiones ni moleste mientras se averiguaba la verdad”.

Prueba evidente de los continuados abusos y vejaciones a los indios es la frase siguiente sobre las “yeguas sueltas en los pastos comunales de la ciudad, de las que se dice que andan por tierras de los indios destruyéndoles sus sementeras; y los dichos indios, en represalia, matan las yeguas”. Con este motivo, se reafirma que Quito está sin vecinos porque la mayoría anda fuera de la ciudad.

El 1 de enero de 1548, se anota que:

*en esta provincia hay ya gran cantidad de negros que residen en ella, y muchos buyen de sus amos y andan por los pueblos de los indios de esta provincia haciéndoles malos tratamientos y robándoles las haciendas; y hay caciques que por servirse de los negros, los encubren y se sirven de ellos....*

Una nueva disposición en defensa de los indios se aprobó el 28 de mayo de 1548 y se restituyeron las humanitarias normas del virrey Núñez Vela, sin embargo, en septiembre del mismo año, hubo un levantamiento de los indios de Nigua y Pucache. Fueron muertos por los españoles el cacique don Francisco de Cansacoto y otros líderes. Por añadidura, se ordenó que ningún español saliese de la ciudad.



La primera vez que fue admitido un indio al Cabildo, para que presentase sus quejas, fue el 5 de octubre de 1548.

*En este dicho Cabildo, dice el Acta, pareció presente don Sancho Hacho de Velasco, cacique de Latacunga, que está encomendado en el capitán Rodrigo Núñez de Bonilla y dijo: que por cuanto él tenía sus asientos al borde de la cuadra de esta ciudad y los dichos señores del Cabildo los proveyeron a españoles, vecinos de esta ciudad, y no tiene otros asientos para hacer sus casas y de los indios que sirven en esta ciudad, que pide a sus mercedes que le bagan merced de darle la tierra que les pareciere en el llano que hay antes de pasado el río Machángara, a mano izquierda del camino pasada la cuesta, y los dichos señores del Cabildo dijeron que proveen al dicho Don Sancho, atento lo que dicho es, tierra en ella que haya dos cuadras de solares para él y sus caciques principales, y más para servir de sus casas y sembrar hierbas y mantenimientos media fanega de sembradura junto a las casas.*

Don Pedro de la Gasca, con generoso espíritu cristiano, dio un mandamiento “para que los indios no sean maltratados ni los encomenderos les pidan excesivos tributos, y los dejen reposar y hacer sus chacras”.

Ha pasado desapercibido de los historiadores el precioso dato que consta el 17 de noviembre de 1548, sobre el primer hospital de Quito.

*El dicho señor alcalde Pedro de Valverde pidió a los dichos señores, como mayordomo del hospital de Nuestra Señora de la Antigua de esta ciudad, le bagan merced para el ganado del dicho hospital de este hiello, atrás pintado, y los dichos señores le proveyeron de dicho hiello para el dicho hospital como no esté dado, y lo firman.*

La marca tenía la forma de una cruz griega y un monograma MA.

Los franciscanos eran quienes impulsaban la devoción a Nuestra Señora de la Antigua, venerada del pueblo sevillano, a donde llegó desde la ciudad de Roma, donde se guarda con suma veneración una antiquísima imagen de la Virgen María, atribuida al pincel del evangelista san Lucas, y conocida como la salvación del pueblo romano.

Para honrarla el Papa Liberio, en el siglo V, hizo edificar la Basílica de Santa María la Mayor. En Quito, fray Pedro Gocial la pintó en el primer arco de

piedra de la iglesia de San Francisco, debajo del coro, años más tarde. Puede atribuirse con máxima probabilidad la fundación de este primer hospital al empeño de fray Jodoco Rique, condolido de la gran cantidad de heridos que dejó la batalla de Iñaquito.

En su infatigable trabajo de protección a los indios no desmayaba en buscar para ellos las mejores condiciones de vida, de educación y de salud. Buscaba la amistad de los más nobles espíritus para la consecución de su objetivo. Por eso debió alegrarse mucho su corazón cuando, en enero de 1549, llegó a Quito la noticia de que el presidente la Gasca había nombrado como primer Corregidor de la ciudad y Juez de Residencia al licenciado don Antonio de la Gama, ilustre gobernante que, en Panamá, había desempeñado graves responsabilidades.

Igualmente, la Gasca nombró al padre fray Francisco de San Miguel, dominico, primer Protector de los indios en Quito, hasta la venida del Obispo García Díaz Arias

*por cuanto -dice el nombramiento- una de las cosas de que Su Majestad es más servido es que los naturales de todas estas tierras de las Indias sean bien tratados, favorecidos y amparados, y que no se les haga ningún mal tratamiento, vejación, ni molestia, y porque la provincia de Quito, que es tierra de muchos naturales y que han sido maltratados en las alteraciones pasadas, y para que ahora no lo sean..*

el pacificador nombraba por Protector de los indios al padre Francisco de San Miguel “persona de letras, buena vida y ejemplo”, en la Diócesis de Quito mientras dure la ausencia del señor obispo don García Díaz Arias.

Por la fraterna amistad entre religiosos dominicanos y franciscanos, este nombramiento produjo inmensa alegría en el alma de fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial y de los pocos compañeros que iban llegando a Quito.

Las atribuciones de los Protectores de los indios -que casi siempre eran los propios obispos- eran amplísimas. Su principal obligación era visitar los territorios, para constatar, de vista, cómo los indios eran tratados, y así poder escuchar sus quejas, informarse de los contraventores y castigarlos, incluso con la privación de las encomiendas. “Os mandamos -dice la Real Cédula pertinente- que tengáis mucho cuidado de mirar y visitar los indios de esa provincia y ver que sean bien tratados e industriados y enseñados en las cosas

de nuestra santa fe católica por las personas que los tuvieran a cargo”.

De Valladolid, a 4 de abril de 1542.

Las causas que movieron al Emperador para nombrar estos Protectores de indios, algunos celebérimos y santos como fray Juan de Zumárraga, Francisco de Marroquín, Álvarez Osorio, Vasco de Quiroga, están claramente expuestas y confesadas en esa propia Real Cédula. No existe tal leyenda negra sino la más negra de las realidades.

Dice así en Cédula a fray Jerónimo de Loiza, Arzobispo de Lima:

*Somos informados que a causa del mal tratamiento que se ha hecho a los indios naturales de las Nuestras Indias, Islas y Tierra Firme del mar océano que hasta aquí se han descubierto, no mirando las personas que los tenían y tienen a cargo y encomienda el servicio de Dios en lo que eran obligados, ni guardando las ordenanzas ni leyes por los Reyes Católicos y por Nos hechas para el buen tratamiento y conversión de los indios, han venido en tanta disminución que casi las dichas tierras están despobladas, de que Dios Nuestro Señor ha sido deservido y se han seguido otros muchos daños y males e inconvenientes, y porque esto no se haga en la provincia del Perú donde sois Prelado, confiando de vuestra persona, fidelidad y conciencia y que, con toda rectitud y buen celo, entenderéis en ello, es nuestra merced y voluntad que seáis nuestro Protector y Defensor de los indios de la dicha provincia.*

Don Antonio de la Gama fue un gobernante concienzudo y un habilísimo legislador, con larga experiencia en las cosas de las Indias. En Quito, asistió sin falta, a todas las sesiones del Cabildo y dejó un cuerpo de sabias ordenanzas sobre todas las materias que entonces ocurrían y que aun hoy serían un modelo de buen juicio, rectitud y anhelo de progreso.

Legisló sobre el cobro de diezmos, cosa muy importante en esa época. Prohibió que a los indios se les hiciese llegar carga, según el expreso deseo y mandato de la Gasca. Promulgó justicieros aranceles para los diferentes oficios manuales y servicios jurídicos y ayudó a dictar normas para el engrandecimiento de la ciudad. Estuvo en Quito desde fines de enero hasta principios de septiembre de 1549.

De la Gama es uno de los españoles más beneméritos que ilustran a Quito en sus orígenes. Fray Jodoco Rique cultivó con él una estrecha y fructífera amistad.

El tesorero real Rodrigo Núñez de Bonilla viajó a Lima a entrevistarse con la Gasca llevando precisas instrucciones del Cabildo, que demuestran cómo Quito estuvo consciente de su categoría y de su destino. Pidió que uno de los Oidores de la Real Audiencia de Lima viniese a residir en Quito, con la suprema jurisdicción. Esta medida se la concedió con la llegada del virrey Antonio de Mendoza, hasta que se creó la Real Audiencia, autónoma.

Se pidió, también, que “esta ciudad se pueda intitular y nombrar “Muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito”. Nació de los propios vecinos la petición del título y no fue graciosa concesión del Emperador, como se ha dicho.

Pedir que los huesos del virrey Blasco Núñez Vela no sean exhumados de la iglesia mayor. Pedir que a la ciudad de Quito se le conceda tener fortaleza para su defensa. Pedir que Quito tuviese Casa de la Moneda, a donde viniesen a fundir el oro y la plata las ciudades de Santiago de Guayaquil, Portoviejo, Loja y San Miguel de Piura.

Don Pedro de la Gasca dio ordenanzas de lo más humanas y cristianas en favor de los indios, promulgadas para Quito por don Antonio de la Gama.

*A causa del gran desorden que hasta aquí ha habido en el cargar de los indios y en el rancharles sus casas y chacras y tomarles sus mujeres e hijos e indios y llevarlos en cadenas y en otras prisiones, con cargas o sin ellas, se han disminuido y muerto muchos de los dichos naturales; y porque una de las cosas que al presente mucho importa y conviene al servicio de Dios y Su Majestad y bien y conservación de los dichos naturales es poner remedio para que de aquí en adelante no se haga; antes proveer como los dichos naturales sean favorecidos y amparados y que no se les haga ningún mal tratamiento, fuerza y que vivan en razón y justicia en sus casas y tierras y gocen de lo que tuvieran, y también los tambos de los caminos estén poblados y, en ellos, se de a los que por ellos pasaren, por sus dineros, comida y lo necesario de mantenimiento...*

Se hizo en Quito la tasación de los alimentos y demás provisiones que necesitasen los viajeros.

Se fijaron los precios del maíz, papas, pan, bizcochos, gallinas, conejos, huevos, sal, carnes de venado y cerdo, quinua, manteca, chicha, hierba, leña y agua (estos tres últimos gratuitamente) y alpargatas, cabuya, cabrestos

y petacas. Además, se nombraron alguaciles, en partes del camino, desde Tomebamba hasta Pasto, que hiciesen cumplir las ordenanzas.

El 7 de junio de 1549, se trató de las minas en el Cabildo y lo que la Gasca ordenaba sobre ello. Le han informado que, en el sacar del oro en las minas de estas provincias ha habido gran desorden, en que los indios eran maltratados y no eran mantenidos como convenía e iban muy lejos tierra a sacar el dicho oro... Don Antonio de la Gama consultó al Cabildo cómo poner remedio a esos males. Las ordenanzas que se promulgaron vienen a ser el primer Código de Trabajo de Quito. Pueden considerarse un gran avance social, pero parece que, según la pésima tradición española en América, no pasaron del papel a la práctica.

El capitán Martín Ochoa de Jáuregui recibió, del Presidente la Gasca, la comisión de ir a conquistar las tierras que están hacia Esmeraldas por el río Mira. Fue con el consabido acompañamiento de indios cargados y atormentados. Parece que los indios yumbos le mataron; y, en su lugar, fue nombrado para continuar la expedición el capitán García de Bazán. Sin embargo, la gente y lo más de ella, dice el Acta, no quiere ir de su voluntad y unos están retraídos en los monasterios y otros en la iglesia por no ir a la dicha jornada y no se conforman para ello, así en la disposición de la tierra como en todo lo demás. Esto demuestra, sin lugar a dudas, que fray Jodoco Rique continuaba otorgando misericordioso asilo tanto a españoles como a indígenas cuando eran violentados en sus libres decisiones.

El segundo Corregidor de Quito fue Francisco Ruiz, nombrado el 8 de agosto 1549, que tomó posesión de su cargo el 25 de septiembre del mismo año. Son notables las palabras del Pacificador, encargándole:

*tengáis muy gran cuidado en la defensa y conservación y buen tratamiento de los naturales, y, con todo rigor, procedáis contra todos y cualesquier personas que les hiciesen vejaciones y molestias indebidas e injuriando sus personas y maltratándoles, tocándoles sus mujeres e hijos o hijas, o en cualquier otra manera indebidamente, molestándoles e injuriándoles en las personas y haciendas, porque, de que así se haga y ejecute, Dios Nuestro Señor y Nos seremos muy servidos; y que así mismo, entretanto que se tasan los tributos que han de dar a los que los tienen encomendados, os encargamos y mandamos tengáis mucho cuidado que no se les pidan excesivos, sino aquellos que buena y justamente puedan dar...*

Francisco Ruiz fue uno de los más íntimos amigos de fray Jodoco Rique, a quien ayudó generosamente en sus actividades, en la construcción de su iglesia, en el funcionamiento de la escuela de San Juan Evangelista y en el manejo de sus finanzas como Síndico Apostólico del convento.

Don Pedro de la Gasca concedió algunas conquistas de territorios, aún no explorados, a varios capitanes que le habían ayudado a vencer a Gonzalo Pizarro. Su plan era tenerlos ocupados en algo, para que no se repitiesen las rebeliones. Concedió al capitán Hernando de Benavente la conquista de las provincias de Macas, al oriente de Tomebamba. No encontró las imaginarias riquezas que les llevaba a esas aventuras. Para 1550 todas las tierras inmediatamente utilizables habían sido descubiertas. Benavente se volvió a Tomebamba, donde hacía de las suyas con los indios.

El Cabildo de Quito tuvo que intervenir, más de tres veces, para poner coto a sus abusos. Promulgó, el 26 de enero de 1551, una nueva Ordenanza en defensa de los indios. Era imposible evitar que los indios llevaran cargas en los caminos y se mandó que jamás se les hiciese ir más allá del primer tambo, que era el de Machachi por el sur, el de Pomasqui por el norte y así en adelante.

En el mes de junio de 1551, se conoció, en Quito, que había llegado a Lima, don Antonio de Mendoza, quien se había desempeñado como primer Virrey de México, desde 1536, con gran lucimiento, sentido de justicia y promoviendo todo progreso material, espiritual e intelectual.

En México ayudó a fundar a los franciscanos el primer colegio de América, Santa Cruz de Tlatelolco, de inmortal memoria. Trajo la primera imprenta y ayudó a fundar la primera universidad.

El Emperador quiso premiar sus insignes méritos, enviándole al Perú con igual cargo, porque el sueldo que ganaban los Virreyes en Lima era el doble del que ganaban los de México. Como en la Nueva España fue especialmente deferente con los misioneros franciscanos, entre los que estaba el sin par fray Pedro de Gante, fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial debieron sentir una inmensa felicidad al conocer la llegada a Lima de don Antonio de Mendoza, gobernador y magistrado de cualidades insuperables. Lástima que su paso por el Virreynato no duró ni un año completo, a causa de su fallecimiento.

En la mitad de la década de 1560, fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial se vieron involucrados en un extraño suceso, que agitó a toda la sociedad quiteña, y en el que brillan sus cualidades de espíritus conciliadores.

En 1564 llegó a Quito, como guardián del convento, un religioso bastante joven y emparentado con el primer Presidente de la Real Audiencia de Quito, don Hernando de Santillán. Se llamaba fray Juan Cabezas de los Reyes. Era una personalidad vigorosa, alucinante, inteligente, decidido y audaz en sus actuaciones. Pronto se vio en el centro de opiniones opuestas entre sus propios religiosos y con el Obispo de la diócesis, el dominico fray Pedro de la Peña.

Fray Juan de León testimonió -en el proceso judicial que le siguiera la Inquisición de México, a fray Juan Cabezas de los Reyes- que este al pasar por Panamá venía ufánísimo montado en un brioso caballo, que se encabritó en el camino, arrojó al fraile por el suelo, le dio en la frente una soberbia coza, que le dejó inconsciente y, a lo que parece, con sus facultades mentales alteradas para siempre.

El padre Cabezas de los Reyes, en la cuaresma de 1564, predicó en la iglesia de San Francisco un sermón en el que expuso una serie de doctrinas que, para la época, resultaron heterodoxas y mal sonantes. Llegadas a oídos del señor Obispo, ordenó una investigación minuciosa de lo acontecido, llamando a testigos que depusiesen sobre lo que había dicho el franciscano. Notificado del hecho fray Juan Cabezas de los Reyes despotricó contra el Señor Obispo, acusándole de mil variadas formas que lesionaban su honor, su autoridad y su prestigio como pastor de la iglesia quiteña.

Las cosas se fueron incendiando y enconando porque, al privarle de sus facultades para predicar, y solicitar al Custodio fray Jerónimo de Villacarrillo, que le destituya del cargo de guardián y comisario, y que le expulse de los dominios de la Real Audiencia de Quito, los religiosos del convento de San Francisco, que no eran muchos, se dividieron en cuanto a la obediencia que debían a fray Juan Cabezas de los Reyes y la que también debían al señor Obispo.

Monseñor de la Peña, ante el alboroto que se decía reinaba dentro del convento y la agresión física que se atribuía al guardián contra los frailes que no le querían obedecer, ingresó -intempestivamente- a calmar los

ánimos de los religiosos, sin lograrlo. Esta información fue entregada, en forma minuciosa, al Rey. Por el bien de la paz el padre Villacarrillo decretó la destitución del guardián Cabezas de los Reyes, obtuvo la retractación de las injurias que había proferido contra el Obispo y ordenó el destierro del religioso hacia la ciudad de Panamá.

De la documentación investigada se deduce que el padre fray Juan Cabezas de los Reyes se había esmerado en apoyar la labor educativa del Colegio de San Andrés, que caía bajo su jurisdicción, e igualmente la obra evangelizadora de sus hermanos en las nacientes parroquias de los indígenas.

Esta actitud creó un sentimiento de gratitud y respeto en el ánimo de fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial, quienes actuaron con gran ponderación y equilibrio. Procuraron que la autoridad del padre Cabezas de los Reyes no fuese menospreciada y buscaron una salida al problema que disminuyese el escándalo de la pugna entre el Obispo de la diócesis y la comunidad de franciscanos.

Las cosas volvieron a su cauce normal con la huida nocturna que hizo fray Juan Cabezas de los Reyes hacia las ciudades de Pasto y Popayán, disfrazado con el hábito de los religiosos mercedarios para no ser conocido e identificado. Una vez alejado de Quito el causante de esas tribulaciones, fray Jodoco Rique, fray Pedro Gocial y fray Jerónimo de Villacarrillo escribieron a Su Majestad el Rey una carta, firmada por todos los franciscanos que moraban en Quito, en la que expresan los más elogiosos conceptos de la virtud, sabiduría, celo pastoral del ilustrísimo señor don fray Pedro de la Peña, Obispo de Quito y de las cordiales relaciones que, en todo tiempo, los frailes quieren mantener con él y con sus decisiones gubernativas.



## CAPÍTULO XVIII

### *El educador*

Cuando las diversas órdenes religiosas llegaron al recién descubierto continente americano, siguieron en sus actividades apostólicas con las características con que vivían en Europa.

Los dominicos, cuya misión básica es propagar y defender la verdad, como predicadores y escritores, continuaron su necesaria labor, analizando las nuevas circunstancias del hombre en América, tanto del nativo como del inmigrante y produjeron insignes ejemplares que ocupan un sitio destacado en la defensa de lo que hoy llamamos Derechos Humanos. Por citar dos, fray Bartolomé de las Casas y fray Francisco de Vitoria.

Los mercedarios, fundados para redimir a los cristianos cautivos de las manos de los sarracenos, continuaron en América recogiendo copiosas limosnas para dedicarlas en España a tan noble objetivo.

Los franciscanos, de honda raigambre popular, y en cuyo escudo heráldico llevan el lema de “paz y bien”, se aplicaron a mezclarse con los pueblos en cuyas tierras les tocó vivir y evangelizar. Con notable perspicacia, los reyes de Castilla escogieron a los franciscanos como los educadores natos de sus flamantes súbditos y, a fe, el resultado de esa siembra dio cosechas admirables de sazonados frutos.

El polígrafo mexicano, don José Vasconcelos, calificado, en su tiempo, como el fundador de la Nueva América y digno de recibir el Premio Nobel de Literatura, estuvo en Quito en dos oportunidades distintas de su vida. Conoció y admiró la obra de fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial y no pudo menos de relacionarla con la de fray Pedro de Gante en México.

Poco después escribió estas frases inmortales:

*No hay en la historia de la civilización una empresa educativa comparable a la que realizaron en América los franciscanos. Aunque hubo educadores ilustres en Atenas o en Alejandría, en Italia, en Francia o España, fundadores de escuelas destinadas a las enseñanzas de los jóvenes en la ciencia de los libros y las doctrinas de la sabiduría; pero la tarea de educar a todo un pueblo, ancianos y jóvenes, niños y mujeres, por clanes y por naciones, no había sido acometida con anterioridad, en igual forma por la extensión y calidad de la enseñanza; pues, sabido es que el maestro franciscano acoplaba la doctrina de salvación con la técnica que conquistaba honradamente los bienes de la tierra.*

*Con la luz del Evangelio trajeron los franciscanos al desierto espiritual que era el Nuevo Mundo, los más avanzados y justos sistemas de trabajo que se conocían en la época. Fruto de aquel esfuerzo sin par, respaldado más tarde por los jesuitas, es el conjunto que forman las naciones latinas del Continente y del sur oeste y el sur de los Estados Unidos. Todo esto, en cuanto al milagro realizado, por primera vez en la historia de transplantar una cultura pero todavía más, y en lo religioso no creo aventurado afirmar, que, después de la predicación consumada por los primeros apóstoles entre todas las naciones de la época, nunca se hizo tanto por la difusión de la verdad como hicieron los doce primeros hombres de fé que aquí vinieron procedentes de España y los que más tarde se repartieron por nuestro continente, explorando, catequizando, civilizando, por medio de la mejoría de las cultivos, el desarrollo de las artes manuales, el vestido y la música, las bellas artes y la religión...*

Quito debe a los padres franciscanos la aurora inicial de su educación afirma rotundamente el investigador dominico fray José María Vargas, en su libro Cultura de Quito Colonial.

La circunstancia de que, en 1535 llegó únicamente un franciscano a Quito: fray Jodoco Rique y algo más tarde, fray Pedro Gocial, y fray Alonso de Baena; y su número no aumentó hasta 1547, trece años más tarde, cuando perfilándose la pacificación del Perú, pudieron atravesar por Panamá grupos de misioneros franciscanos dominicos y mercedarios que se fueron dispersando por las diversas ciudades fundadas, en el territorio de lo que fue el Imperio Inca.

Esas ciudades fueron las siguientes: San Miguel de Tangalara (convertida en San Miguel de Piura, en 1552); el Cuzco, (1534); Quito (1534); Portoviejo

(1534); Trujillo, (1534); la ciudad de los Reyes o Lima (1535); Santiago de Guayaquil (1535); Pasto (1536); Popayán (1537); Arequipa (1537); Guamanga (1538); Loja (1546); y otras pequeñas de menor importancia.

Esporádicamente pasó por Quito, fray Juan de San Filiberto, en 1547. No se quedó a residir en el convento. El padre fray Francisco de Ecija, que venía con la intención de quedarse, tuvo que bajar a Tomebamba y a Lima. Cuando llegó fray Pedro de Ródenas, en 1547, fue inmediatamente enviado a fundar el convento de Villaviciosa de la Concepción de Pasto.

La afirmación indocumentada, de que el padre Ródenas llegó conjuntamente con fray Jodoco es falsa y hay que rectificarla de acuerdo a los modernos estudios archivísticos, publicados por historiadores como: Pedro Borges Morán, Manuel de Jesús Castro Seoane y Lino Gómez Canedo.

Como los conquistadores españoles procedían a repartirse el territorio con sus habitantes, con el título de encomiendas, tan pronto como se habían terminado las acciones bélicas y, deseosos de cumplir con la obligación de educar y cristianizar a sus súbditos, buscaban la forma de entregarlos a los franciscanos para que satisfagan esa obligación, a cambio de un apoyo económico para los educandos y para la construcción de sitios en donde ellos pudiesen morar, en una especie de internado.

No se ha podido establecer cronológicamente cuándo fueron entregados a fray Jodoco y Pedro Gocial los niños y jóvenes de los encomenderos. Se puede suponer que eso ocurrió dos o tres años después que los religiosos se aplicaron a aprender el idioma quichua y adecantar unos galpones para recoger a sus discípulos. Su labor educativa se inició hacia 1536.

Empezaban también a crecer los niños mestizos, hijos de españoles e indias. En los primeros años de la fundación de Quito, no hubo absolutamente ninguna mujer española. La primera que topó la ciudad de Tumbes, en 1532, fue Juana Hernández, que vino con Hernando de Soto.

El cabildo de Quito, en agosto de 1541, viendo que los menores de edad mestizos se multiplicaban, puesto que cada conquistador tenía dos o tres convivientes indias, resolvió asignarles un tutor y curador de sus personas y bienes. El escogido fue Antonio de Rojas por ser -dice el texto- “persona honrada y que hará lo susodicho bien”.

Para el desempeño de este cargo, Rojas se puso en contacto con fray Jodoco Rique, y con Juan de Chipre o Juan Griego, uno de los fundadores de la ciudad, que poseía excelentes cualidades pedagógicas. Desde 1540, había fundado una escuelita, en el sitio que actualmente es la casa parroquial del Sagrario, junto a la Iglesia Catedral, y allí adoctrinaba a los hijos mestizos de los españoles en la gramática castellana y doctrina cristiana.

Este dato conocemos gracias a los valiosos testimonios jurídicos de fray Jodoco y fray Pedro Gocial quienes defendieron fervorosamente la vida y la enseñanza de Juan de Chipre, cuando, en 1554 fue acusado de haber participado en la revuelta que encabezó el capitán Francisco Hernández Girón, último capítulo de las guerras civiles del Perú.

Aunque no consta en documento alguno, teniendo en cuenta la escasa población de Quito en la década de 1540, es de suponer que Juan de Chipre colaboró en los planes educativos de fray Jodoco Rique cuando fundó su colegio de San Juan Evangelista.

Como afirma fray Francisco de Morales, en su carta al emperador, del 13 de enero de 1552, en la jurisdicción de la ciudad de Quito, que se extendía desde Tomebamba por el sur, hasta Pasto por el norte, habían 20 religiosos franciscanos, repartidos en ocho casas, a dos frailes en cada una.

En Quito, apenas habitaban cuatro franciscanos, y había llegado la hora de fundar una escuela a la forma de la nueva España, como dice la misma carta para la educación de los indígenas.

Fray Jodoco Rique fue a Lima en 1548, y conversó con religiosos franciscanos que venían de México sobre la gran labor que hacía allá su compatriota fray Pedro de Gante.

Fue la escasez de personal la que impidió comenzar antes su gran sueño. Apenas llegó fray Francisco de Morales a reforzar la casa de Quito, decidió iniciar su labor educativa. El padre de Morales fue el fundador del convento franciscano de la Paz, en la actual Bolivia, en 1548, y logró ganarse la voluntad del pacificador Don Pedro de la Gasca, que encontró en él un gran colaborador para sus planes estabilizadores.

De la carta del 13 de enero de 1552, se puede establecer con certeza que la fundación del colegio de San Juan Evangelista, o el inicio de sus trabajos pedagógicos fue el día 27 de diciembre de 1551. Era usual poner a las instituciones como titulares a los santos, cuya fiesta se celebra en ese día. La memoria de San Juan Evangelista celebra la iglesia católica, el 27 de diciembre desde tiempo inmemorial, dos días después de la Navidad.

Igual cosa ocurrió con el colegio franciscano de Santa Cruz de Tlatelolco, fundado en el día de la exaltación de la Santa Cruz, como lo establece documentadamente el historiador norteamericano Francis Borgia Steck, en su libro el Primer Colegio de América.

No faltan quienes atribuyan al padre Morales la fundación del colegio de San Juan Evangelista, por el simple hecho de que él informó del principio de sus actividades, y en esa carta no menciona a fray Jodoco, ni a fray Pedro Gocial.

El padre Morales, benemérito por cierto, hasta el punto de que llegó a ser el tercer Ministro Provincial, de la recién fundada Provincia de los doce apóstoles del Perú, estaba acostumbrado a mandar extensos informes al Rey y al Real y Supremo Consejo de las Indias, especialmente en la época en que ese alto tribunal estuvo presidido por don Juan de Obando. El padre Morales no se quedó a trabajar en el Perú y volvió a España donde falleció.

El autor del Espejo de Verdades escrito en la isla de Santo Domingo, en 1575, dice, con meridiana claridad y recalcando, que fue fray Jodoco Rique quien enseñó en el colegio de San Juan Evangelista “y que fue él a quien todo se debió”.

Espíritu selecto y, por lo tanto, humilde. En las más o menos 20 cartas que de él conservamos, jamás hizo alarde ni mención de las obras que estaba realizando. Esto originó, en su tiempo y después de su muerte, el que algunos de sus hermanos de religión quisieron alzarse con el santo y la limosna, poniendo en cabeza de ellos, en informes que mandaban al Rey, las maravillas que hicieron fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial.

Dado el pequeño número de frailes con que contaba en su convento de Quito (eran tres hasta 1548) fray Jodoco acogió complacido el deseo manifestado por un santo ermitaño, que vivía en Quito, de apellido

Ramírez, a fin de, en el área del monasterio, fundar un colegio, sostenido por las limosnas de los fieles y que fue el ensayo de lo que luego se hizo en San Juan Evangelista, según el testimonio juramentado de Carlos de Salazar, el 5 de abril de 1568.

Dos informaciones jurídicas, con todas las formalidades, se hicieron sobre las actividades del colegio de San Juan Evangelista-San Andrés. La primera, el 3 de julio de 1557, y la segunda en 1568.

Testigos presentados, los ciudadanos más prestantes de la ciudad de Quito, afirmaron concordes que, por vista de ojos, sabían que, en el convento de San Francisco estaba fundado el colegio de San Juan Evangelista, donde los frailes de dicho monasterio adoctrinaban a los naturales, a los mestizos y huérfanos pobres, hijos de españoles, en las cosas de la santa fe católica, y a leer y escribir, y gramática y canto llano y canto de órgano y otras cosas de cortesía y buenas maneras.

Esta enseñanza era totalmente gratuita sin que los religiosos reciban estipendio alguno por su trabajo. Refieren también los excelentes frutos que esa educación impartida por los franciscanos producía en la naciente sociedad indoespañola.

El gobernador de Quito, Gil Ramírez Dávalos, miró con mucha complacencia la obra educativa de los franciscanos e informó al tercer Virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, para que, en nombre del Rey, le diese su patrocinio económico.

El Custodio de Quito, fray Juan Gallego, fue a Lima a hablar con el Virrey, quien se mostró acogedor y generoso con el colegio franciscano. En agradecimiento a ese noble patrocinio se cambió el nombre de San Juan Evangelista por el de San Andrés, patrono de Hurtado de Mendoza, cambio que ocurrió hacia 1559.

El 12 de febrero de 1560, el ex gobernador de Quito, Gil Ramírez Dávalos, regaló al colegio seis trompetas con sus mangas de tafetán y tres ternos de chirimías con sus sacabuches. Para esa época, fray Pedro de Chávez, guardián de Quito había vuelto de Lima comprando dos órganos para enseñanza de la música y el servicio del culto religioso.

Según la información de 1568 *“siempre del dicho convento se ha puesto y se pone dos frailes, los cuales tienen encargo de dicho Colegio”*. No se conservan los nombres de todos esos franciscanos que enseñaron en el colegio de San Andrés. Se habla elogiosamente, en los documentos, de los padres José Morillo y José Villalobos quienes daban clases de latín a los indios más aventajados.

Resulta realmente edificante y totalmente insólito, para esos tiempos, que fray Jodoco escogiese para profesores del colegio a los mismos indígenas graduados en él. Se han conservado los nombres de los siguientes: Diego de Hernández, maestro de capilla; Pedro Díaz, Juan Mitima, Diego de Figueroa, Juan Oña, Cristóbal Collaguazo, Diego Guaña, y Antonio Hernández.

De estos ocho dice el documento: *“que eran los maestros que enseñaban a leer y a escribir y tañer todo género de instrumentos”*. En el contrato, firmado el 23 de mayo de 1568, se indican los sitios de donde provenían estos maestros indígenas: Pedro Díaz, indio natural de Tanda; Juan Mitima, indio de Latacunga, Cristóbal Collaguazo, natural de Quito; Juan Oña, natural de Cotocollao; Diego Guaña, natural de Conocoto; Antonio Fernández, natural de Guangopolo; y Sancho (sin apellido) originario de Pisullí.

En igualdad de salarios y de categoría enseñaban el bachiller Agustín de Vega, catedrático de gramática; Andrés Laso, maestro de canto y tañido de chirimías (clarinete), flauta y tecla; Baltazar Núñez, profesor de gramática y un maestro Becerra (de quien ignoramos el nombre) profesor de canto; y un Alarcón (igualmente se ignora el nombre) profesor de gramática.

Fray Juan Cabezas de los Reyes, en la Probanza de 1568, afirma paladinamente que fue fray Jodoco Rique, en sus diversos desempeños como Prelado del Convento, el más insigne promotor de esa enseñanza, tratando de cumplir a cabalidad con el pago de sueldos a todos los profesores. Los alumnos eran más o menos 50.

La administración de las rentas estaba a cargo de un mayordomo. Él fue Álvaro de Carrión, quien, al entregar sus cuentas, en 1556, anotaba como bienes del colegio San Andrés

*dos mil cabezas de ovejas hembras, mil carneros, unas pocas de cabras y trece o catorce cabezas de yeguas, y este ganado se juntó de limosna y de algunas mandas y rentas.*

Las mandas eran donaciones obligatorias en los testamentos de los que fallecían. Si consideramos que el promedio de los alumnos era de 50, a quienes había que alimentar y proveer de camas, mantas, cobijas para cubrirse, ponchos para combatir el frío, compra de cartillas, libros, cuadernos, pizarrones y más menesteres indispensables para la enseñanza, es un verdadero prodigio lo que hacían los franciscanos, bajo la égida de fray Jodoco para sostener una institución tan benemérita.

El testigo Rodrigo de Paz Maldonado afirmó, con juramento y por el trato continuo que tenía con los religiosos franciscanos, que estos se privaban hasta del vestido y comían con suma parsimonia. En Quito se seguía el reglamento interno del colegio de Santa Cruz de Tlatelolco de México, cosa que estimamos muy probable, porque allá enseñaba el flamenco fray Pedro de Gante y acá en Quito los flamencos fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial, el alimento básico que se les daba diariamente a los alumnos era el maíz, en sus distintas variedades: choclos, según la temporada; mote, maíz, tostado, morocho de sal y de dulce, chulpi y canguil.

A la enseñanza, que pudiéramos llamar académica, juntaron los frailes la enseñanza práctica del trabajo para la vida. Dentro de los límites del monasterio, amplísimo por cierto, cultivaron huertos con frutos de la tierra y los traídos de España.

Por esto, el elogio de fray Jodoco Rique que consta en “El Espejo de Verdades” (1575) se ha vuelto inmortal:

*Fray Jodoco enseñó a arar con bueyes, a hacer yugos, arados y carretas..., la manera de contar en cifras de guarismo y castellano.... además enseñó a los indios a leer y escribir., y tañer todos los instrumentos de música, tecla y cuerdas, sacabuches (trompetas de vara) y chirimías (clarinetes), flautas, trompetas, cornetas y el canto de órgano y llano. Como era astrólogo, debió alcanzar cómo había de ir en aumento aquella provincia, y, previniendo a los tiempos advenideros y que habían de ser menester los oficios mecánicos en la tierra y que los españoles no habían de querer usar los oficios, que supiesen; enseñó a los indios todos los géneros de oficios los que aprendieron muy bien, con los que se sirve a poca costa y barato toda aquella tierra, sin tener necesidad de oficiales españoles...; hasta muy perfectos pintores y escultores, y apuntadores de libros: que pone gran admiración la gran habilidad que tienen y perfección en las obras que de sus manos hacen: que parece tuvo este fraile espíritu profético...Debe ser*



*tenido por inventor de las buenas artes en aquellas provincias... Es a fray Jodoco a quien todo esto se debió.*

En la Probanza de 1568 encargaron a fray Jodoco que redactase el testimonio acerca de las cosas que se acostumbraban hacer en el colegio. Da noticias importantes: en el territorio desde Pasto hasta Cuenca habitaban, más o menos, 250.000 indios e indias con sus hijos, según sus diferentes tribus o ayllus hablaban 20 lenguas distintas, lo cual constituía un grave problema para la educación y evangelización de los indígenas y tuvieron que usar el idioma quichua como elemento unificador.

Casi con idénticas palabras nos cuenta Jerónimo Benzoni sobre la diversidad de lenguas de los habitantes de la sierra ecuatoriana. No es cosa de admirar la afirmación del cronista italiano, que estuvo en Quito en 1548, y del cual dice Carlos Radicati de Primaglio que,

*allí conoció al renombrado franciscano flamenco fray Jodoco, de cuyos labios escuchó relatos de sus recuerdos de los primeros momentos de la conquista y también de sus fallidos ensayos evangelizadores entre los indios cañaris.*

Especial empeño se ponía en el colegio de San Andrés en la enseñanza de las bellas artes: pintura y escultura y música. Fray Pedro Gocial enseñó las artes plásticas y el resultado de su docencia podemos admirar en la famosa decoración de la iglesia de San Francisco.

Podemos asegurar que, de sus manos, salieron las imágenes de San Pedro y San Pablo que hoy están en la sacristía, los altorrelieves de los cuatro evangelistas en el hemicycle del altar mayor, las pinturas de San Antonio y San Diego de Alcalá, en tabla, que están sobre las dos puertas de entrada y salida del mismo altar y los cuadros que representan a los reyes y reinas que pertenecieron a la Orden Tercera de San Francisco y a los Papas franciscanos, cuya autoría, arbitrariamente y sin ninguna documentación, ha sido atribuida a un discípulo de fray Pedro Gocial, llamado Andrés Sánchez Gallque.

En Quito, el Padre Gocial era conocido como fray Pedro Pintor. Sus obras debieron ser numerosas para que el consenso ciudadano le diera ese apelativo. La lista completa de esas pinturas corresponde exactamente a

los varones y a las mujeres que glorificaban el hábito franciscano, cuya memoria anual se conservaba en los conventos de la Orden en la provincia de Flandes, de donde procedieron los frailes flamencos destinados a ser los sembradores de cultura.

Era tradicional en los talleres franciscanos de América pintar y esculpir las más necesarias imágenes para la evangelización de los pueblos: la santa cruz, crucifijos, Nuestra Señora, especialmente en las advocaciones más comunes entre los conquistadores: la Virgen de Guadalupe, de Extremadura en España; la de Monserrate, en Cataluña; la de Aránzazu, en Vizcaya; la de la Cueva Santa, en Castilla, etc. Nunca, por humildad, pusieron la firma del autor en esas obras. Los historiadores y críticos de arte se hallan en densas tinieblas para atribuirles a los mejores pinceles. ¿Cuántas tablitas pintadas por fray Pedro Gocial se encontrarían en el siglo XVI en las cerca de 55 poblaciones indígenas que les fueran encargadas a los franciscanos para su evangelización? Fruto de la enseñanza del Colegio de San Andrés.

En cuanto a la música, tenemos el testimonio de fray Reginaldo de Lizárraga, dominico, luego obispo, quien, en su juventud, vivió en Quito cinco años. Escribió un célebre libro “Relación de las tierras del Perú y Tucumán” en el que dice lo siguiente:

*El convento del Seráfico San Francisco fue el primero que se fundó en la ciudad de Quito. Esta sagrada religión, como más antigua, comenzó a doctrinar a los naturales con mucha religión y cristiandad, donde yo conocí algunos religiosos tales, y entre ellos, al padre fray Francisco de Morales, fray Jodoco y fray Pedro Pintor.*

*El sitio del convento es muy grande; en una plaza de la cuadra delante de él, a donde incorporado con el convento, tenía agora cuarenta y cuatro años, un colegio, así lo llamaban, do enseñaban la doctrina a muchos indios de diferentes repartimientos, porque a la sazón, no había tantos sacerdotes que en ellos pudiesen residir como agora; además de les enseñar la doctrina, les enseñaban también a leer, escribir, cantar y tañer flautas.*

*En ese tiempo, las voces de los muchachos indios y mestizos y, aún españoles eran bonísimas; particularmente eran tiples admirables. Conocí, en este colegio, un muchacho indio llamado Juan. Y, por ser bermejo de su nacimiento, le llamaban Juan Bermejo, que podía ser tiple en la capilla del Sumo Pontífice. Este muchacho salió tan diestro en el canto de órgano,*

*flauta y tecla que, ya hombre, le sacaron para la iglesia mayor, donde sirve de maestro de capilla organista. De éste he oído decir que, llegando a sus manos las obras de canto de órgano de Francisco Guerrero, maestro de capilla de Sevilla, famoso en nuestros tiempos, le enmendó algunas consonancias, las cuales, venidas a manos de Guerrero, conoció su falta. Esto lo decimos por cosa rara, porque no ha habido otro indio semejante en estos reinos.*

Del colegio de San Andrés, testimoniaba con juramento fray Juan Cabezas de los Reyes, en 1568, han salido para toda la tierra, cantores y tañedores, desde Pasto hasta Cuenca, con sus iglesias y monasterios, entre muchas y diversas lenguas. Quienes aprendieron la lengua española en este colegio son los intérpretes de los predicadores y florecen entre los otros en cristiandad y buenas costumbres.

No es eso todo. Fray Jodoco y los maestros de música de su monasterio recogieron con amor los temas musicales indígenas y los utilizaban, con letras religiosas castellanas, para el culto divino y la propagación de la doctrina cristiana.

El notable musicólogo Segundo Luis Moreno Andrade, conocedor de la música incaica y preincaica, que recorrió, a finales del siglo pasado, todo el territorio ecuatoriano buscando y encontrando melodías populares de lejanos orígenes, hasta el punto de ser calificado como el Bela Bartok americano, afirma que la hermosa y doliente melodía, dedicada hoy a la Santísima Virgen María con los versos de:

*Salve, salve, gran Señora,  
salve, poderosa Madre;  
salve, Emperatriz del cielo,  
hija del Eterno Padre,*

en modo menor y con movimiento largo, era la que usaban los indios cuando, compungidos, llevaban el cadáver embalsamado de sus incas, desde el sitio donde morían, hasta el descanso final en la ciudad del Cuzco.

Lo mismo afirmaba del tema religioso que hoy se canta, de preferencia, en la cuaresma, con la letra de

*Sangre preciosa,  
por mi amor vertida,*

y del estribillo:

*Purifica mi alma de toda malicia.*

Entre los destacados alumnos del colegio San Andrés se contaron dos hijos y un hermano del emperador Atahualpa que habían escapado de la destrucción que hizo Rumiñahui de la familia Real.

Fray Jodoco hizo repetidas gestiones ante las autoridades de la gobernación de Quito y del virreynato de Lima a fin de que, una vez hechas las probanzas respectivas de su filiación imperial, les fuesen concedidas por el Rey de España las suficientes rentas y demás privilegios correspondientes a su categoría y al decoro de ser los legítimos herederos del último Señor del Tahuantinsuyo.

Los documentos afirman, que estos herederos, eran temidos y respetados por los indios, especialmente Francisco Topatauchi, hijo de Paico Ocllo la más querida y principal mujer de las que tuvo Atahualpa y que, después de haber sido educado por los frailes en el monasterio de San Francisco, se dice que:

*es buen cristiano y bien acostumbrado y casado y velado según la orden de la Santa Madre Iglesia, con Doña Beatriz, hermana de Don Alonso Anco, cacique principal de la provincia de Otavalo, y que tiene hijos legítimos de ella.*

El historiador alemán Udo Oberem publicó un grueso volumen de documentos sobre esta materia, en los que aparece lucida la intervención de fray Jodoco Rique en favor de los descendientes del emperador Atahualpa.

*Como buenos pedagogos, dice el crítico de arte padre José María Vargas, los religiosos franciscanos trataron de atraer las almas inspirándoles confianza. Para ello, les hacían ver, con obras y palabras, que ningún interés humano tenían en la enseñanza; al contrario, su proceder era “ayudarles en todos sus trabajos, defendiéndoles de los españoles que los ofenden, curándoles en sus enfermedades, atendiendo en sus negocios y, finalmente, ganándoles la voluntad con beneficios corporales, porque así Cristo curaba a los enfermos y alumbraba a los ciegos.*

*Admira sobremanera, la sabiduría práctica de estos frailes apóstoles y pedagogos en el método de enseñanza a los indios que cursaban el colegio. Trataban de convertir primero a los padres que a los hijos; primero a los señores de la tierra que a los vasallos, con lo que se facilitaba el ingreso de todos los súbditos con el ejemplo de sus autoridades. En cerca de 400 años, no se ha repetido el caso de fundar un colegio en que los indios fueran los preferidos en la enseñanza. Había externos, semi internos e internos. A todos se les proveía de los útiles necesarios a la instrucción; a los enfermos, de medicina; a los pobres, de vestido, lecho y comida. El Colegio de San Andrés fue simultáneamente escuela, asilo, hospital y orfanatorio.*

¡Gloria imperecedera de los flamencos fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial!

Por su parte, el historiador del arte quiteño, José Gabriel Navarro, se expresa de la siguiente manera:

*Sí, esos indiecitos que abandonaban los campos para aprender de los bondadosos labios de los hijos de San Francisco no solo las primeras letras, el amor cristiano y los encantos de las artes, sino también los principios de la doctrina del trabajo y sus atractivos: arar la tierra y sembrar el grano que ha de dar centuplicado el bendecido fruto, vinieron a poner a los pies de fray Jodoco todas sus energías para levantar los muros del convento franciscano; ellos realizaron los perfectos trazos del artista español y si tal vez permanecieron fríos ante las rígidas líneas del estilo herreriano, no pudieron quedar indiferentes y recordaron las antiguas formas que sus padres plasmaron en los templos del sol, en las decoraciones que los artistas españoles labraban en las hojas de madera con las que iban cubriendo las paredes de la casa de Dios. Allí las vemos claras y palpables, confundidas entre las curvas líneas del barroco andaluz, los mozárabes y atauriques alhambrinos, las lacerías, conchas y serpenteantes del Renacimiento y las exóticas líneas del estilo indo-oriental contribuyendo a formar ese conjunto gracioso, admirable y único del templo franciscano de Quito.*

Para terminar, no está por demás poner aquí una lista bastante completa de los caciques que se educaron en el colegio de San Juan Evangelista (San Andrés) bajo mirada de los frailes franciscanos, y que, luego, vueltos a sus tierras, fueron agentes de civilización y de fe.

Este documento, recogido por la sistemática investigación del dominico

padre Enrique Vacas Galindo, corresponde al año de 1564, cuando en Quito se conocía que había sido fundada la Real Audiencia, para la cual solicitaban al Rey de España nombrase como Oidor a Juan Salazar de Villasante.

Todos los caciques llevan nombres cristianos y españoles, conservando sus apellidos indígenas y la precisión de los lugares donde ejercían su autoridad.

- Don Bonifaz Cumba, cacique del pueblo de Panzaleo.*  
*Don Hernando Chica, cacique del pueblo de Mulaló.*  
*Don Sancho Hacho de Velasco, don Juan Clamavea y don Melchor Toaza, caciques de la provincia de Latacunga.*  
*Don Cristóbal Lumiano, cacique del pueblo de Sigcho.*  
*Don Alonso Quinatoa, cacique del pueblo de Píllaro.*  
*Don Pedro Cando, cacique del pueblo de Angamarca.*  
*Don Martín Hacha, cacique del pueblo de Ambato.*  
*Don Martín Tinococha, cacique del pueblo de Mocha.*  
*Don Juan Pilalombo, cacique del pueblo de Tomebamba.*  
*Don Alonso Cabay, don Lorenzo Cibray, don Francisco Viña, don Martín Chabra, don Diego Cocha, y don Gaspar Tica, caciques de las provincias de los puruháes.*  
*Don Mateo Inga Yupanqui, cacique de Chimbo.*  
*Don Juan Yangolquí, cacique del pueblo de Chillo.*  
*Don Juan Topica, cacique del pueblo de Píntag.*  
*Don Diego Topica, cacique del pueblo de Pingolquí.*  
*Don Sebastián Guara, cacique del pueblo de Pifo.*  
*Don Hernando Guaca, cacique del pueblo de Locarchi.*  
*Don Francisco Salamba, cacique del pueblo de Yaruquí.*  
*Don Cristóbal Tuquiri, cacique del pueblo del Quinche.*  
*Don Francisco Guanona, cacique del pueblo de Cumbayá.*  
*Don Hernando Quitoguana, cacique de la provincia de Quito.*  
*Don Martín Sangoquicio, cacique de la provincia de Quito. Don Juan Picallo, cacique del pueblo de Cotocollao.*  
*Don Pedro de Quincacerne, cacique del pueblo de Pisullí.*  
*Don Antonio Macota, cacique del pueblo de Calacalí.*  
*Don Francisco Yocoaura, cacique del pueblo de Polsoquí.*  
*Don Francisco Namina, cacique del pueblo de Zámbez.*  
*Don Juan Cansacota, cacique del pueblo de Quelabamba.*  
*Don Alonso Andaparinango, cacique del pueblo de Cochasquí.*

*Don Jerónimo Puento, cacique del pueblo de Cayambe.*  
*Don Luis Farinango, cacique del pueblo de Otavalo.*  
*Don Sancho Cabascango cacique del pueblo de Caranqui.*  
*Don Francisco Guanputcaypira, cacique del pueblo de Mira.*  
*Don Sebastián Yuchina, cacique del pueblo de Gualea.*  
*Don Juan Totusies, cacique del pueblo de Cansacoto.*

Llama la atención el sentido igualitario que inculcaron los franciscanos flamencos a los jefes de las tribus que educaban, en ese tiempo. El tratamiento de “Don” estaba reservado para los españoles que se preciaban de ciertos antecedentes genealógicos, mientras al indio tendían a tratarle con menosprecio, sin siquiera anteponer la palabra señor a los nombres cristianos que recibían en el bautismo. Eso, si no los denominaban con diminutivos, como en los conocidos casos del Felipillo, del Martinillo, o del Santiaguillo.

De ahí que conviene recalcar la actitud de fray Jodoco y fray Pedro Gocial que trataban a los jefes de ayllus y a las autoridades indígenas con el debido respeto y acatamiento, llamándoles con el título de Don para los varones y Doña para las mujeres.

Cabe añadir que, en un documento de 1568, sobre la ciudad de Guayaquil y la Isla de la Puná, su anónimo autor nos entrega este dato de otro de los discípulos del colegio de San Andrés:

*en esta isla de la Puná está por cacique un indio que se llama don Diego Toinalá, muy ladino y sabio y que hace muy buen tratamiento a los españoles que allí aportan, dándoles mantenimiento de balde y hospedándoles. Es buen cristiano, y tiene solo un hijo, buen cristiano, que se llama Don Francisco Tomalá. Sabe leer, contar, escribir, música, cantar canto llano y de órgano, y es buen jinete.*

Esto comprueba que los humanos comportamientos de los alumnos, en sus jurisdicciones, eran fruto de la enseñanza franciscana, que tan hondo calaba en sus almas y que los transformaba en genuinos caballeros y en hombres de envidiable cortesía.

Fruto también de la siembra de fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial fueron las primeras vocaciones al sacerdocio, tanto secular como regular. Fray Juan

de Paz Maldonado, primer joven que ingresó en la orden Franciscana, en 1560, y, luego, fue un notable misionero. Fray Alonso de Salazar, hijo del capitán Rodrigo de Salazar, el Corcovado, y los clérigos Diego Pérez, Juan de Padilla y Diego Lovato de Sosa, quien resultara elocuente predicador en lengua quichua.

No es intención de este libro contar los azares del colegio de San Andrés, después que fray Jodoco Rique abandonó la ciudad de Quito, en 1570. Hay que recordar, sin embargo, la prudencia con la que actuó frente al primer obispo Garcí Díaz Arias, a los canónigos de la catedral y algunos miembros del clero diocesano, quienes llevados de celos ante el éxito de lo que ocurría en el monasterio franciscano, pusieron trabas de toda especie e impedimentos a fin de que los indígenas no pudieran llegar al convento franciscano a recibir el pan de la doctrina, el pan de la sabiduría y el alimento cotidiano para sus cuerpos.

Cierran esta breve semblanza de los educadores flamencos en Quito, tres largos documentos: dos informes enviados al rey don Felipe II y el reglamento que regía la vida del San Andrés y que hablan con mayor elocuencia de lo que cualquier historiador pudiera comentar.

Informe del guardián de San Francisco 1568

*Muy Poderoso Señor:*

*Fray Juan Cabezas de los Reyes, Guardián y Comisario de esta casa o provincia de san Pablo de Quito, en mi nombre y de todos los demás religiosos de ella, parezco ante vuestra alteza y digo que ya consta a vuestra alteza de un Colegio que está incorporado en el convento de San Pablo de esta ciudad que tiene por nombre San Andrés, el cual está en vuestra real cabeza y de él es vuestra real persona patrono, como parece por esos títulos y escrituras del dicho Colegio de que hago demostración, del cual siempre han tenido y tienen los frailes de este dicho convento y han trabajado y trabajan todo lo que han podido, teniendo atención al gran servicio que a Dios se hace y al gran descargo de vuestra real conciencia y al mucho provecho de los naturales de este distrito y porque, en todo este tiempo, no han faltado, como obra de Dios tan provechosa, grandes contradicciones o no menos vejaciones o pleitos, a cuya causa muchas personas, aún fuera de los religiosos, han recurrido a vuestra real presencia de donde,*



*como príncipe cristianísimo, mandó vuestra real persona dar o dio una Cédula Real emanada de vuestro Consejo Real de las Indias el año pasado próximo, en el que vuestra real persona manda que le sea hecha relación del fruto y ciencia y facultades que en el dicho Colegio se han enseñado y aprovechado y lo que adelante se podía aprovechar o las causas por qué se impide; a que, en el ínterin, esta vuestra real audiencia provea de lo que al servicio de Dios viere que conviene, de manera que la buena obra no cese, la cual dicha Cédula está en poder de vuestro fiscal, por lo cual entiendo vuestro cristianísimo deseo y deseando que vuestra real voluntad sea cumplida, por la presente bago relación de lo que en lo susodicho pasa.*

*Primeramente, este Colegio tuvo principio con un repartimiento que, en nombre de vuestra alteza, se le aplicó de donde se provean los indios colegiales de maíz y lo demás necesario, y después vuestro Visorrey el marqués de Cañete se lo quitó por una vuestra real Cédula en que se mandó que ningún monasterio tuviese indios en su cabeza, aunque el efecto de ella no se entienda con el dicho repartimiento por ser en diferente caso, y por haberlo quitado situó al dicho Colegio 300 pesos de oro de vuestra Caja Real y después los confirmó el Conde de Nieva a vuestros comisarios; y gozando este dicho Colegio de la dicha limosna aunque era poca para el provecho que según queda referido en él se hacía, el licenciado Castro vuestro presidente de la Audiencia Real de los Reyes so color de que para ello tenía cédula de vuestra persona real para que de su hacienda real no se librase ni pagase cosa alguna, mandó quitar los dichos 300 pesos, no siendo tal la intención de vuestra real persona, pues, es limosna particular que tiene hecha por las personas que para ello tuvieron poder y comisión de vuestra real persona; pues, menos se han quitado las limosnas de aceite y vino y otras semejantes que goza esta nuestra Orden de estas partes, y con los dichos 300 pesos y otras limosnas que por industria de los frailes se adquirían se conserva el Colegio y se hizo en él mucho fruto y servicio a Dios como darán testimonio de ello los que lo saben y han visto porque todos confiesan estar el Evangelio tan entablado (establecido) y esta provincia más que las otras fundada en cristiandad tuvo principio de este Colegio porque aquí se les enseñaba gramática, leer y escribir, y cantar o tañer muchos géneros de instrumentos para el culto o servicio divino y eran industriados en la lengua española, la predicación no muy a menudo y no menos la frecuentación de los sacramentos; de aquí se ha henchido la tierra de cantores tañedores desde la ciudad de Pasto hasta Cuenca que son muchas iglesias o monasterios entre muchas o diversas lenguas entre las cuales los que aprendieron la lengua española en este Colegio son los intérpretes de los predicadores y florecen entre los*

*otros en cristiandad y policía y de quien los otros son industriados en las cosas de nuestra santa fe católica, a cuya causa cada día van dejando sus ritos, idolatrías o vienen de su voluntad a pedir el bautismo y los demás sacramentos o tienen en gran estimación el culto divino viendo que con tanta majestad y suavidad de música se honra y celebra.*

*Muchos provechos, y muy señalados, podíamos contar que los indios que han estudiado en este Colegio han hecho en sus tierras pero solamente diré una, que un indio de diez años, tiple que está en este Colegio, natural de Carangue llamado Cristobalico convirtió a su padre y madre y les enseñó la doctrina o trujo al bautismo y los bautizó el padre fray Juan de Obeso vicario que era en el dicho monasterio de Carangue y fue su padrino Bartolomé Ruiz, a instancia del dicho muchacho, o porque conste a vuestra alteza el cuidado que de nuestra parte se ha puesto, pondré aquí los lectores y maestros que ha habido en este Colegio o lo que los frailes han ayudado, fuera de los lectores o maestros frailes que ha habido que han sido muchos, así en música como en latinidad, que fueron.... Bezerra, maestro de cantar al cual dio el padre fray Jodoco, prelado que era a la sazón en esta casa, 500 pesos; después le sucedió Andrés Lazo maestro de cantar y tañer chirimías, flautas y tecla al cual pagó el dicho fray Jodoco 300 pesos; después leyó gramática el bachiller Vega fue pagado como él declarara, después leyó Alarcón y después Baltazar Núñez, después un portugués, y a todos se les pagó de las limosnas del dicho convento que, por ser la renta del Colegio tan poca, no bastaba; fuera de esto, en flautas y libros y las demás cosas necesarias para conseguir el dicho efecto se han gastado de esta casa más de 500 pesos sin haber dado cosa vuestra alteza ni de vuestra real caja para ayuda de lo susodicho ni a la sustentación de los religiosos; en este Colegio deprendió Diego Pérez y Diego de Lobato o Juan de Padilla clérigos de esta ciudad que han seguido la iglesia.*

*Esta buena obra ha ido siempre de caída así por quitarle vuestro presidente Castro la dicha limosna de los 300 pesos como por las controversias y vejaciones muy grandes que vuestro obispo y clerecía siempre hemos tenido y tenemos, los cuales, no por otro fin sino por dar de comer a los clérigos, lo han pretendido y pretenden quitar a los frailes que siempre lo han tenido y ahora últimamente con título de hacer dos parroquias de cinco leguas al derredor de pueblos de indios que suelen acudir a este Colegio desde que se fundó, los han pretendido y pretenden llevar a la puerta de la casa del Obispo de esta ciudad que es en la plaza de ella o de un corredorcillo que está encima de la dicha puerta que sale a la dicha plaza a donde todos tratan y se pasean.*

*Allí los manda a decir misa como si fuese lugar más idóneo y decente que la iglesia de San Andrés del dicho Colegio donde se les solía administrar. Y ahora, vencido por pleitos se les administra en estas demandas y defensa del dicho Colegio, pleiteando con el Obispo pasado, no solamente los naturales han recibido grandes daños y mal ejemplo no frecuentando la dicha iglesia y culto divino como solían, y muriendo muchos sin confesión y otros sin bautismo, pero aún los religiosos hemos recibido grandes perjuicios, por donde fue necesario recurrir a vuestra Real Audiencia de Lima, que son seiscientas leguas de camino de ida y vuelta, donde sucedió morir dos frailes del trabajo del dicho camino, y todo se dio por bien empleado por ser en servicio de vuestra alteza y trujeron provisiones reales de amparo de las que siendo necesario haremos presentación, y al presente, últimamente vuestro obispo de (Quito) fray Pedro de la Peña diciendo fundarse en el Concilio Tridentino, se puso a lo quitar y totalmente lo quitara si vuestra Real Audiencia de esta ciudad no nos amparara en la posesión, totalmente se quedara con ello y se perdiera tanto bien a los naturales como arriba queda dicho; y, con todo eso, no cesó ni cesa hasta hoy día de salir con su intención y esta fue una de las causas porque fue vuestro obispo a la ciudad de los Reyes y fue necesario que yo, como Guardián de esta casa fuese el mismo camino para proponer y defender de la mejor manera que pudiese el dicho Colegio; y venido que fui, hallé el dicho Colegio casi desbaratado, los más de los cantores idos cada uno por su parte y ningún maestro que enseñase y ninguno que aprendiese, así por los pleitos e inquietudes que como por no tener el convento qué les dar ni con qué los sustentar y de necesidad totalmente se ha de perder.*

*Por tanto, a vuestra alteza pido y suplico en el dicho nombre que atento a los muchos bienes que de esto se sigue a los dichos naturales, al servicio que en ello se hace a Nuestro Señor Jesucristo y al descargo de vuestra real conciencia, sea servido de proveer que esta buena obra vaya adelante cumpliendo la dicha vuestra real cédula que desde ahora en cuanto es a nuestro favor hacemos presentación y siendo necesario me ofrezco a dar sobretodo lo susodicho bastante información para que constando por ella, se efectúe vuestra real voluntad, para lo que, etc.*

*fray Juan de los Reyes*

*Guardián y Comisario*

## Informe de la Real Audiencia de Quito al Rey 1568

*Sacra Católica Real Majestad:*

*Cumpliendo lo que vuestra Majestad mandó por una su Real Cédula, cuyo traslado va por cabeza de esta relación, nos hemos informado, así por dichos de testigos como de palabra, el origen que tuvo el Colegio que en la casa de San Francisco de esta ciudad de Quito está fundado y de la doctrina que en él se enseña a los naturales y de todo lo demás que vuestra Majestad fue servido mandar y lo que se ha pedido averiguar es que: los religiosos de San Francisco después de haber trabajado mucho en la conversión de los naturales de esta provincia con grande fruto en el servicio de Dios y descargo de vuestra real conciencia, porque en todo el Perú no hay provincia donde más industriados esten los indios en la doctrina cristiana, de lo cual después de dar la gloria a Dios se debe mucho a la diligencia y trabajo de estos frailes; habrá más de catorce años y en la casa de San Francisco de esta ciudad instituyeron un Colegio de la advocación de San Andrés en el cual tenían dos frailes ocupados en enseñar a leer y escribir, cantar, tañer flautas y otros menestresiles y los hacían ocupar en otros servicios buenos y enseñaban la doctrina y otras cosas de la policía cristiana y comenzando a tener en ello alguna contradicción ocurrieron a vuestra Real Audiencia de Lima, la cual hizo a vuestro Colegio de vuestro Patronazgo Real y libró provisión para que se conservase y fuese adelante; y después el Marqués de Cañete le señaló los tributos de ciertos indios que entonces estaban vacos que valían cada año 300 pesos y porque estos indios el conde de Nieva los encomendó a un Francisco Ponce, la misma audiencia de Lima en acuerdo de los Comisarios señaló por tres años para los gastos de este Colegio los mismos 300 pesos en vuestra caja Real. Este es el origen del Colegio.*

*El fruto que en él se ha hecho hasta ahora ha sido grande porque los naturales han sido enseñados en las cosas pertenecientes a su salvación y de muchas buenas costumbres y habilidades para poder vivir cristiana y católicamente y la república de toda esta ciudad y toda esta provincia ha sido muy aprovechada porque de aquí han salido oficiales de todos oficios e indios que saben la lengua española, mediante los cuales se puede enseñar a los indios que no saben la doctrina, y en especial sería esto de más utilidad si se tuviese cuidado de traer al Colegio indios de diferentes lenguas, que hay muchas en este distrito, que no se entienden con la lengua general del Inga, que por estos aprenderían la española y la del*

*inga y servirían de intérpretes con los de sus naciones, que de otra manera es imposible poderlos convertir.*

*Han salido también de este Colegio muchos músicos así de canto y punto como de diversos instrumentos con los cuales se ofician los divinos oficios en todas las iglesias y no es pequeña parte para la conversión de estos naturales que de su condición son muy ceremoniosos y con estas muestras exteriores se inclinan a nuestra fe, mediante lo cual nos ha parecido proveer que esta buena obra vaya adelante, porque, cierto, se descarga con ello mucho vuestra real conciencia y que en este Colegio se enseñe a los naturales que quisieren venir a él, solamente la doctrina cristiana, las lenguas española y del inga, leer y escribir, música y todo lo demás que se contiene en una instrucción que va aquí inserta y aprobada por parecer de tres religiosos y un prebendado de la iglesia catedral de esta ciudad, y porque vaya adelante es necesario algún favor de vuestra Majestad le señalamos 400 pesos en cada año, los cuales les hemos librado fuera de vuestra caja en las cosas que en este proceso se verán, y porque de esta manera la paga es muy incierta, nos parece que para descargo de vuestra real conciencia y para que semejante obra no cese, vuestra majestad debe mandar, que el primer repartimiento que en este distrito vacare, esta Audiencia le ponga en vuestra Corona Real y de los tributos de él, vuestros oficiales acudan al administrador del colegio con 400 pesos de oro, y así mismo mande vuestra Majestad que los prelados de este obispado ningún impedimento le hagan o como más vuestra Majestad fuere servido, cuya invictísima persona guarde Nuestro Señor muchos años con acrecentamiento de mayores reinos y señoríos para aumento de la santa fe católica.*

*Sacra Católica Real Majestad*

*Besamos los pies de vuestra Majestad Real sus leales vasallos y menores criados.*

*(f) El Doctor Loarte*

*(D El licenciado Valverde*

### ***Estatutos y reglamentos del colegio de San Andrés 1568***

*Instrucción y avisos de los padres de esta casa de San Francisco de Quito que tienen a su cargo los indios de la doctrina y colegio del señor San Andrés, que está incorporado en el dicho convento, la cual guarde de aquí*

*adelante; así para los señores que aprendan en el dicho colegio como para sus padres y a los demás adultos que estén a cargo del dicho convento.*

*Comienza un catecismo según se sigue.*

- 1. Darles a entender que crean que hay un Dios creador de todo lo creado, cielos y tierras y todo cuanto en ellos hay.*
- 2. Que crean que este Dios galardona a los buenos y castiga a los malos después de esta vida en el infierno y, por consiguiente, que crean en la inmortalidad de las ánimas.*
- 3. Que crean que este Dios se hizo hombre y murió por la redención del mundo.*
- 4. Se les enseña que, en general e implícitamente, digan que quieran guardar y que creen toda la ley de este Dios.*
- 5. Traerles en la memoria, no en número sino en especial, los pecados de que han vivido contra la ley natural, como idolatría o comer carnes humanas, hurtar, tener muchas mujeres.*
- 6. Persuadirles cómo aquellos pecados en que han vivido son malos y contra la ley de Dios y persuadirles que por amor de aquel Dios que ya creen en él, aquel ha sido ofendido, les pese de haber vivido en aquellos pecados y tengan intención de no vivir en ellos después de bautizados.*
- 7. Se los persuade que, después de recibido el bautismo, todos sus pecados les son perdonados y persuadirles a que ellos mismos pidan el bautismo.*
- 8. Si el catecúmeno parece que entiende estas cosas que le piden y que las quiere cumplir con firmeza, deba ser luego bautizado sin dilación como bautizó San Felipe al eunuco.*
- 9. Cuando el catecúmeno no da muestras que entiende estas cosas o si las entiende no parece que tiene firmeza alguna, débese diferir su bautismo hasta que las confiese que las entiende y cree.*

10. *Cuando el adulto bárbaro está en el artículo de la muerte y morirá, según se cree, sin bautismo si se difiere por instruirle enteramente en las cosas dichas, debe ser luego bautizado con tal que pida el bautismo y confiese las cosas dichas aunque no dé tantas muestras de creerlas y entenderlas como pedimos en los que están sanos.*
11. *Después que el adulto ha recibido el bautismo ha de ser instruido en las cosas del Evangelio que son de las naturales, mostrándoles primero, en general, cuán justas son y después, en particular, sacando de las reglas como se declara por los ejemplos siguientes. Digo yo a un adulto que la ley de Dios manda que tratemos a nuestros prójimos como, con razón, querríamos que ellos nos trataran a nosotros, y confiese esta ley del Evangelio fundada en ley natural, y confesada así en general debérnosle sacar reglas en particular como son, que no hurte, que no mate, que no engañe, que no quiera mal a nadie, que no diga falso testimonio, etc. Dice un adulto converso que cree que hay Dios creador y remunerador como arriba está dicho, de la cual regla general sacamos muchas particularidades fundadas en ella misma, como son, que lo crea, que lo ame, que ponga en él su esperanza, que le tema y obedezca, etc.*
- 12.- *Luego debe ser el converso enseñado en todos aquellos artículos de la fe en los cuales los hombres recibimos particulares beneficios de Dios de los cuales algunos se le pidió que creyese antes del bautismo, diciéndole cómo nos creó a su semejanza, cómo nos conserva, cómo creó todo el mundo para nuestro servicio, abriéndoles los ojos para que adviertan cómo todas las creaturas nos sirven tal o tal, y cómo este Dios se hizo hombre y murió para redimirnos padeciendo, etc. Y la gloria que tiene para los buenos y el infierno para los malos y el purgatorio para los que no van bien purgados, y lo mucho que nos ama.*
- 13.- *Después de que están convertidos y sus afectos puestos en Dios y en su ley por creer en tantas mercedes como de él han recibido, han de ser enseñados en los misterios de la fe más arduos como en el de la Santa Trinidad, sin declararles más que son tres personas divinas, Padre e Hijo y Espíritu Santo y un solo Dios, la resurrección de los cuerpos y la eucaristía; deben también ser enseñados, a este tiempo de los mandamientos más dificultosos de cumplir, como de la confesión de los pecados y del amor de los enemigos, y estas cosas*

*entonces se les han de pedir cuan piadosamente estén aficionados a Dios y a su ley y a sus predicadores.*

*Y lo que más ayuda para que los bárbaros reciban nuestra fe es lo siguiente:*

*Lo primero, persuadirles que ningún interés queremos de ellos más de su salvación o mostrarles esto por obra y palabras.*

*Lo segundo. Ayudarles en todos sus trabajos defendiéndoles de los españoles que les ofenden, curándoles en sus enfermedades, entendiendo en sus negocios y finalmente ganándoles la voluntad con beneficios corporales porque así Cristo curaba los enfermos y alumbraba los ciegos. Es muy necesario que los que predicán a los indios, guarden lo que enseñen porque no hay cosa que quite más la fe al nuevo convertido que ver que quien se la enseñe no la guarda.*

*Deben los indios ser inducidos a que reciban la fe con promesas de la gloria y temores del infierno mostrándoles como aquellos vicios son malos o no han de quedar sin castigo y de ninguna manera les han de inducir a la fe con amenazas de matar o robar, porque no es este el estilo que Cristo tuvo en predicar su ley.*

*Una de las cosas más necesarias para que el Evangelio sea recibido de los indios es persuadirles a que vivan conforme a la ley natural dejando los vicios en que habían vivido contra la ley natural, porque viviendo conforme a la ley natural a los no convertidos alumbrará Dios para que reciban la doctrina.*

*Más han de procurar los predicadores de los indios de convertir e instruir bien en la fe poca gente y poca tierra que mucha e insuficiente, porque de dejar los indios insuficientemente instruidos se siguen grandes oprobios de nuestra fe, como parece en los moros de Granada y Valencia, de los cuales casi todos hoy día están mal en las cosas de nuestra fe por no haber primero plantado enteramente en sus antepasados.*

*Siempre se ha de procurar primero convertir a los padres que a los hijos, aunque sean adultos y tengan uso de razón, si están en poder de sus padres, porque más presto se persuade a seguir el hijo al padre que el padre al hijo.*



*Primero a los señores de la tierra que no los vasallos, y a los mayores de los pueblos que no a los menores, porque antes siguen los menores a los mayores que al contrario, y no obsta que Cristo llamó primero a los pescadores discípulos que a los reyes, porque hubo allí muchos misterios particulares y fines. ítem, decirles la vida que hicieron los santos que predicaron y enseñaron nuestra ley y el mucho caso que Dios hizo de ellos.*

*Y también darles a entender qué ciegos estaban los maestros que les enseñaron la secta que ellos tienen.*

*Y esta es la instrucción general que los frailes han tenido y tienen para todos los indios; fuera de esto tienen los religiosos muchos sermones que aquí no se ponen por evitar prolijidad.*

*El orden que se ha de guardar en el Colegio de su Majestad es el siguiente:*

*Primeramente se juntaron en el dicho colegio muchos hijos de principales y caciques y señores y de principales y mestizos, de cuarenta leguas a la redonda a donde se les enseña la doctrina cristiana y policía, y así mismo leer y escribir y cantar y tañer todo género de instrumentos y latinidad, los cuales han hecho y hacen en sus tierras mucho provecho porque ellos dan lumbré a los otros de lo que vieron y entendieron y así muchos se mueven a enviar a sus hijos al dicho colegio a aprender.*

*Y el fraile que les tiene a cargo tiene esta orden en enseñar: por la mañana dicen todos juntos la doctrina y rezan, después de esto, se les da lección de las cosas sobredichas hasta las nueve y oída su misa van a comer los que lo tienen y a los que son pobres ha dado de comer hasta ahora el convento, con mucho trabajo por sustentarlos hasta que su majestad proveyesse, y después de comer se tornan a juntar y tomar y decir la doctrina y dicen vísperas y completas de Nuestra Señora en su coro y lo que les queda hasta la puesta del sol se ocupa en tomar lección de las cosas sobredichas; y a la puesta del sol cantan la Salve.*

*Item, sobre todo se les enseña, y principalmente a los hijos de los señores, cómo han de enseñar a sus indios cuando sean de edad y que sean buenos cristianos temerosos de Dios, obedientes a su Rey y a sus ministros, a que tengan reverencia a los sacerdotes, y que reciban los santos sacramentos, bautismo, confesión, que recen cuando se acuesten y levanten, que adoren la cruz cuando la vieren y que digan: loado sea Nuestro Señor Jesucristo, cuando se encuentren unos con otros o algún español, que*

*besen las manos a los sacerdotes cuando los toparen (encontraren).*

*Se les enseña que, entrando en la iglesia, tomen agua bendita y recen y lo que significan las imágenes que están en las iglesias.*

*Tienen sermón cada domingo y fiesta y estos mismos días misa cantada y más los lunes a las ánimas del purgatorio y los sábados por los mismos indios.*

*Se les enseña que no duerman en el suelo como sus antepasados, sino que duerman en sus camas altas.*

*Se les enseña cuando algún indio muere que vayan por él y que recen, y den limosnas y le hagan decir misas y cubran su sepultura con ofrendas.*

*Que el jueves santo hagan su procesión, se azoten y visiten los monumentos y anden sus estaciones como lo hacen.*

*Y se les quitan las borracheras, idolatrías y los demás ritos que antiguamente tenían los cuales ya totalmente los van perdiendo.*

*Se les enseña en el colegio a muchos indios muchos oficios como albañiles y carpinteros y barberos y otros que hacen teja y ladrillos y otros plateros y pintores de donde ha venido mucho bien a la tierra y otras cosas así necesarias para su salvación como a su policía que no se escriben por prolijidad.*

*Y para enseñar todo lo susodicho siempre del dicho convento se ha puesto y se pone dos frailes los cuales tienen encargo del dicho colegio y juntamente están los ocho indios, los cuatro maestros para enseñarles a leer escribir y cantar y tañer todo género de instrumentos, los cuales maestros son Diego Hernández maestro de capilla, Pedro Díaz, Juan Mitima, Diego de Figueroa, a los cuales se les da a cada uno 35 pesos cada año por su trabajo.*

*Los otros cuatro son Juan Oña, Cristóbal Collaguazo, Diego Guaña, Antonio Hernández, los cuales tienen cargo de ayudar a los dichos maestros y dánseles a cada uno, por cada un año quince pesos.*

*Fuera de esto son menester cien pesos cada un año para cartillas y libros en que lean, papel para que en él escriban y tinta y libros en que canten.*

*Los otros cien pesos que quedan se gastarán en sustentar algunos muchachos de diversas lenguas para que aprendan la lengua española y las demás cosas que en el dicho colegio se enseñan, para que después en sus tierras sean intérpretes para predicar a los demás el santo evangelio, porque de otra manera en ningún tiempo podrán ser industriados en nuestra fe católica por no entender los indios de las dichas provincias la lengua general de estos reinos y los sacerdotes no poder entender su lengua por ser tan bárbara como es.*

*Las causas por qué dicen los religiosos que prosiguen este Colegio.*

*Muchas causas habían que movían a los religiosos de San Francisco para trabajar y llevar el colegio adelante que sería prolijo explicarlas pero solamente se pondrán aquí las que siguen para que por ellas se entiendan las demás.*

***La Primera.**- Que el rey tiene necesidad para el descargo de su real conciencia de sustentar y dotar este colegio y la causa es, porque en cuarenta leguas alrededor de esta ciudad hay más de veinte diversidades de lenguas y muchos de estos indios no entienden la lengua general de estos reinos y por esta causa en algunas provincias de éstas, la mayor parte de los indios están por bautizar y si se sacasen de cada una de estas lenguas algunos muchachos para que en el dicho colegio se les enseñase a leer y escribir y la lengua española, podrían ser después intérpretes para predicar a los demás indios el santo evangelio y también los sacerdotes teniendo quien se la enseñase alguno se daría a alguna de estas lenguas así, dentro de pocos años, se convertirían todos los indios que al presente están conquistados y habiendo lenguas para que hablasen a otros muchos indios de guerra que confinan con los dichos indios los darían noticia de nuestra fe y sería medio para venir a ella.*

***La Segunda.**- Que todos los indios de estas partes tienen y han tenido en mucha reverencia sus guacas, sus ritos, ceremonias y para que viendo como el oficio divino se celebra con tanta música y solemnidad, le sean más aficionados y tengan más reverencia al culto divino y por esta causa en el dicho colegio se enseña lo sobredicho.*

***La Tercera.**- Que también se les podría leer gramática para que mejor entiendan nuestra fe, pues, en ella no hay ninguna cosa que esconder.*

*La Cuarta.- En estos reinos han pasado muchos trabajos los indios y muchas tiranías y muy grandes robos y fuerzas en los tiempos de las conquistas y después, en el tiempo de algunos tiranos, de lo cual tienen todavía aborrecimiento a los españoles, y como su majestad proveyese al dicho colegio y se les diese a entender a los señores, naturales de esta tierra cómo el rey, por lo mucho que les quiere, hacía este colegio para que sus hijos aprendiesen a leer y fuesen hombres, se les quitaría mucha parte del odio y tomarían amor con su majestad viendo que en el dicho colegio les enseñarían a sus hijos.*

*La Quinta.- Que en esta tierra hay muchos españoles que no tienen para sustentar sus hijos y pagar a un maestro por cada año doce pesos que es lo que en esta tierra se da por cada año que enseña un español a leer y escribir, y proveyendo su majestad el dicho colegio se podría en él enseñar a leer y a escribir*

*La Ultima.- Ninguna cosa podría su majestad hacer acá en estas partes con que más descargase su real conciencia y mayor servicio hiciese a Dios, que en sustentar el dicho colegio, y a esta causa no solamente los frailes han dado parte del asiento del dicho convento para el dicho colegio, pero, con grandes contradicciones de muchas personas y particulares de los obispos y clerecía, han trabajado para llevarlo adelante hasta que su majestad provea de lo que más fuere servido.*

#### *Aprobación de los Teólogos de la Instrucción de los Indios*

*En la ciudad de San Francisco de Quito, trece días del mes de mayo de mil quinientos sesenta y ocho, los señores presidente y oidores de la audiencia y cancillería real de su majestad mandaron que el guardián del monasterio de San Francisco de esta ciudad y fray Jodoco, fraile del dicho convento, y el prior de Santo Domingo de esta dicha ciudad y el arcediano de esta santa iglesia vean esta memoria atrás contenida, todos cuatro y si hay en ella que añadir o quitar alguna cosa para el primer acuerdo den su parecer para que, visto por los señores, provean lo que convenga, entre tanto que se consulta a su majestad y mande en ello proveer lo que fuere servido. El doctor Loarte. El licenciado Valverde. Yo Diego Suárez, escribano de cámara fui presente.*

#### *Aprobación*

*Digo yo, fray Juan de los Reyes, guardián y comisario de esta casa de San Francisco de Quito y de toda la Custodia que tengo vistos y examinados los avisos e instrucciones y orden arriba escritos que se tienen en el colegio de San Andrés del cual es su majestad patrón, según en el auto anterior se manda por su real audiencia de Quito y digo que los avisos y orden por donde los indios naturales son enseñados están muy cristiana y avisadamente puestos para el descargo de la conciencia de su majestad y provecho de los naturales y que no hallo en ellos cosa que poder añadir ni quitar y porque esto es verdad lo firmé de mi nombre que fecha catorce de mayo de mil quinientos sesenta y ocho.*

*(f) fray Juan de los Reyes.*

*Digo yo, fray Jodoco Rique, presidente de esta casa y monasterio de nuestro padre San Francisco de Quito que visto lo arriba contenido, digo lo mismo que el padre guardián dice como testigo de vista y no hay cosa con que más se descargue la conciencia de su majestad que guardando la orden arriba dicha y como se ha guardado y porque es mi parecer firmo de mi nombre,*

*(f) fray Jodoco Rique.*

*Digo yo, el licenciado Pedro Rodríguez de Aguayo, arcediano de esta santa iglesia que los capítulos en esta Memoria contenida cerca de las instrucciones en las cosas de nuestra santa fe católica a los naturales de esta provincia me parece bien y la escuela de escribir; leer y gramática y música que en el dicho colegio se podrían enseñar son artes necesarias para la policía y conversión de los dichos naturales y que su Majestad Real ayudando para la dicha obra podrían ser aprovechados los dichos naturales e hijos de españoles.*

*(f) El arcediano de Quito.*

*Digo yo, fray Domingo Valdez, Prior del convento de Santo Domingo de esta ciudad de Quito que vistos y examinados los institutos que están aquí puestos son muy acertados para que vaya adelante la doctrina y conversión de los naturales y que es muy necesario que haya este colegio donde sean enseñados y doctrinados los naturales y que me parece con tan cristiana obra no solo se sirva mucho Nuestro Señor pero se descarga mucho la conciencia de Su Majestad y se acrecienta la república cristiana*

*y porque esto me parece que es cosa justa o provechosa para los indios como para los hijos de los españoles, lo firmé de mi nombre, fecha a quince de mayo de mil quinientos sesenta y ocho.*

*(f) fray Domingo de Valdez.*

*Que conforme a esto se comience luego y se dé libranza y los maestros que se hubieren de asentar sea ante el secretario de la causa y quede este original en el poder del secretario.*

*Proveyóse de lo de suso por los señores Presidente y Oidores de Audiencia y Cancillería Real estando en acuerdo de justicia a diez y siete días del mes de junio de mil quinientos sesenta y ocho años.*

*(j) Gómez Moscoso.*

## CAPÍTULO IX

### *El constructor*

La relación anónima de la ciudad de San Francisco de Quito, que fue enviada al Real y Supremo Consejo de Indias en Sevilla, de acuerdo a expresas y minuciosas preguntas, que vinieron de esa sede administrativa, hacia 1568, y, que, parecen, fueron contestadas dos años después, establece con absoluta claridad que fue fray Jodoco Rique “siendo guardián y aun no siéndolo” quien construyó el convento y la iglesia principal de San Francisco, que, con el andar del tiempo, había de ser el conjunto monumental más grande e importante de toda la América del Sur, que se conserva hasta el presente día.

Para edificar tan preciada joya de arte y de fe, tuvo unos intensos años de preparación, en los que colaboraron su compatriota fray Pedro Gocial y fray Alonso de Baena, en unidad incommovible.

Esos años parecen haber sido entre 16 y 18. No hay que olvidar que los indios del Reino de Quito, y aun todos los del Nuevo Mundo en general, en miles de años de sobrevivencia en este continente, no habían descubierto cosas elementales del arte de la construcción, como el hacer tejas para cubrir los edificios o utilizar pizarras; el hacer ladrillos, quemados al horno, para que adquieran consistencia; el utilizar la cal para la argamasa, etc.

No digamos nada acerca de la utilización de la rueda y las carretas para el transporte de materiales, el hacer andamios y encofrados para los arcos, bóvedas y cúpulas y otras maravillas que tanto lustre consiguieron en las culturas del Viejo Mundo, sobre todo en Egipto, Grecia, Roma, los países mediterráneos, anglosajones y germánicos.

Los techos en la América precolombina fueron siempre de paja y, en consecuencia, endebles y perecederos. Las asombrosas construcciones

megalíticas de Tiahuanaco, Machu Picchu, Sacsaguamán, Cuzco, Ingapirca, etc., algunas de las cuales se atribuyen a los incas, nos quedan hoy como grandes interrogantes sobre el arte de elevar muros con refinada tecnología, especialmente en lo que a la unión de las piedras se refiere, pero viven en la intemperie desde que sus pajizos techos desaparecieron ante el empuje de los vientos, las lluvias o los incendios.

La primera cosa que fray Jodoco Rique, fray Pedro Gocial y fray Alonso de Baena hicieron en Quito, para sobrevivir, fue hacer tejas para remediar sus necesidades y la de los vecinos de la naciente villa. El sitio denominado “El Tejar” aparece en los libros de las actas del Cabildo de la ciudad desde las primeras sesiones, y es de creer que los indígenas aprendieron tan fácil desempeño y se convirtieron en hábiles tejeros para cubrir las urgencias vitales de San Francisco de Quito.

Luego enseñaron, con sus propias manos, a hacer adobes, buscando una materia prima consistente en las “cangaguas” y mezclando paja y ceniza para darles mayor durabilidad. Al propio tiempo, empezaría a cocer ladrillos en hornos, preparados para el efecto, arrumándolos ordenadamente, como paredes movedizas, ante el asombro de los nativos, que dócilmente seguían sus enseñanzas.

A finales de 1536, a los dos años de fundada la Quito Hispana, le fueron entregados a fray Jodoco, en su calidad de personero de la casa y monasterio del Señor San Francisco, los indios de Cumbayá y Lumbisí, que habían pertenecido a la encomienda de Diego de Tapia, primer Alcalde de la villa.

Debían existir en el área de los solares señalados por el Cabildo para casa y convento de San Francisco, algunos humildes galpones donde pudiesen protegerse del sol y de la lluvia los frailes y los indígenas, en cuya educación y evangelización había que emprender.

Los indios americanos tampoco conocieron las puertas de madera: sus palacios y sus chozas tenían entradas, las más veces en dirección a la salida del sol, pero a nadie se le ocurrió resguardarlas con puertas de madera. Las primeras que vieron causaron otro asombro en los nativos.

Entre los escasos primeros vecinos españoles de Quito hubo ciertamente, albañiles, carpinteros, herreros, sastres, zapateros, talabarteros, sangradores



(medio enfermeros, medio médicos) y otros oficiales, según consta de las actas del Cabildo, que promulgó aranceles para las diversas actividades, señalando minuciosamente lo que había de cobrarse por cada servicio artesanal.

A la indispensable tarea de aprender el idioma quichua, que era el predominante en las tierras norte del Tahuantinsuyo, se unió la necesidad de reconocer el medio ambiente físico, es decir, la geografía circundante, tanto para hacerse una idea de cuántos habitantes había en los alrededores, como para buscar los materiales con que construir eventualmente su iglesia y su convento. A primera vista, no había piedras, cal ni arena. Hasta junio de 1535, tampoco había tablas ni madera para las puertas.

El inquieto afán aventurero, el ansia de encontrar tesoros y la insaciable codicia y rencillas, entre los conquistadores españoles, mantuvieron en continua zozobra a las nacientes ciudades impidiendo su normal desarrollo.

Las guerras civiles, que asolaron la inmensa extensión territorial del conquistado Perú, entre 1537 y 1547, alcanzaron tan aterradora gravedad que no solamente condujeron a la muerte a la mayoría de los españoles recién llegados sino que impidieron, por el control que ejercían en el istmo de Panamá, el ingreso de nuevos misioneros que viniesen a reforzar la obra de sus compañeros.

Esto impidió el que los tres franciscanos que vivían en Quito pudieran dedicarse, unos, a la educación de los niños, y otros, a las construcciones de las casas en las que debían recibirlos y mantenerlos, de acuerdo a reales disposiciones emanadas de la Corona Española.

Así se explica la fecha cuando fray Jodoco empezó a cavar los cimientos de la gran iglesia que ansiaba construir, y esta fecha ha sido corroborada por las excavaciones arqueológicas que se llevaron a cabo en el gran edificio en 1992, de las cuales se deduce que en buena parte de esos primitivos cimientos no habían utilizado aún la cal como un elemento indispensable de fortalecimiento, y las piedras utilizadas son de río, o piedras de bola, como se dice, unidas con argamasa de tierra cangagua.

Una inspección minuciosa de la planta baja del claustro primitivo que construyó fray Jodoco al lado sur de su iglesia, y que puede datar de

1540-1545, nos demuestra con meridiana claridad que las piedras utilizadas en los cimientos y en los muros no son piedras labradas de cantera sino solamente piedras de río.

La explotación de la cantera de piedra andesita, en las faldas del volcán Pichincha, fue la circunstancia que le impulsó a fray Jodoco Rique a la construcción de su gran monumento religioso. Esa explotación empezó justamente en 1552.

Las minas de cal de Pomasqui y Nieblí, fueron descubiertas en 1549, y su explotación se inició casi de inmediato. De ahí que los cimientos definitivos de la iglesia debieron iniciarse después del 5 de abril de 1551.

*Rodrigo Núñez de Bonilla como Regidor y vecino de esta ciudad pidió a los dichos señores justicia y regidores abran un camino por donde vaya y venga una carreta, que sea como una de las calles de esta ciudad, para traer de la cantera a esta ciudad carretas cargadas, por ser bien y pro común y los dichos señores que lo vayan a ver, el señor contador Francisco Ruiz y el señor alcalde Lorenzo de Cepeda y, los señores Juan de Padilla, Martín de Mondragón con el escribano del consejo Diego Méndez para que lo vean y provean en ello lo que convenga.*

Según el Espejo de Verdades (1575) fue fray Jodoco Rique quien enseñó a los indios a hacer yugos y carretas para facilitarles el transporte de materiales. La disposición del Cabildo de abrir un camino a la cantera, a un kilómetro y medio de distancia de la Plaza de San Francisco, debió ser, en esa época, una genuina revolución que abría la posibilidad de grandes logros arquitectónicos.

Conviene no olvidar que en los 17 años, que habían transcurrido desde la llegada de los frailes franciscanos a Quito, habían experimentado, anualmente, muchos movimientos sísmicos de variada intensidad, algunos de características devastadoras, que los persuadieron de hacer sus construcciones con especial solidez y durabilidad.

En el archivo conventual de San Francisco se ha conservado un raro documento con la fórmula para la preparación de la argamasa y de las medidas de arena, cal, agua, fréjol molido y sangre de toro, que debían mezclarse para obtener una especie de cemento, que ha resistido la furia de los cataclismos y el súbito sacudón de los terremotos.

Mucho se ha especulado acerca de quiénes pudieron haberle ayudado a fray Jodoco Rique en la elaboración de los planos de la gran obra arquitectónica de su iglesia. No hay base documental para ello.

Lo que ocurrió fue, como lo ha establecido el historiador del arte quiteño fray José María Vargas, que fray Jodoco Rique tuvo entre sus libros las famosas Reglas de arquitectura (Venecia 1537), de Sebastián Serlio (1475-1532) y es el manual que él y su compatriota fray Pedro Gocial consultaron continuamente para llegar a la decisión definitiva de lo que convenía al sitio escogido para su construcción.

El texto de Serlio, traducido al castellano, por Francisco Villalpando, (Toledo 1552), con notas marginales del propio fray Jodoco -de su puño y letra- se conserva hoy en el Archivo Nacional de Bogotá, Colombia, llevado por uno de los discípulos del colegio de San Andrés que alcanzó notoriedad como albañil, llamado Alonso de Aguilar.

Nos parece que los únicos autores de los planos deben ser los dos franciscanos flamencos padres Jodoco Rique y Pedro Gocial, el uno de amplísima cultura, y el otro pintor, de reconocidos méritos.

Se ha mencionado entre los supuestos colaboradores de fray Jodoco, en la obra arquitectónica de San Francisco, a Germán Alemán y Jácome Flamenco. Del primero hay suficiente constancia de su presencia en Quito y de su amistad con fray Jodoco. Desde 1547 se pierde su nombre y no sabemos lo que ocurrió con él. ¿Acaso tuvo que salir por orden de don Pedro de la Gasca quien expulsó del Perú a todos los extranjeros para evitar nuevas conmociones sociales y políticas?. Los documentos que de él hablan, demuestran que era un astuto comerciante, que logró incluso hacerse otorgar una mina de plata, en las faldas del volcán Tungurahua.

Jácome Flamenco, consta en los documentos de la colección Somoza para la Historia de Nicaragua, que el 13 de julio de 1541 encabezó la lista de pasajeros que salían del Puerto de la Posesión, en viaje al Puerto de Buenaventura-Colombia.

*Tal vez fue marinero porque, en esos propios años se encuentran en los mismos documentos, un Pedro Flamenco, un Francisco Flamenco, un Luis Flamenco, un Laurencio de Amberes que iban y venían en las*

*naves respectivas. No es creíble que un marinero haya sabido algo de arquitectura cuando llegó a Quito y se estableció como vecino de la ciudad. Lo que sí consta que fue muy amigo de fray Jodoco.*

Las influencias de Sebastián Serlio han sido establecidas concretamente, en el amplio atrio, de 100 metros de largo, construido con piedras almohadilladas en el más fino estilo renacentista. Este atrio se adorna con 12 puertas coronadas por sendos tímpanos de piedra tallada, con clásicas líneas, y un pasamano superpuesto de igual material, con 30 bolas en sus basamentos de pirámides truncas, simétricamente distribuidos a los dos lados de la entrada principal.

El ascenso central es famoso por su amplia escalinata redonda con 13 gradas cóncavas y 10 convexas, separadas por una plataforma circular de perfecto diseño y ejecución.

Además del influjo de Serlio en esta obra -única en el mundo de esas dimensiones- hay que notar que fray Pedro Gocial quería copiar la preciosa grada cóncava-convexa de la Casa Consistorial de Lovaina, su tierra de nacimiento, si bien en esa ciudad no alcanza las proporciones de la quiteña.

Por la desigualdad del terreno, el ingreso al atrio por el lado norte se hace mediante una amplísima escalera de 13 metros de ancho y 33 gradas, mientras por el lado sur, el ascenso tiene solo 4 gradas.

La inspiración de la fachada, precioso retablo barroco tallado en piedra andesita, es íntegramente de Sebastián Serlio. Dividido en dos plantas: la inferior, de piedras almohadilladas entre medias columnas dóricas fajadas, que enmarcan dos grandes ventanales; al mismo tiempo que la esbelta portada, que termina en un arco de medio punto, está escoltada por dos pares de perfectas columnas dóricas completas sobre basamentos rectangulares erectos, y que sostienen un entablamento, debajo del cual se han distribuido armoniosamente máscaras indígenas, rostros de ángeles y bustos de vírgenes.

Debajo del entallamiento y sobre los capiteles van tallados los escudos de la orden Franciscana y parte del escudo familiar de fray Jodoco Rique, todos realizados con lámina de oro fino, al igual que todos triglifos repartidos a lo ancho de toda la fachada.

Sobre la gran portada, en el segundo piso, e igualmente enmarcado por un par de columnas jónicas a cada lado, se destaca un gran ventanal para iluminar el cuerpo de la iglesia, con las imágenes de San Pedro y San Pablo, esculpidas e incrustadas -exactamente iguales a las que decoran la fachada de la catedral de Tournai (Doornik) en Bélgica- con sus correspondientes conchas gigantes que les cubren la cabeza.

El gran ventanal está rodeado por una decoración de 20 piedras piramidales que son conocidas como puntas de diamante, terminando en la parte superior, con una estupenda imagen de Cristo Resucitado, de tamaño natural, originalísimo como obra de arte, revestido de una túnica talar, sosteniendo en el brazo izquierdo la bola del mundo y con el brazo derecho señalando el cielo.

Casi en filigrana, el ventanal de piedra cóncava lleva en el borde el cordón del Seráfico padre San Francisco, con los nudos simbólicos de sus votos. El retablo culmina en un entablamento ovoide de piedras delicadamente talladas, en el que se destaca la voluta que cubre al Cristo Resucitado en majestad.

La fachada termina en dos torres, que originalmente tuvieron el doble de altura de las actuales, o sea, que estaban compuestas de dos cuerpos y sendos pináculos, coronados por las estatuas pétreas de San Francisco de Asís, patrono de la ciudad y San Pablo patrono del templo franciscano.

Tanto la imagen del Cristo Resucitado como la de los apóstoles Pedro y Pablo, y los ángeles, sobre el arco de medio punto de la entrada están totalmente forrados de lámina de oro.

Llaman la atención en el segundo cuerpo de la fachada y al extremo de los lados derecho e izquierdo, sobre unos caracoles de piedra, dos rostros tallados en altorrelieve de conquistadores españoles, identificados como el de Sebastián de Benalcázar, al norte, y Diego de Almagro, al sur; cofundadores de la villa de San Francisco de Quito.

La planta de la iglesia fue concebida para una extensión de 60 metros de largo, más 10 metros para la sacristía, detrás del presbiterio, por 28 de ancho. Tiene forma de cruz latina, con tres naves y, en su construcción se mezclan armoniosamente el estilo gótico tardío para los grandes arcos torales del coro y del crucero; el estilo renacentista para los arcos de medio

punto de la nave central, el mudéjar para los cielos rasos, el barroco para la decoración de los muros del nártex y de los retablos, con fuertes influjos indígenas en la totalidad del edificio.

El techo del coro y del crucero es más alto que el cuerpo de la nave central; y las naves laterales están cubiertas por bóvedas oblongadas que las dividen en capillas y que por la parte externa terminan en bellas cúpulas de linterna. El presbiterio está cubierto igualmente por una gran media naranja ciega coronada por un cupulín de farol. La amplia sacristía es cubierta de bóveda en la mitad de su extensión con cinco cupulines graciosos y la otra mitad por una clásica cúpula de estilo renacentista, seguramente inspirada en los modelos de Sebastián Serlio, quien, en sus Cuatro Reglas Generales de Arquitectura, trae no solo las doctrinas de Marco Vitruvio Polión sino también los célebres diseños de su maestro B. Peruzzi.

Si las proporciones de la iglesia, como obra arquitectónica, pueden ser consideradas perfectas, la decoración planificada para forrar sus muros, arcos, techumbres, ventanales, de una increíble decoración, tallada en madera de cedro y de nogal, recubierta en lámina de oro, confiere la calidad de genial a los hombres que la planificaron y justifica el continuado asombro de todos quienes la contemplan, hoy como ayer, con detenimiento y deleite espiritual.

Como se ha dicho que las catedrales de Francia son el evangelio en piedra, la distribución ornamental del interior de la iglesia de San Francisco de Quito es como un libro de catecismo y una historia sagrada abiertas a la comprensión igualmente del más sabio y del más rudo.

Apenas se abre la gran portada, el visitante o el fiel devoto se estremecen contemplando, en la parte inferior del nártex la historia de la creación del mundo y de la primera pareja humana en 18 lienzos de delicada perfección pictórica, enmarcados en una urdimbre de soles incas, querubines, piñas y flores del trópico andino, pintadas en los alrededores.

Toda esta maravilla, asentada sobre muros de piedra, cuyas separaciones de más o menos tres centímetros de ancho, están recubiertas por láminas de finísimo oro. Conforme se avanza en el interior de la iglesia, sube de punto la emoción, al detener los ojos en los basamentos de los arcos renacentistas, forrados de ingeniosas representaciones angélicas en medio

de un bosque de diferentes plantas de la tierra, que llamaron la atención de los conquistadores, formando un conjunto barroco de primera calidad.

En cada uno de los basamentos existe un nicho con la imagen de un santo franciscano: Juan de Capistrano, Buenaventura de Bañorrea, Diego de Alcalá y Bernardino de Siena. Cada una de las hornacinas está flanqueada por un par de medias columnas corintias a cada lado que sostienen un penacho, que, a su vez, se corona con un gran florero desplegando gigantescas ofrendas imaginarias.

Adosado al arranque del gran arco toral del crucero se encuentra el púlpito, cuyo ascenso está custodiado por una gran figura de arcángel que sostiene en su brazo derecho un enorme libro que dice Biblia Sacra.

La copa y el arrimo, en la parte externa, está decorada por columnas salomónicas trenzadas que separan las imágenes de los grandes predicadores franciscanos: Alejandro de Alés, Rogerio Bacón, Buenaventura de Bañorrea, el beato Juan Duns Escoto, Antonio de Padua y Pedro de Olivi.

La columna que sostiene la copa del púlpito está rodeada por tres figuras talladas, con vestidos flamencos del siglo XVI, y que supuestamente representan a los heresiarcas Arrio, Lutero y Calvino, sosteniendo con sus brazos y sus espaldas la cátedra de la verdad. Este detalle, único en el mundo, debió ser imaginado por fray Jodoco y fray Pedro Gocial como una forma para evitar que los indígenas se apartasen de la fe católica.

El tornavoz es como la cubierta de un copón gigantesco, coronado por una esfera del mundo, en la que están pintadas las imágenes de Adán y Eva en el paraíso terrenal. Todo el conjunto termina con la representación de un ángel barroco que simboliza a la iglesia universal.

La grandiosidad que se inicia desde el crucero hasta el presbiterio no tiene paralelo en ninguna otra iglesia del mundo. A un lado se alza el estupendo retablo dedicado a San Antonio de Padua y a la Asunción de Nuestra Señora a los cielos. Sus imponentes columnas corintias y el coronamiento, en forma de tienda oriental, dan como resultado una obra maestra de arte, imposible de imitar.

En el otro brazo del crucero estuvo, en la época de fray Jodoco, en el nicho

central del retablo una imagen de Nuestra Señora de los Remedios, esculpida en piedra y policromada en oro, y luego revestida de finísimos damascos. Se solía decir que la Santísima Virgen estaba con su familia de la tierra: sus padres San Joaquín y Santa Ana en su mismo nivel; y sobre su cabeza su familia del cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, entreteniéndose la Santísima Trinidad con unos encantadores angelitos músicos que tocan laúdes, arpas y cítaras. La parte superior de este retablo, sin embargo, no alcanza la grandiosidad del consagrado a san Antonio de Padua.

El hemiciclo del presbiterio está inspirado en su decoración en una obra del célebre escultor flamenco Juan de Juní, que trabajó en España casi toda su vida, y en un retablo de la iglesia del Salvador de Simancas, provincia de Valladolid, en España hecho por Inocencio Berruguete, nieto de Pedro Berruguete y sobrino de Alonso.

Inocencio trabajó con Juan Bautista Beltrán, pero no se sabe la fecha exacta de la obra. Trabajó también con Juan de Juní y con Esteban Jordán. La semejanza con el retablo mayor de San Francisco de Quito es notabilísima, en lo que al talle, estilo y majestad de las columnas se refiere. Franciscanos que pasaron por Simancas debieron sugerir para Quito la realización de tan lujoso retablo semicircular, con recuerdos de la máxima obra maestra de Inocencio Berruguete.

Es evidente, además, el influjo del retablo mayor de la iglesia parroquial de Santoyo, (Palencia en España) joya la más preciada, salida de las manos de Juan de Juní y en la que trabajaron Antonio Calvo, Gabriel Vásquez, Juan de Ortiz, Manuel Álvarez, y Miguel Barreda todos artistas renombrados en aquella época.

Las bases de las columnas y el fuste son idénticos al de las columnas del gran retablo de San Francisco de Quito. Las columnas pequeñas son “casi” iguales a las de la Capilla de Santa Marta, o del Santísimo Sacramento, donde se guardan los bustos con relicarios.

La idea que presidió la confección de tan bien logrado retablo, fue inculcar a los indígenas americanos el armonioso sentido de la doctrina que se les enseñaba. En primer lugar y casi al nivel de los ojos de las personas, están dos insuperables bajorrelieves, colocados el uno frente al otro, con las imágenes de los cuatro evangelistas: San Mateo y San Marcos con sus



respectivos simbolismos, un ángel y un león; y al otro lado San Lucas y San Juan, con el toro y el águila respectivamente, pero los cuatro sosteniendo en sus brazos sendos e imponentes libros de sus relatos evangélicos. De este modo, se dio a entender que todo cuanto aprendían los indios estaba basado en la palabra de Dios, contenida en los santos Evangelios.

En el segundo nivel están las imágenes de ocho apóstoles que dirigen su mirada hacia el nicho central donde se encuentra una imagen de la Inmaculada Concepción. Los otros cuatro apóstoles están en la tercera planta pero igualmente dirigiendo sus miradas a la Santísima Virgen.

Las actuales esculturas fueron talladas a finales del siglo XVIII, por el mayor escultor indígena ecuatoriano, Manuel Chili, “Caspicara”, y fueron hechas para suplir a las primitivas -consumidas por el incendio del 10 de noviembre de 1566- que devastó todo el retablo principal. Hasta 1968 existían notables fragmentos tallados y dorados del retablo incendiado hace cuatro siglos.

Con las imágenes de los apóstoles, fray Jodoco quiso dar a entender que la doctrina del Evangelio fue proclamada en todo el mundo por estos doce varones, escogidos del Señor.

En el tercer nivel están las pinturas de los principales doctores de la iglesia, reconocidos hasta el siglo XVI y, que interpretaron las enseñanzas del evangelio y de los apóstoles: San Jerónimo, San Ambrosio, San Gregorio Magno, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, San Anselmo y San Isidoro de Sevilla.

Encima de las columnas corintias se encuentran unas esculturas recostadas, representando a las virtudes teologales y cardinales: fe, esperanza y caridad; prudencia, justicia, fortaleza y templanza, con sus respectivos simbolismos.

El centro del gran retablo se levanta sobre un frontal con las pinturas de los tres arcángeles reconocidos: San Miguel, San Gabriel y San Rafael y con la del ángel de la guarda, en cuatro paneles, enmarcados en bellas taraceas con claveles y tulipanes flamencos.

A continuación se eleva el trono para la exposición del Santísimo Sacramento, de acuerdo a la liturgia de la época, y trabajado en forma de

cuatro arcos concéntricos, sostenidos en columnas salomónicas, forradas de plata martillada, entremezcladas con espejos venecianos, sobre los cuales van, igualmente, filigranas de racimos de uvas en plata sólida martillada.

En el fondo una puerta corrediza, igualmente forrada de una gran plancha de plata, en medio de la cual se ha tallado la representación de la Santísima Trinidad, como un triángulo equilátero, que despide rayos de luz y de majestad y en cuyo centro se destaca el ojo de la Divina Providencia que todo lo mira y lo conduce; representación típicamente flamenca. Hasta el presente es común encontrar en los hogares, y aun en las cantinas, letreros con leyendas que dicen “Dios me mira”.

Sobre el trono del Santísimo Sacramento está la hornacina gigante para la imagen de Nuestra Señora, rodeada de espejos venecianos entrelazados con filigrana de plata martillada. La imagen de la Inmaculada Concepción que debió estar en ese nicho, en la época de fray Jodoco y fray Pedro Gocial, no se conserva. En la actualidad se venera allí una obra maestra del escultor quiteño Bernardo de Legarda, que hizo célebres sus representaciones de Nuestra Señora subiendo a los cielos, en una actitud barroca admirable con el pie derecho aún sobre la esfera del mundo y el pie izquierdo levantado sobre las nubes, al tiempo que con las manos, en actitud de ascenso, sostiene una cadena de plata atada al cuello del dragón infernal que se enrosca sobre la bola del mundo. Para darle mayor realismo al vuelo hacia la gloria, Legarda adhirió a las espaldas de la imagen de Nuestra Señora dos alas de plata martillada y una aureola del mismo material, terminada en doce estrellas que vibran con el movimiento del viento.

Sobre la Virgen María, en una tercera hornacina está la representación del bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, en dos esculturas que representan, la una a San Juan Bautista, de pie, sosteniendo una concha de agua en su mano derecha; y la otra a Nuestro Señor semiarrodillado, en actitud reverente, recibiendo sobre su cabeza el bautismo de manos de su primo.

En la cúspide de este nicho está una gran paloma, símbolo del Espíritu Santo, con las alas abiertas, y sobre ella la escultura del Padre Eterno con sus barbas venerables y como quien está pronunciando la frase: Este es mi Hijo muy amado, mi predilecto.

Esta plástica representación de la Trinidad, unida al misterio del bautismo,

tuvo en la mente de fray Jodoco el deliberado propósito de inculcar a sus catecúmenos la trascendencia de este sacramento como principio y puerta de su incorporación a la vida cristiana.

Todo este majestuoso conjunto del presbiterio, en el que se ven por aquí y por allá más de 130 representaciones de ángeles, en variadas actitudes, culmina en una cúpula pintada de azul intenso, como los cielos de Quito, al que se le han adherido estrellas de oro, de diversos tamaños, para dar la impresión de una noche purísima tachonada de astros de titilante luminosidad.

Esta comba de irreal belleza está asentada sobre una franja de, más o menos, un metro de altura en la que se han pintado, al fresco, los retratos de 16 cardenales franciscanos, con sus típicas vestimentas púrpuras y sus clásicos sombreros simbólicos de anchas alas.

El influjo del arte indígena está especialmente realzado en la ornamentación de todos los ventanales de la iglesia, cuyas tallas doradas y policromadas nos muestran las bocas de los dragones que adornaban las cerámicas preincaicas con su enmarañado mundo de patas entrelazadas.

Fray Jodoco Rique y fray Pedro Gocial tuvieron la venturosa idea, como genuinos hijos del seráfico padre San Francisco, que entonó a la gloria de Dios el Cántico de la Creación, de completar la belleza de la iglesia que construyeron en Quito con la minuciosa representación de los frutos de la tierra que más les llamaron la atención por sus colores, por sus formas, y por sus deliciosos sabores.

En todo el cuerpo del edificio podemos encontrar cornucopias, bandejas, canastas y guirnaldas donde se pueden reconocer desde mazorcas de maíz y cocos maduros, hasta babacos, chamburos, chilguacanes, papayas, aguacates, zapotes, mangos, tomates de árbol, guanábanas, chirimoyas, granadillas, ovos, lumas, pechiches, pitahayas, tunas, toctes, taxos, piñas, etc., en fraterna convivencia con las frutas traídas de Europa, como las manzanas, peras, naranjas, uvas y granadas en unánime alabanza al Creador de tantas maravillas.

Desde el cielo, Francisco de Asís, el hermano mayor de todas las cosas, sonreiría al ver la afanosa tarea de sus hijos en Quito por plasmar en tallas inmortales un nuevo cántico al hermano sol, a la hermana luna y a la

hermana tierra que nos regala con sus coloridas flores y golosinas.

Pasma, en esta obra, considerar cómo pudieron preparar en tan cortos años, y en una ciudad que no llegaba a 200 españoles y más o menos 2.000 indígenas, un grupo tan selecto de artesanos, en toda clase de oficios, requeridos para la edificación de esa casa de Dios.

Con paciencia admirable, resucitaron e impulsaron las asombrosas habilidades de los indígenas para desempeñarse como picapedreros, talladores, albañiles, dibujantes, batihojas, doradores, orfebres, cerrajeros, ceramistas para los azulejos, herreros para las herramientas y, los más aventajados para las pinturas y las esculturas que, sin ningún afán de fama ni renombre, produjeron para llenar de hermosura a Quito.

No hay que olvidar que la semilla depositada en su casa, convento e iglesia, comenzó a ser imitada en todas las moradas de los conquistadores y en los conventos y monasterios de los otros religiosos que, con el ejemplo de lo ocurrido en San Francisco, fueron llenando todas las manzanas de la ciudad de un verdadero bosque de columnas variadas que engalanan patios, jardines, huertas y residencias a las que adosaron portadas de piedra tallada que contribuyeron a que Quito sea considerada una ciudad monasterio de refinados quilates artísticos.

Muchos historiadores, mal informados, han puesto en cabeza de fray Jodoco la construcción del claustro principal del convento de San Francisco, que, por otra parte, es casi una copia de la plaza principal de la ciudad de Valladolid en España.

En honor a la verdad, hay que decir que este claustro fue construido a principios del siglo XVII, y terminado en 1605, por fray Francisco Benítez, 25 años después de la muerte de fray Jodoco.

La obra que construyeron los dos flamencos para su residencia y convento es la que queda al sur de la iglesia, y que actualmente está habitada por las Hermanas de la Caridad. El actual edificio ha sufrido importantes alteraciones en su estructura arquitectónica. Todavía podemos admirar la solidez y la belleza de la parte edificada bajo su dirección, que contiene elementos idénticos a los de la iglesia principal.

Este claustro quedaba a 40 metros de distancia de la plaza, y por el lado sur confinaba con la que actualmente se llama calle Bolívar. La planta baja es rectangular y consta de columnas y arcos de medio punto de ladrillo sobre basamentos de piedra de río. Son nueve arcos por los lados más largos, por seis en los lados más cortos y el estilo de las bóvedas de nervatura, que están en perfecto estado de conservación, es el románico.

Es la única construcción de ese estilo existente en Quito. Es una reliquia raramente visitada y casi desconocida de la mayoría de los investigadores.

Cuando, en la década de 1560, se inició la expansión de la orden Franciscana, en la jurisdicción de la Real Audiencia de Quito, (hoy Ecuador), con la venida de numerosos misioneros para trabajar en su evangelización, se inició la construcción de muchos conventos e iglesias, inspirados todos en los modelos que tenían a la vista en Quito.

Con certeza se puede afirmar que los conventos de Pomasqui, Guano, Latacunga, Ambato, Riobamba, Cuenca, Loja y Otavalo fueron proyecciones arquitectónicas de las construidas por el padre Rique en la ciudad de Quito. La violencia de los movimientos telúricos los destruyó completamente en siglos posteriores. Ahora, apenas quedan restos insignificantes de tanta maravilla y están llamando la atención de los arqueólogos que tratan de desenterrarlos por los valores estéticos que conllevan.

Que la obra arquitectónica y decorativa del gran templo de San Francisco de Quito estuvo terminada hacia 1570, es una verdad incontrovertible, gracias al testimonio de Toribio de Ortiguera que fue regidor de Quito y escribió su célebre obra *Jornada del río Marañón* en la cual dice que el templo franciscano de Quito, su ornamentación y fachada pétrea pueden competir con los más refinados de España.

Es más, estaban colocadas en las torres unas muy sonoras campanas, fundidas en el propio territorio con aleaciones de oro y plata para que tuviesen una nítida sonoridad. Igualmente estaba colocado el reloj que, construido en Quito, era el que advertía el paso de las horas a todos los ciudadanos.

Muchos no se explican de dónde pudo conseguirse tanto oro para laminar y decorar íntegramente la iglesia en su interior, realzando las tallas barrocas de sus retablos, muros, arquerías y bóvedas y más tratándose de una orden

que vivía en suma pobreza dentro de las austeras normas que regían las reformas impulsadas en España y sus dominios por el cardenal franciscano don Francisco Jiménez de Cisneros.

La explicación está en lo que el acucioso Pedro Cieza de León cuenta en su libro *La guerra de Quito* sobre la prosperidad de los quiteños y las fabulosas riquezas que habían amasado antes de la batalla de Iñaquito. Dice que durante su estancia en la ciudad de más o menos un mes, fue invitado -por casi todos los vecinos- a comer en sus casas y que tenían la costumbre de poner junto a la vajilla de cada invitado una alcuza llena de oro en polvo para que se llevaran de recuerdo.

Según los libros de cabildos y los libros de contabilidad de las minas de oro de ese tiempo, su explotación enriqueció a muchos y alcanzó también, en esa época de fe profunda, para generosas donaciones que contribuyesen a la gloria de Dios, dueño de todo lo creado.

El autor de la relación anónima de la ciudad de Quito, en 1570, dice que San Francisco fue construido con limosnas y que costó unos 30.000 pesos. Suma fabulosa para ese tiempo.

Digna de ponderación es la actitud de fray Jodoco de admitir en la decoración de la iglesia, no solamente las variadas representaciones del sol, la luna y las estrellas, que para los indígenas tenían una connotación divina; sino también las expresivas máscaras que usaban en sus danzas y ceremonias religiosas; adelantándose así en algunos siglos al admitir riquezas culturales milenarias, que en nada se oponen a las creencias cristianas y que, al contrario, las refuerzan.

Tratándose de una iglesia franciscana resultaba obvio que diese primacía a los santos y valores de su orden en sus diferentes ramas. Podemos encontrar en el frontispicio del nártex y en el crucero, e inmediatamente debajo del cielo raso, lo mismo que en los brazos del crucero 88 altorrelieves, policromados en oro, representando a los santos y santas canonizadas de la orden seráfica hasta mediados del siglo XVI.

Decoran los lados interiores de las columnas, que soportan las arquerías del cuerpo de la nave central, retratos de cuerpo entero y de tamaño heroico de los cinco Papas franciscanos y de sus principales benefactores

cardenales, en pinturas de gran calidad artística.

Claro que en la elaboración de los planos y en la edificación de la iglesia de San Francisco de Quito intervinieron muchos factores y hasta los recuerdos personales de los religiosos. Uno de esos recuerdos fue el de la catedral de Sevilla, fabulosa construcción, cuyo maestro mayor fue Diego de Riaño, quien, además, diseñó la obra del ayuntamiento de la misma ciudad. Vivía ocho meses en Sevilla y cuatro en Valladolid. También trabajó, en Granada, con gran inspiración y frescura, sus tallas en piedra.

Como Riaño se encargó de las obras de Sevilla desde 1526 y estuvo en su dirección hasta 1534, es seguro que fray Jodoco y fray Pedro Gocial, a su paso por esta ciudad, le vieron trabajar y admiraron sus obras.

Algún influjo suyo puede hallarse en las tallas en piedra de las fachadas de la catedral de Quito y de la iglesia de San Francisco, sobre todo, en las figuras de ángeles y flores que bordean los arcos de entrada del primer edificio.

En cuanto a la ayuda económica, que las autoridades españolas de Quito suministraron a fray Jodoco, hay que recordar que el Real Consejo Supremo de las Indias, desde los principios del descubrimiento, había ordenado que las iglesias fuesen costeadas, por partes iguales, por la corona española, por los encomenderos y los indígenas. Es lo que ocurrió en San Francisco.

El 20 de noviembre de 1564 recibió, del Presidente de la Real Audiencia, Hernando de Santillán, la ayuda de 300 pesos para que se gasten en el edificio de la dicha iglesia y casa del monasterio del dicho señor San Francisco.

Es posible que hubiese aceptado otras ayudas gubernamentales. El 17 de abril de 1553, recibió una campana, un cáliz y una patena para el servicio de la iglesia primitiva, cuyo techo de paja se había caído de manera que no se podía en ella decir misa. Con este motivo:

*el dicho padre fray Jodoco habiendo jurado en forma de derecho y siendo preguntado acerca de no haberse otra vez dado la campana y el cáliz, dijo que este testigo ha residido en la casa y monasterio del Señor San Francisco de esta ciudad desde 18 años a esta parte y que no sabe ni ha*

*entendido que Su Majestad ni de su Real Hacienda se haya dado hasta ahora campana ni cáliz alguno, y que tiene por cierto que, si se hubiera dado, este testigo lo hubiera visto o sabido, porque todo lo más del dicho tiempo ha residido en la dicha casa y fue él quien la comenzó a edificar, y que ésta es la verdad. Y firmólo fray Jodoco Rique, Guardián.*

Una fuente de ingresos para la construcción de la iglesia, compra de madera y pago a los artesanos talladores, fue la concesión, que desde 1564, fray Jodoco y la comunidad entera de ocho religiosos hizo a los más prominentes ciudadanos de la ciudad, como Juan de Padilla, Alonso de Bastidas, y aun al propio Francisco Topatauchi Atahualpa, de sitios dentro de la iglesia para entierros de sus personas, familiares y descendientes, a cambio de generosas limosnas con las que podía avanzar la decoración de la iglesia.

*Otro reglón de entrada fueron las contribuciones con que los doctrineros franciscanos ayudaban a su casa madre, de los estipendios de las misas y funerales que celebraban en sus jurisdicciones. El enterrarse dentro de la iglesia de San Francisco empezó a constituirse en un honor reservado para el presidente de la Real Audiencia, sus oidores y los herederos de los fundadores españoles de la villa de San Francisco de Quito, que perennizaban su memoria en lápidas de piedra, ornamentadas con los escudos familiares, y que estuvieron asentadas en el suelo de la iglesia, en la más genuina tradición europea.*

*Nada más grandioso ni más sorprendente que el templo de San Francisco, exclama entusiasmado Mons. Federico González Suárez. ¡La portada artística de piedras pulidas y primorosamente labradas; las enormes columnas de granito y que reposan sobre bases bien calculadas para darles realce y suntuosidad; el friso tendido con maestría, la cinceladura de las piedras, la austera sobriedad de los adornos, la enorme altura, todo contribuye a hacer de esta portada un monumento arquitectónico de primer orden; en esa obra hay un plan bien concebido, un ideal grandioso y conocimiento profundo de los secretos del arte.*

*Para realzar esa obra y para dar a la gran portada una base propocionada a sus gigantescas dimensiones, se ha construido de propósito el atrio espacioso, verdadera maravilla del arte, del cual, con razón, se manifiesta ufana la ciudad de Quito. La grada en anfiteatro con esas curvas entrantes y salientes, construidas con tanto artificio para dar comodidad a los que suben y recrear el ánimo con el contraste;*



*las bóvedas de una solidez asombrosa, las proporciones del antepecho, el plano de inclinación de la grada llamada larga, los adornos y las labores de las piedras dan a conocer que ese gran monumento fue edificado por artistas que conocían no solo las reglas del arte de construcción sino también los secretos de los contrastes y los primores de la belleza en la ejecución. El templo de San Francisco con su portada y su atrio son la gloria de las artes en la época colonial.*

¡Formidable panegírico en la pluma de quien, lamentablemente no comprendió la grandeza libertaria y la rectitud de propósitos de fray Jodoco Rique!.

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

Fácil hubiera sido para el autor poner debajo de cada párrafo del libro la justificación científica, documental, archivista o bibliográfica, de todas sus afirmaciones, teniendo en cuenta que muchos escritores, que nunca han pisado un archivo, simplemente copian el aparato científico y académico de un libro sin dar la fuente de donde encontraron el dato, aprovechándose indebidamente del trabajo y esfuerzo cultural de otra persona; aquí, voy simplemente a enumerar algunos de los fondos que han sido consultados para la elaboración de esta biografía.

Archivo Municipal de la ciudad de Malinas.  
Archivo Real de la ciudad de Bruselas.  
Archivo de la Universidad Católica de Lovaina.  
Archivo Franciscano del Convento de la ciudad de Saint-Trond, Bélgica.  
Archivo de Indias de Sevilla, España.  
Archivo de la Real Academia de la Historia Madrid, España.  
Biblioteca y Archivo de la Academy of American Franciscan History de Washigton D. C, Estados Unidos de Norteamérica.  
Archivo Municipal de la ciudad de San Francisco de Quito.  
Archivo Provincial de la Provincia Franciscana de San Francisco de Quito, Ecuador.  
Colección de Documentos Inéditos para escribir la Historia del Ecuador, recolectados por fray Enrique Vacas Galindo, 180 Tomos en el Archivo del Convento de Santo Domingo, Quito.  
Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Nicaragua, recolectado por el Embajador Vega-Bolaños.  
Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Colombia, recolectado por Juan Friede.  
Archivo Provincial del Convento Franciscano de Jesús de Lima, Perú  
Archivo Municipal de la ciudad de Popayán, Colombia.  
Biblioteca del Congreso de Washington D.C, Estados Unidos de Norteamérica, Division of Manuscripts of the Hispanic Foundation.

Y, por supuesto, infinidad de libros que van explícitamente citados en el texto con sus autores.



Plutarco Cisneros Andrade nació en Otavalo el 20 de julio de 1944.

En agosto de 1966 creó el *Instituto Otavaleño de Antropología* como un Centro Regional de Investigaciones, cuya vida legal se inició en mayo de 1967.

Creó y estructuró, con la colaboración especial del doctor Segundo Moreno Yáñez, la *Colección Pendoneros*, que integra una serie de 50 volúmenes de estudios antropológicos realizados sobre la Sierra Norte del Ecuador.

Mentalizador y fundador de la *Universidad de Otavalo*, cuya vida legal se inició con la Ley de creación publicada en diciembre de 2002.

Autor y director de la *Biblioteca Cincuentenario IOA*, que es su homenaje a la institución, en ocasión de su cincuentenario de vida académica investigativa.

## TÍTULOS PUBLICADOS

### *primera entrega*

Aborígenes de Imbabura y del Carchi	<i>Federico González Suárez</i>
Cayambes y Carangues I	<i>Valdemar Espinosa Soriano</i>
Cayambes y Carangues II	<i>Valdemar Espinosa Soriano</i>
Cayambes y Carangues III	<i>Valdemar Espinosa Soriano</i>
El antiguo país Imbaya	<i>Segundo Moreno Yáñez</i>
Familias troncales: Los Cisneros I	<i>Fernando Jurado Noboa</i>
Familias troncales: Los Cisneros II	<i>Fernando Jurado Noboa</i>
Familias troncales: Los Jaramillo I	<i>Fernando Jurado Noboa</i>
Cronistas de raigambre indígena I	<i>Horacio Larrain Barros</i>
Cronistas de raigambre indígena II	<i>Horacio Larrain Barros</i>
Cronistas de raigambre indígena III	<i>Horacio Larrain Barros</i>
Viajes y viajeros en la región de Otavalo I	<i>Jorge Gómez Rendón</i>
Viajes y viajeros en la región de Otavalo II	<i>Jorge Gómez Rendón</i>
Lilo Linke y el relato social I	<i>Jorge Gómez Rendón</i>
Lilo Linke y el relato social II	<i>Jorge Gómez Rendón</i>
El valle del amanecer	<i>Aníbal Buitrón y John Collier</i>
Otavalo: entre lo dicho y lo secreto	<i>H. Rodríguez Castelo y Pascal Houy</i>
Legislación indiana	<i>Juan Freile Granizo (compilador)</i>
Primer libro de cabildos de Otavalo	<i>H. Jaramillo Cisneros (compilador)</i>
Pequeñas historias I	<i>Hernán Jaramillo Cisneros</i>
Pequeñas historias II	<i>Hernán Jaramillo Cisneros</i>
Pequeñas historias III	<i>Hernán Jaramillo Cisneros</i>
La Liga de Cultura “José Vasconcelos”	<i>Plutarco Cisneros Andrade</i>
Las publicaciones de la Liga “José Vasconcelos”	<i>Plutarco Cisneros Andrade (compilador)</i>
Música etnográfica y popular	<i>Carlos Coba Andrade</i>
Teodoro Gómez de la Torre	<i>Hernán Rodríguez Castelo</i>
Bolívar Mena Franco	<i>Hernán Rodríguez Castelo</i>
Luis A. León Vinueza I	<i>Edison Calvachi Cruz</i>
Luis A. León Vinueza II	<i>Edison Calvachi Cruz</i>
Carlos Suárez Veintimilla	<i>Susana Cordero de Espinosa</i>
Agustín Moreno I	<i>Fernando Jurado Noboa</i>
El IOA: La historia no contada I	<i>Plutarco Cisneros Andrade</i>
“Porque se fueron las garzas” o el antindigenismo de Gustavo Alfredo Jácome	<i>Francisco Proaño Arandy</i>